MEDIO REY

JOE ABERCROMBIE

Traducción de

Manu Viciano

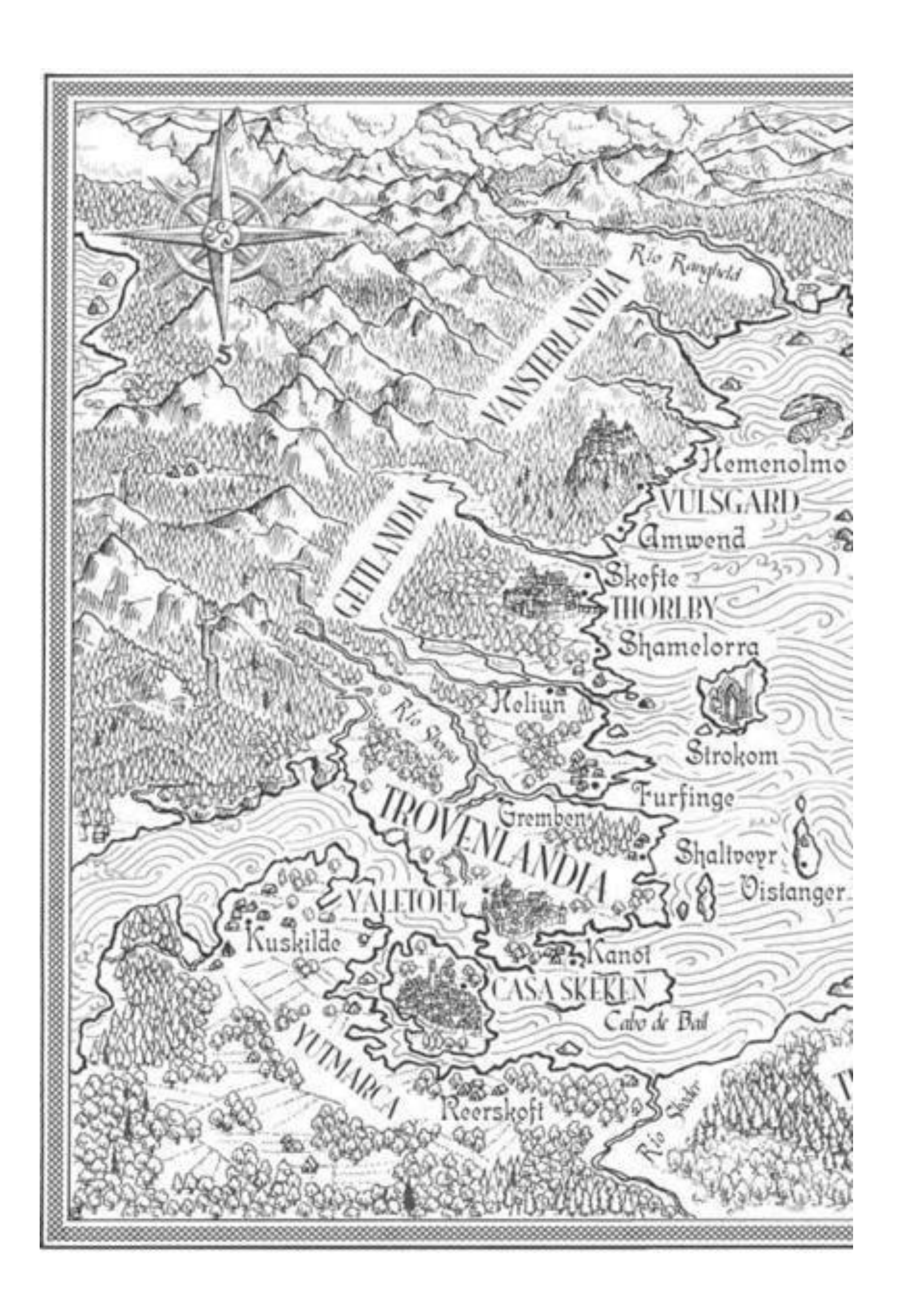
Para Grace

No hay mejor carga

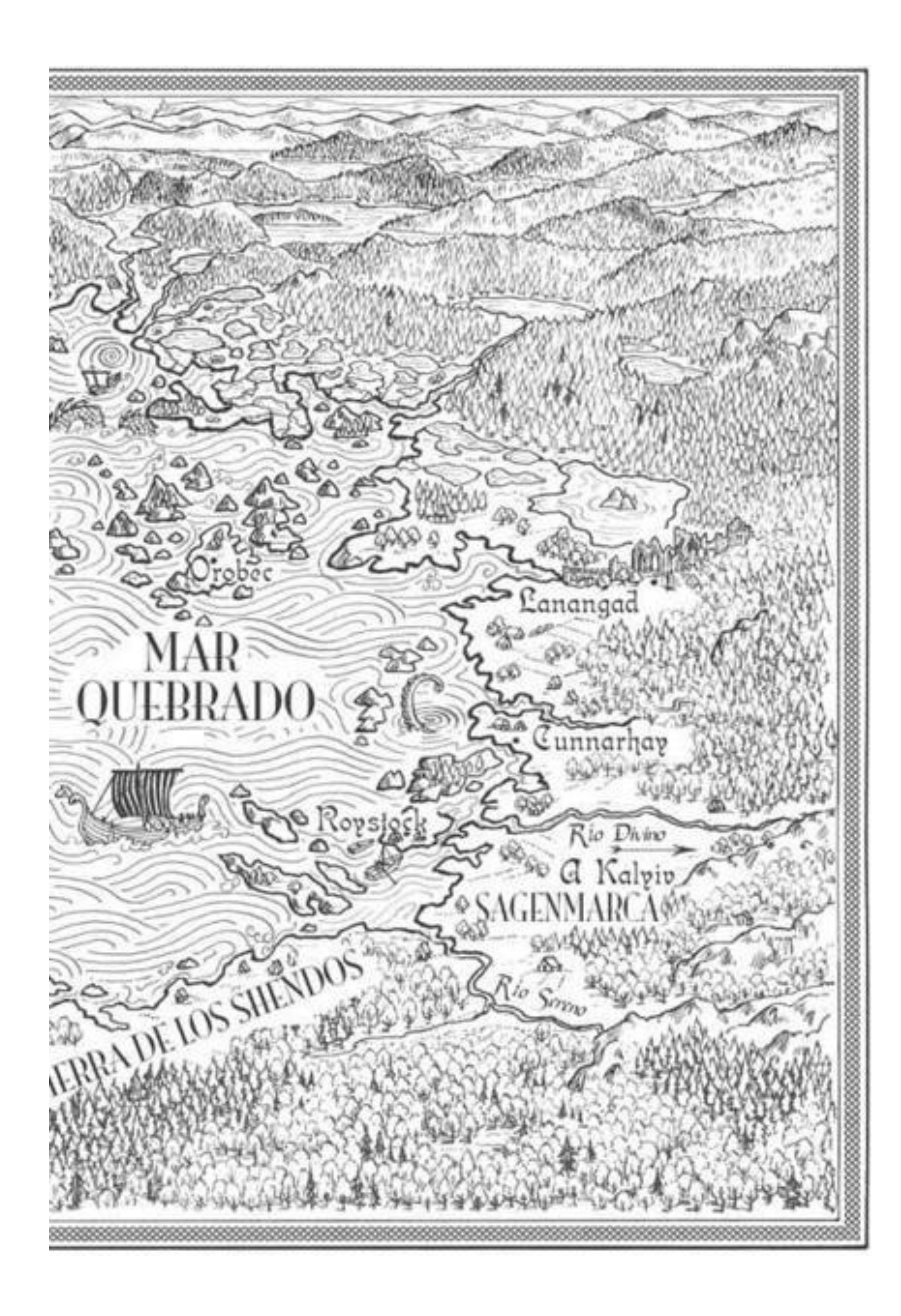
para el viajero

que la sabiduría.

«Hávamál»
(«El discurso del Altísimo»)



VANSTERLANDIA
Hemenolmo
VULSGARD
Amwend
GETLANDIA
Skefte
THORLBY
Shamelorra
Heliyn
Strokom
Furfinge
Gremben
TROVENLANDIA
Shaltveyr
Vistanger
YALETOFT
Kuskilde
Kanot
CASA SKEKEN
Cabo de Bal
YUTMARCA
Reerskoft


Orobec
Lanangad
MAR
QUEBRADO
Cunnarhay
Roystock
Río Divino
A Kalyiv
SAGENMARCA
Río Sereno
IERRA DE LOS SHENDOS



PRIMERA PARTE

LA SILLA NEGRA



EL BIEN MAYOR

Se desató un fiero vendaval la noche que Yarvi supo que era rey. O medio rey, por lo menos.

En Gettlandia esa clase de viento recibía el nombre de «aire buscador» porque siempre encontraba hasta la última rendija y la cerradura más pequeña, para entrar ululando en todas las viviendas con la gelidez de la Madre Mar, por alto que ardiera el fuego del hogar y por mucho que se apiñaran sus habitantes.

El viento azotó los postigos de las estrechas ventanas de los aposentos de la madre Gundring e hizo estremecer incluso la puerta, sujeta por bisagras de hierro. Hostigó las llamas de la chimenea, que escupieron y restallaron de rabia, convirtiendo en garras las sombras de las hierbas colgadas a secar y reflejándose en la raíz que sostenía la madre Gundring entre sus dedos huesudos.

—¿Y esta?

Tenía todo el aspecto de un terrón de barro, pero Yarvi había aprendido a reconocerla.

—Raíz de lenguanegra.

—¿Y para qué podría necesitarla un clérigo, mi príncipe?

—Un clérigo espera no necesitarla nunca. Hervida en agua no se distingue a la vista ni cambia el sabor de esta, pero es un veneno letal.

La madre Gundring dejó la raíz a un lado.

—A veces los clérigos deben valerse de artes oscuras.

—Los clérigos deben aspirar al mal menor —replicó Yarvi.

—Y sopesar el bien mayor. Cinco de cinco. —Una simple inclinación de cabeza de la madre Gundring hizo que el pecho de Yarvi se hinchara de orgullo. El beneplácito de la clériga de Gettlandia no se lo ganaba cualquiera—. Y las preguntas de la prueba serán más fáciles que estas.

—La prueba.

Yarvi, inquieto, se frotó la palma contrahecha de su mano mala con el pulgar de la buena.

—La superarás.

—No puedes estar segura.

—Un clérigo está obligado a dudar en todo momento...

—... Pero fingir siempre certeza. — Yarvi terminó la frase.

—¿Lo ves? Te conozco. —Era cierto. Nadie lo conocía mejor que ella, incluso en su propia familia. Especialmente en su propia familia—. Nunca he tenido un aprendiz más aventajado. Superarás la prueba al primer intento.

—Y dejaré de ser el príncipe Yarvi. —La perspectiva le producía un gran alivio—. No tendré familia ni prerrogativa.

—Serás el hermano Yarvi y tu familia será la Clerecía. —La luz del hogar resaltó las arrugas de la madre Gundring cuando sonrió—. Tu prerrogativa serán las plantas, los libros y las palabras suaves. Recordarás y aconsejarás, sanarás y dirás la verdad, conocerás los caminos secretos y allanarás el camino del Padre Paz en todas las lenguas, como he intentado hacer yo. No existe dedicación más noble, por muchas idioteces que farfullen esos necios sobresaturados de músculo en el cuadrado de entrenamiento.

—Los necios sobresaturados de músculo son difíciles de pasar por alto si estás en el cuadrado con ellos.

—Ya. —La clériga ahuecó la lengua y lanzó un escupitajo a las llamas—. Cuando hayas superado la prueba, solo tendrás que ir allí para tratar alguna cabeza abierta, y eso si se ponen demasiado burros con sus jueguecitos. Algún día mi báculo será tuyo. —Señaló con la cabeza el fino y tachonado bastón de metal élfico, que estaba apoyado contra la pared—. Algún día te sentarás al lado de la Silla Negra y serás el padre Yarvi.

—Padre Yarvi. —Se removió inquieto en la banqueta al pensarlo—. Me falta la sabiduría.

Se refería a que le faltaba el valor, pero no tenía el valor de reconocerlo.

—La sabiduría puede aprenderse, mi príncipe.

Yarvi levantó la mano izquierda, por llamarla de alguna manera.

—¿Y las manos? ¿Las manos pueden aprenderse?

—Quizá te falte una mano, pero los dioses te han concedido unos dones más valiosos.

El joven resopló.

—¿Te refieres a mi melodiosa voz?

—¿Por qué no? Y a tu mente despierta, tu empatía y tu fuerza. Solo que es la clase de fuerza que tienen los grandes clérigos, no los grandes reyes. Eres un favorito del Padre Paz, Yarvi. Recuerda siempre esto: hombres con músculos hay muchos, pero los sabios escasean.

—No me extraña que las mujeres sean mejores clérigas.

—Y también hacen mejor las infusiones... normalmente. —Gundring dio un sorbo a la taza que Yarvi le llevaba cada tarde y volvió a asentir, satisfecha—. La preparación de infusiones es otro de tus puntos fuertes.

—Una gesta heroica, sin duda. ¿Me halagarás menos cuando haya pasado de príncipe a clérigo?

—Recibirás mi adulación cuando la merezcas, y mis patadas en el culo el resto del tiempo.

Yarvi suspiró.

—Algunas cosas nunca cambian.

—Y ahora, historia.

La madre Gundring sacó de la estantería un libro con el lomo dorado, donde competían el brillo verde y el rojo de las gemas que tenía engarzadas.

—¿Ahora? Tengo que subir a la luz de la Madre Sol para dar de comer a tus palomas. Esperaba poder dormir un poco antes de...

—Te dejaré descansar cuando hayas superado la prueba.

—No me dejarás.

—Es cierto, no te dejaré. —La anciana se humedeció un dedo y empezó a pasar las páginas del vetusto libro—. Dime, mi príncipe, ¿en cuántas astillas partieron a la Diosa los elfos?

—En cuatrocientas nueve. Los cuatrocientos dioses menores, los seis altos dioses, el primer hombre, la primera mujer y la Muerte, que guarda la Última Puerta. Pero ¿esto no es materia de tejedores de plegarias más que de clérigos?

La madre Gundring chasqueó la lengua.

—Todo conocimiento es cosa de clérigos, pues solo lo que se conoce puede controlarse. Enumera los seis altos dioses.

—Madre Mar y Padre Tierra, Madre Sol y Padre Luna, Madre Guerra y...

La puerta se abrió de sopetón y el aire buscador se apoderó de la estancia. Las llamas del hogar saltaron al mismo tiempo que Yarvi, para bailar distorsionadas en los centenares de frascos y botellas que ocupaban los estantes. Una silueta terminó de subir los escalones con paso torpe y dejó las hierbas puestas a secar balanceándose como hombres ahorcados a su paso.

Era Odem, el tío de Yarvi, que llegó jadeando y con el pelo empapado y pegado a la cara por la lluvia. Clavó su mirada perdida en el príncipe y abrió la boca sin dejar escapar sonido alguno. No hacía falta el don de la empatía para adivinar que traía funestas noticias.

—¿Qué ocurre? —preguntó Yarvi con la voz rota y la garganta agarrotada de miedo.

Su tío se dejó caer de rodillas y apoyó las manos en la paja grasienta del suelo. Agachó la cabeza y pronunció dos palabras, roncas y crudas.

—Mi rey.

Y Yarvi supo que su padre y su hermano habían muerto.

DEBER

Casi no parecían muertos.

Solo estaban muy blancos, tendidos en las losas heladas de aquella estancia helada, con la mortaja que les llegaba a las axilas y el brillo de sus espadas desenvainadas sobre el torso. Yarvi no dejaba de pensar que en cualquier momento su hermano frunciría los labios en sueños. Que su padre abriría los ojos y dirigiría hacia él su habitual mirada de desprecio. Pero no hicieron nada de eso. Nunca volverían a hacerlo.

La Muerte les había abierto la Última Puerta y desde más allá de aquel umbral no regresaba nadie.

—¿Cómo ocurrió? —oyó decir a su madre desde la entrada. Tenía la voz tan firme como siempre.

—Traición, mi reina —murmuró su tío Odem.

—Ahora ya no soy reina.

—Por supuesto. Lo siento, Laithlin.

Yarvi extendió un brazo y rozó el hombro de su padre. Qué frío estaba. Se preguntó cuándo lo había tocado por última vez. ¿Había una vez anterior, siquiera? Recordaba muy bien lo último que le dijo, meses atrás.

«Un hombre blande la guadaña y el hacha —había dicho su padre—. Un hombre tira del remo y tensa el nudo. Sobre todo, un hombre sostiene el escudo. Un hombre resiste en su fila. Un hombre se mantiene firme junto a su compañero de hombro. ¿Qué clase de hombre es incapaz de hacer todo eso?»

«Yo no pedí tener media mano», había respondido Yarvi atrapado en el mismo lugar de siempre, en la tierra yerma que se extendía entre la vergüenza y la rabia.

«Y yo no pedí tener medio hijo.»

Pero el rey Uthrik había muerto y su Círculo Real, ajustado a toda prisa,

pesaba en la frente de Yarvi. Pesaba mucho más de lo que se esperaría de una fina diadema de oro.

—Te he preguntado cómo murieron —estaba diciendo su madre.

—Fueron a negociar la paz con Grom-gil-Gorm.

—No puede haber paz con esos condenados vansterlandeses —intervino la voz gutural de Hurik, el Escudo Elegido de Laithlin.

—Debe haber venganza —dijo la madre de Yarvi.

Su tío intentó apaciguar la tormenta.

—Habrá un tiempo de duelo antes que nada. El Alto Rey ha prohibido la guerra abierta hasta que...

—¡Venganza! —La voz de Laithlin salió afilada como un cristal roto—. Rauda como el rayo, ardiente como el fuego.

Los ojos de Yarvi pasaron al cadáver de su hermano. Él sí que era raudo y ardiente, o al menos lo había sido. Mandíbula marcada, cuello recio y los primeros despuntes de una barba oscura como la de su padre. Tan distinto de Yarvi como era posible serlo. Su hermano le había tenido aprecio, supuso Yarvi, aunque fuese de un modo hiriente y cada palmadita suya estuviera al borde del bofetón. El afecto que se profesa a algo que nunca dejará de ser inferior.

—Venganza —gruñó Hurik—. Los vansterlandeses tienen que pagarlo caro.

—Al cuerno con los vansterlandeses —dijo la madre de Yarvi—. Primero hay que doblegar a nuestro propio pueblo. Hay que dejarles claro que su nuevo rey tiene hierro en la sangre. Cuando se alegren de que les permitamos arrodillarse, podréis hacer que la Madre Mar crezca con vuestras lágrimas.

El tío de Yarvi suspiró profundamente.

—Venganza, pues. Pero ¿él está preparado, Laithlin? Nunca ha sido un guerrero...

—¡Debe luchar, esté preparado o no! —replicó su madre. Todo el mundo hablaba siempre de Yarvi como si fuera sordo además de tullido. Por lo visto, su

repentino ascenso al poder no había conseguido cambiar las viejas costumbres—. Haced los preparativos para una gran incursión.

—¿Dónde atacaremos? —preguntó Hurik.

—Lo único que importa es que lo haremos. Déjanos solos.

Yarvi oyó la puerta cerrarse y luego los pasos de su madre, suaves contra el frío suelo.

—Para de llorar —le dijo.

Hasta ese momento Yarvi no se había dado cuenta de que tenía los ojos anegados. Avergonzado, se los frotó y se sorbió la nariz. Siempre sentía vergüenza.

Su madre lo asió de los hombros.

—La espalda derecha, Yarvi.

—Lo siento —dijo él intentando sacar pecho como podría haber hecho su hermano. Siempre se disculpaba.

—Ahora eres el rey. —Le colocó bien la hebilla de la capa, intentó arreglarle el pelo rubio claro, corto pero siempre revoltoso, y por último apoyó sus dedos fríos en la mejilla de Yarvi—. Nunca debes pedir perdón. Tendrás que empuñar la espada de tu padre y encabezar una incursión contra los vansterlandeses.

Yarvi tragó saliva. La idea de participar en una incursión siempre lo había llenado de pavor. ¿Y ahora tenía que encabezar una?

Odem debió de captar su miedo.

—Yo seré vuestro compañero de hombro, mi rey, y estaré siempre a vuestro lado con el escudo presto. Os ayudaré en todo lo que pueda.

—Te lo agradezco —musitó Yarvi.

La única ayuda que ansiaba era la que le permitiera viajar a Casa Skeken para enfrentarse a la Prueba del Clérigo, para sentarse a la sombra en lugar de ser arrojado a la luz. Pero esa esperanza acababa de volverse polvo. Los deseos de Yarvi, como la argamasa mal mezclada, eran propensos a derrumbarse.

—Debes hacer que Grom-gil-Gorm sufra por esto —dijo su madre—. Y después deberás casarte con tu prima.

Yarvi no pudo hacer más que mirar los ojos duros como el hierro de su madre, con la cabeza inclinada un poco hacia atrás, ya que todavía era más bajo que ella.

—¿Qué?

La caricia se transformó en una zarpa que se cerró, irresistible, en torno a su barbilla.

—Escúchame, Yarvi, y escucha con atención. Eres el rey. Tal vez no sea lo que deseábamos ninguno de los dos, pero es lo que hay. Ahora todas nuestras esperanzas descansan en tu mano, que está al borde del precipicio. No se te respeta. Tienes pocos aliados. Debes unir nuestra familia casándote con la hija de Odem, Isriun, como iba a hacer tu hermano. Ya lo hemos discutido y estamos de acuerdo.

Su tío Odem se apresuró a compensar el hielo con calidez.

—Nada me complacería más que convertirme en vuestro padre-por-casamiento, mi rey, y que nuestras familias fuesen una sola para siempre.

Ni una mención a los sentimientos de Isriun, observó Yarvi. Exactamente las mismas que a los de él.

—Pero...

El ceño de su madre se endureció. Sus ojos se entrecerraron. Yarvi había visto a grandes héroes echarse a temblar bajo aquella mirada, y él no era ningún héroe.

—Yo estuve prometida con tu tío Uthil, cuya destreza con la espada todavía ensalzan los guerreros. Tu tío Uthil, que debió reinar. —Le falló la voz, como si aquellas palabras le causaran daño—. Cuando la Madre Mar se lo tragó y levantaron su túmulo vacío junto a la orilla, me casé con tu padre en su lugar. Yo dejé de lado mis sentimientos y cumplí con mi deber. Tú tienes que hacer lo mismo.

Yarvi posó de nuevo la mirada en el apuesto cadáver de su hermano,

sorprendido por la calma con que su madre era capaz de urdir planes al lado de su marido y su hijo muertos.

—¿No lloras por ellos?

De pronto un espasmo crispó el rostro de Laithlin, bajó su esmerada belleza, le apretó los labios, le arrugó el entrecejo e hizo sobresalir los tendones de su cuello. Durante un momento horrible, Yarvi no supo si iba a pegarle o a echarse a llorar a lágrima viva, y tampoco sabía cuál de las opciones le daba más miedo. Entonces Laithlin tomó una temblorosa bocanada de aire, devolvió un mechón suelto de su cabello dorado a su sitio y recobró la compostura.

—Por lo menos uno de nosotros debe ser un hombre.

Y con ese regalo digno de reyes, dio media vuelta y salió de la cámara con la frente bien alta.

Yarvi cerró los puños. O más bien cerró uno y apretó el pulgar izquierdo contra el muñón torcido de su único otro dedo.

—Gracias por los ánimos, madre.

Siempre se enfurecía. Pero nunca antes de que fuera demasiado tarde para aprovecharlo.

Oyó los pasos de su tío al acercarse y su voz suave, como la que podría emplearse con un potrillo asustadizo.

—Sabes que tu madre te quiere.

—¿Ah, sí?

—Pero tiene que ser fuerte. Por ti. Por el reino. Por tu padre.

Yarvi miró el cadáver de su padre y luego el rostro de su tío. Tan parecidos y a la vez tan distintos.

—Gracias a los dioses que estás aquí —dijo con un nudo en la garganta.

Al menos había alguien de la familia que se preocupaba por él.

—Lo siento, Yarvi. De verdad que lo siento. —Odem apoyó la mano en el hombro de su sobrino con un atisbo de lágrimas en los ojos—. Pero Laithlin tiene razón. Debemos hacer lo que sea mejor para Gettlandia. Debemos dejar de lado nuestros sentimientos.

Yarvi suspiró como si expulsara el alma.

—Lo sé.

Sus sentimientos llevaban dejados de lado desde que tenía memoria.

UNA MANERA DE GANAR

—Keimdal, un lance contra el rey.

Yarvi tuvo que sofocar una risita tonta cuando oyó al maestro de armas referirse a él con ese apelativo. Seguro que las cuatro veintenas de jóvenes guerreros que tenía enfrente también intentaban contener la risa. Y si no, tendrían que hacerlo cuando vieran pelear a su nuevo monarca. Pero para entonces, la risa sería sin duda lo que menos preocupara a Yarvi.

Ahora eran súbditos suyos, por supuesto. Sus sirvientes. Sus hombres, todos ellos obligados por juramento a morir a su antojo. Aun así, daban incluso más sensación de ser una hilera de enemigos desdeñosos que cuando se había enfrentado a ellos de niño.

Todavía se sentía como un niño. Más como un niño que nunca.

—Será un honor.

Keimdal no puso cara de sentirse particularmente honrado mientras abandonaba la hilera y entraba en el cuadrado de entrenamiento, moviéndose en su cota de malla con la facilidad de una doncella en camisón. El joven cogió un escudo y una espada de entrenamiento, hecha de madera, e hizo silbar el aire con unos tajos terroríficos. Quizá fuese algo mayor que Yarvi, pero aparentaba cinco años más: le sacaba media cabeza de altura, tenía el pecho y los hombros mucho más amplios y ya lucía una pelusilla rojiza en su prominente mandíbula.

—¿Estáis preparado, mi rey? —murmuró Odem al oído de Yarvi.

—Salta a la vista que no —replicó Yarvi con un susurro.

Pero no tenía escapatoria. El rey de Gettlandia debía ser un buen hijo de la Madre Guerra, por pocas cualidades que tuviera para ello. Tenía que demostrar a los guerreros de más edad, reunidos en torno al cuadrado, que podía ser algo más que una vergüenza manca. Tenía que buscar una manera de ganar. «Siempre hay una manera», acostumbraba decirle su madre.

Sin embargo, pese a sus indiscutibles dones, pese a su mente despierta, su empatía y su voz melodiosa, no se le ocurría ni media.

Aquel día habían trazado el cuadrado de entrenamiento en la playa, de ocho zancadas de largo y con cuatro lanzas clavadas en la arena para marcar las esquinas. Cada día buscaban un terreno distinto para entrenar, ya fuesen peñascos, bosques, ciénagas, los estrechos callejones de Thorlby e incluso el río, pues un hombre de Gettlandia debía estar bien preparado para luchar allí donde se encontrara. O mal, en el caso de Yarvi.

Pero las batallas del mar Quebrado se luchaban sobre todo en sus irregulares costas, por lo que era en ese lugar donde más practicaban, y donde en su día Yarvi había tragado suficiente arena para hacer encallar un barco de guerra. Los veteranos habrían estado dispuestos a entrenar con salmuera hasta las rodillas mientras la Madre Sol caía por detrás de las colinas, pero la marea había dejado solo algunos charcos brillantes al retirarse, y la humedad procedía únicamente de la punzante espuma que traía el aire salado y del sudor que provocaba a Yarvi el desacostumbrado peso de la cota de malla.

Dioses, cómo odiaba esa malla. Cómo odiaba a Hunnan, el maestro de armas que había sido su torturador jefe durante tantos años. Cómo odiaba las espadas y los escudos, cómo detestaba el cuadrado de entrenamiento, cómo despreciaba a los guerreros que lo consideraban su hogar. Y sobre todo, cómo aborrecía su propia mano de chiste, que le impediría para siempre unirse a ellos.

—Vigilad la posición de las piernas, mi rey —dijo Odem en voz baja.

—La posición no es lo que me dará problemas —respondió Yarvi con brusquedad—. Dos pies sí tengo, al menos.

Llevaba tres años sin apenas tocar una espada, pasando la jornada entera en las habitaciones de la madre Gundring, estudiando los usos de las plantas y los idiomas de parajes lejanos. Memorizando los nombres de los dioses menores y cuidando en extremo su caligrafía. El tiempo que él había empleado en aprender a curar heridas, aquellos muchachos —aquellos hombres, comprendió con un regusto amargo en la boca— lo habían dedicado a esforzarse en provocarlas.

Odem le dio ánimos con una palmada en el hombro que estuvo a punto de derribarlo.

—Mantened alto el escudo. Esperad vuestra ocasión.

Yarvi dio un bufido. Si tenía que esperar su ocasión con cada guerrero, estarían allí hasta que la marea los ahogara a todos. Le sujetaron el escudo con

firmeza al antebrazo atrofiado mediante un lastimoso embrollo de correas, y Yarvi asió la manija del escudo con un pulgar y un muñón de dedo mientras ya empezaba a notar cómo le ardía el brazo hasta el hombro solo por el esfuerzo de dejarlo muerto con aquel trasto atado.

—Nuestro rey lleva tiempo sin pisar el cuadrado —advirtió el maestro Hunnan, y luego movió la boca como si las palabras le supieran amargas—. Hoy id con calma.

—¡Intentaré no hacerle demasiado daño! —gritó Yarvi.

Hubo algunas risas, pero le dio la impresión de que tenían un matiz burlesco. En la guerra, los chistes eran mal sustituto de unos tendones fuertes y de una buena mano de escudo. Yarvi miró a Keimdal a los ojos, vio en ellos una confianza despreocupada y trató de convencerse de que hombres con músculos había muchos, pero que los sabios escaseaban. Hasta en el interior de su propio cráneo, la afirmación sonaba hueca.

El maestro Hunnan no había sonreído. No existía chiste ingenioso, crío adorable ni mujer atractiva capaz de curvar aquellos labios de hierro. Se limitó a fijar la mirada en Yarvi igual que había hecho siempre, tan llena de mudo desdén hacia su rey como lo había estado hacia su príncipe.

—¡Empezad! —ladró.

Si la rapidez podía considerarse piedad, fue sin duda un lance piadoso.

El primer golpe cayó sobre el escudo de Yarvi y arrancó la manija de su débil sujeción, de modo que el borde le dio en toda la boca y lo dejó trastabillando. La segunda acometida la desvió con la espada porque debía de quedarle alguna pizca de instinto, aunque rebotó contra su hombro y le entumeció el brazo, pero la tercera ni siquiera la vio venir. Solo sintió un dolor intenso cuando Keimdal le barrió un tobillo del suelo, cayó de espaldas y sus pulmones soltaron todo el aire con un gemido de fuelle roto.

Se quedó tendido un momento, parpadeando. Aún se oían historias de las hazañas sin par que había protagonizado su tío Uthil en el cuadrado. Por lo visto, era posible que las de Yarvi perdurasen el mismo tiempo en el recuerdo, aunque desgraciadamente por motivos muy distintos.

Keimdal clavó su espada en la arena y le ofreció la mano.

—Mi rey.

Lo estaba disimulando mucho mejor que en los viejos tiempos, pero a Yarvi le pareció captar un sesgo burlón en la comisura de sus labios.

—Has mejorado —se obligó a responder con los dientes apretados mientras sacaba la mano mala de aquellas correas inútiles para que Keimdal no tuviera más opción que cogerla si quería ayudarlo a levantarse.

—Vos también, mi rey.

Yarvi notó la repugnancia de Keimdal cuando tocó aquella cosa retorcida, y se aseguró de hacerle unas cosquillas de despedida con el muñón de dedo. Quizá fuera una mezquindad, pero los débiles tenían que contentarse con las pequeñas venganzas.

—He empeorado —murmuró al tiempo que Keimdal regresaba con los suyos—. Por increíble que parezca.

Se fijó en el rostro de una chica que había entre los discípulos más jóvenes. Tendría unos trece años, la mirada pugnaz y un cabello oscuro que le llegaba a la altura de los marcados pómulos. Yarvi supuso que debía agradecer a Hunnan que no la hubiera elegido a ella para darle una paliza. Quizá sería lo siguiente en su ristra de humillaciones.

El maestro de armas movió la cabeza con desprecio mientras daba media vuelta y entonces la rabia se apoderó de Yarvi, implacable como una marea de invierno. Su hermano podía haber heredado toda la fuerza de su padre, pero a él le había tocado una buena porción de la furia.

—¿Va otro lance? —preguntó en tono áspero hacia el otro lado del cuadrado.

Keimdal enarcó las cejas, pero enseguida se encogió de hombros y recuperó la espada y el escudo.

—Si vos lo ordenáis...

—Ya lo creo que sí.

Los hombres más viejos murmuraron entre ellos y el entrecejo de Hunnan se

arrugó aún más. ¿Tendrían que soportar más tiempo aquella farsa indigna? La vergüenza de su rey era la vergüenza de todos ellos, y en Yarvi encontraban vergüenza más que de sobra para padecerla hasta el día en que murieran.

Notó que su tío le cogía el brazo con suavidad.

—Mi rey —dijo en voz baja, suave y reconfortante. Su tío siempre era suave y reconfortante como la brisa en verano—. Quizá no deberíais forzaros demasiado.

—Tienes razón, por supuesto —respondió Yarvi.

La madre Gundring le había dicho una vez que los necios son esclavos de su furia, pero que la furia de un hombre sabio es su herramienta.

—Hurik, lucha en mi nombre.

Se hizo el silencio mientras todas las miradas se volvían hacia el Escudo Elegido de la reina, sentado en la banqueta tallada que lo distinguía como uno de los luchadores más respetados de Gettlandia. El hombretón tenía una gran cicatriz que le bajaba por toda la mejilla y acababa en una línea rala en la barba.

—Mi rey —dijo con voz atronadora a la vez que se levantaba.

Hurik pasó un brazo por la maraña de cintas del escudo caído. Yarvi le entregó su espada; en la mano enorme y llena de cicatrices de Hurik, parecía un juguete. Sus pasos rompieron el silencio mientras ocupaba su puesto enfrente de Keimdal, quien de pronto aparentaba de verdad los dieciséis años que tenía. Hurik se agachó, hundió las botas en la arena, enseñó los dientes y soltó un gruñido belicoso, profundo y palpitante, que fue ganando sonoridad hasta que el cuadrado entero pareció temblar con él, y Yarvi vio la incertidumbre y el miedo en los ojos de Keimdal, como siempre había soñado.

—Empezad —dijo.

El lance fue incluso más rápido que el anterior, pero nadie podría haberlo llamado piadoso.

Había que reconocer que Keimdal se lanzó al ataque con valor, pero Hurik contuvo el golpe con su espada y, mientras los bordes de madera se raspaban, lanzó la pierna como una serpiente a pesar de su tamaño y levantó a Keimdal del suelo. El muchacho gritó conforme caía, pero solo hasta que el borde del escudo de

Hurik dio contra su frente con un impacto sordo y lo dejó medio inconsciente. Hurik, con el ceño fruncido, dio un paso adelante, plantó la bota sobre la mano de la espada de Keimdal y la aplastó contra el suelo. El guerrero gimió, con media mueca rebozada de arena y la otra media ensangrentada por el corte en la frente.

Tal vez las chicas discreparan, pero Yarvi nunca le había visto mejor aspecto.

Entonces dirigió al grupo de guerreros una mirada furibunda, como las que su madre dedicaba a quienes la contrariaban.

—Punto para mí —dijo.

Pisó al otro lado de la espada caída de Keimdal para salir del cuadrado, por una ruta calculada para que el maestro Hunnan tuviera que apartarse con torpeza.

—Habéis estado poco magnánimo, mi rey —dijo su tío Odem ajustándose al paso de Yarvi—. Pero no poco divertido.

—Me alegro de haberte hecho reír —refunfuñó Yarvi.

—Más que reír, me habéis hecho sentir orgullo.

Yarvi miró de reojo y vio que Odem le devolvía la mirada, apacible y atemperada. Su tío siempre era apacible y atemperado como la nieve recién caída.

—Las victorias gloriosas inspiran grandes canciones, Yarvi, pero las victorias sin gloria son igual de buenas una vez que los bardos han terminado con ellas. Las derrotas gloriosas, en cambio, son solo derrotas.

—En el campo de batalla no hay reglas —dijo Yarvi recordando lo que le había dicho su padre cierto día que estaba borracho y aburrido de gritar a los perros.

—Exacto. —Odem pasó su fuerte brazo por los hombros de Yarvi, quien se preguntó cuánto más feliz habría vivido si su tío hubiera sido su padre—. Un rey debe ganar. Todo lo demás es polvo.

ENTRE DIOSES Y HOMBRES

—Madre Sol y Padre Luna, que vuestras luces de oro y plata brillen sobre esta unión entre Yarvi, hijo de Laithlin, e Isriun, hija de Odem...

Las gigantescas estatuas de los seis altos dioses los miraban con sus despiadados ojos granates. Por encima de ellos, en unas hornacinas que bordeaban la cúpula del techo, relucían las figuras de ámbar de los dioses menores. Todos ellos estaban juzgando la valía de Yarvi, y sin duda encontrándolo tan deficiente como se encontraba él mismo.

Cerró su mano atrofiada e intentó ocultarla bajo la manga. En el Salón de los Dioses todos sabían a la perfección lo que tenía al final del brazo. O lo que no tenía.

Aun así él procuraba que no se viera.

—Madre Mar y Padre Tierra, concededles vuestras cosechas y vuestra abundancia, y haced que gocen de buena suertedeclima y buena suertedearmas...

En el centro del salón había una tarima sobre la que se hallaba la Silla Negra. Era una reliquia élfica de tiempos anteriores a la Ruptura de la Diosa, forjada con artes perdidas a partir de una sola pieza de metal negro, de fuerza y delicadeza imposibles y sin una sola rayadura a pesar de los años transcurridos, que eran muchos.

—Madre Guerra y Padre Paz, concededles la fuerza para enfrentarse a lo que les depare el destino...

Yarvi había esperado hacerse clérigo, renunciar a tener esposa e hijos sin pensarlo dos veces. Besar la anciana mejilla de la abuela Wexen cuando superase la prueba era lo más cerca que había esperado estar del romanticismo. Ahora debía compartir su vida, por miserable que fuese, con una chica a la que apenas conocía.

La palma de la mano de Isriun sudaba contra la suya, dentro de la tela sagrada que las envolvía juntas en un fardo incómodo. Estaban agarrados entre ellos, empujados hacia el otro por deseo de sus padres y atados por las necesidades de Gettlandia, pero seguía dando la sensación de que existía un abismo inabarcable entre los dos.

—Oh, Aquel Que Germina La Simiente, concédeles una progenie sana...

Yarvi sabía lo que estaba pensando hasta el último invitado: «Y no una progenie tullida, no una progenie manca». Aventuró una mirada de reojo hacia la muchacha menuda, delgada y rubia que en un principio iba a casarse con su hermano. Parecía temerosa y un poco mareada. Pero ¿cómo no iba a estarlo si se veía obligada a casarse con medio hombre?

Aquella situación era la segunda mejor alternativa para todo el mundo. Un día de celebración que todos lamentarían. Una concesión trágica.

—Oh, Aquella Que Protege Las Cerraduras, mantén a salvo su hogar...

El único que estaba disfrutando era Brinyolf, el tejedor de plegarias. Había hilvanado una bendición grandilocuente para el compromiso entre Isriun y el hermano de Yarvi, y ahora, para su propio deleite ya que no para el de ella, tenía la ocasión de componer otra. Su voz siguió con el sonsonete, exhortando a los altos dioses y los dioses menores para que les concedieran fertilidad en sus tierras y obediencia por parte de sus esclavos, y no habría sorprendido a nadie que lo siguiente fuese elevar una súplica por la regularidad en sus intestinos. Yarvi encorvó los hombros, lastrado por una de las pesadas pieles que había llevado siempre su padre, y sintió auténtico pavor ante lo mucho que Brinyolf podía prolongar su bendición el día de la boda en sí.

—¡Oh, Portadora del Aguamanil, vierte la prosperidad en esta real pareja, en sus progenitores y en sus súbditos, y en Gettlandia entera!

El tejedor de plegarias se retiró dando un paso atrás, orgulloso como un padre primerizo, mientras su barbilla se fundía con su grasienta papada.

—Seré breve —dijo la madre Gundring con solo una fugaz mirada cómplice a Yarvi, que dejó escapar un resoplido al contener la risa, vio puestos en él los ojos fríos como el mar de invierno de su madre y ya no tuvo que contener una segunda—. Un reino se sostiene sobre dos bases. Ya tenemos un rey fuerte. —Nadie estalló en carcajadas; una compostura admirable—. Pronto, dioses mediante, también tendremos una reina fuerte.

Yarvi se percató de que a Isriun le palpitaba el cuello al tiempo que tragaba saliva.

La madre Gundring hizo acercarse a la madre de Yarvi y a su tío Odem, el

único que parecía contento de asistir a la ceremonia, para que dieran su consentimiento poniendo las manos sobre el fardo de tela. Después, con cierto esfuerzo, alzó su báculo, todo brillantes tubos y varas del mismo metal élfico que la Silla Negra, y proclamó:

—¡Están comprometidos!

Ya estaba hecho. A Isriun nadie le había pedido su opinión sobre el asunto, como tampoco a Yarvi. Las opiniones de los reyes no parecían despertar demasiado interés. O al menos, no la de ese en concreto. Las cien personas o más que había presentes cumplieron tributándoles un aplauso contenido. Los hombres, que encabezaban varias de las principales familias de Gettlandia y lucían oro en la empuñadura de la espada y la hebilla de la capa, se aporrearon el amplio pecho en señal de satisfacción. Las mujeres, de pelo brillante por el aceite recién aplicado, con la llave de su casa colgada al cuello en su mejor cadena enjoyada, hicieron tabalear recatadamente los dedos en la palma de la mano.

La madre Gundring desenvolvió la tela sagrada que rodeaba sus manos y Yarvi apartó con ansia la suya, rosada como si la hubieran acribillado a picaduras y entumecida. Aunque Yarvi no había hecho más méritos que quedarse allí plantado y cantar unas promesas que apenas entendía, su tío le agarró los hombros y le dijo al oído:

—¡Muy bien hecho!

Los invitados fueron saliendo del salón ordenadamente, y Brinyolf cerró tras él los portones con un estruendo que provocó ecos, dejando a Isriun y Yarvi solos con los dioses, la Silla Negra, el peso de su futuro incierto y un silencio tan prolongado como incómodo.

Isriun, que se estaba frotando con suavidad la mano que había sostenido la de Yarvi, miraba al suelo. Él la imitó, aunque allí abajo no hubiera nada demasiado interesante. Carraspeó. Se ajustó el cinto de la espada, que aún se le hacía incómodo. Intuyó que nunca se acostumbraría a él.

—Lo siento —dijo por fin.

Ella levantó la mirada y un ojo brilló en la densa oscuridad.

—¿Qué es lo que sientes? —Y entonces se acordó de añadir, con timidez—: Mi rey.

Yarvi estuvo a punto de responder: «Que vayas a casarte con un medio hombre», pero cambió de idea en el último instante.

—Que mi familia te esté haciendo circular como la copa del día del banquete.

—El día del banquete todos se alegran de que les llegue la copa —dijo Isriun con una tímida sonrisa amarga—. Soy yo la que debería sentirlo. ¿Me imaginas de reina? —Y sopló como si no pudiera haber una broma más ridícula.

—¿Me imaginas de rey?

—Ya eres rey.

Yarvi parpadeó al oírlo. Se había obsesionado tanto con sus defectos que ni se le había ocurrido que ella pudiera obsesionarse por los propios. La idea, como a veces puede ocurrir con la desgracia ajena, sirvió para animarlo un poco.

—Y tú te encargas de la casa de tu padre. —Miró la llave dorada que llevaba colgada al pecho—. No es poca cosa.

—Pero ¡la reina se encarga de los asuntos del país entero! Todo el mundo dice que tu madre es una maestra. ¡Laithlin, la Reina Dorada! —Pronunció el nombre como si fuese un conjuro mágico—. Afirman que se le deben mil veces mil favores y que estar en deuda con ella es motivo de orgullo. Cuentan que entre los mercaderes su palabra vale más que el oro, porque el oro puede depreciarse pero su palabra no. Aseguran que algunos comerciantes del lejano norte han renunciado a adorar a los dioses y que, en su lugar, la adoran a ella. —Hablaba cada vez más deprisa, con los ojos muy abiertos, no dejaba de morderse las uñas y se tiraba de una de sus delgadas manos con la otra—. Corre el rumor de que pone huevos de plata.

Yarvi tuvo que reírse.

—Estoy bastante convencido de que eso último es mentira.

—Pero ha construido graneros, ha excavado canales y ha puesto más tierra bajo el arado para que no vuelva a haber hambrunas y nadie tenga que echar a suertes si ha de embarcarse en busca de un nuevo hogar. —Los hombros de Isriun fueron alzándose mientras hablaba hasta que le quedaron al nivel de las orejas—. Y como la gente llega a Thorlby desde todo el mundo para comerciar, la ciudad ha

triplicado su tamaño y ha crecido más allá de las murallas, y tu madre ha levantado otras murallas y también las ha sobrepasado.

—Es verdad, pero...

—He oído que tiene un plan grandioso para acuñar monedas que sean todas del mismo peso, y esas monedas circularán de extremo a extremo la cuenca del mar Quebrado, ¡así que la totalidad de los negocios se harán con su rostro, y acabará siendo más rica que el Alto Rey en Casa Skeken! ¿Cómo voy a hacer... yo... algo parecido? —Isriun dejó caer los hombros y dio un golpecito a la llave de su pecho para que se balanceara en la cadena—. ¿Cómo puede alguien como yo...?

—Siempre hay una manera. —Yarvi atrapó la mano de Isriun antes de que pudiera volver a morderse sus uñas menguantes—. Mi madre te ayudará. Es tu tía, al fin y al cabo.

—¿Que ella me ayudará a mí? —En lugar de retirar la mano, Isriun atrajo a Yarvi hacia ella—. Puede que tu padre fuese un gran guerrero, pero me parece que la que da más miedo es ella.

Yarvi sonrió, si bien no hizo ningún esfuerzo por negarlo.

—Tú has tenido más suerte —dijo—. Mi tío siempre es tranquilo como el agua en un día de calma.

Isriun lanzó una mirada inquieta hacia las puertas.

—No conoces a mi padre tan bien como yo.

—Entonces... te ayudaré yo. —Durante la media mañana que había tenido su mano en la de él, podría haber sido un pez muerto. En aquel momento la notaba completamente distinta, fuerte, fresca y muy viva—. ¿No está para eso el matrimonio?

—No solo para eso.

De pronto Yarvi la percibió muy cerca, con la escasa luz reflejada en el blanco de sus ojos y los dientes brillando en sus labios entreabiertos.

Desprendía un olor ni dulce ni amargo para el que no encontraba nombre, y a pesar de que era tenue, se le aceleró el corazón.

No sabía si debía cerrar los ojos, pero entonces ella los cerró, así que él también, y hubo una torpe colisión de narices.

El aliento de Isriun le hizo cosquillas en la cara, y Yarvi se sonrojó al instante. Sintió un calor aterrador.

Sus labios apenas rozaron los suyos, y entonces él se apartó con toda la dignidad de un conejo asustado, tropezó con la espada y estuvo a punto de dar con los huesos en el suelo.

—Lo siento —dijo Isriun, retrayéndose de nuevo y bajando la mirada.

—Soy yo quien ha de sentirlo. —Para ser rey, Yarvi dedicaba mucho tiempo a disculparse—. Soy el hombre que más lo siente de toda Gettlandia. Seguro que mi hermano te dio un beso mejor. Tendría más práctica... supongo.

—Lo único que hacía tu hermano era hablar de las batallas que ganaría —dijo ella con un hilo de voz, como hablando con sus pies.

—Conmigo no has de preocuparte por eso.

Yarvi no habría sabido explicar lo que hizo a continuación. Quizá quisiera sobresaltarla, o vengarse por el beso fallido, o solo ser sincero. Levantó su mano deforme y la movió para sacarla de la manga, de forma que su fealdad se alzara en toda su gloria entre ellos.

Esperaba que Isriun se encogiese, palideciese o retrocediese, pero lo único que hizo fue mirar la mano con expresión pensativa.

—¿Te duele?

—La verdad es que no. A veces.

La joven extendió un brazo, pasó los dedos por sus nudillos huesudos y apretó la palma retorcida con el pulgar. Yarvi se quedó sin respiración. Nadie había tocado nunca aquella mano como si solo fuera una mano, un pedazo de carne sensible como cualquier otro.

—He oído que venciste a Keimdal en el cuadrado, de todas formas —dijo.

—Solo di la orden. Sé desde hace mucho que no soy muy bueno en las

peleas justas.

—Un guerrero lucha —replicó ella mirándolo a los ojos—. Un rey ordena.

Con una sonrisa, tiró de Yarvi por los escalones de la tarima. Él la acompañó sin ganas, porque aunque aquel salón fuese suyo, con cada paso se sentía más y más como un intruso.

—La Silla Negra —murmuró cuando llegaron a ella.

—Tu silla —dijo Isriun, y para horror de su prometido pasó las yemas de los dedos por el metal perfecto del brazo con un siseo que le puso la piel de gallina—. Cuesta creer que sea lo más viejo que hay aquí. Creada por manos élficas antes de la Ruptura del Mundo.

—¿Te interesan los elfos? —preguntó él con voz de pito, aterrorizado y ansioso por distraerla antes de que lo obligara a tocar la silla o, peor aún, a sentarse en ella.

—He leído todos los libros que tiene la madre Gundring sobre ellos —respondió Isriun.

Yarvi parpadeó.

—¿Tú lees?

—Estudié un tiempo para ser clériga. Fui aprendiz de la madre Gundring antes que tú. Me esperaba una vida de libros, plantas y palabras suaves.

—No me lo había contado. —Resultaba que tenían más en común de lo que había creído.

—Pero entonces me prometieron a tu hermano y lo otro se acabó. Debemos hacer lo que sea mejor para Gettlandia.

Dieron casi el mismo suspiro casi al mismo tiempo.

—Eso me dice todo el mundo —respondió Yarvi—. Los dos hemos perdido la Clerecía.

—Pero nos hemos ganado uno al otro. Y hemos ganado esto. —Los ojos de

Isriun brillaron mientras hacía una última caricia a la curva perfecta del brazo de la Silla Negra—. No es poca cosa, como regalo de boda. —Sus dedos ligeros saltaron del metal al dorso de la mano de Yarvi, que descubrió que le gustaba mucho tenerlos allí—. Se supone que debemos poner fecha a la boda.

—Tan pronto como vuelva —dijo él con la voz un poco ronca.

Isriun dio un último apretón a la mano deforme de Yarvi antes de soltarla.

—Os exigiré un beso mejor cuando regreséis victorioso, mi rey.

Al tiempo que la veía alejarse, Yarvi casi se alegró de que ninguno de los dos hubiera entrado en la Clerecía.

—¡Procuraré no tropezar con la espada! —exclamó mientras la joven llegaba a las puertas.

Isriun le lanzó al salir una sonrisa por encima del hombro, con la luz del sol brillando en su cabello. Entonces las puertas se cerraron suavemente, dejando a Yarvi como un náufrago en la tarima, en el centro de aquel salón vasto y silencioso, con unas dudas que empequeñecían a los altos dioses que tenía encima. Le costó un esfuerzo atroz volver la cabeza de nuevo hacia la Silla Negra.

¿De veras podría ocuparla, sentarse entre dioses y hombres? ¿Él, que apenas se atrevía a tocarla con el amasijo de carne al que llamaba mano? Se obligó a estirar el brazo, con la respiración entrecortada. Se obligó a posar su única yema temblorosa en el metal.

Helado y pétreo. Tal como debía ser un rey.

Tal como había sido el padre de Yarvi, sentado en ella con su Círculo Real sobre las cejas fruncidas. Sus manos llenas de cicatrices agarradas a los brazos de la silla, nunca lejos de su alcance la empuñadura de su espada, la misma espada que ahora colgaba del cinto de Yarvi y lo desequilibraba con su peso.

«Yo no pedí tener medio hijo.»

Y Yarvi se apartó de la silla vacía con menos dignidad incluso que cuando su padre la ocupaba. No se dirigió a las puertas del Salón de los Dioses y a la multitud que esperaba fuera, sino hacia la estatua del Padre Paz que estaba al fondo. Se pegó a la piedra e introdujo los dedos en la grieta que había junto a la

pierna gigante del patrono de los clérigos. La puerta oculta se abrió sin hacer ruido y Yarvi, como un ladrón a la fuga después de dar un golpe, pasó a la oscuridad del otro lado.

La ciudadela estaba surcada por infinidad de caminos secretos, pero en ningún lugar empezaban tantos como en el Salón de los Dioses. Había pasadizos bajo el suelo, detrás de las paredes y hasta en el interior de la misma cúpula. Los clérigos de antaño los habían utilizado para insinuar al pueblo la voluntad de los dioses con algún milagrillo de vez en cuando: plumas que cayeran del techo o tal vez humo que surgiera desde detrás de las estatuas. En una ocasión había llovido sangre sobre los reacios guerreros de Gettlandia mientras su rey los llamaba a la batalla.

Los pasadizos eran oscuros y estaban llenos de sonidos, pero Yarvi no los temía. Los túneles eran sus dominios desde hacía mucho tiempo. En aquella oscuridad se había ocultado de la ardiente ira de su padre. Y del aplastante amor de su hermano. Y de la gélida decepción de su madre. Sabía cómo recorrer la ciudadela de un extremo a otro sin salir ni una sola vez a la claridad del día.

Allí conocía todos los caminos, como era obligación de todo buen clérigo.

Allí estaba a salvo.

PALOMAS

El palomar coronaba una de las torres más altas de la ciudadela, cubierto completamente por siglos de excrementos, y por sus muchas ventanas se colaba un viento helado.

Como aprendiz de la madre Gundring, había sido tarea de Yarvi dar de comer a las palomas. Darles de comer, enseñarles los mensajes que debían repetir y contemplar cómo aleteaban hacia el cielo para llevar noticias, propuestas y amenazas a otros clérigos a lo largo y ancho del mar Quebrado.

Ahora, desde las muchas jaulas que cubrían las paredes, lo contemplaban ellas a él, pero no solo las palomas sino también una enorme águila de plumas broncíneas que debía de haber traído un mensaje de Casa Skeken procedente del Alto Rey. En todas las tierras que bordeaban el mar Quebrado ya no había otra persona con derecho a dar órdenes a Yarvi. Y sin embargo, allí estaba sentado, con la espalda apoyada en la pared repleta de manchas, rascándose la uña de su mano deforme, enterrado bajo un túmulo de exigencias que nunca podría complacer.

Siempre había sido débil, pero no se había sentido desvalido de verdad hasta que lo proclamaron rey.

Oyó pasos en los escalones y al poco la madre Gundring se agachó para entrar por la puerta baja, resollando.

—Ya pensaba que no vendrías nunca —dijo Yarvi.

—Mi rey —respondió la vieja clériga cuando recuperó el aliento—. Se te esperaba frente al Salón de los Dioses.

—¿Los túneles no están hechos para que un rey escape?

—De enemigos armados. De tu familia y tus súbditos, por no mencionar a tu futura esposa, no tanto. —Miró el techo abovedado, donde los dioses, representados allí como aves, se elevaban hacia un cielo brillante—. ¿Planeabas salir volando?

—Puede que hacia Catalia, o a la tierra de los alyukos, remontando el río Divino hasta Kalyiv. —Yarvi se encogió de hombros—. Pero si no tengo ni dos

manos buenas, ya ni hablemos de alas.

La madre Gundring asintió con la cabeza.

—Al final, todos debemos ser lo que somos.

—¿Y qué soy yo?

—El rey de Gettlandia.

Yarvi tragó saliva, consciente de lo decepcionada que tenía que sentirse, de lo decepcionado que se sentía él mismo. En las canciones, los reyes pocas veces se arrastraban huyendo de su propio pueblo. Al apartar la mirada vio al águila, gigantesca y serena en su jaula.

—¿La abuela Wexen ha enviado un mensaje?

—Mensaje —repitió una paloma con su espeluznante imitación de voz—. Mensaje. Mensaje.

La madre Gundring miró con preocupación al águila, que seguía inmóvil como un trofeo disecado.

—Vino de Casa Skeken hace cinco días. La abuela Wexen preguntaba cuándo llegarías para la prueba.

Yarvi recordó la única vez que había visto a la Primera Entre Clérigos, en una visita del Alto Rey a Thorlby hacía unos años. El Alto Rey le había dado la impresión de ser un viejo ceñudo y avaricioso, ofendido por todo. La madre de Yarvi había tenido que apaciguarlo cuando alguien no se inclinó como a él le gustaba. Al hermano de Yarvi le había hecho gracia que aquel pequeñín debilucho y medio calvo gobernara el mar Quebrado, pero dejó de reír en cuanto vio la cantidad de guerreros que traía consigo. El padre de Yarvi se había puesto hecho una furia porque el Alto Rey se llevó regalos y no hizo ninguno. La madre Gundring había chasqueado la lengua antes de decir: «Cuanto más rico es un hombre, más riquezas anhela».

La abuela Wexen casi no se había apartado de su lugar junto al Alto Rey ni había dejado de sonreír como una abuelita amable. Cuando Yarvi se arrodilló ante ella, la mujer miró su mano deforme y se inclinó para susurrarle: «Mi príncipe, ¿habéis sopesado la idea de entrar en la Clerecía?», y por un instante él entrevió un

brillo de voracidad en su mirada que lo aterrorizó más que todos los guerreros malcarados del Alto Rey.

—¿A qué viene tanto interés de la Primera Entre Clérigos? —dijo en voz baja, tragándose un regusto al miedo de aquel día.

La madre Gundring levantó los hombros.

—No todos los días un príncipe de sangre real se une a la Clerecía.

—Seguro que se llevó el mismo chasco que todos al saber que al final me quedaba con la Silla Negra.

—La abuela Wexen tiene la sabiduría de valerse con lo que los dioses le envían. Como debemos hacer todos.

Yarvi paseó la mirada por las demás jaulas, buscando una distracción. Por implacables que fuesen los ojos de las aves, se soportaban mejor que los de sus desencantados súbditos.

—¿Qué paloma trajo el mensaje de Grom-gil-Gorm?

—La envié de vuelta a Vansterlandia, a su clériga, la madre Scaer, con el asentimiento de tu padre a parlamentar.

—¿Dónde iba a producirse el encuentro?

—En la frontera, cerca del pueblo de Amwend. Tu padre no llegó a su destino.

—¿Sufrió la emboscada dentro de Gettlandia?

—Eso parece.

—No era nada propio de mi padre tener tantas ganas de acabar una guerra.

—Guerra —graznó una paloma—. Acabar una guerra.

La madre Gundring frunció el ceño al suelo manchado de gris.

—Le aconsejé yo que fuese. El Alto Rey ha pedido que se envainen todas las

espadas hasta que esté terminado su templo a la Diosa Única. Ni se me ocurrió que un salvaje como Grom-gil-Gorm pudiese traicionar el sacro juramento que había pronunciado. —Cerró un puño, como si quisiera pegarse a sí misma, y luego abrió la mano poco a poco—. La tarea de un clérigo es allanar el camino del Padre Paz.

—Pero ¿mi padre no llevaba hombres? ¿Había...?

—Mi rey... —La madre Gundring lo miró con severidad—. Tenemos que bajar.

Yarvi tragó saliva mientras su estómago pugnaba por enviarle baba amarga a la boca.

—No estoy preparado.

—Nadie lo está nunca. Tu padre no lo estaba.

Yarvi emitió un sonido a medio camino entre una carcajada y un sollozo, y se secó las lágrimas con el dorso de su mano mala.

—¿Mi padre lloró después de su compromiso con mi madre?

—Pues mira, sí —dijo la madre Gundring—. Durante varios años. Ella, en cambio...

Y a Yarvi se le escapó una risotada, muy a su pesar.

—Mi madre es aún más tacaña con las lágrimas que con el oro. —Miró a la mujer que había sido su maestra y que sería su clériga, observó aquella cara llena de arrugas amables, aquellos ojos brillantes cargados de preocupación, y solo después supo que había susurrado—: Has sido como una madre para mí.

—Y tú como un hijo para mí. Lo lamento, Yarvi. Lamento todo esto, pero... este es el bien mayor.

—El mal menor. —Yarvi se frotó el muñón de dedo y parpadeó mientras levantaba la cabeza hacia las aves, las muchas palomas y la enorme águila—. ¿Ahora quién les dará de comer?

—A alguien encontraré. —Y la madre Gundring le ofreció su delgada mano para ayudarlo a levantarse—. Mi rey.

PROMESAS

Fue una ceremonia grandiosa.

Muchas familias poderosas de los confines de Gettlandia se enfurecerían al haber tenido noticia de la muerte del rey Uthrik cuando faltaba tan poco para sus exequias, lo que les negaba la oportunidad de exhibir su importancia en un acontecimiento que perduraría largo tiempo en el recuerdo.

Sin duda al todopoderoso Alto Rey, sentado en su alta silla de Casa Skeken, por no mencionar a la omnisciente abuela Wexen a su lado, les haría muy poca gracia no haber recibido invitación, como señaló la madre Gundring con perspicacia. La respuesta de la madre de Yarvi, pronunciada entre dientes apretados, fue:

—Su furia es polvo para mí.

Quizá Laithlin ya no fuera reina, pero no había otra palabra que pudiera definirla. Hurik aún se alzaba corpulento y silencioso junto a ella, pues el juramento que lo ataba a su servicio duraría toda la vida. Cuando Laithlin hablaba, era como si sus órdenes ya estuvieran cumplidas.

La procesión partió del Salón de los Dioses y cruzó el patio de la ciudadela, cubierto de hierba y testigo de los muchos fracasos de Yarvi, bajo las ramas del gran cedro donde su hermano se burlaba de él por no ser capaz de encaramarse a ellas.

Yarvi caminaba al frente del cortejo, por supuesto, con su madre a su lado haciéndole sombra en todos los sentidos y la madre Gundring detrás, afanándose por mantener el paso con ayuda de su báculo. Odem encabezaba la casa del rey, compuesta por guerreros y mujeres vestidos con sus mejores galas. Al final desfilaban los esclavos con el traqueteo de sus collares de hierro y los ojos puestos en el suelo, donde debían estar.

Mientras cruzaban el único túnel de acceso, Yarvi levantó la mirada, nervioso, y vio la base de la Puerta de los Alaridos brillando en la oscuridad, dispuesta a caer y aislar la ciudadela de un ataque enemigo. Se decía que solo se había cerrado en una ocasión, mucho antes de que él naciera, pero no por ello

Yarvi había dejado de estremecerse siempre que pasaba por debajo. Que un solo alfiler sostuviera el peso de una montaña en cobre bruñido podía causar ese efecto.

Sobre todo en alguien que estaba a punto de incinerar a la mitad de su familia.

—Lo estáis haciendo bien —le susurró al oído Odem a Yarvi.

—Estoy andando.

—Andáis como un rey.

—Soy un rey y estoy andando. ¿Cómo iba a ser de otra manera?

Su tío sonrió.

—Bien dicho. Mi rey.

Por encima del hombro de Odem, Yarvi vio que Isriun también le sonreía, con el reflejo de la llama de su antorcha en los ojos y en la cadena que llevaba al cuello. Muy pronto, en esa cadena estaría la llave del tesoro de Gettlandia y ella sería reina, su reina; la perspectiva fue una esperanza que apaciguó sus temores, un chispazo en la oscuridad.

Todos llevaban antorchas. Componían una serpiente de luces que cruzaba la penumbra creciente, aunque el viento había apagado la mitad de ellas para cuando la procesión cruzó las puertas de la ciudad y salió a la ladera pelada.

El barco del rey era el mejor del concurrido puerto de Thorlby, con sus veinte remos a cada costado y sus orgullosas proa y popa, tan elaboradas como cualquier talla que pudiera encontrarse en el Salón de los Dioses. Un grupo de guerreros tuvo el honor de arrastrar la nave hasta el lugar que debía ocupar entre las dunas, y su quilla dejó una zanja serpenteante en la arena. Era el mismo barco sobre el que el rey Uthrik había cruzado el mar Quebrado en su famosa incursión a Sagenmarca, el mismo barco que había regresado triunfante y perezoso a causa del peso de los esclavos y el pillaje.

Tendieron los cuerpos blanquecinos del rey y su heredero en cubierta, sobre sendos lechos de hermosas espadas, pues el renombre de Uthrik como guerrero solo había tenido rival en el de su hermano, el difunto Uthil. Yarvi no podía quitarse de la cabeza que todo aquello únicamente demostraba que los grandes

guerreros no mueren mejor que los demás hombres.

Y que suelen hacerlo antes.

Colocaron ricas ofrendas en torno a los cadáveres, dispuestas al modo que el tejedor de plegarias consideraba que más complacería a los dioses. Armas y armaduras que el rey se había cobrado en batalla, brazaletes de oro, monedas de plata; tesoros que se amontonaban brillantes. Yarvi dejó un cáliz enjoyado en las manos de su hermano; su madre rodeó los hombros del rey caído con una capa de blanco pelo, le puso una mano en el pecho y se quedó un momento con la mirada baja y los dientes apretados hasta que Yarvi dijo:

—¿Madre?

Laithlin se volvió sin pronunciar palabra y lo llevó a las sillas dispuestas en la ladera mientras la brisa azotaba la hierba marrón que pisaban. Yarvi se removió, buscando una postura cómoda en aquel asiento duro y alto. A la derecha tenía a su madre, inmóvil bajo la sombra del corpulento Hurik tras ella, y a su izquierda a la madre Gundring sentada en una banqueta, con los nudillos marcados en torno al báculo de retorcido metal élfico, vivo con el reflejo de las llamas de las crepitantes antorchas.

Yarvi se sentaba entre sus dos madres: la que creía en él y la que lo había dado a luz.

La madre Gundring se inclinó en su dirección y le dijo en voz baja:

—Lo siento, mi rey. Esto no es lo que quería para vos.

Yarvi no podía permitirse mostrar la menor debilidad.

—Todos debemos valernos con lo que los dioses nos envían —respondió—. Hasta los reyes.

—Sobre todo los reyes —dijo su madre con voz áspera, e hizo la señal.

Dos docenas de caballos fueron conducidas hasta el barco, sus cascos repicando contra la madera, y los sacrificaron a todos para bañar la cubierta con su sangre. Los presentes convinieron en que la Muerte abriría la Última Puerta al rey Uthrik y a su hijo con respeto y que se les reconocería la grandeza entre los difuntos.

Odem se separó de las filas de guerreros dispuestas en formación de batalla y cruzó la arena con una antorcha. Su malla plateada, su casco alado y su capa roja aleteando le daban el aspecto de un auténtico hijo, hermano y tío de reyes. Hizo una solemne inclinación de cabeza hacia Yarvi, que este le devolvió mientras notaba que su madre le cogía la mano derecha y se la apretaba fuertemente.

Odem bajó la antorcha a la yesca empapada de brea. Las llamas tardaron poco en conquistar el barco entero, arrancando un único y pesaroso gemido a los ricos y los poderosos congregados en los altos terraplenes frente a las murallas de Thorlby, a los artesanos y los mercaderes por debajo de ellos, a los extranjeros y los campesinos más abajo, así como a los mendigos y los esclavos repartidos entre los pocos recovecos protegidos del viento, cada cual en el lugar que los dioses le habían designado.

Y Yarvi tuvo que sofocar un gemido propio al comprender, de repente, que su padre no volvería nunca y que de verdad tendría que ser rey, desde ese momento hasta que las llamas lo consumieran también a él.

Se quedó sentado con la espada desenvainada sobre las rodillas, frío y mareado, hasta que el Padre Luna hizo acto de presencia y salieron sus hijas, las estrellas, mientras la luz del barco en llamas —y de las ofrendas en llamas y de su familia en llamas— teñía de naranja el rostro del centenar de centenares de asistentes y se repartía por los edificios de piedra de la ciudad, las chabolas apiñadas contra las murallas y las torres de la ciudadela en la cima de la colina. La ciudadela de Yarvi, aunque él siempre había pensado que se parecía más a una cárcel.

Mantenerse despierto le exigió un esfuerzo heroico. Yarvi apenas había dormido la noche anterior, ni ninguna desde que le habían puesto el Círculo Real en la frente. Las sombras que poblaban los fríos recovecos del enorme dormitorio de su padre parecían rebosar temor, y la tradición dictaba que no tuviera puerta a la que echar pestillo, pues el rey de Gettlandia es uno con su tierra y su pueblo y no debe esconderles nada.

Los secretos y las puertas en el dormitorio eran lujos reservados a personas con más suerte que los reyes.

Hombres orgullosos vestidos para la batalla y dignas mujeres con sus pulidas llaves al cuello, algunos de los cuales no habían dado más que problemas al rey Uthrik en vida, desfilaron ante Yarvi y su madre para estrecharles con fuerza

las manos, entregarles llamativos regalos funerarios y glosar con frases pomposas las grandes gestas del rey muerto. Muchos lamentaban que Gettlandia nunca fuese a ver a otros como él, antes de recordar con quién hablaban, inclinarse y farfullar: «Mi rey», sin duda rumiando tras sus sonrisas cómo beneficiarse de que aquel enclenque manco ocupara la Silla Negra.

Entre Yarvi y su madre solo pasaba algún susurro de vez en cuando: «Endereza la espalda. Eres el rey. No te disculpes. Eres el rey. Colócate bien la hebilla de la capa. Eres el rey. Eres el rey. Eres el rey...». Como si Laithlin intentara convencer al mismo tiempo a Yarvi, a ella misma y al mundo contra toda evidencia.

Aunque el mar Quebrado nunca hubiera visto a una comerciante tan astuta, Yarvi dudaba que su madre pudiera colocar aquella mercancía.

Permanecieron allí hasta que las llamas se hicieron rescoldos, la quilla tallada en forma de dragón se desmenuzó en ascuas y la primera mancha fangosa del amanecer ensució las nubes, relució en la cúpula de cobre del Salón de los Dioses e hizo graznar a las gaviotas. Entonces la madre de Yarvi dio una palmada y los esclavos de tintineantes cadenas se pusieron a excavar tierra y a arrojarla sobre la pira, todavía humeante, para alzar un gran túmulo que rivalizaría con el de Uthil, el tío de Yarvi al que se tragó una tormenta, y el de su abuelo Brevaer, y el de su bisabuelo Angulf Piehendido. Los montículos cubiertos de hierba se extendían por las dunas de la orilla hasta donde alcanzaba la vista, fundiéndose con la niebla de un tiempo anterior a que Aquella Que Escribe confiara a las mujeres el don de las letras y los clérigos atraparan los nombres de los difuntos en sus grandes libros.

Entonces la Madre Sol mostró su rostro cegador y el agua pareció arder. Pronto se retiraría la marea, llevando consigo los muchos barcos que esperaban varados en la arena, con sus popas afiladas para poder escabullirse tan deprisa como atracaban, listas para llevar hasta Vansterlandia a los guerreros que se vengarían de Grom-gil-Gorm.

Odem subió la colina con la mano firme en torno al puño de su espalda y su sonrisa tranquila reemplazada por la expresión adusta de un guerrero.

—Ha llegado el momento —dijo.

Yarvi se levantó, pasó al lado de su tío y alzó su filo prestado, tragándose el

miedo para rugir al viento, tan fuerte como pudo.

—¡Yo, Yarvi, hijo de Uthrik y Laithlin, rey de Gettlandia, pronuncio un juramento! ¡Pronuncio un juramento-sol y un juramento-luna! Lo juro ante Aquella Que Juzga, ante Aquel Que Recuerda y ante Aquella Que Tensa El Nudo. A mi hermano, mi padre y mis antepasados aquí enterrados pongo por testigos. A Aquel Que Observa y Aquella Que Escribe pongo por testigos. A todos vosotros os pongo por testigos. Y que mi palabra se torne cadena que me ate y anhelo que me empuje. ¡Me vengaré de los asesinos de mi padre y mi hermano! ¡Lo juro!

Los guerreros reunidos golpearon sus cascos con las lengüetas de sus hachas, sus escudos pintados con los puños y al Padre Tierra con sus botas para expresar una sombría aprobación.

El tío de Yarvi arrugó la frente.

—Es un juramento pesado, mi rey.

—Seré medio hombre —dijo Yarvi al tiempo que trataba de devolver la espada a su vaina forrada de piel de oveja—, pero puedo hacer un juramento entero. Por lo menos a los hombres les ha gustado.

—Son hombres de Gettlandia —dijo Hurik—. Lo que les gusta son los actos.

—A mí me ha parecido un buen juramento. —Isriun estaba cerca, con su cabello rubio ondeando a un lado a causa del viento—. Un juramento regio.

Yarvi descubrió que se alegraba mucho de verla allí. Deseó que no hubiera nadie más para poder besarla de nuevo, esa vez esforzándose un poco más. Pero lo único que pudo hacer fue sonreír y medio levantar su media mano en un torpe gesto de despedida.

Habría tiempo para los besos cuando volvieran a encontrarse.

—Mi rey. —Casi parecía que los ojos de la madre Gundring, siempre secos por el mucho humo, polvo o viento que les entraba, estaban conteniendo unas lágrimas—. Que los dioses os concedan buena suertedeclima y mejor suertedearmas.

—No os preocupéis, mi clériga —respondió Yarvi—. Siempre cabe la posibilidad de que sobreviva.

Su verdadera madre no derramó lágrimas. Lo único que hizo fue ceñirle una vez más la hebilla de la capa, que se había vuelto a torcer, y decir:

—Yérguete como un rey, Yarvi. Habla como un rey. Lucha como un rey.

—Soy un rey —dijo él aunque lo sintiera como la mayor de las mentiras. Y con un nudo en la garganta se obligó a añadir—: Haré que te enorgullezcas de mí.

Aunque nunca había sabido cómo hacerlo.

Pero mientras se dejaba guiar por el delicado timón de la mano de su tío en el hombro, mientras los guerreros formaban serpientes de brillante acero en su desfile hacia el agua, Yarvi volvió la cabeza y vio a su madre agarrar a Hurik de la cota de malla y acercarlo a ella, por más fuerte que era aquel hombre.

—Cuida de mi hijo, Hurik —oyó que decía con un hilo de voz—. Es todo lo que tengo.

La Reina Dorada se retiró junto a sus guardas, sus ayudantes y sus muchos esclavos hacia la ciudad y, bajo un alba incolora, Yarvi apretó el paso en dirección a los barcos, cuyos mástiles eran un bosque oscilante contra el cielo manchado. Intentó caminar como lo hacía su padre, ansioso por la refriega, aunque le flaquearan las rodillas, le doliera la garganta, le lloraran los ojos y tuviera el corazón lleno de incertidumbre. Aún podía oler el humo.

Dejó al Padre Paz sollozando entre las cenizas y se lanzó al férreo abrazo de la Madre Guerra.

LA LABOR DE LOS HOMBRES

Cada ola nacida de la Madre Mar lo alzaba, lo volteaba, tiraba de su ropa empapada, hacía que se crispara y se revolviera como si quisiera levantarse. Cada ola que se retiraba con un bisbiseo arrastraba el cadáver adentrándolo en la playa y lo dejaba encallado, con el pelo enmarañado lleno de espuma y arena, flácido como los montones de algas que había en aquel pedregal.

Yarvi se lo quedó mirando, preguntándose quién era. O quién había sido. ¿Hombre o niño? ¿Había muerto huyendo o había luchado con valor?

¿Qué diferencia había ahora?

La quilla rozó la arena, la cubierta tembló, y Yarvi perdió el equilibrio y tuvo que agarrarse al brazo de Hurik para seguir en pie. Los hombres desarmaron los remos con un golpe seco, desengancharon sus escudos y saltaron las bordas para caer entre las olas, huraños por ser los últimos en pisar tierra, porque ya era demasiado tarde para cobrarse cualquier gloria o botín merecedores de esos nombres. Tripular el barco real habría sido un gran honor bajo el mandato del rey Uthrik.

No había honor de ninguna clase bajo el del rey Yarvi.

Un grupo asió la soga de proa y arrastró el navío más allá del cadáver flotante, playa arriba; otros descolgaron sus armas y corrieron en dirección a la ciudad de Amwend, que ya ardía.

Yarvi se mordió el labio mientras se preparaba para encaramarse a la borda y desembarcar con al menos un ápice de regia compostura, pero la manija del escudo dorado escapó de su débil presa, se le enganchó en la capa y estuvo a punto de lanzarlo de cabeza al agua salada.

—¡Dioses! ¡Al cuerno con este trasto!

Desató las correas, sacó su brazo lisiado del escudo y lo arrojó entre los cofres que servían de asiento a los hombres para remar.

—Mi rey —dijo Keimdal—, deberíais llevar el escudo. Puede haber...

—Has luchado contra mí. Sabes de qué sirve mi escudo. Si viene alguien a atacarme y no puedo contenerlo solo con la espada, me conviene más correr. Y correré más sin el escudo.

—Pero mi rey...

—Es el rey —intervino el vozarrón de Hurik, quien estaba mesándose la barba entrecana con sus dedos gruesos—. Si ordena que todos dejemos los escudos, así debe hacerse.

—Los que tengan dos manos buenas pueden quedárselo —dijo Yarvi, dejándose caer al agua fría y añadiendo una maldición cuando la siguiente ola lo mojó hasta la cintura.

Había varios esclavos recientes atados entre ellos donde la arena daba paso a la hierba, esperando a que los llevaran a bordo de uno de los barcos. Estaban encorvados y manchados de hollín, con los ojos llenos de miedo, dolor o incredulidad hacia lo que había surgido del mar y les había robado la vida. Al lado, un grupo de guerreros de Yarvi se jugaba la ropa a los dados.

—Vuestro tío Odem os reclama, mi rey —dijo uno de ellos, antes de levantarse y propinar una patada en la cara a un hombre que sollozaba.

—¿Dónde? —preguntó Yarvi, con la lengua repentinamente seca.

—En lo alto de la fortaleza. —El guerrero señaló una torre de piedra seca que se alzaba sobre el peñón que dominaba la ciudad, con las olas furiosas mordiendo su base a un lado y una ensenada espumosa al otro.

—¿No han cerrado las puertas? —preguntó Keimdal.

—Sí, pero dejando en el pueblo a tres hijos del caudillo. Odem ha rajado la garganta a uno y ha dicho que mataría al siguiente si no abrían el portón.

—Y lo han abierto —dijo otro de los guerreros, y soltó una risita cuando salió su número en los dados—. ¡Calcetines nuevos!

Yarvi parpadeó. Nunca había considerado que su tío, siempre sonriente, fuese cruel. Pero Odem había brotado de la misma simiente que el padre de Yarvi, de cuyos enfados aún llevaba las marcas, y de su hermano Uthil, el recuerdo de cuyos lances sin par aún humedecía los ojos de los viejos guerreros en el cuadrado

de entrenamiento. A veces el agua calma escondía fieras corrientes, al fin y al cabo.

—¡Yo te maldigo!

Una mujer se había separado de la hilera de esclavos tanto como le permitían las cuerdas. Tenía el pelo ensangrentado y adherido a una mejilla.

—¡Rey bastardo de un país bastardo, que la Madre Mar se trague...!

Un guerrero la mandó al suelo de un bofetón.

—Córtale la lengua —dijo otro que estaba tirándole del pelo mientras un tercero desenfundaba un cuchillo.

—¡No! —gritó Yarvi. Los hombres se volvieron hacia él con el ceño fruncido. Si se cuestionaba el honor de su rey, se cuestionaba el de ellos, por lo que la piedad no valdría como explicación—. Se venderá mejor si conserva la lengua.

Con los hombros vencidos bajo el peso de la malla, dio media vuelta y emprendió el ascenso hacia la fortaleza.

—Sois hijo de vuestra madre, mi rey —dijo Hurik.

—¿De quién lo iba a ser si no?

Su padre y su hermano siempre habían narrado con ojos brillantes los relatos de incursiones del pasado, de grandes gestas y enormes botines saqueados, mientras Yarvi se acurrucaba en las sombras del pie de la mesa y soñaba con desempeñar el papel de un hombre en la labor de los hombres. Pero ahora que contemplaba la verdad, un puesto en una incursión ya no le parecía envidiable.

La lucha había terminado, si en algún momento la había habido digna de tal nombre, pero aun así a Yarvi le dio la impresión de atravesar una pesadilla, sudando bajo la cota de malla, mordiéndose el interior de los carrillos y asustándose con cada sonido. Gritos y risas, siluetas que corrían entre la serpenteante neblina de los fuegos, humo que le irritaba la garganta. Los cuervos picoteaban, volaban en círculos y graznaban, triunfadores. Suya era la victoria, más que de ningún otro. La Madre Guerra, Madre de Cuervos, aquella que reúne a los muertos y cierra en puño la mano abierta, bailaría aquel día mientras el Padre Paz lloraba con el rostro entre las manos. Allí, cerca de la borrosa frontera entre Vansterlandia y Gettlandia, el Padre Paz lloraba a menudo.

La torre del fortín se alzaba negra sobre sus cabezas, y desde muy abajo les llegaba el rugido de las olas batiendo contra los dos lados de sus cimientos.

—Para —dijo Yarvi, jadeando, mareado y con sudor goteando de su cara—. Ayúdame a quitarme la malla.

—Mi rey —rabió Keimdal—, ¡debo protestar!

—Protesta todo lo que quieras. Y luego haz lo que te mando.

—Es mi deber manteneros a salvo...

—¡Pues imagina tu deshonra cuando muera por sudar demasiado a medio camino de la cima de esa torre! Suelta las hebillas, Hurik.

—Mi rey.

Le quitaron la cota de malla y Hurik se la echó sobre su inmenso hombro.

—Ve delante —dijo a Keimdal con brusquedad mientras intentaba ceñirse con su inútil mano contrahecha aquel mostrenco dorado de hebilla que tenía la capa de su padre, demasiado grande y pesada para él y con la patilla dura como una...

Lo detuvo en seco la visión que esperaba al otro lado de las puertas abiertas.

—Menuda cosecha —dijo Hurik.

El estrecho vestíbulo de la torre estaba cubierto de cadáveres, tantos que Yarvi se vio apurado para encontrar trozos libres de suelo que pisar. También había mujeres y niños. Las moscas zumbaban, y tuvo que reprimir las náuseas.

Era rey, a fin de cuentas, y un rey se regocija con los cadáveres de sus enemigos.

Había uno de los hombres de su tío sentado junto a la entrada de la torre, limpiando su hacha con la misma calma que si estuviera en el cuadrado de entrenamiento de Thorlby.

—¿Dónde está Odem? —le preguntó Yarvi casi sin voz.

El guerrero sonrió con los ojos bizcos y señaló hacia arriba.

—En lo alto, mi rey.

Yarvi emprendió el ascenso por la escalera con la espalda encorvada, su aliento rebotando en las paredes, sus pies raspando las piedras, tragando insistente saliva.

«En el campo de batalla no hay reglas», solía decir su padre.

Subió y subió en la efervescente oscuridad, con Hurik y Keimdal a su espalda. Se detuvo junto a una estrecha aspillera para que le diera el aire en la cara, vio el agua azotando la roca al fondo de una larga caída a plomo y se obligó a controlar el miedo.

«Yérguete como un rey —le había dicho su madre—. Habla como un rey. Lucha como un rey.»

En la cima había una plataforma apuntalada con maderos cuyo antepecho no pasaba de la cadera de Yarvi. No era lo bastante alto para impedir que volvieran las náuseas y los mareos cuando fue consciente de hasta dónde habían subido, al ver al Padre Tierra y la Madre Mar empequeñecidos a su alrededor y contemplar los bosques de Vansterlandia extendiéndose hasta la neblina de la lejanía.

El tío de Yarvi era todo tranquilidad mientras veía arder Amwend, arrojando columnas de humo al cielo gris pizarra mientras los diminutos guerreros se afanaban en su tarea de destrucción y los barquitos esperaban en hilera su sangrienta cosecha, allí donde la espuma se fundía con los guijarros. Odem estaba rodeado de una docena de sus hombres más veteranos, y arrodillado entre ellos había un prisionero vestido con una elegante túnica amarilla, atado y amordazado, con la cara hinchada por los golpes y el pelo largo empapado de sangre.

—¡Se nos ha dado bien el día! —exclamó Odem, sonriendo a Yarvi por encima del hombro—. Hemos tomado doscientos esclavos, además de ganado y tesoros, y hemos entregado a las llamas un pueblo de Grom-gil-Gorm.

—¿Qué hay del propio Gorm? —preguntó Yarvi, intentando recobrar el aliento después del ascenso y, ya que erguirse y luchar nunca habían sido sus especialidades, al menos hablar como un rey.

Odem se pasó la lengua por los dientes, como si tuviera algo amargo en la boca.

—El Rompeespadas ya estará de camino hacia aquí, ¿verdad, Hurik?

—Sin duda. —Hurik subió el último escalón y se estiró en toda su considerable altura—. Ese viejo oso acude a la batalla como si fuera una mosca.

—Hay que reunir a los hombres y zarpar antes de una hora —dijo Odem.

—¿Nos marchamos? —preguntó Keimdal—. ¿Por qué?

Yarvi cayó en la cuenta de que estaba furioso. Cansado, mareado y furioso con su propia debilidad, con la crueldad de su tío y con el mundo por ser como era.

—¿Esta es nuestra venganza, Odem? —Abarcó el pueblo en llamas con un gesto de su mano buena—. ¿Contra mujeres, niños y viejos granjeros?

La voz de su tío fue suave, como siempre. Suave como la lluvia en primavera.

—La venganza se cobra por partes. Pero ahora no tienes que preocuparte de eso.

—¿Acaso no hice un juramento? —rugió Yarvi. Llevaba dos días aborreciendo la expresión «mi rey» cada vez que alguien la pronunciaba, pero descubrió que aborrecía más que no se dijera.

—Ya lo creo que juraste. Lo oí, y me pareció un juramento demasiado pesado para que cargaras con él. —Odem señaló al prisionero arrodillado, que refunfuñaba bajo la mordaza—. Pero él te librará de su peso.

—¿Quién es?

—El caudillo de Amwend. Es quien te mató.

Yarvi parpadeó.

—¿Qué?

—Yo intenté impedirlo, pero el muy cobarde llevaba una hoja escondida.

Odem levantó la mano y le enseñó una larga daga con el pomo de azabache. El calor del ascenso a la torre no impidió que Yarvi sintiera un frío intenso y repentino, desde las plantas de los pies hasta las raíces del cabello.

—Siempre lamentaré haber reaccionado demasiado tarde para salvar a mi querido sobrino.

Y con la misma despreocupación que si cortara un trozo de carne, Odem apuñaló al caudillo entre el cuello y el hombro y lo derribó de una patada en la cara. La sangre fluyó de un lado a otro de la plataforma.

—¿Qué estás diciendo? —Las palabras salieron chillonas y entrecortadas, y de pronto Yarvi fue consciente de cuántos hombres de su tío tenía alrededor, todos ellos con armadura.

Mientras Odem se acercaba a él con toda la calma del mundo, Yarvi dio un paso atrás, con las rodillas temblando, y luego otro, hacia ningún lugar que no fuese el bajo parapeto y la larga caída al otro lado.

—Recuerdo la noche en que naciste. —La voz de su tío era fría y llana como el hielo de un lago en invierno—. Tu padre se enfureció con los dioses por esa cosa que tienes en vez de mano. A mí siempre me hiciste sonreír, aun así. Habrías sido un gran bufón. —Odem enarcó las cejas y suspiró—. Pero ¿de verdad va a casarse mi hija con un manco debilucho? ¿De verdad Gettlandia va a tener medio rey, un cachorro tullido al que su madre maneja como quiere? No, sobrino mío, yo... diría... que no.

Keimdal agarró del brazo a Yarvi y tiró de él hacia atrás, con el roce metálico de su espada al desenvainarse.

—Poneos a mi espalda, mi...

La sangre salpicó la cara de Yarvi y le cegó un ojo. Keimdal cayó de rodillas entre babas y sonidos borboteantes, con las manos al cuello y líquido negro escapando entre sus dedos. Yarvi miró hacia el lado y encontró a Hurik devolviéndole una mirada ceñuda, con la hoja de su cuchillo desnudo manchada de la sangre de Keimdal. Dejó caer tintineando al suelo la malla del rey.

—Debemos hacer lo que sea mejor para Gettlandia —dijo Odem—. Dale

muerte.

Yarvi se alejó tambaleándose, boquiabierto, pero Hurik le agarró la capa.

La aparatosa hebilla dorada de su padre cedió con un chasquido. Libre de repente, Yarvi casi tropezó por el impulso.

Las rodillas le impactaron contra el antepecho y, con un gemido de dolor, se despeñó del otro lado de la torre.

La piedra, el agua y el cielo dieron vueltas alrededor del rey de Gettlandia, que cayó y cayó hasta que el agua le asestó un mazazo de herrero.

Y la Madre Mar lo acogió en su frío seno.

EL ENEMIGO

Yarvi volvió en sí a oscuras y a punto de quedarse sin aire, y se revolvió, dando manotazos y patadas por la simple necesidad de seguir vivo.

Los dioses aún debían de requerir algo de él, pues cuando ya parecía que le estallarían las costillas si no inspiraba, ya fuese mar o cielo, su cabeza afloró en la superficie del agua. Le entró espuma en los ojos, tosió y pataleó, se lo volvió a tragar el mar, la corriente lo zarandeó a su antojo.

Una ola lo arrojó contra una roca, y Yarvi se aferró a un puntiagudo percebe y un alga verde y resbaladiza para poder dar otra bocanada. Forcejeó con la hebilla hasta liberarse del mortífero abrazo del cinto con la espada y obligó a sus piernas, doloridas de resistirse al mar inclemente, a deshacerse de las pesadas botas.

Hizo acopio de fuerzas y, aprovechando la siguiente ola, se izó con músculos temblorosos a una estrecha cornisa de piedra bañada por la espuma salada, con medusas y lapas de afilada concha por compañía.

Era indudable que tenía suerte de seguir con vida, pero Yarvi no se sentía afortunado.

Estaba en la ensenada que había en la cara norte de la fortaleza, un canal estrecho y recluido por rocas dentadas al que el mar entraba con olas furiosas, lanzando bocados a la piedra, salpicando, dando azotes y levantando una espuma reluciente. Yarvi se apartó el pelo mojado de los ojos y escupió agua salada. Tenía la garganta destrozada y le escocían los cortes de sus dos manos, la buena y la mala.

Su imprudente decisión de desprenderse de la cota de malla le había salvado, pero el jubón acolchado de debajo estaba saturado de agua de mar. Yarvi manipuló las correas con poca maña hasta que por fin logró quitárselo y se quedó agachado, temblando.

—¿Tú lo ves? —oyó decir a una voz, tan cercana que se encogió contra la piedra resbaladiza y se mordió la lengua.

—Tiene que estar muerto. —Otra voz—. Habrá caído en las rocas. Seguro

que la Madre Mar ya se lo ha llevado.

—Odem quiere el cuerpo.

—Pues que venga Odem a pescarlo.

Llegó una tercera voz.

—O que venga Hurik, que para eso ha dejado caer al tullido.

—¿Y a cuál de los dos quieres decir que nade primero, a Odem o a Hurik?

Risas.

—Gorm ya está al caer. No tenemos tiempo de sacar cadáveres mancos.

—Volvamos a los barcos, y decid al rey Odem que su sobrino ahora adorna las profundas...

Las voces se perdieron en dirección a la playa.

«Rey Odem.» Su propio tío, al que había querido como a un padre, el que siempre tenía una palabra tranquilizadora, una sonrisa comprensiva y un apretón en el hombro para llevar a Yarvi en la buena dirección. ¡Su propia sangre! Yarvi estaba agarrado a la roca con la mano buena, pero la mala se cerró en un puño tembloroso mientras la rabia de su padre se apoderaba de él con tanta fuerza que casi le quitaba el aliento. Pero su madre solía decir: «No te preocupes nunca de lo hecho, solo de lo que llegará».

Su madre.

Dejó escapar un sollozo desconsolado al pensar en ella. La Reina Dorada sabía qué hacer en todo momento. Pero ¿cómo podía llegar hasta ella? Los barcos de Gettlandia ya estaban haciéndose a la mar. Los vansterlandeses llegarían muy pronto. Lo único que le quedaba a Yarvi era esperar a que anocheciera. Buscar un paso en la frontera y seguir al sur hasta Thorlby.

«Siempre hay una manera.»

Aunque tuviera que cruzar treinta leguas de bosque sin botas, lo haría. Se vengaría del malnacido de su tío y del traidor de Hurik, y recuperaría la Silla

Negra. Lo juró una y otra vez, mientras la Madre Sol ocultaba el rostro por detrás de las rocas y las sombras se alargaban.

Pero Yarvi no había pensado en la más cruel de las venganzas, la de la marea. Al poco tiempo las gélidas olas empezaron a bañar la cornisa en la que estaba acurrucado. El agua fría le envolvió los pies, los tobillos, las rodillas, y no tardó en entrar en aquel espacio estrecho a borbotones, con más fuerza incluso que antes. A Yarvi le habría encantado sopesar sus opciones, pero para eso hacía falta tener más de una.

Por tanto, trepó. Trepó tiritando y agotado, dolorido y helado, llorando y maldiciendo el nombre de Odem con cada pie o mano que apoyaba en la roca resbaladiza. Era un riesgo tremendo, pero mejor que encomendarse a la misericordia de la Madre Mar, pues todo marino sabía que no tenía ninguna.

Con un último esfuerzo se izó a tierra firme y se quedó tendido un momento entre los arbustos, recuperando el aliento. Luego rodó con un quejido y empezó a levantarse.

Algo le dio un golpe tremendo en una sien, le hizo gritar y le llenó el cráneo de luz. El suelo comenzó a moverse y le atizó un golpe en el costado. Yarvi reptó, aturdido y babeando sangre.

—Tiene que ser un perro gettlandés, por el pelo. —Y Yarvi chilló cuando lo arrastraron tirando de él.

—Cachorrillo como mucho.

Una patada en el culo hizo comer arena a Yarvi. Gateó un par de pasos y volvió a caer derribado de otra patada. Había dos hombres obligándolo a moverse, dos hombres con sendas cotas de malla y lanzas. Vansterlandeses, sin duda, aunque las largas trenzas que enmarcaban sus rostros curtidos eran lo único que los diferenciaba de los guerreros que habían torcido el gesto a Yarvi en el cuadrado de entrenamiento.

Para los desarmados, todos los hombres con armas tienen el mismo aspecto.

—Arriba —dijo uno mientras le daba la vuelta con otra patada.

—Pues parad de tumbarme a coces —replicó Yarvi entre jadeos.

La frase le valió un golpe del asta de la lanza en la otra sien, y Yarvi decidió guardarse el ingenio. Uno de los dos hombres lo puso en pie agarrándolo del cuello de la camisa harapienta y lo obligó a avanzar a tirones.

Había guerreros por todas partes, algunos a caballo. También se veían campesinos, quizá lugareños que habían huido al divisar barcos y que ahora volvían a sus casas destruidas, con surcos de lágrimas en las manchas de hollín, para hurgar entre los cascotes. Estaban colocando cadáveres en hilera para incinerarlos, con mortajas que aleteaban y se tensaban por la brisa.

Pero Yarvi necesitaba toda su lástima para sí mismo.

—Arrodíllate, perro.

Lo tiraron de nuevo al suelo, y en esa ocasión no encontró motivos urgentes para levantarse: cada respiración era un gemido; su boca, poco más que un dolor intenso y palpitante.

—¿Qué me traéis? —preguntó una voz clara, aguda y cantarina.

—Un gettlandés. Ha trepado desde el mar al lado de la fortaleza, mi rey.

—La Madre de las Aguas arroja extraños botines. Mírame, criatura marina.

Yarvi levantó la cabeza despacio, temeroso y dolorido, y vio dos grandes botas con punteras de acero rayadas por el uso. Luego unos pantalones abombados, con franjas rojas y blancas. Luego un pesado cinturón con hebilla dorada, que sostenía las vainas de un espadón y cuatro puñales. Luego malla de acero con líneas de oro forjadas en zigzag. Luego una piel de lobo blanco sobre unos hombros inmensos, todavía con la cabeza del animal y granates engarzados en sus cuencas vacías. Por encima de la piel, una cadena compuesta de fragmentos desordenados de plata y oro entre los que titilaban piedras preciosas: los pomos arrancados a las espadas de enemigos derribados, tantos que la cadena daba tres vueltas a un cuello que parecía un tronco y aún podría haber dado más. En último lugar, tan por encima de Yarvi que el hombre se le antojó un gigante, una cabeza de rasgos marcados y torcidos como un árbol al viento, con el pelo largo y una barba desgreñada con mechones de plata, pero también con una sonrisa asomando a los ojos y la boca ladeada. Era la sonrisa con que un hombre observaba a varios escarabajos mientras decidía cuál pisotear.

—¿Quién eres tú? —preguntó el gigante.

—Un aprendiz de cocinero. —Las palabras salieron pastosas de la boca ensangrentada de Yarvi mientras trataba de encoger la mano deforme en su manga de la camisa mojada para que no lo delatara—. Me he caído al mar.

«Un buen mentiroso entreteje tanta verdad como puede», le había dicho una vez la madre Gundring.

—¿Jugamos a las adivinanzas? —preguntó el gigante, que enroscaba y volvía a enroscar un mechón de su largo cabello con un dedo—. ¿Adivinas cómo me llamo?

Yarvi tragó saliva. No necesitaba adivinarlo.

—Sois Grom-gil-Gorm, Rompeespadas y Hacehuérfanos, rey de los vansterlandeses.

—¡Tú ganas! —Gorm dio una palmada con sus manos gigantescas—. Aunque lo que has ganado está por ver. En verdad soy el rey de los vansterlandeses, que de un tiempo a esta parte incluyen a estos desgraciados que tus compatriotas de Gettlandia se dedican a saquear, descuartizar y llevarse como esclavos impunemente, contra los deseos del Alto Rey en Casa Skeken, que no quiere ver espadas fuera de sus vainas. Es todo un aguafiestas, pero qué le vamos a hacer. —Sus ojos recorrieron el ruinoso paisaje—. ¿A ti esto te parece justo, aprendiz de cocinero?

—No —graznó Yarvi, sin tener que mentir.

Una mujer llegó al lado del rey. Tenía el pelo entrecano afeitado de unos días antes, largos brazos de piel blanca cubiertos desde el hombro hasta los dedos con motivos en azul. Yarvi había estudiado algunos de ellos: cartas para averiguar el futuro en las estrellas, círculos dentro de círculos que describían los parentescos entre los dioses menores, runas que hablaban de tiempos, distancias y cantidades permitidas y prohibidas. En un antebrazo se agolpaban cinco brazaletes élficos, reliquias de gran antigüedad y valor en las que destellaban oro, acero y brillante cristal, talismanes con símbolos grabados a cuyos significados había dado sepultura la profundidad del tiempo.

Y Yarvi supo que la mujer tenía que ser la madre Scaer, la clériga de Gorm. La que había enviado la paloma a la madre Gundring para atraer al padre de Yarvi a su muerte con promesas de paz.

—¿Qué rey de Gettlandia ha ordenado esta carnicería? —preguntó la mujer, con una voz tan estridente como la de una paloma.

—Odem. —Yarvi cayó en la cuenta de que era la dolorosa verdad.

La clériga frunció los labios como si notara un sabor amargo.

—Conque el zorro ha matado a su hermano el lobo.

—Bestias traidoras —dijo Gorm con un suspiro, dando vueltas distraídas a uno de los pomos de espada de su cadena—. Tenía que ocurrir tarde o temprano, tan seguro como que la Madre Sol sigue al Padre Luna por el cielo.

—Vos matasteis al rey Uthrik —descubrió Yarvi que habían escupido sus labios sanguinolentos.

—Ah, ¿eso dicen? —Gorm levantó sus enormes brazos y el gesto hizo bailar las armas que llevaba al cinto—. Entonces, ¿por qué no me jacto de ello? ¿Por qué mis escaldos no están componiendo el cantar de esa historia? ¿Acaso mi triunfo no merecería una alegre tonadilla? —Rió mientras bajaba los brazos—. Tengo las manos ensangrentadas hasta los hombros, aprendiz de cocinero, pues nada me complace más que la sangre. Pero lamento decir que no todo hombre que muere lo hace por mi mano.

Uno de los puñales de Grom-gil-Gorm se había deslizado en su cinto y su empuñadura de cuerno estaba inclinada hacia Yarvi. Podría haberse hecho con ella. De haber sido su padre, su hermano o el valiente Keimdal, que había muerto protegiendo a su rey, podría haberse lanzado a por esa hoja para acto seguido hundirla en la barriga de Gorm y cumplir su solemne juramento de venganza.

—¿Quieres esta baratija? —Gorm desenfundó el puñal y se lo tendió a Yarvi cogido por el reluciente filo—. Pues tómala. Pero deberías saber que la Madre Guerra me insufló su aliento en la cuna. Dicen los presagios que ningún hombre puede matarme.

Qué inmenso parecía, recortado contra el cielo blanco, con el pelo ondeando y su malla brillante, con aquella sonrisa cálida en la cara curtida por la batalla. ¿Y Yarvi había jurado venganza contra ese gigante? ¿Él, medio hombre con una sola mano flaca y pálida? Habría estallado en carcajadas al entender su propia arrogancia, si no estuviera tiritando de frío y miedo.

—Deberíamos clavarlo en la playa y sacarle las entrañas para los cuervos —dijo la clériga de Gorm sin apartar los ojos azules de Yarvi.

—Dices lo mismo cada vez, madre Scaer. —Gorm volvió a enfundar la daga—. Pero los cuervos nunca me dan las gracias. Solo es un niño, y dudo mucho que esta atrocidad fuese idea suya. —Llevaba más razón de la que creía—. A diferencia del noble rey Odem, yo no necesito vanagloriarme de matar a débiles.

—¿Y no se hará justicia? —La clériga señaló con un gesto ceñudo los cuerpos amortajados, contrayendo los músculos de su cabeza afeitada—. El pueblo llano tiene hambre de venganza.

Gorm proyectó los labios e hizo una pedorreta.

—El pueblo llano está destinado al hambre. ¿Es que no has aprendido nada de la Reina Dorada de Gettlandia, la sabia y hermosa Laithlin? ¿Por qué matar lo que se puede vender? Ponedle una argolla y llevadlo con los demás.

Yarvi dio un chillido mientras un hombre se lo llevaba a rastras y otro le cerraba un basto collar de hierro en torno al cuello.

—Si cambias de opinión sobre el cuchillo —añadió Gorm sin dejar de sonreír—, ven a buscarme. ¡Hasta la vista, ex aprendiz de cocinero!

—¡Esperad! —exclamó Yarvi, comprendiendo lo que le aguardaba y buscando a la desesperada alguna treta para posponerlo—. ¡Esperad!

—¿A qué? —preguntó la madre Scaer—. Acabad con los quejidos.

Una patada en el vientre dejó a Yarvi sin aliento. Lo inmovilizaron sobre un viejo tocón y, entre sus resuellos, un hombre lo sostuvo firme mientras otro traía el perno todavía amarillo de la ardiente fragua, sostenido en unas tenazas, y lo pasaba por las aberturas de su argolla. El primer hombre dio un martillazo para fijar el perno, pero apuntó mal y solo lo rozó, esparciendo hierro fundido por todo el cuello de Yarvi.

Nunca había sentido un dolor igual. Chilló como una oveja degollada y lloró y farfulló y se retorció encima del tocón, y al poco uno de ellos lo levantó por la camisa y lo arrojó en un charco fétido para que el hierro se enfriara con un silbido.

—Un aprendiz de cocinero menos. —La madre Scaer tenía el rostro blanco

como la leche y liso como el mármol, y en el cielo invernal de sus ojos azules no cabía la piedad—. Un esclavo más.



SEGUNDA PARTE

EL VIENTO DEL SUR



LA MERCANCÍA MÁS BARATA

Yarvi pasaba el día acuclillado en la apestosa oscuridad, tocándose la piel quemada del cuello y las costras recientes de la cabeza afeitada de cualquier manera, sudando de día y temblando de noche, oyendo los quejidos, los gimoteos y las plegarias sin respuesta en una docena de idiomas, todos ellos procedentes de las roncas gargantas de los desechos humanos que tenía alrededor. Su propia garganta era la más ruidosa.

La mejor mercancía estaba limpia y bien alimentada en la parte de arriba, para exhibirla en la calle con sus bruñidos collares de esclavo y que atrajeran clientes. Al fondo de la tienda, los menos fuertes, hábiles o agraciados estaban encadenados a raíles y, a base de azotes, habían aprendido a sonreír a posibles compradores. Y allí abajo, en la oscuridad y la inmundicia, estaban almacenados los viejos, enfermos y tullidos, que se peleaban por las sobras como cerdos.

En el floreciente mercado de esclavos de Vulsgard, capital de Vansterlandia, todo el mundo tenía un precio y nadie desperdiciaba dinero en quienes no reportarían provecho. Era un simple cálculo de coste y beneficio, despojado de sentimientos. En aquel lugar uno aprendía lo que valía de verdad, y Yarvi aprendió lo que sospechaba desde hacía tiempo.

Apenas valía nada.

Al principio tenía la mente llena de planes, estratagemas y fantasías de venganza. Se recriminó un millón de ocasiones en que pudo haber actuado de otro modo, pero en ese momento estaba sin opciones. Si gritara a viva voz que era el rey legítimo de Gettlandia, ¿quién iba a creérselo? Casi no se lo creía ni él. Además, aunque los convenciera, ¿qué? Su negocio era vender personas. Exigirían un rescate, por supuesto. ¿Sonreiría el rey Odem cuando su sobrino perdido regresara a su tierno cuidado? Cómo no. Sería una sonrisa apacible y tranquila como la nieve recién caída.

Por eso Yarvi estaba agachado en aquella inmundicia insoportable, y por eso se asombró de lo mucho a que podía llegar a acostumbrarse un hombre.

El segundo día ya apenas notaba el hedor.

El tercer día se apiñó sin reparos con sus compañeros dejados de la mano de los dioses, para darse calor en la noche fría.

El cuarto día ya rebuscaba entre la porquería con la misma ansia que los demás, a la hora en que vaciaban el cubo de las sobras.

El quinto día apenas podía recordar las caras que mejor conocía. Se mezclaban su madre y la madre Gundring, veía iguales a su tío traidor y a su padre muerto, ya no podía distinguir a Hurik de Keimdal, e Isriun se desdibujó como un fantasma.

Curioso, el poco tiempo que hacía falta para convertir a un rey en animal. O a medio rey en medio animal. Quizá ni siquiera los más ensalzados se elevasen nunca tan por encima del fango.

Pasaba poco tiempo del amanecer en el séptimo día que llevaba en aquel infierno creado por el hombre, y los gritos del mercader del puesto contiguo, que vendía armaduras de muertos, empezaban a plantar cara a los graznidos de las gaviotas cuando Yarvi oyó la voz que llegaba de fuera.

—Buscamos hombres que valgan para remeros —dijo, grave y firme. Era la voz de un hombre acostumbrado a hablar claro y a negociar sin matices.

—Nueve pares de manos. —La segunda voz era más suave, más sutil—. La enfermedad de la leche ha dejado puestos vacantes en nuestros bancos.

—¡Por supuesto, amigos míos! —Esa era la voz del dueño del comercio, ahora también dueño de Yarvi, escurridiza y pegajosa como la miel tibia—. ¡Contemplad a Namev el shendo, un campeón de su pueblo capturado en batalla! ¡Fijaos en su altura! Mirad qué hombros. Podría bastarse solo para mover vuestro barco. No encontraréis mercancía de más calidad en...

Un burlón guarrido de cerdo por parte del primer cliente.

—Si buscáramos calidad, estaríamos en la otra punta de la calle.

—No se engrasa un eje con el mejor aceite —añadió la segunda voz.

Pasos en las alturas, polvo cayendo y sombras moviéndose en las rendijas de luz que dejaban pasar los tablones que había encima de Yarvi. Los esclavos que tenía alrededor respiraron más flojo para poder oír bien, tensos. La voz del tendero

llegó amortiguada a sus oídos, con un poco menos de miel que antes.

—Aquí tenéis a seis inglingos sanos. Casi no hablan el idioma, pero el látigo sí que lo entienden bien. Muy indicados para el trabajo pesado, y a un precio excelente que...

—Tampoco se engrasa un eje con buen tocino —dijo la segunda voz.

—Enséñanos el alquitrán y la grasa rancia, tratante de carne —gruñó la primera.

Las bisagras húmedas chirriaron al abrirse la puerta del final de la escalera, y los esclavos se encogieron por instinto y se amontonaron en un penoso batiburrillo bajo la luz, Yarvi incluido. Podía ser novato en la esclavitud, pero tenía mucha experiencia en encogerse. Con mil maldiciones y varazos, el tratante de carne los colocó en una hilera inestable y jadeante, al miserable son de sus cadenas al tintinear.

—Que no se te vea esa mano —susurró, y Yarvi la escondió entre los jirones de la manga.

Su única ambición era ser comprado, poseído, sacado de aquel infierno apestoso y llevado ante la Madre Sol.

Los dos clientes bajaron los escalones con reparo. El primero, fornido y ya con poco pelo, llevaba un látigo enrollado en su cinturón con tachones, y su mirada fija y ceñuda tenía algo que desaconsejaba salirle con tonterías. El segundo era mucho más joven, alto, delgado y bien parecido, con una barbita rala y una curva de amargura en sus finos labios. Cuando volvió la cabeza, Yarvi entrevió el brillo de una argolla en su cuello. También era esclavo, pues, aunque un favorito de su amo a juzgar por la ropa.

El tratante de carne se inclinó antes de señalar la hilera con su vara.

—Mi mercancía más barata. —No se molestó en añadir adornos ni florituras. Las palabras hermosas habrían sonado absurdas en aquel lugar.

—Menudos despojos más inmundos —dijo el esclavo, haciendo una mueca por el olor.

Pero su compañero fornido insistió. Se llevó al esclavo aparte con un brazo

musculoso y le susurró en haleeno:

—Buscamos galeotes, no reyes.

Era el idioma común en Sagenmarca y en las islas, pero Yarvi estaba formado como clérigo y sabía la mayoría de las lenguas que se hablaban en torno al mar Quebrado.

—La capitana no es tonta, Trigg —estaba diciendo el esclavo apuesto mientras jugueteaba nervioso con su argolla—. ¿Y si se da cuenta del engaño?

—Le diremos que esto es lo mejor que había a la venta. —Los ojos inexpresivos de Trigg recorrieron la deplorable mercancía—. Y entonces tú le das una botella llena y se olvidará de todo. ¿O no te hace falta la plata, Ankran?

—Sabes que sí. —Ankran se soltó del brazo de Trigg, con la boca aún más sesgada de repugnancia. Casi sin molestarse ni en mirarlo, fue sacando esclavos de la hilera—. Este... este... este...

Su mano pasó cerca de Yarvi y empezó a alejarse...

—Puedo remar, señor. —Era la mentira más gorda que Yarvi había contado en toda su vida—. Fui aprendiz de pescador.

Al final, Ankran eligió nueve esclavos. Entre ellos había un ciego trovenlandés al que su padre había vendido para no tener que vender la vaca, un viejo isleño jorobado y un vansterlandés cojo que a duras penas logró contener la tos hasta que hubieron pagado por él.

Ah, y Yarvi, legítimo rey de Gettlandia.

El regateo fue enconado, pero Trigg y Ankran acabaron llegando a un acuerdo con el tratante de carne. Unas pocas piezas de plata fueron a parar a las manos del mercader, unas pocas más volvieron a la bolsa y la mayor parte se repartió entre los bolsillos de los compradores, que en consecuencia, por lo que había entendido Yarvi, estaban robando a su capitana.

Según sus cálculos, fue vendido por menos de lo que costaba una buena oveja.

No se quejó del precio.

UNA GRAN FAMILIA

El *Viento del Sur* esperaba escorado en el muelle, con aspecto de cualquier cosa menos de brisa cálida.

Comparado con los esbeltos y veloces barcos de Gettlandia, la embarcación era un monstruo perezoso, de poco calado y mucha cintura, con el bordaje mal cuidado y lleno de algas verdes y balanos, dos mástiles rechonchos, dos docenas de grandes remos en cada lado y, en su proa poco afinada y en su popa, sendos castillos encorvados con estrechos tragaluces.

—Bienvenido a casa —dijo Trigg, empujando a Yarvi hacia la pasarela entre un par de guardias malcarados.

Había una mujer de piel oscura sentada en el alcázar, dejando balancear una pierna mientras veía subir al barco a los nuevos esclavos.

—¿No había nada mejor? —preguntó con la más leve traza de acento, y bajó a cubierta con un salto grácil.

Llevaba collar de esclava, aunque el suyo estaba hecho de alambre retorcido, y le había dado unas vueltas a la cadena larga y ligera en torno a un brazo, como si fuese un adorno que había decidido lucir por iniciativa propia. Una esclava aún más favorita que Ankran, por tanto.

La mujer inspeccionó la boca del vansterlandés que no paraba de toser e hizo un chasquido con la lengua, y luego tocó la joroba del shendo y soltó un bufido.

—A la capitana no van a gustarle demasiado estos desechos.

—¿Y dónde está nuestra distinguida líder? —preguntó Ankran con el tono de quien sabe la respuesta.

—Durmiendo.

—¿Durmiendo borracha?

La mujer se paró a pensar, moviendo un poco los labios como si resolviera

una operación aritmética.

—No sobria.

—Tú preocúpate del rumbo, Sumael —refunfuñó Trigg, volviendo a empujar a los compañeros de Yarvi—. Los remeros son cosa mía.

Sumael entrecerró sus oscuros ojos al ver pasar a Yarvi. Tenía una cicatriz y una muesca en el labio superior que dejaba ver un pequeño triángulo de diente blanco, y Yarvi se preguntó en qué tierra sureña habría nacido y cómo había terminado en el barco, y si tendría más o menos edad que él, porque costaba saberlo con ese pelo tan corto que...

Con un gesto rápido, Sumael atrapó la muñeca de Yarvi y la giró hacia arriba de forma que la mano asomara de la manga harapienta.

—Este tiene una mano deforme. —No había burla en su tono, solo una constatación de la realidad, como si hubiera encontrado una res coja en la vacada—. Aparte del pulgar, solo tiene un dedo. —Yarvi intentó soltarse, pero la mujer era más fuerte de lo que parecía—. Y ni ese parece gran cosa.

—¡Maldito vendedor de carne! —Ankran se abrió paso a codazos para agarrar la muñeca de Yarvi y mirarle la mano desde todos los ángulos—. ¡Has dicho que podías remar!

Lo único que Yarvi pudo hacer en ese momento fue encogerse de hombros y musitar:

—No he dicho que bien.

—Es que ya no es posible fiarse de nadie —comentó Sumael con una ceja arqueada—. ¿Cómo va a remar con una mano?

—Ya se las apañará —dijo Trigg, llegando enfrente de ella—. Tenemos nueve huecos y nueve esclavos. —Se inclinó hacia Sumael y, con su nariz chata a menos de un dedo de la afilada de ella, añadió—: A no ser que te apetezca echar horas en los bancos.

Ella pasó la lengua por aquella muesca que tenía en el labio y retrocedió con cautela.

—¿Me preocupo del rumbo, entonces?

—Exacto. Encadena al tullido en el remo de Jaud.

Tiraron de Yarvi por la pasarela elevada que cruzaba el centro de la cubierta, con bancos a ambos lados en los que tres hombres se encargaban de cada enorme remo, todos ellos con las cabezas afeitadas, todos delgados, todos con collares, que lo observaban con sus propias combinaciones de piedad, autocompasión, aburrimiento y desprecio.

Había un hombre frotando los tablones de la cubierta a cuatro patas, con la cara invisible tras un revoltijo de pelo enredado y una barba sin color definido, tan miserable que a su lado hasta el peor de los galeotes parecía un príncipe. Un guardia le atizó la clase de puntapié descuidado que podría darse a un perro callejero y lo envió despatarrado por el suelo, arrastrando tras de sí una cadena gruesa y pesada. En términos generales, el barco se veía mal abastecido, pero cadena no faltaba.

Sentaron a Yarvi con una violencia innecesaria entre otros dos esclavos, que ni de lejos tenían un aspecto alentador. Al final del remo había un sureño inmenso con gruesos músculos donde debería tener el cuello y la cabeza echada hacia atrás para ver a las gaviotas volar en círculos. Pegado al luchadero había un viejo de rostro arisco, bajo y fornido, con los antebrazos nervudos y cubiertos de vello gris y las mejillas repletas de venas rotas, consecuencia de estar toda una vida a la intemperie. Estaba pasando los dedos de una mano por los callos de la ancha palma de la otra.

—Por todos los dioses —gruñó este último, negando con la cabeza mientras los guardias encadenaban a Yarvi al banco, a su izquierda—. Tenemos a un tullido en el remo.

—Rezaste para que nos trajeran ayuda, ¿verdad que sí? —dijo el sureño sin dejar de mirar el cielo—. Aquí tienes tu ayuda.

—Recé por una ayuda con dos manos.

—Da gracias por haber conseguido la mitad de lo que pedías —dijo Yarvi—. Créeme, yo no pedí nada de esto.

Los labios del hombretón se curvaron un poco mientras bajaba la mirada hacia Yarvi.

—Si te toca levantar una carga, más te vale levantarla que echarte a llorar. Me llamo Jaud. Tu desilusionado compañero de remo es Rulf.

—Yo soy Yorv —dijo Yarvi, que tenía su historia preparada de antemano. «Mantén las mentiras con el mismo cuidado que el grano para el invierno», habría dicho la madre Gundring—. Era aprendiz de cocinero y...

Con expertos movimientos de boca y un breve movimiento de cabeza, el viejo escupió por encima de la borda.

—Ahora no eres nada, y punto. Olvídalo todo menos la próxima brazada. Hace que todo sea un poco más fácil.

Jaud suspiró profundamente.

—No dejes que Rulf te amargue la existencia. Es más agrio que un limón, pero un buen hombre para que te guarde las espaldas. —Hinchó los mofletes de aire—. Aunque claro, como está encadenado a tu lado, sería imposible.

Yarvi soltó una leve risita, quizá la primera desde que lo habían hecho esclavo. Quizá la primera desde que lo habían hecho rey. Pero no duró mucho.

La puerta del castillo de proa se abrió de sopetón y una mujer salió contoneándose a la luz, alzó los dos brazos con ademanes exagerados y gritó:

—¡Estoy despierta!

Era muy alta, de rasgos afilados como los de un halcón, con una cicatriz que le cruzaba una mejilla oscura y el cabello enmarañado sujeto en un recogido alto. Su atuendo era una combinación chillona de las vestimentas menos prácticas de una docena de culturas: una camisa de seda con bordados raídos al final de las mangas, un chaquetón de pelo plateado revuelto por la brisa, un guante sin dedos en una mano y la otra cargada de anillos, un cinturón tachonado de cristales cuya punta bañada en oro aleteaba junto al puño de una espada curva, que pendía absurdamente baja.

Apartó de una patada al remero más cercano para poder apoyar una bota puntiaguda en su banco y sonrió a la palamenta, con el brillo del oro entre sus dientes.

De inmediato, los esclavos, los guardias y los marineros empezaron a

aplaudir. Los únicos que no se unieron al aplauso fueron Sumael, sentada en el alcázar y abultando un carrillo con la lengua, el mendigo cuyo cepillo de fregar seguía rasca que rasca en la pasarela y Yarvi, anterior rey de Gettlandia.

—Cómo me cago en la muy zorra —farfulló Rulf con una enorme sonrisa fija en la cara mientras daba palmadas.

—Más te vale aplaudir —murmuró Jaud.

Yarvi levantó las manos.

—Estoy peor equipado para eso que para remar.

—¡Pequeñines, pequeñines! —exclamó la mujer, con un puño lleno de anillos apretado contra el pecho de la emoción—. ¡Es demasiado honor para mí! Pero que eso no os impida seguir intentándolo, ¿eh? Para los que os habéis unido hace poco a nosotros, yo soy Ebdel Aric Shadikshirram, vuestra capitana y cuidadora. Es muy posible que hayáis oído hablar de mí, pues mi nombre es conocido por todo el mar Quebrado y mucho más allá, hasta las mismas murallas de la Primera Ciudad y sitios por el estilo.

La fama de la capitana no había llegado a Yarvi, pero la madre Gundring siempre decía que «lo primero que aprende un orador sabio es a guardar silencio».

—Podría entreteneros con emocionantes relatos de mi vistoso pasado —siguió diciendo Shadikshirram mientras jugueteaba con un pendiente de oro y plumas que le llegaba hasta bastante por debajo del hombro—. Podría contaros cómo comandé la victoriosa flota de la emperatriz en la batalla de Fulku, cómo fui durante un tiempo la amante favorita del duque Mikedas en persona pero me negué a ser su esposa, cómo desmantelé el asedio a Inchim, cómo navegué con la mayor tormenta que ha habido desde la Ruptura de la Diosa, cómo capturé una ballena y bla, bla, bla, pero ¿para qué? —Dio unas palmaditas afectuosas en la mejilla al esclavo más cercano, lo bastante fuertes para que se oyeran bien—. Dejémoslo en que este barco ahora es vuestro mundo, y en este barco yo soy grande y vosotros humildes.

—Nosotros somos grandes —recalcó Trigg, paseando su ceño por los bancos—, vosotros humildes.

—Hoy hemos tenido grandes beneficios, a pesar de la triste necesidad de reemplazar a algunos de vosotros. —Las numerosas hebillas de las botas de la

capitana tintinearon mientras pasaba altiva entre los remos—. Esta noche todos tendréis un bocado de pan y un sorbo de vino. —Algunos vítores sueltos ante aquella espectacular muestra de generosidad—. Aunque todos me pertenezcáis...

Trigg hizo un carraspeo ruidoso.

—... a mí y a los demás socios de nuestro bravo navío...

Trigg hizo un cauto asentimiento.

—... a mí me gusta considerarnos a todos una gran familia. —La capitana extendió los brazos hasta abarcar el barco entero y sus amplias mangas ondearon con la brisa como si fuese una extraña y enorme ave marina a punto de alzar el vuelo—. Yo, la permisiva abuelita; Trigg y sus guardias, los amables tíos; vosotros, la traviesa chiquillería. ¡Todos unidos contra la despiadada Madre Mar, siempre la más tenaz enemiga del marinero! Sois unos pequeñines muy afortunados, pues la piedad, la caridad y la amabilidad siempre han sido mis mayores debilidades. —Rulf desencajó un esputo de la garganta, indignado con aquello último—. La mayoría de vosotros tendrá el buen juicio de ser una descendencia obediente, pero quizá... —La sonrisa de Shadikshirram se vino abajo, convirtiendo su rostro oscuro en una caricatura del sufrimiento—. Quizá haya algún revoltoso entre vosotros pensando en marcharse por su cuenta.

Trigg censuró esa actitud con un sonido gutural.

—En dar la espalda a su cariñosa familia. En abandonar a sus hermanos y hermanas. En renunciar a nuestro leal compañerismo cuando lleguemos a un puerto cualquiera. —La capitana pasó un dedo por la fina cicatriz de su mejilla y enseñó los dientes—. Quizá hasta en alzar una mano traidora contra sus amables cuidadores.

Trigg soltó un siseo de horror.

—Si algún demonio os enviara esos pensamientos... —La capitana se agachó hacia la cubierta—. Pensad en el último hombre que lo intentó. —Se enderezó con la pesada cadena en la mano y le dio un tirón salvaje, que derribó al mugroso limpiador y lo dejó hecho un revoltijo de miembros, harapos y pelo—. ¡Que este animal desagradecido nunca tenga un filo cerca! —Apoyó una bota en su cuerpo tendido—. ¡Ni un cuchillo para comer ni un cortaúñas ni un anzuelo! —Pasó por encima de él, hundiéndole los tacones en la espalda, sin perder la menor compostura aun pisando terreno traicionero—. Este es nada, ¿me habéis

entendido?

—Cómo me cago en la muy zorra —repitió Rulf entre dientes mientras la capitana bajaba de la espalda del mendigo dando un saltito.

Yarvi observó al desgraciado limpiador, que se puso de pie como pudo, se limpió la sangre de la boca, recuperó su cepillo y, en silencio, se agachó con gesto agarrotado y siguió trabajando. Entre la maraña de pelo solo se vieron durante un instante sus ojos, brillantes como estrellas, mirando la espalda de la capitana.

—¡En fin! —gritó Shadikshirram, y subió con agilidad los escalones del alcázar, donde se detuvo un momento a flexionar los dedos cargados de anillos—. ¡Rumbo sur hacia Thorlby, mis pequeñines! ¡Nos esperan grandes beneficios! Ah, y... ¿Ankran?

—Mi capitana —respondió Ankran con una inclinación tan profunda que casi rozó la cubierta.

—Tráeme un poco de vino, que tanta cháchara me ha dado sed.

—¡Ya habéis oído a vuestra abuelita! —bramó Trigg desenrollando su látigo.

Hubo traqueteos y gritos, susurros de cuerdas y crujidos de madera mientras los pocos tripulantes libres se dispersaban y preparaban el *Viento del Sur* para salir del puerto de Vulsgard.

—Y ahora ¿qué? —preguntó Yarvi en voz baja.

Rulf soltó un bufido amargo ante tan ignorantes palabras.

—¿Ahora? —Jaud se escupió en las palmas de las manos y las llevó a los asideros pulidos de la enorme pala que compartían—. Ahora remamos.

HALAD

Yarvi no tardó en desear haberse quedado en el sótano del tratante de carne.

—Halad.

Las botas de Trigg marcaban un ritmo inmisericorde al ir y volver por la cubierta, con el látigo enrollado en sus puños carnosos y su mirada recorriendo los bancos en busca de un esclavo que necesitara un poco de ánimo en la espalda. Su voz retumbaba con despiadada regularidad.

—Halad.

Yarvi no se sorprendió de que su mano contrahecha fuese incluso peor para agarrar la empuñadura de un gran remo que la manija de un escudo. Pero comparado con Trigg, el maestro Hunnan había sido una afable niñera en el recuerdo de Yarvi. El látigo era su primera respuesta a cualquier problema, pero cuando aplicarlo no hizo brotar más dedos, ató la torcida muñeca izquierda de Yarvi al remo con unas correas apretadas que le hacían rozaduras.

—Halad.

Con cada tirón imposible de la pértiga de aquel terrible remo, le ardían más los brazos, los hombros, la espalda. Aunque las pieles del banco estaban desgastadas hasta tener la suavidad de la seda y los asideros pulidos hasta casi brillar por sus predecesores, con cada impulso se le pelaba más el culo y se le ampollaban más las manos. Con cada golpe de remo los cortes del látigo, los cardenales de las punteras de la bota y las quemaduras del cuello, que tardaban en curarse en torno a su argolla de cruda forja, le picaban más por la sal del mar y el sudor.

—Halad.

El suplicio rebasó con creces todo límite aguante que Yarvi hubiera podido imaginar, pero eran asombrosos los esfuerzos que un látigo en manos hábiles podía estrujar de un hombre. Al cabo de poco tiempo, oír un restallido en otra parte del barco, o incluso el roce de las botas de Trigg al acercarse por la pasarela, hacía a Yarvi encogerse, gemir y tirar del remo con una pizca más de fuerza

mientras la saliva escapaba entre sus dientes apretados.

—Este chico no durará —gruñó Rulf.

—Una brazada cada vez —dijo Jaud con voz suave. Sus propias brazadas tenían una fuerza, una fluidez y un ritmo inagotables, como si estuviera hecho de madera y hierro—. Respira despacio. Respira con el remo. Una cada vez.

Yarvi no habría sabido explicar por qué, pero era un buen consejo.

—Halad.

Y los escálamos retumbaban y las cadenas repiqueteaban, las sogas chirriaban y los maderos crujían, los remeros gimoteaban, maldecían, rezaban o guardaban un silencio adusto y el *Viento del Sur* avanzaba palmo a palmo.

—Una brazada cada vez. —La voz tranquila de Jaud era un hilo que seguir en aquella niebla de miseria—. Una cada vez.

Yarvi no sabía qué tortura era la peor, si los latigazos, las raspaduras, el dolor en todos los músculos, el hambre, el tiempo, el frío o la porquería. Y sin embargo, el inacabable fregar del limpiador sin nombre, cubierta arriba y cubierta abajo y cubierta arriba otra vez, con su pelo lacio meneándose, las cicatrices de su espalda a la vista entre los harapos y sus labios temblorosos apartados de unos dientes amarillentos, recordaba a Yarvi que podría estar peor.

Siempre se podía estar peor.

—Halad.

A veces los dioses se apiadaban de sus desgracias y enviaban un soplo de viento favorable. Entonces Shadikshirram les dedicaba su sonrisa de oro y, con las formas de una madre sufridora pero que al final acaba consintiendo los caprichos de su desagradecida progenie, ordenaba que acorullaran los remos y que desplegaran las toscas velas de lana con bordes de cuero, antes de lamentar con frivolidad que la compasión fuese su mayor debilidad.

Entonces Yarvi, entre lágrimas de gratitud, se reclinaba contra el remo inmóvil de los hombres de detrás, miraba la vela hincharse y chascar por encima de su cabeza, y aspiraba el hedor íntimo de más de cien hombres sudorosos, desesperados y doloridos.

—¿Cuándo nos lavamos? —preguntó en voz baja durante una de aquellas bienvenidas pausas.

—Cuando la Madre Mar quiere ocuparse de hacerlo —murmuró Rulf.

No era tan infrecuente. Las gélidas olas que azotaban el casco acostumbraban salpicarlos, mojarlos y dejarlos calados hasta los huesos, cuando la Madre Mar invadía la cubierta y subía entre los reposapiés hasta recubrirlo todo de una costra de sal.

—Halad.

Los hombres estaban atados juntos en grupos de tres, con una cadena sujeta a su banco, y las únicas llaves obraban en poder de Trigg y la capitana. Los remeros devoraban sus parcas raciones cada tarde encadenados al banco. Se acuclillaban sobre un maltrecho cubo cada mañana encadenados al banco. Dormían encadenados al banco, tapados con mantas apestosas y pieles sin curar, llenando el aire de quejidos y ronquidos y reniegos y vapor de sus alientos. Una vez por semana, encadenados al banco, les rasuraban de cualquier manera el pelo y la barba para ahuyentar a los piojos, medida que no disuadía en absoluto a los diminutos pasajeros.

La única ocasión en que Trigg sacó su llave de mala gana y abrió uno de aquellos candados fue cuando, un frío amanecer, encontraron muerto al vansterlandés que tosía, cuyo cadáver se llevaron de entre sus impasibles compañeros para arrojarlo por la borda.

El único que hizo algún comentario sobre el fallecimiento fue Ankran, que se mesó la fina barba y dijo:

—Necesitaremos un reemplazo.

Durante un instante, Yarvi temió que los supervivientes tuvieran que esforzarse un poquito más. Luego albergó la esperanza de que les tocara un poco más de comida por persona. Y entonces se dio asco por la forma en que había empezado a pensar.

Pero no tanto asco como para haber rechazado la ración del vansterlandés, si se la hubieran ofrecido.

—Halad.

Perdió la cuenta de las noches que pasó sin fuerzas y exhausto, de las mañanas en que un despertar doloroso y agarrotado por el esfuerzo de la jornada anterior llevaba a más esfuerzo impuesto a latigazos, de los días sin más pensamiento que la siguiente brazada. Pero al cabo de un tiempo llegó una tarde en la que no cayó de inmediato a un sopor sin sueños. Sus músculos habían empezado a endurecerse, las primeras y peores ampollas habían reventado y el látigo había caído menos en su espalda.

El *Viento del Sur* había echado el ancla en una cala y daba lentos cabeceos. Llovía a cántaros, por lo que habían bajado las velas para extenderlas sobre la cubierta y formar una enorme tienda, llena del fragor de las gotas contra la tela. A los hombres que sabían pescar les habían dado cañas, y entre ellos estaba Rulf, apoyado en el luchadero y llamando a los peces con tenues murmullos en la oscuridad.

—Para tener solo una mano —dijo Jaud, con un tintineo de su cadena al pasar un enorme pie descalzo por encima del remo—, hoy has remado bien.

—Vaya. —Rulf escupió por el hueco del remo, y una esquirla de la luz del Padre Luna reveló una amplia sonrisa en su cara—. Aún haremos medio remero de ti.

Y pese a que uno de ellos había nacido a muchas leguas de distancia y el otro largos años antes que él, pese a que Yarvi los conocía tan poco que no sabía interpretarles la expresión del rostro, y pese a que remar encadenado a una galera mercante no era gran hazaña para el hijo del rey Uthrik de Gettlandia, Yarvi sintió una punzada de orgullo, tan intensa que casi le hizo llorar, pues era un vínculo extraño y poderoso el que se forma entre compañeros de remo.

Cuando se estaba encadenado junto a otro hombre compartiendo su comida y sus desgracias, bajo iguales azotes del cómitre e iguales sacudidas de la Madre Mar, igualando el ritmo al suyo mientras se tiraba de un mismo y enorme remo, apretándose contra él de noche para no afrontar a solas el frío cruel... entonces se llegaba a conocer a ese hombre. Después de una semana emparedado entre Rulf y Jaud, Yarvi no pudo más que preguntarse si alguna vez había tenido dos amigos mejores.

Aunque tal vez eso dijera más de su pasado que de sus actuales compañeros.

El día siguiente el *Viento del Sur* amarró en Thorlby.

Hasta el momento en que Sumael, con los ojos entrecerrados en el castillo de proa, empezó a gritar órdenes, a hacer virar la oronda galera y a abrirle paso a empujones entre otros barcos para llegar a los bulliciosos embarcaderos, Yarvi no terminó de creerse que pudiera vivir en el mismo mundo en que había sido rey. Pero allí estaba. En casa.

Las familiares construcciones grises se agolpaban en los terraplenes de las escarpadas laderas, cada vez más antiguas y grandiosas al levantar la mirada hasta que, agazapada sobre su peñasco surcado de túneles y negra contra el cielo blanco, Yarvi contempló la ciudadela en la que había crecido. Distinguió la torre de seis caras donde tenía sus habitaciones la madre Gundring, donde él había aprendido las lecciones, contestado a sus acertijos y planificado su feliz futuro como clérigo. Divisó la brillante cúpula de cobre del Salón de los Dioses, bajo la que se había prometido con su prima Isriun, había tenido su mano envuelta junto a la de ella, se habían rozado sus labios. Encontró la ladera con los túmulos de sus antepasados, donde había jurado ante dioses y hombres vengarse de los asesinos de su padre.

¿El rey Odem estaría cómodo, entronizado en la Silla Negra, querido y alabado por unos súbditos que al fin tenían un rey al que admirar? Claro que sí.

¿Estaría ejerciendo como clériga suya la madre Gundring, susurrándole al oído su concisa sabiduría? Más que probable.

¿Habría otro aprendiz en el lugar que había ocupado Yarvi, sentado en su banqueta, dando de comer a sus palomas y sirviendo la infusión humeante cada tarde? ¿Cómo iba a ser de otro modo?

¿Isriun derramaría lágrimas amargas al pensar que nunca vería otra vez a su lisiado prometido? Con la misma facilidad con que había olvidado al hermano de Yarvi, lo olvidaría a él.

Quizá su madre fuera la única que echara de menos a Yarvi, y solo porque, por astuta que fuese, sin duda se le escaparía el poder de entre las manos sin el títere de su hijo sentado en su sillita de juguete.

¿Habrían quemado un barco y alzado un túmulo vacío para él, como hicieron con su tío Uthil cuando se ahogó? Más bien lo dudaba.

Cayó en la cuenta de que había cerrado su mano ajada en un tembloroso y huesudo puño.

—¿Qué te preocupa? —preguntó Jaud.

—Yo vivía aquí.

Rulf suspiró.

—Haz caso a uno que sabe, aprendiz de cocinero. El pasado está mejor bajo tierra.

—Hice un juramento —dijo Yarvi—. Un juramento del que no puedo huir remando.

Rulf volvió a suspirar.

—Haz caso a uno que sabe, aprendiz de cocinero. Nunca hagas juramentos.

—Pero si ya está hecho —respondió Jaud—, entonces, ¿qué?

Yarvi miró la ciudadela con el gesto torcido, haciendo rechinar los dientes hasta que le dolió la mandíbula. Quizá los dioses le habían enviado aquel suplicio como castigo. Por ser demasiado confiado, demasiado vanidoso, demasiado débil. Y sin embargo, le habían dejado vivir. Le habían dado la oportunidad de cumplir su juramento, de derramar la sangre de su traicionero tío, de reclamar la Silla Negra.

Pero los dioses no esperarían para siempre. Cada amanecer desteñiría el recuerdo de su padre, cada mediodía disolvería el poder de su madre, cada atardecer reforzaría la presa de su tío sobre Gettlandia. Cada ocaso sumiría en la oscuridad las esperanzas de Yarvi.

No iba a vengarse de nadie ni a reclamar ningún reino estando atado a un remo y encadenado a un banco, eso estaba claro.

Tenía que escapar.

LAS HERRAMIENTAS DEL CLÉRIGO

Una agotadora brazada tras otra, Thorlby, el hogar y la antigua vida de Yarvi fueron quedando en el pasado. El barco avanzó hacia el sur, aunque el viento pocas veces prestaba mucha ayuda a los remeros. Hacia el sur por la costa irregular de Gettlandia, con sus islas y sus ensenadas, sus pueblos amurallados y sus barcos pesqueros oscilando con la marea, con sus granas valladas y sus colinas salpicadas de ovejas.

Y continuó la implacable batalla de tendones destrozados y dientes prietos que Yarvi mantenía contra el remo. No podría haber dicho que iba ganando. No ganaba nadie. Pero quizá sus derrotas ya no eran tan aplastantes.

Sumael llevó el barco cerca de la costa mientras rebasaban la desembocadura del río Helm, y en los bancos empezaron a oírse oraciones en voz baja. Los remeros echaban miradas temerosas a babor, donde una nube ennegrecida con forma de espiral partía el cielo en dos. La nube no les dejaba ver las astilladas torres élficas de las islas, pero todo el mundo sabía que se ocultaban tras el horizonte.

—Strokom —susurró Yarvi, estirando el cuello para ver y temiéndolo al mismo tiempo. En épocas antiguas, los hombres habían extraído reliquias de aquella ruina élfica maldita, pero en su triunfo habían enfermado y luego muerto, y la Clerecía había prohibido acercarse a la zona.

—Que el Padre Paz nos proteja —dijo Rulf entre dientes, moviendo un dedo sobre el corazón para trazar una mezcolanza de símbolos sagrados.

Los esclavos no necesitaron latigazos para redoblar sus esfuerzos y aquella sombra pronto quedó muy atrás.

A Yarvi no se le escapó la ironía de que estaban siguiendo la misma ruta que lo habría llevado a su Prueba del Clérigo. El príncipe habría pasado esa travesía envuelto en una gruesa manta con sus libros y sin prestar la menor atención al sufrimiento de los galeotes. En aquel momento, encadenado a su banco, convirtió el *Viento del Sur* en su objeto de estudio. El barco en sí, y las personas que transportaba y los usos que pudiera dar a todos para alcanzar su libertad.

«Las personas son las mejores herramientas del clérigo», decía siempre la

madre Gundring.

Ebdel Aric Shadikshirram, autoproclamada famosa mercader, amante y capitana de navío, pasaba casi todo el tiempo borracha, y buena parte del restante durmiendo la mona. A veces se oían sus ronquidos aunque tuviera cerrada la puerta de su camarote en el castillo de popa, tan coordinados con el ritmo de los remos que daban escalofríos. Otras veces se quedaba de pie sobre el castillo de proa con aire melancólico, una mano apoyada en la cintura y la otra sosteniendo una botella medio vacía, frunciendo el ceño al viento como si lo retara a soplar más fuerte. Y de vez en cuando rondaba por la pasarela repartiendo palmadas en la espalda y bromas, como si fuese una vieja amiga de sus esclavos. Cuando pasaba cerca del hombre anónimo que fregaba la cubierta, no perdía la ocasión de darle un puntapié, estrangularlo un poco o vaciarle el cubo de heces encima, y luego siempre daba un sorbo al vino y rugía: «¡En pos del beneficio!». Los remeros respondían con vítores y, si alguno la aclamaba con especial intensidad, tal vez ella lo recompensara con un trago del vino de la capitana, nada menos, pero si alguno se quedaba callado quizá lo que probara fuese el látigo de Trigg.

Trigg era el cómitre, el amo de las cadenas, el mango del látigo, el contramaestre que además era socio de aquella empresa. Daba órdenes a los guardias, unas dos docenas de hombres, y vigilaba a los esclavos a la vez que garantizaba que imprimieran al barco la velocidad deseada por la capitana. Era un déspota, pero impartía una especie de horrible justicia. No tenía favoritos y no hacía excepciones. Todo el mundo recibía los latigazos que les correspondían.

Ankran era el sobrecargo, y no tenía ni una pizca de justicia en el alma. Dormía bajo cubierta en las bodegas, y era el único esclavo que desembarcaba con frecuencia. Se encargaba de comprar comida y ropa, y de repartirla, y cada día llevaba a cabo mil pequeñas estafas: compraba carne medio podrida, escatimaba en las raciones de los hombres y les hacía remendar prendas que ya eran harapos. Y se repartía las ganancias con Trigg.

Siempre que Ankran pasaba cerca, Rulf escupía con particular repugnancia.

—¿Para qué querrá el dinero ese cabrón embaucador?

—A algunos hombres les gusta el dinero, no hay más —dijo Jaud sin levantar la voz.

—¿Hasta a los esclavos?

—Los esclavos tienen las mismas apetencias que otros hombres. Lo que les falta es poder satisfacerlas.

—Muy cierto —respondió Rulf, con una mirada melancólica hacia Sumael.

La oficial de derrota pasaba casi todo el tiempo sobre uno de los dos castillos, revisando cartas e instrumentos, entrecerrando los ojos hacia el sol o las estrellas mientras hacía rápidos cálculos con los dedos, señalando algún peñasco u onda en la superficie, alguna nube o corriente y avisando con frases cortas y secas. Mientras el *Viento del Sur* navegaba, Sumael podía moverse por él a su antojo, pero cuando llegaban a puerto lo primero que hacía la capitana era fijar su larga y fina cadena a una argolla de hierro en el castillo de proa. Una esclava con sus habilidades debía de valer más que todo el cargamento que llevaban.

A veces se metía entre los galeotes y pasaba sin cuidado por encima de hombres, remos y bancos para hacer alguna pequeña reparación, o para inclinarse sobre la borda y comprobar la profundidad con una plomada. Yarvi solo la veía sonreír cuando estaba subida a la cofa de uno de los palos, con el viento agitándole el pelo corto, tan feliz en las alturas como Yarvi podría haberlo estado junto al fuego de la madre Gundring escudriñando la costa por un tubo de brillante latón.

La costa correspondía ya a Trovenlandia, con sus grises acantilados asediados por las olas hambrientas, sus grises playas de grava lamidas por el mar, sus pueblos grises desde cuyos muelles unos lanceros con gris cota de malla ponían cara de pocos amigos a las embarcaciones que pasaban.

—Mi casa estaba cerca de ahí —comentó Rulf una mañana gris, mientras acorullaban los remos y una leve llovizna lo perlaba todo de rocío—. A dos días tierra adentro, forzando a los caballos. Tenía una buena granja con su buena chimenea de piedra, y una buena mujer que me dio dos buenos hijos.

—¿Cómo acabaste aquí? —preguntó Yarvi mientras jugueteaba, ocioso, con las correas de su enrojecida muñeca izquierda.

—Yo era hombre de armas. Arquero, marinero, espadachín y saqueador durante el verano. —Rulf se rascó la poderosa mandíbula, que ya tenía un asomo de gris porque parecía salirle la barba una hora después del afeitado—. Serví doce temporadas con un capitán llamado Halstam, que era un tipo bastante majo. Me hizo su timonel, y junto con Hopki Piespequeños, Jenner el Azul y unos cuantos más tuvimos bastante éxito en el negocio del pillaje, o al menos el suficiente para

poder pasarme el invierno con los pies cerca del fuego y bebiendo buena cerveza.

—La cerveza nunca me ha sentado bien, pero parece una vida agradable —dijo Jaud, con la mirada perdida en la distancia. En algún pasado propio y feliz, tal vez.

—A los dioses les encanta reírse de un hombre contento. —Rulf hizo los ruidosos preparativos de un gargajo y lo lanzó dando vueltas por encima de la borda—. Un invierno Halstam iba un poco bebido, se cayó del caballo y murió, y entonces el barco pasó a su hijo mayor, Halstam el Joven, que era muy distinto a su padre. Era todo orgullo, espumarajos y poca sabiduría.

—A veces los padres y los hijos se parecen poco —musitó Yarvi.

—Me presté a ser su timonel, aunque sabía que era mala idea, y no llevábamos ni una semana en el mar cuando no hizo caso a mis consejos e intentó abordar un barco mercante demasiado bien vigilado. Hopki, Jenner y casi todos los demás pasaron por la Última Puerta aquel día. Yo fui de los pocos a los que hicieron prisioneros y luego vendieron. Eso fue hace dos veranos, y desde entonces he estado halando este remo para Trigg.

—Un final triste —dijo Yarvi.

—Muchas historias felices los tienen —respondió Jaud.

Rulf se encogió de hombros.

—No puedo quejarme. En mis travesías debí de llevarme como unos doscientos inglingos para venderlos a los esclavistas, y bien que disfruté de las ganancias. —El viejo saqueador frotó la palma callosa de la mano contra el áspero remo—. Dicen que la semilla que siembras será la semilla que coseches, y sí que parece que lleven razón.

—¿No escaparías si pudieras? —preguntó Yarvi en voz muy baja, con una mirada de soslayo hacia Trigg para asegurarse de que no podía escucharlos.

Jaud dio un bufido.

—En el pueblo donde vivía yo hay un pozo que da la mejor agua del mundo. —Cerró los ojos y se relamió como si pudiera saborearla—. Daría cualquier cosa por volver a beber de ese pozo. —Separó las manos—. Pero no

tengo nada que dar. Y mira lo que le pasó al último que intentó marcharse. —Señaló con la cabeza al hombre que cepillaba y cepillaba y cepillaba la cubierta del barco a cuatro patas, con el sonido de su pesada cadena acompañando el viaje de sus rodillas costrosas hacia ninguna parte.

—¿Qué le pasó? —preguntó Yarvi.

—No sé su nombre. Aquí todos le llamamos Nada. Cuando me trajeron a mí al *Viento del Sur*, él era remero. Una noche, cerca de la costa de Gettlandia, intentó escapar. No sé cómo, se quitó la cadena y robó un cuchillo. Mató a tres guardias y a otro le asestó un tajo tal en la rodilla que ya no pudo volver a andar, y le hizo a la capitana la cicatriz que tiene antes de que ella y Trigg pudieran pararlo.

Yarvi se quedó mirando a aquel desecho que limpiaba la cubierta.

—¿Y todo eso con un cuchillo?

—Y no era ni grande. Trigg quería colgarlo de un mástil, pero Shadikshirram decidió que viviera para servirnos de ejemplo a los demás.

—La compasión siempre ha sido su debilidad —dijo Rulf con una risa malhumorada que parecía un gruñido.

—Shadikshirram se cosió la herida —añadió Jaud— y le puso esa cadena tan enorme, y luego trajo a más guardias y les dijo que nunca le dejaran echar mano a nada afilado, y desde entonces lo ha tenido fregando la cubierta, y desde entonces no le he oído decir ni mu.

—¿Y qué hay de ti? —preguntó Yarvi.

Jaud le sonrió sin volver la cabeza.

—Yo hablo cuando tengo algo que valga la pena decir.

—No, digo que cuál es tu historia.

—Antes era panadero. —El sonido de los cabos al deslizarse anunció que levaban el ancla, y Jaud suspiró y puso las manos en los asideros que sus propias palmas habían bruñido—. Ahora mi historia es que tiro de este remo.

EL NECIO ATACA

Jaud tiró del remo y lo mismo hizo Yarvi mientras los callos iban recubriendo poco a poco hasta su mano deforme, su rostro se endurecía contra el clima y su cuerpo se volvía delgado y duro como el látigo de Trigg. Rodearon el cabo de Bail bajo un chaparrón terrible que casi les impidió distinguir la amenazante fortaleza que se alzaba sobre él, y viraron al este hacia aguas más tranquilas, repletas de barcos de todas las formas y nacionalidades. Yarvi volvió y volvió la cabeza, ansioso por divisar Casa Skeken.

Lo primero que vio fueron las ruinas élficas, por supuesto. Las gigantes murallas verticales conservaban la base perfectamente lisa, indiferente a la furia de la Madre Mar, pero más arriba se veían maltrechas y tenían partes arrancadas, con el metal retorcido expuesto en sus grietas como hueso astillado en una herida y con almenas de construcción reciente levantadas encima, en las que ondeaban orgullosos los estandartes del Alto Rey.

La Torre de la Clerecía dominaba todo el paisaje. Era la construcción más alta de cuantas rodeaban el mar Quebrado, si no se contaban las ruinas de Strokom o de Lanangad, donde ningún hombre osaba adentrarse. Las primeras tres cuartas partes de su impactante altura eran de construcción élfica: columnas de piedra sin fisuras, perfectamente cuadradas, perfectamente niveladas, con enormes extensiones de negro cristal élfico que aún brillaba en algunos de sus grandes ventanales.

A unas cinco veces la altura de la torre más alta de la ciudadela de Thorlby, la piedra élfica estaba segada, con chorretones de roca fundida y coagulada en inmensas lágrimas por la Ruptura de la Diosa. Por encima de la cortadura, las sucesivas generaciones de clérigos habían construido una desordenada corona de madera y losa, compuesta de torrejones, plataformas, tejados en pendiente y terrazas, todo ello coronado por chimeneas y engalanado con cuerdas lacias y cadenas, manchadas por la edad y las aves que las sobrevolaban. La obra en descomposición del hombre daba sensación de ridículo comparada con la inmaculada perfección de más abajo.

Por encima de las cúpulas más elevadas volaban en círculo unas siluetas grises. Palomas, quizá, como las que Yarvi había cuidado una vez. Como la que había atraído a su padre a la muerte. Palomas que graznaban los mensajes de los

muchos clérigos dispersos por todo el mar Quebrado. Si se fijaba, ¿alcanzaría a ver la extraña águila de plumaje broncíneo transmitiendo los deseos del Alto Rey?

En aquella torre antigua Yarvi se habría enfrentado a la prueba. Allí habría besado la mejilla de la abuela Wexen al superarla. Allí habría terminado su vida de príncipe para dejar paso a su vida de clérigo, y su vida de esclavo miserable nunca habría tenido lugar.

—¡Acorullad los remos! —gritó Sumael.

—¡Acorullad los remos! —bramó Trigg para que todos vieran que era él quien daba las órdenes.

—Que si remos para fuera, que si remos para dentro —rezongó Rulf—. Ya podrían decidirse de una vez, joder.

—Casa Skeken. —Yarvi se frotó las partes peladas y en carne viva de la muñeca mientras los estibadores del puerto tiraban del *Viento del Sur* hasta amarrarlo y Sumael, inclinada desde el castillo de popa, les ordenaba a gritos que tuvieran cuidado—. El centro del mundo.

Jaud soltó una carcajada seca.

—Comparada con las grandes ciudades de Catalia, esto es una cuadra.

—No estamos en Catalia.

—No. —El hombretón dejó escapar un gran suspiro—. Por desgracia.

Los muelles apestaban a podredumbre y rancia salazón, y apestaban con fuerza, para que Yarvi y sus compañeros pudieran notarlo por encima de su propio hedor. Había muchos amarraderos vacíos. Las ventanas de los primeros edificios estaban oscuras y vacías. En la dársena, crecían malas hierbas sobre un enorme montón de grano podrido. Unos guardias con remendados uniformes con los colores del Alto Rey pasaban el rato sentados y jugando a los dados. Los mendigos holgazaneaban a la sombra. Quizá Casa Skeken fuese la ciudad más grande de todas, pero no tenía nada del vigor y la vitalidad de Thorlby, nada de su ajetreo ni sus edificios de nueva construcción.

Las ruinas élficas podían ser formidables, pero las partes de Casa Skeken levantadas por el hombre resultaban bastante decepcionantes. Yarvi acumuló

saliva y la escupió con habilidad por la borda.

—Así me gusta. —Rulf asintió con la cabeza—. Remando no vales mucho, pero estás mejorando en lo que de verdad importa.

—¡Tendréis que apañároslas sin mí, pequeñines! —Shadikshirram salió contoneándose de su camarote con sus vestiduras más chillonas mientras se ponía otro par de anillos en los dedos—. ¡Me esperan en la Torre de la Clerecía!

—Esperan nuestro dinero —matizó Trigg con sequedad—. ¿Cuánto nos costará este año el salvoconducto?

—Supongo que un poco más que el año pasado. —Shadikshirram se lamió un artejo para poder pasarle una baratija de particular mal gusto por encima—. Las tarifas del Alto Rey suelen llevar una trayectoria ascendente.

—Más nos valdría arrojar el dinero a la Madre Mar que dárselo a esos chacales de la Clerecía.

—Te arrojaría a ti a la Madre Mar, si no creyera que ella te arrojaría de vuelta al momento. —Shadikshirram extendió el brazo para admirar su mano recubierta de joyas—. Con el salvoconducto podemos comerciar a lo largo y ancho del mar Quebrado. Si no lo tenemos... puf. —Abrió los dedos, como dejando volar todos los beneficios.

—El Alto Rey es muy agarrado con sus ingresos —dijo Jaud en voz baja.

—Pues claro —dijo Rulf mientras veían a la capitana dar una patada perezosa a Nada y recorrer la pasarela tirando de la corta cadena con la que llevaba sujeto a Ankran—. Son sus ingresos los que lo hacen «Alto». Sin ellos, caería a tierra como todos los demás.

—Y los grandes hombres necesitan grandes enemigos —añadió Jaud—. Y las guerras son una afición de las caras.

—Construir templos no le va a la zaga. —Rulf hizo un gesto con la cabeza hacia el esqueleto de un edificio enorme que asomaba sobre los tejados más cercanos, tan cubierto por una destartalada red de andamios, cabrestantes y plataformas que Yarvi apenas pudo distinguirle la forma.

—¿Eso es el templo del Alto Rey?

—Dedicado a esa nueva diosa suya. —Rulf intentó escupir por el hueco del remo, falló y salpicó toda la madera—. Es un monumento a su propia vanidad. Lleva cuatro años en construcción y aún no van ni por la mitad.

—A veces pienso que los dioses no pueden existir —caviló Jaud, pasándose un dedo pensativo por los labios—. Pero entonces me pregunto quién puede estar convirtiendo mi vida en este infierno.

—La diosa es antigua —dijo Yarvi—, no nueva.

—¿Cómo dices? —preguntó Rulf.

—Antes de que los elfos le declarasen la guerra, había una sola Diosa. Pero en su arrogancia, usaron contra ella una magia tan fuerte que arrancó los cerrojos de la Última Puerta, los destruyó a todos y partió a la Diosa Única en los muchos dioses. —Yarvi les señaló las obras del templo gigantesco—. En el sur hay quienes creen que en realidad la Diosa Única no puede quebrarse. Que los muchos dioses son solo aspectos de la Diosa Única. Por lo visto el Alto Rey aprecia los méritos de esa teología. —Calló un momento, meditando—. O puede que la abuela Wexen haya visto ventajas en ganarse el favor de la Emperatriz del Sur, rezando del mismo modo que ella. —Recordó el brillo hambriento en los ojos de la clériga cuando estuvo arrodillado ante ella—. O a lo mejor cree que quien hinque la rodilla ante una sola diosa la hincará con más facilidad ante un único Alto Rey.

Rulf volvió a escupir.

—El anterior Alto Rey ya fue bastante malo, pero al menos se consideraba el primero entre hermanos, nada más. Con los años, a este le gusta cada vez más su propio poder. Ni él ni su dichosa clériga estarán contentos hasta que se alcen por encima de esa Diosa Única suya y todo el mundo se arrodille ante sus culos arrugados.

—Quien adora a la Diosa Única no puede elegir su propio camino, sino que le es entregado desde las alturas —dijo Yarvi—. El Alto Rey no puede negarse a sus peticiones; debe obedecer las órdenes. —Levantó parte de su cadena y la miró, pensativo—. La Diosa Única extiende una cadena por el mundo, desde el Alto Rey hasta todos los demás, pasando por los reyes menores, con cada eslabón en su lugar correcto. Esclavizando a todos.

Jaud lo miró de soslayo con la frente arrugada.

—Eres un pensador profundo, Yorv.

Yarvi levantó los hombros y soltó la cadena.

—Sirve menos para remar que una mano buena.

—¿Cómo puede una diosa hacer que funcione el mundo entero, de todas formas? —Rulf extendió los brazos para abarcar la ciudad podrida y todos sus habitantes—. ¿Cómo puede haber una sola diosa para el ganado y los peces, para el mar y el cielo y para la guerra y la paz? A mí me parecen paparruchas.

—A lo mejor la Diosa Única es como yo. —Sumael estaba tumbada sobre el castillo de proa, apoyada en un codo, con la cabeza en el hombro huesudo y una pierna balanceándose.

—¿Perezosa? —masculló Jaud.

La oficial de derrota sonrió de oreja a oreja.

—Ella decide el rumbo, pero tiene a muchos dioses pequeños encadenados dándole al remo.

—Perdonadme, oh, todopoderosa —dijo Yarvi—, pero desde aquí parece que vos también tenéis vuestra propia cadena.

—De momento —replicó ella, echándose una vuelta por encima del hombro como si fuese una bufanda.

—Una sola diosa. —Rulf soltó otro bufido, sin dejar de negar con la cabeza a la vez que miraba al templo a medio construir.

—Mejor una que ninguna —dijo Trigg entre dientes mientras pasaba junto a ellos.

Los galeotes se quedaron callados al oírlo, ya que sabían que lo siguiente en su ruta era pasar frente a la tierra de los shendos, que no mostraban piedad con los extranjeros, no rezaban a ningún dios ni se arrodillaban ante rey alguno, por alto que dijera ser.

Sin embargo, los grandes peligros encerraban grandes beneficios, como dijo Shadikshirram a la tripulación cuando regresó a bordo de un salto, sosteniendo en

alto su salvoconducto escrito en runas, con los ojos tan brillantes de triunfo que cualquiera diría que se lo había entregado el Alto Rey en persona.

—Ese papel no nos protegerá de los shendos —murmuró alguien desde el banco de detrás de Yarvi—. Desuellan a sus prisioneros y se comen a sus propios muertos.

Yarvi resopló. Había estudiado los idiomas y las costumbres de casi todos los pueblos en torno al mar Quebrado. «El combustible del miedo es la ignorancia —acostumbraba decir la madre Gundring—. La muerte del miedo es el conocimiento.» Cuando se estudiaba una raza de hombres, se descubría que eran solo hombres, como todos los demás.

—A los shendos no les gustan los forasteros porque no paramos de capturarlos y venderlos como esclavos. No son más salvajes que cualquier otro pueblo.

—¿Tan malos son? —musitó Jaud, con un vistazo a Trigg mientras este desenrollaba el látigo.

Aquella tarde remaron hacia el este con nuevo salvoconducto y nuevo cargamento pero con las mismas viejas cadenas, y la Torre de la Clerecía se confundió con la neblina de la distancia más allá de su estela. Al anochecer echaron el ancla al amparo de una cala, mientras la Madre Sol pintaba las nubes con extraños colores y esparcía en el agua su último oro antes de hundirse detrás del mundo .

—¡No me gusta nada ese cielo! —Sumael había trepado a un mástil y, con las piernas atenazadas en torno a él, oteaba el horizonte con el ceño fruncido—. ¡Mañana deberíamos quedarnos aquí!

Shadikshirram ahuyentó sus advertencias como si fuesen moscas.

—En este estanque las tormentas no son nada, y yo siempre he tenido muy buena suertedeclima. Seguiremos adelante.

Tiró una botella vacía al mar y llamó a Ankran para que le llevara otra llena mientras Sumael negaba con la cabeza mirando a un cielo sin particularidades.

El *Viento del Sur* cabeceaba suavemente, los guardias y los marineros estaban reunidos en torno a un brasero sobre el castillo de proa apostando baratijas a los

dados, y un esclavo empezó a cantar una canción obscena con voz débil y cascada. Llegó un momento en que se le olvidó la letra y rellenó la canción tarareando sin sentido, pero cuando acabó hubo risas fatigadas y el sonido hueco de los puños contra los remos, que expresaba aprobación.

Otro hombre emprendió con poderosa voz de bajo la canción de Bail el Constructor, que en realidad no había construido más que pilas de cadáveres y se proclamó el primer Alto Rey con fuego, espada y palabras agresivas para todo el mundo. Pero como los tiranos tienen mucho mejor aspecto vistos desde lejos, no tardaron en unirse varias voces a la primera. Al final Bail pasó por la Última Puerta en batalla, como hacen los héroes, y la canción terminó, como hacen las canciones, y el cantante recibió como recompensa otra ronda de madera aporreada.

—¿Quién más tiene una canción? —preguntó alguien.

Y para sorpresa de todos, sobre todo propia, resultó que Yarvi la tenía. Era una que le cantaba su madre cuando era pequeño y tenía miedo de la oscuridad. Yarvi no sabía por qué le había venido a la mente, pero su voz voló alta y libre hasta lugares alejados del apestoso barco y hacia cosas que todos aquellos hombres habían olvidado tiempo atrás. Jaud lo miró sorprendido, y Rulf fijamente, y a Yarvi le pareció que nunca había cantado ni la mitad de bien que encadenado a aquella chabola flotante y podrida.

Cuando terminó se hizo el silencio, roto solo por los tenues crujidos del barco en el agua inestable, el viento en las jarcias y los lejanos y agudos chillidos de las gaviotas.

—Cántanos otra —dijo un hombre.

Y Yarvi les cantó otra, y otra, y otra después de aquella. Les cantó historias de amor perdido y amor encontrado, de hazañas y bajezas. Les regaló la *Trova de Froki*, un hombre con tanta sangre fría que pudo dormir en plena batalla, y la canción de Ashenleer, una mujer con tan buena vista que podía contar los granos de arena de una playa. Entonó el cantar de Horald el Viajero, que venció en una carrera al negro rey de Daiba y al final navegó tan lejos que cayó por el borde del mundo. Les cantó sobre Angulf Piehendido, Martillo de los Vansterlandeses, pero no mencionó que el protagonista era su bisabuelo.

Cada vez que remataba una canción le pedían otra, hasta que el Padre Luna apareció en cuarto creciente sobre las colinas, y las estrellas empezaron a escrutar

las vidas de los hombres a través de la tela del cielo, y la última nota del cantar de Bereg, que murió para fundar la Clerecía y proteger el mundo de la magia, se difuminó en la penumbra.

—Como un pajarito con una sola ala. —Cuando Yarvi se volvió hacia la voz, Shadikshirram estaba mirándolo desde arriba, ajustando los pasadores de su cabello enredado—. Canta bien, ¿eh, Trigg?

El cómitre se sorbió la nariz, se frotó los ojos con el dorso de la mano y, con una voz tomada por la emoción, respondió:

—Nunca había oído nada igual.

«Los sabios esperan su momento —decía siempre la madre Gundring—, pero nunca lo dejan pasar.» De modo que Yarvi se inclinó y se dirigió a Shadikshirram en su propio idioma. No sabía hablarlo bien del todo, pero un buen clérigo sabe dar un buen saludo a cualquiera.

—Es un honor para mí —le dijo con voz dulce mientras pensaba en echar raíz de lenguanegra en su vino— cantar para alguien de tanto renombre.

La capitana lo miró con los ojos entrecerrados.

—Caramba, estás lleno de sorpresas.

Shadikshirram le lanzó la botella, casi vacía ya, y se alejó tarareando con tan poco tino que Yarvi a duras penas supo que se trataba de la *Trova de Froki*.

Si le hubieran servido aquel vino en la mesa de su padre, habría escupido en la cara del esclavo, pero en ese momento le pareció que nunca había degustado nada mejor que aquel caldo lleno de sol y fruta y libertad. Era una lástima compartir las cuatro gotas que tenía, pero la enorme sonrisa que puso Rulf después de beber un trago bien lo valía.

Mientras se disponían a dormir, Yarvi reparó en que los demás esclavos lo miraban de otro modo. O quizá fuese, más bien, que lo miraban y punto. Hasta Sumael le dedicó una mirada pensativa desde su sitio fuera del camarote de la capitana, como si Yarvi fuese una cuenta que no lograba cuadrar.

—¿Por qué me miran? —preguntó a Jaud en voz baja.

—Muy pocas veces reciben cosas buenas. Tú les has dado una.

Yarvi sonrió mientras se arrebujaba en las pieles apestosas. Nunca iba a derrotar a los guardias con un cuchillo de comer, pero quizá los dioses le habían concedido mejores armas. Puede que el tiempo se le escurriera entre los dedos; al fin y al cabo, no los tenía todos. Pero debía ser paciente, paciente como el invierno.

En una ocasión, después de que su padre le diera una paliza en un arrebato de ira, su madre había encontrado a Yarvi llorando. «El necio ataca —le había dicho—. El sabio sonríe, y observa, y aprende.

»Y luego ataca.»

SALVAJES

De niño, a Yarvi le habían regalado un barquito de corcho. Su hermano se lo había quitado y lo había arrojado al mar, y Yarvi se había quedado tendido al borde del acantilado para ver cómo las olas lo zarandeaban, lo volteaban y jugaban con él hasta hacerlo desaparecer.

La Madre Mar estaba jugando a los barquitos con el *Viento del Sur*.

A Yarvi el estómago se le encaramó a la boca llenándola de un sabor agrio mientras coronaban una inmensa montaña de agua recién creada y luego amenazó con hundírsele hasta el culo cuando el barco se precipitó al blanco valle de espuma que había al otro lado, cabeceando y dando bandazos, descendiendo sin freno hasta que lo rodeó por todas partes una inabarcable pared de mar que parecía dispuesta a tragárselos hasta el fondo inescrutable y ahogar hasta al último hombre.

Rulf había dejado de repetir que había visto tormentas peores. Tampoco es que Yarvi pudiera oír lo que decía; ya costaba bastante distinguir el trueno de los cielos del rugido de las olas y de los quejidos del casco maltratado, los cabos tirantes y los hombres torturados.

Jaud había dejado de repetir que le parecía que empezaba a clarear. Era casi imposible saber dónde acababan los latigazos del mar y empezaban los de la lluvia, pues se confundían en un feroz remolino a través del que Yarvi a duras penas divisaba el mástil más cercano, salvo cuando la penumbra de la tormenta se iluminaba por un relámpago que congelaba el barco y a su empavorecida tripulación en un instante de marcados blanco y negro.

La cara de Jaud era toda lúgubre tensión, toda granito y músculo comprimido mientras bregaba con el remo. Rulf aportaba su fuerza a la lucha con los ojos como platos. Sumael estaba agarrada a la argolla a la que la encadenaban cuando el barco echaba las amarras, chillando algo que nadie podía oír entre los aullidos del viento.

Shadikshirram estaba menos por la labor de escuchar que nunca. Se hallaba de pie en el alcázar, con un brazo en torno al mástil como si fuese un compañero de borrachera y blandiendo la espada al cielo, riendo y, cuando el vendaval dejaba

oír a Yarvi, retando a la tormenta a soplar más fuerte.

En todo caso, las órdenes no habrían servido de nada. Los remos eran bestias desbocadas, y el de Yarvi lo zarandeaba por la correa de la muñeca como solía hacer su madre cuando era pequeño. En la boca tenía sabor a sal de mar y sal de su propia sangre, de cuando el remo había estado a punto de hacerle saltar todos los dientes.

Jamás, nunca en la vida, había sentido tanto pánico e indefensión. Ni siquiera cuando se escondía de su padre en los lugares secretos de la ciudadela. Ni siquiera cuando miró a Hurik con la cara ensangrentada y Odem dijo: «Dale muerte». Ni siquiera cuando se encogió a los pies de Grom-gil-Gorm. Por mucho miedo que hubiera pasado entonces, no era nada comparado con el que inspiraba la sobrecogedora furia de la Madre Mar.

El siguiente relámpago insinuó la forma de una costa, de olas lanzando mordiscos a un tosco litoral, de árboles negros y roca negra de los que saltaba espuma blanca.

—Estamos perdidos —susurró Yarvi apretando los párpados.

El barco dio una sacudida y estrelló el cráneo de Yarvi contra el remo de detrás. Los hombres resbalaron y se enredaron, salieron despedidos de sus bancos hasta donde daban las cadenas y se agarraron a cualquier cosa capaz de impedir que los ahorcaran sus propios collares de esclavo. Yarvi notó el fuerte brazo de Rulf en su hombro, sosteniéndolo contra el banco, y la idea de que estaría tocando a otra persona cuando muriera le supuso un extraño consuelo.

Rezó como nunca lo había hecho antes, a todos los dioses que logró recordar, altos o bajos. No rezó por la Silla Negra, ni por vengarse del traidor de su tío, ni por el segundo beso que le había prometido Isriun, ni siquiera por liberarse de su argolla.

Solo rezó por su vida.

Hubo un impacto áspero que sacudió el barco y dejó temblando hasta su último tablón. Los remos se partieron como ramitas. Una gran ola cruzó la cubierta y tiró de la ropa de Yarvi, quien se convenció de que iba a morir como su tío Uthil, tragado por el inclemente mar...

El amanecer llegó nublado e implacable.

El *Viento del Sur* estaba encallado, escorado, indefenso como una gran ballena en los fríos guijarros. Yarvi se encogía en la pronunciada pendiente de su banco, empapado, tembloroso y magullado, pero vivo.

La tormenta se había llevado su bramido hacia el este en la oscuridad, pero en cielo azul grisáceo de la mañana el viento aún soplaba helado y la lluvia aún caía incesante sobre los desgraciados galeotes, la mayoría de los cuales se quejaban de sus raspones entre los gemidos de unos pocos por heridas mucho peores. Un banco se había soltado de sus clavos y se había perdido en el mar, sin duda arrastrando consigo a sus tres malhadados remeros hasta la Última Puerta.

—Hemos tenido suerte —dijo Sumael.

Shadikshirram casi la tiró al suelo de una palmada en la espalda.

—¡Ya te he dicho que tengo una suertedeclima fabulosa!

Por lo menos la capitana parecía estar del mejor de los humores tras su desigual batalla con la tormenta. Yarvi la vio rodear el barco en compañía de Sumael, que con la lengua en la muesca de su labio estudiaba las entalladuras y acariciaba los maderos astillados con manos seguras.

—La quilla y los mástiles han aguantado, al menos. Tenemos doce remos destrozados y tres bancos rotos.

—Por no mencionar los tres galeotes perdidos —refunfuñó Trigg, muy alterado por la experiencia—. Otros dos muertos en sus cadenas y seis más que ya no pueden remar y tal vez no lo hagan nunca más.

—Lo más preocupante es el agujero del casco —dijo Ankran—. Entra luz del día en la bodega. Habrá que carenar y calafatear antes de que podamos ni plantearnos botar el barco.

—Caramba, ¿dónde podríamos encontrar madera? —Shadikshirram abarcó con un gesto del brazo el bosque alto que rodeaba la playa casi hasta el mar.

—Estamos en territorio shendo. —Trigg miraba el mismo bosque, pero con

mucho menos entusiasmo—. Como nos encuentren aquí, nos desuellan a todos.

—Pues mejor que vayas empezando, Trigg. Ya eres bastante feo con la piel puesta. Si mi racha sigue, podemos hacer las reparaciones y estar lejos de aquí antes de que los shendos afilen los cuchillos. ¡Eh, tú! —Shadikshirram se acercó a Nada, que estaba arrodillado en la playa, y lo hizo rodar con una patada en las costillas—. ¿Por qué no estás fregando, desgraciado?

Nada se arrastró siguiendo su pesada cadena hasta la cubierta en pendiente y, como quien barre el fogón después de que se haya incendiado su casa, emprendió su faena habitual con evidente suplicio.

Ankran y Sumael cruzaron una mirada dubitativa y se pusieron a trabajar también, mientras Shadikshirram iba a recoger sus herramientas, es decir, su vino, que empezó a beber sin pausa después de dejarse caer sobre una roca cercana.

Trigg abrió varios de los candados, algo ciertamente inusual, y unos remeros que llevaban semanas sin levantarse de sus bancos se vieron de pronto con cadenas más largas y herramientas proporcionadas por Ankran. A Jaud y Rulf los pusieron a partir troncos con cuña y maza, y Yarvi llevaba los tablones resultantes al hueco de la banda del barco, donde los esperaba Sumael con la mandíbula tensa de concentración y un hacha de mano para recortarlos.

—¿Por qué sonríes? —preguntó la mujer.

Yarvi tenía las manos en carne viva de cargar tablones, le dolía la cabeza del golpe contra el remo y tenía todo el cuerpo erizado de astillas, pero su sonrisa solo aumentó. Todo tenía mejor aspecto con una cadena más larga, y Sumael estaba muy lejos de ser una excepción.

—Estoy suelto del banco —dijo.

—Ah. —Enarcó las cejas—. No te acostumbres.

—¡Allí! —El chillido recordó al de un gallo en la tabla de un cocinero. Uno de los guardias estaba señalando tierra adentro, con la cara blanca como la de un fantasma.

Había un hombre en la linde del bosque. Iba desnudo de cintura para arriba a pesar del frío, llevaba franjas de pintura por todo el cuerpo y su cabello era una maraña negra. Portaba un arco al hombro y un hacha corta a la cintura. No hizo

movimientos bruscos ni gruñó ninguna amenaza; se limitó a quedarse mirando tranquilamente el barco y los esclavos que se afanaban en torno a él, y al cabo de un tiempo dio media vuelta sin prisa y desapareció entre las sombras. Pero no podría haber sembrado más el pánico ni siendo un ejército a la carga.

—Que los dioses nos protejan —susurró Ankran, tirándose del collar de esclavo como si no le dejara respirar.

—Trabajad más deprisa —vociferó Shadikshirram, tan preocupada que dejó de beber un instante.

Redoblaron los esfuerzos, echando constantes y rápidos vistazos en dirección a los árboles por si llegaban más visitas indeseadas. Vieron pasar un barco, y dos tripulantes del *Viento del Sur* se metieron a la carrera entre las olas, haciendo aspavientos y pidiendo ayuda a gritos. Una silueta menuda les devolvió el saludo, pero el navío no hizo ademán de echar el ancla.

Rulf se pasó la gruesa muñeca por la frente para limpiarse el sudor.

—Yo tampoco me habría detenido.

—Ni yo —dijo Jaud—. Tendremos que valernos solos.

Yarvi no tuvo más remedio que asentir.

—Yo ni habría saludado.

En ese momento salieron más shendos de la negrura del bosque, sin hacer el menor ruido. Tres, luego seis, luego doce, todos armados hasta los dientes, cada nueva aparición recibida por creciente horror tanto por Yarvi como por todos los demás. Aunque hubiera leído que los shendos eran un pueblo más o menos pacífico, los que tenía delante no parecían haber leído los mismos libros que él.

—¡Seguid trabajando! —vociferó Trigg, agarrando a un hombre por la nuca y llevándolo de vuelta al tronco caído que estaba desramando—. Deberíamos ahuyentarlos, darles un susto.

Shadikshirram tiró la botella que acababa de vaciar a la tierra pedregosa.

—Por cada uno de los que ves, habrá diez escondidos. El que se llevaría el susto serías tú, me parece. Pero que eso no te impida intentarlo. Yo me quedo aquí

mirando.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Ankran en voz baja.

—Yo, todo lo que pueda para no dejarles nada de vino. —La capitana descorchó otra botella—. Si quieres ahorrarles el trabajo, supongo que podrías despellejarte tú mismo. —Mezcló una risita con el primer trago.

Trigg señaló a Nada, que seguía arrodillado y frotando la cubierta.

—O podríamos darle un arma.

Shadikshirram dejó de reír de golpe.

—Jamás.

«Los sabios esperan su momento, pero nunca lo dejan pasar.»

—Capitana —dijo Yarvi, soltando el tablón que llevaba y acercándose a ella con aire humilde—, tengo una sugerencia.

—¿Vas a cantarles, tullido? —le espetó Trigg.

—A hablar con ellos.

Shadikshirram observó a Yarvi con ojos lánguidos y entrecerrados.

—¿Hablas su idioma?

—Lo suficiente para ponernos a salvo. A lo mejor hasta para comerciar con ellos.

El cómitre señaló la creciente multitud de guerreros pintados con un grueso dedo índice.

—¿Crees que esos salvajes atenderán a razones?

—Sé que lo harán. —Yarvi deseó tener tanta certeza como, de algún modo, logró transmitir.

—¡Es de locos! —exclamó Ankran.

La mirada de Shadikshirram vagó hacia el sobrecargo.

—Espero ansiosa otra alternativa.

Ankran parpadeó con la boca entreabierta y las manos crispadas, y la capitana puso los ojos en blanco.

—Qué pocos héroes quedan. Trigg, tú llevarás a nuestro embajador manco a parlamentar. Ankran, sácate el dedo de la boca y ve con ellos.

—¿Yo?

—¿Cuántos cobardes llamados Ankran poseo? Te ocupas de negociar la compra de suministros, ¿no es así? Pues a negociar.

—Pero ¡con los shendos no hay quien negocie!

—En ese caso, los acuerdos a los que llegues serán legendarios. —Shadikshirram se puso de pie—. Todo el mundo necesita algo. Es lo bonito que tiene el oficio de mercader. Que Sumael te diga lo que nos hace falta. —Se inclinó hacia Yarvi, precedida por una andanada de aliento a vino, y le dio unos golpecitos en la mejilla—. Cántales, chico. Canta tan bien como la otra noche. Canta por tu vida.

Y así fue como Yarvi se vio caminando despacio hacia los árboles, con las manos vacías por encima de la cabeza y su corta cadena sujeta firmemente en la mano carnosa de Trigg, que trataba a la desesperada de convencerse de que los grandes peligros encerraban grandes beneficios. Por delante de Yarvi se acumularon más shendos, que observaban en silencio. Por detrás, Ankran murmuró en haleeno:

—Si el tullido consigue cerrar un trato, ¿lo hacemos como siempre?

—¿Por qué no? —respondió Trigg, con un tirón a la cadena de Yarvi.

No podía creer que hasta en aquel momento estuvieran pensando en el dinero, pero quizá cuando la Última Puerta se abría los hombres revertían a lo que conocían. El propio Yarvi había recurrido a su sabiduría de clérigo, al fin y al cabo. Pero a medida que los shendos se iban acercando en toda su gloria salvaje y pintarrajeada, la sabiduría se le antojó un escudo muy endeble.

Ni chillaron ni blandieron sus armas. Ya tenían un aspecto más que amenazador sin necesidad de hacerlo. Solo dieron un paso atrás para dejar espacio a Yarvi, guiado entre los árboles por Trigg hasta un claro donde había más shendos reunidos en torno a una hoguera. Yarvi tragó saliva al reparar en cuántos más. Podrían triplicar en número a la tripulación completa del *Viento del Sur*.

Había una mujer sentada entre ellos, pelando un palo con un cuchillo brillante. Sujeta al cuello por una tira de cuero llevaba una tablilla élfica, una placa verde tachonada de joyas negras y marcada con incisiones incomprensibles, entremezcladas con enrevesadas líneas doradas.

Lo primero que aprendía un clérigo era a identificar el poder. Aprendía a desentrañar las miradas, las posturas, los gestos y los tonos de voz que distinguían a los seguidores del líder. ¿Para qué perder el tiempo con subordinados, a fin de cuentas? De modo que Yarvi avanzó entre los hombres como si fuesen invisibles y no apartó la mirada del ceño fruncido de la mujer, y los guerreros cerraron filas detrás de ellos y los encerraron en un matorral de acero desnudo.

Durante un instante muy breve, Yarvi vaciló. Durante un momento, disfrutó del miedo de Trigg y Ankran más que sufrió el propio. Durante un instante ostentó el poder sobre ellos, y descubrió que le gustaba la sensación.

—¡Habla! —le urgió Trigg entre dientes.

Yarvi se preguntó si habría alguna manera de hacer matar al cómitre, de usar a los shendos para alcanzar la libertad, quizá para liberar también a Rulf y a Jaud... Sin embargo, la apuesta era demasiado elevada y podían salir mal demasiadas cosas. El clérigo sabio debía sopesar el bien mayor, aspirar al mal menor y allanar el camino del Padre Paz en todas las lenguas, de modo que Yarvi se dejó caer de rodillas, apartando fango del suelo pantanoso al hacerlo, con la mano deforme en el pecho y la buena en la frente, como le había enseñado la madre Gundring a expresar que estaba diciendo la verdad.

Aunque estuviera mintiendo más que hablaba.

—Me llamo Yorv —dijo en el idioma de los shendos—, y me presento con humildad y la rodilla hincada, y al haber dejado de ser un extraño imploro el derecho de huésped para mí y para mis compañeros.

La mujer entrecerró los ojos muy despacio, con la mirada fija en Yarvi. Después miró a sus hombres, enfundó su cuchillo con cuidado y tiró el palo al

fuego.

—Vaya, hombre.

—¿Derecho de huéspedes? —musitó un guerrero, señalando incrédulo hacia el barco varado—. ¿Estos salvajes?

—Pronuncias que duele oírte. —La mujer puso las palmas de las manos hacia arriba—. Pero soy Svidur de los shendos. Levántate, Yorv, pues eres bienvenido a nuestro fuego y no te haremos ningún daño.

Otro guerrero, furioso, tiró el hacha al suelo y se marchó dando pisotones entre los árboles. Svidur lo miró alejarse.

—Teníamos muchísimas ganas de mataros y quedarnos con vuestro cargamento. Hay que arramblar con lo que se pueda porque tu Alto Rey volverá a levantarse en armas contra nosotros cuando llegue la primavera. Ese hombre es codicia pura. Juro que no logro comprender qué tenemos que tanto quiere.

Yarvi miró de soslayo a Ankran, atento a la conversación con expresión de profunda sospecha.

—Por desgracia, he observado que algunos hombres siempre quieren más.

—Así es. —La mujer apoyó codo en rodilla y mentón en mano mientras sus cabizbajos guerreros se sentaban con mala cara; uno de ellos ya estaba cogiendo musgo para quitarse la pintura de batalla—. Este día podría haber sido muy provechoso.

—Aún puede serlo. —Yarvi se levantó con torpeza y juntó las manos como hacía su madre antes de emprender una negociación—. A mi capitana le gustaría intercambiar ciertas cosas...

TRAPOS SUCIOS

El camarote de Shadikshirram era un espacio reducido y demasiado decorado, oscuro por sus tres estrechos tragaluces y sombrío por los sacos y las bolsas colgados de las vigas bajas del techo. La cama de la capitana, atestada de sábanas, pieles y almohadas manchadas, ocupaba la mayor parte del suelo. Casi todo el resto era para un enorme baúl con refuerzos de hierro. Las botellas vacías habían rodado hasta todos los rincones. La estancia olía a brea, sal, incienso, sudor rancio y vino pasado. Y aun así, comparado con la vida que llevaba Yarvi —si es que se podía llamar vida—, parecía el colmo del lujo y la complacencia.

—El parche no durará —estaba diciendo Sumael—. Deberíamos volver a Casa Skeken.

—Lo maravilloso que tiene el mar Quebrado es que es circular. —Shadikshirram dibujó una circunferencia en el aire con su botella—. Llegaremos a Casa Skeken vayamos hacia donde vayamos.

Sumael se sorprendió al oírlo.

—Pero ¡tardaremos días en un sentido y meses en el opuesto!

—Tú nos mantendrás en el agua, como haces siempre. El peor enemigo de un marinero es el mar, pero la madera flota, ¿verdad? No puede ser tan difícil. Seguiremos adelante. —La mirada de Shadikshirram se posó en Yarvi, que agachaba la cabeza para pasar bajo el dintel—. ¡Ah, mi embajador! Dado que conservamos la piel, supongo que ha ido bien la cosa.

—Tengo que hablar con vos, mi capitana —dijo él con la mirada baja, en el tono con que los clérigos hablan con sus reyes—. A solas.

—Hum. —Shadikshirram sacó el labio inferior y lo punteó con los dedos como a un arpa—. Que un hombre solicite audiencia privada siempre me intriga, aunque sea tan joven, tullido y poco atractivo como tú. Vuelve con tu estopa y tu madera, Sumael, y querré que estemos surcando sal por la mañana.

Los músculos de las sienes de Sumael se contrajeron al apretar los dientes.

—Surcándola o hundidos en ella —replicó, y salió apartando a Yarvi con el

hombro.

—¿Y bien? —Shadikshirram dio un largo trago al vino y plantó la botella en el suelo sin cuidado.

—He rogado a los shendos que nos concedan derecho de huéspedes, mi capitana. Tienen la solemne tradición de no negárselo a ningún extranjero que lo pida con la fórmula adecuada.

—Astuto —dijo Shadikshirram, recogiéndose la melena negra y plateada con las dos manos.

—Y para las cosas que necesitamos he llegado a acuerdos, a mi juicio muy ventajosos.

—Muy astuto —respondió ella mientras enroscaba el pelo para formar su habitual maraña.

Pero ese momento era cuando iba a necesitar de verdad la astucia.

—A lo mejor vos no lo consideráis un acuerdo tan ventajoso como yo, mi capitana.

La mujer entrecerró un poco los ojos.

—¿En qué sentido?

—Vuestro sobrecargo y vuestro cómitre han dado pellizcos a vuestros beneficios.

Hubo un largo silencio mientras Shadikshirram fijaba los pasadores, uno por uno, para sostener el cabello en su sitio. No cambió de expresión ni en el más mínimo detalle, aunque Yarvi sintió de pronto que estaba al borde de un precipicio.

—¿Ah, sí? —dijo la capitana.

Yarvi habría esperado cualquier cosa menos aquella tranquilidad distraída. ¿Lo sabría ya pero le daba igual? ¿Volvería a enviarlo al remo de todos modos? ¿Trigg y Ankran se enterarían de que los había delatado? Se pasó la lengua por los labios, consciente de pisar un terreno peligroso y resbaladizo. Pero no tenía más

opción que seguir adelante y confiar en que de algún modo llegaría a tierra más firme.

—Y no es la primera vez —graznó.

—¿Ah, no?

—En Vulsgard les disteis dinero para comprar remeros sanos y volvieron con la escoria más barata que encontraron, yo entre ellos. Tengo la sensación de que no os devolvieron demasiado.

—Les sobró una miseria. —Shadikshirram cogió la botella con dos dedos y le dio un trago largo—. Pero empiezo a sospechar que contigo encontré una ganga.

Yarvi tuvo el extraño impuso de hablar por los codos y hubo de obligarse a mantener la calma y la seriedad de un clérigo.

—Concretaron los dos tratos en haleeno, creyendo que nadie lo entendería. Pero también hablo ese idioma.

—Y sabrás cantar en él, sin duda. Para ser un galeote, tienes muchos talentos.

Un clérigo debía esforzarse para que nunca le hicieran una pregunta cuya respuesta no conocía de antemano, y Yarvi tenía una mentira preparada para aquella situación.

—Mi madre era clériga.

—El cinturón de un clérigo debe permanecer siempre abrochado. —Shadikshirram hizo entrar aire entre sus labios fruncidos—. Ay, cuántos trapos sucios.

—La vida está llena de ellos.

—Y que lo digas, chico, y que lo digas.

—Me enseñó idiomas, números, las propiedades de las plantas y muchas otras cosas. Cosas que podrían seros útiles, mi capitana.

—Sí que eres un chico de provecho, sí. Puede que hagan falta dos manos

para luchar contra alguien, pero con una sobra para apuñalarle por la espalda, ¿verdad que sí? ¡Ankran! —llamó con voz cantarina por la puerta abierta—. ¡Ankran, tu capitana quiere hablar contigo!

Los pasos del sobrecargo llegaron veloces, pero no tanto como el corazón de Yarvi.

—He comprobado las existencias, capitana, y nos falta un hacha de mano... —Vio a Yarvi mientras se agachaba para evitar el dintel y torció el gesto, primero con expresión de sorpresa, luego de sospecha y por último con un amago de sonrisa—. ¿Queréis que os traiga más vino?

—Nunca más. —Hubo una pausa espantosa en la que la capitana sonrió con los ojos brillantes, el rostro de Ankran perdió el color poco a poco y la sangre en las sienes de Yarvi fluyó cada vez más estruendosa—. De Trigg espero que me robe; es un hombre libre y debe mirar por sus propios intereses. Pero ¿de ti? ¿Que a una le robe lo que es de su posesión? —Shadikshirram terminó la botella, lamió las últimas gotas del cuello y la sopesó con aire relajado—. Comprenderás que sea un poco bochornoso.

Los finos labios del sobrecargo temblaron.

—¡Está mintiendo, capitana!

—Pues sus mentiras encajan muy bien con mis sospechas.

—Es todo...

Yarvi apenas captó el movimiento antes de oír el golpe sordo de la base de la botella impactando en la cabeza de Ankran. El esclavo cayó con un gruñido y se quedó en el suelo parpadeando, con sangre chorreando por su cara. La capitana se acercó, levantó la bota sobre la cabeza de Ankran y, sin alterarse, manteniendo el ritmo y con la frente arrugada de concentración, empezó a pisotearla.

—¿Conque estafándome? —susurró entre dientes mientras su talón cortaba la mejilla del esclavo—. ¿Conque robándome? —Dio un sonoro puntapié a la nariz del esclavo—. ¿Conque tomándome por tonta?

Yarvi apartó la mirada hacia un rincón del camarote, obligando al aire a pasar por su garganta mientras continuaban los nauseabundos crujidos.

—¡Después de... todo lo que... he hecho por ti! —Shadikshirram se acuclilló, con los antebrazos apoyados en las rodillas y las manos colgando flácidas. Apretó la mandíbula y sopló para apartarse un mechón de pelo que le había caído a la cara—. De nuevo, me decepcionan las miserias de la humanidad.

—Mi esposa. —El hilo de voz de Ankran atrajo la mirada de Yarvi otra vez hacia su cara destrozada. En sus labios se formó y explotó una burbuja de sangre—. Mi esposa... y mi hijo.

—¿Qué pasa con ellos? —dijo Shadikshirram bruscamente, mirando una salpicadura de sangre que tenía en el dorso de la mano y limpiándola en la ropa de Ankran.

—El tratante de carne... al que me compraste... en Thorlby. —La voz de Ankran sonaba pastosa—. Yoverfell. Los tiene él. —Tosió y se sacó de la boca un trozo de diente empujándolo con la lengua—. Dijo que estarían a salvo... mientras le pagara una cuota... cada vez que pasáramos. Si no le pago...

Yarvi notó que le flaqueaban las rodillas, tanto que creyó que cederían. Ahora entendía para qué necesitaba Ankran tanto dinero.

Pero la única reacción de Shadikshirram fue encogerse de hombros.

—¿Y eso a mí qué me importa?

Metió los dedos en el pelo de Ankran y sacó un cuchillo del cinturón.

—¡Esperad! —gritó Yarvi.

La capitana lo miró con furia.

—¿De verdad? ¿Estás seguro?

Yarvi necesitó todo su empeño para componer una sonrisa diluida.

—¿Por qué matar lo que se puede vender?

Shadikshirram se quedó agachada un momento sin dejar de mirar a Yarvi, quien se preguntó si acabaría con los dos. Después soltó una carcajada rasposa y bajó el cuchillo.

—De verdad que al final este corazón tierno que tengo será mi ruina. ¡Trigg!

El cómitre se detuvo solo un instante cuando entró en el camarote y vio a Ankran en el suelo con la cara convertida en un amasijo sanguinolento.

—Resulta que nuestro sobrecargo me ha estado robando —dijo la capitana.

Trigg torció el gesto mirando a Ankran, luego a Shadikshirram y por último, durante un buen rato, a Yarvi.

—Está claro que algunos solo saben pensar en sí mismos.

—Y yo creyendo que éramos una gran familia. —La capitana se levantó y se quitó el polvo de las rodillas—. Tenemos un nuevo sobrecargo. Consíguele un collar mejor. —Hizo rodar a Ankran hacia la puerta con el pie—. Y pon a esta cosa en el hueco del remo de Jaud.

—A la orden, capitana.

Trigg arrastró a Ankran fuera del camarote por un brazo y cerró la puerta de una patada.

—Ya ves lo piadosa que soy —dijo Shadikshirram con voz alegre y gestos humildes de la mano que aún sostenía el cuchillo con las puntas de los dedos—. La clemencia es mi debilidad.

—La clemencia es un aspecto de la grandeza —logró decir con un hilo de voz Yarvi.

Shadikshirram sonrió de oreja a oreja al oírlo.

—¿Verdad que sí? Bueno, pues por grandiosa que sea... me parece que Ankran ya ha agotado toda mi clemencia de este año. —Pasó un largo brazo por el hombro de Yarvi y encajó el pulgar en su argolla para atraerlo hacia sí más y más, hasta que él pudo oler el vino en lo que susurró a continuación—: Si otro contramaestre traicionara mi confianza... —Y la parte de la frase que dejó en el aire fue más elocuente que todo lo que hubiera podido decir.

—No tenéis nada de qué preocuparos, mi capitana. —Yarvi la miró a la cara tan de cerca que los ojos oscuros de Shadikshirram parecieron fundirse en uno—. No tengo esposa ni hijos que me distraigan. —Pero pensó: «Solo un tío que matar,

y su hija con la que casarme y la Silla Negra de Gettlandia que reclamar»—. Soy vuestro hombre.

—Apenas eres un hombre, pero por lo demás, ¡maravilloso! —Y limpió el cuchillo por los dos lados en la camisa de Yarvi—. Pues ya estás bajando a tu bodega, mi pequeño clérigo manco, encuentra el dinero escondido de Ankran y tráeme más vino. ¡Y sonríe, chico! —Shadikshirram se quitó una cadena de oro del cuello y la colgó de un poste de la cama. En la cadena había una llave, la llave de los candados de los galeotes—. ¡Me gusta que mis amigos sonrían y que mis enemigos mueran! —Extendió los brazos, meneó los dedos y se dejó caer de nuevo a sus pieles—. Con lo poco que prometía el día de hoy al amanecer —murmuró al techo—, y resulta que todo el mundo ha logrado lo que quería.

Mientras Yarvi se apresuraba a abrir la puerta, pensó que no sería muy sabio señalar que Ankran, por no mencionar a su esposa y su hijo, seguramente no estaría de acuerdo.

ENEMIGOS Y ALIADOS

No sorprendió a nadie que Yarvi tuviera mucho más talento para la bodega que para los remos.

Al principio casi no pudo ni entrar en sus nuevos, sombríos y chirriantes dominios bajo la cubierta por el caos de barriles, cajas, cofres rebosantes y sacos que se balanceaban colgados del techo. Pero al cabo de un par de días tenía todo tan organizado como lo habían estado las estanterías de la madre Gundring, aunque los tablones nuevos y más claros con que se había reparado el casco no dejaban de rezumar agua salada. Cada mañana tenía que emprender la desagradable tarea de achicar el charco salobre que se había acumulado la noche anterior.

Pero seguía siendo mucho mejor que remar.

Yarvi encontró un trozo de hierro doblado y lo usó para hincar cualquier clavo que amenazara con soltarse, intentando no imaginar que al otro lado de aquella piel tensa de madera mal serrada estaba apoyado todo el peso apabullante de la Madre Mar.

El *Viento del Sur* renqueó en dirección sur y, aun herido y con bajas en la tripulación, en unos días llegó al gran mercado de Roystock, un centenar de centenares de tiendas apiñadas en una isla pantanosa cerca de la desembocadura del río Divino. Las embarcaciones pequeñas y rápidas quedaban atrapadas en el enredo de muelles como moscas en una telaraña, al igual que sus escasas tripulaciones, de piel quemada por el sol. Después de haber pasado trabajosas semanas remando contracorriente y otras aún peores tirando del barco en el curso alto del río, los tripulantes se dejaban robar de sus extraños cargamentos para una noche o dos de placeres sencillos. Mientras Sumael maldecía y se desvivía para parchear las filtraciones de agua, Yarvi descendió con Trigg a tierra firme, al final de una corta cadena, para buscar suministros y galeotes que sustituyeran a los que se había llevado la tormenta.

En las callejuelas atestadas de personas de toda forma y color, Yarvi negoció. Había observado cómo lo hacía su madre, la Reina Dorada, cuyos ojos perspicaces y lengua rápida no tenían rival en todo el mar Quebrado, y descubrió que los trucos de Laithlin le salían sin pensar. Regateó en seis idiomas con comerciantes

horrorizados al comprobar que sus idiomas secretos se les volvían en contra. Se deshizo en halagos y en fanfarronadas, rebufó ofendido por los precios y desdeñoso con la calidad, se marchó dando zancadas y regresó ante los ruegos de los vendedores, empezó las negociaciones flexible como el buen cuero y las terminó firme como el hierro, y dejó una estela de mercaderes sollozantes a su paso.

Trigg lo llevaba con la cadena tan suelta que Yarvi estuvo a punto de olvidar que no era un hombre libre. Pero cuando hubieron terminado de comerciar y las piezas de plata ahorradas tintineaban en la bolsa de la capitana, un susurro del cómitre hizo cosquillas a Yarvi en la oreja y le puso todos los pelos de punta.

—Eres un tullidito muy, pero que muy espabilado, ¿verdad que sí?

Yarvi esperó un momento a reponerse de la impresión.

—Tengo... cierto entendimiento.

—No lo dudo. Está claro que nos entendiste a Ankran y a mí, y que le fuiste con ese entendimiento a la capitana. ¿A que tiene una vena de lo más vengativa? Puede que las historias que cuenta de sí misma sean mentiras, pero yo podría explicarte algunas verdaderas que te dejarían igual de pasmado. Una vez la vi matar a un hombre por darle un pisotón. Y el hombre era una mole.

—A lo mejor por eso le hizo tanto daño en los dedos de los pies.

Un tirón de Trigg hundió el collar en el cuello de Yarvi y le arrancó un gañido.

—No cargues mucho la mano con mi naturaleza bondadosa, chico.

En efecto, la naturaleza bondadosa de Trigg parecía demasiado endeble para cargarle nada.

—Jugué la mano que me habían repartido —logró sisear Yarvi.

—Como hacemos todos. —La voz de Trigg pareció un ronroneo—. Ankran no supo jugar la suya y pagó el precio. Yo no tengo intención de hacer lo mismo. Así que te ofrezco el trato que compartí con él: la mitad de lo que robes a Shadikshirram tienes que dármela a mí.

—¿Y si no me quedo nada?

Trigg soltó una carcajada seca.

—Todo el mundo se queda algo, chico. Una parte de la que me des a mí se la pasaré a los guardias, y así todo el mundo está contento. Sonrisas por todas partes. Como no me des nada, vas a ganarte enemigos. Enemigos que no te conviene tener. —Dio una vuelta a la cadena de Yarvi en torno a su manaza y lo atrajo hacia sí aún más—. Recuerda que los niños espabilados y los bobos se ahogan exactamente igual.

Yarvi tragó saliva una vez más. La madre Gundring solía decir: «Un buen clérigo nunca dice que no, si puede decir que tal vez».

—Tengo a la capitana muy encima. Aún no se fía de mí. Debes concederme un poco de tiempo.

Un empujón de Trigg envió a Yarvi trastabillando en dirección al *Viento del Sur*.

—Pero que sea poco.

A Yarvi le pareció bien. Sus viejos amigos de Thorlby, por no hablar de sus viejos enemigos, no iban a esperar para siempre. Por adorable que fuese el cómitre, Yarvi deseaba con toda su alma separarse de Trigg antes de que pasara mucho tiempo.

Al zarpar de Roystock pusieron rumbo norte.

Pasaron frente a tierras sin nombre, marismas de esteros brillantes como espejos que se extendían en la distancia, con miles de fragmentos de cielo esparcidos en aquella progenie bastarda de tierra y mar, aquella desolación sobrevolada por aves solitarias que gorjeaban mientras Yarvi se llenaba los pulmones con aquel helor salado y añoraba su hogar.

Pensaba mucho en Isriun e intentaba recordar el aroma de la chica cuando se había acercado a él, intentaba recordar el roce de sus labios, la forma de su sonrisa,

el sol brillando a través de su cabello en el umbral del Salón de los Dioses. Sus escasos recuerdos daban vueltas y más vueltas en su mente hasta quedar tan finos y desgastados como ropas de mendigo.

¿Estaría comprometida para casarse con un marido mejor? ¿Sonreiría a algún otro hombre? ¿Besaría a algún otro amante? Yarvi apretó los dientes. Tenía que volver a casa. Dedicaba todo su tiempo libre a tramar planes de huida.

En un puerto comercial de edificios tan bastos que clavaban astillas solo por pasar cerca, Yarvi llamó la atención de Trigg sobre una sirviente joven y, mientras el cómitre estaba distraído, adquirió algunos productos además de la sal y las hierbas. Entre ellos, la suficiente hoja de enredapiés para volver lentos y pesados a todos los guardias del barco, o incluso para hacerlos caer dormidos si acertaba con la dosis.

—¿Qué me dices del dinero, chico? —siseó Trigg mientras regresaban al *Viento del Sur*.

—Tengo un plan en mente. —Y Yarvi sonrió con humildad mientras soñaba con empujar a un somnoliento Trigg por la borda.

Como sobrecargo, Yarvi, estaba mucho mejor valorado y respetado que en sus tiempos de rey, y, por qué no decirlo, hacía mucho mejor su trabajo. Los remeros comían lo suficiente y llevaban ropa de más abrigo, y le murmuraban su aprobación si pasaba entre ellos. Podía recorrer el barco entero cuando estaban surcando sal, pero, igual que un usurero con sus ganancias, aquella libertad solo le aguzaba la avidez de más.

Cuando Yarvi pensaba que no lo miraba nadie, dejaba caer mendrugos de pan cerca de la mano de Nada, quien los escondía raudo entre sus harapos. Una vez intercambiaron una mirada después, y Yarvi se preguntó si el limpiador podía sentir gratitud al ver que apenas parecía quedar nada humano tras aquellos ojos extraños, brillantes y hundidos.

Pero la madre Gundring siempre decía: «Los buenos actos se hacen por el propio bien», así que Yarvi siguió dejando caer mendrugos siempre que podía.

Shadikshirram reparó complacida en el peso aumentado de su bolsa, y todavía más complacida la mejora de su vino, alcanzada en parte porque Yarvi podía comprarlo al por mayor y en grandes cantidades.

—Este caldo es mucho mejor que el que me traía Ankran —musitó mientras apreciaba su color en la botella.

Yarvi hizo una inclinación profunda.

—Como corresponde a vuestras muchas proezas. —Y tras la máscara de su sonrisa, meditó la forma de clavar la cabeza de la capitana en una estaca sobre la Puerta de los Alaridos y reducir su condenado barco a cenizas cuando hubiera recuperado la Silla Negra.

En ocasiones, cuando caía la noche, Shadikshirram extendía una pierna hacia él para que le quitara la bota mientras le repetía una y otra vez los relatos de sus glorias pasadas, en los que los nombres y los detalles oscilaban como el aceite con cada nueva narración. Al terminar, le decía que era un chico bueno y útil y que con un poco de suerte ese día le caerían sobras de su mesa, antes de confesar que su corazón tierno sería su ruina.

Cuando podía resistirse a devorarlas allí mismo, Yarvi pasaba las sobras a Jaud, que a su vez las compartía con Rulf mientras Ankran miraba ceñudo a la nada entre ellos, su cuero cabelludo lleno de cortes por los afeitados y su cara costrosa con un contorno muy distinto al que había tenido antes de topar con la bota de Shadikshirram.

—Por los dioses —refunfuñó Rulf—, ¡quitadnos del remo a este idiota con dos manos y devolvednos a Yorv!

Los remeros de alrededor rieron, pero Ankran permaneció inanimado como un hombre de madera, y Yarvi se preguntó si estaría formulando su propio juramento de venganza. Levantó la vista y vio a Sumael mirándolos con la frente arrugada desde su sitio en el alcázar. Siempre estaba observando, evaluando, como si todo fuese un rumbo del que no estaba muy convencida. Aunque los dos pasaban la noche encadenados a la misma argolla, fuera del camarote de la capitana, la oficial de derrota no cruzaba palabra con Yarvi más allá de algún monosílabo de vez en cuando.

—¡Toma palo! —exclamó Trigg al pasar junto a él mientras lo empujaba contra su antiguo remo.

Por lo visto, se había ganado enemigos además de amigos.

«Pero los enemigos —como decía su madre— son el precio del éxito.»

—¡Botas, Yorv!

Yarvi se encogió como si el grito fuese un bofetón. Sus pensamientos se habían alejado a la deriva, como tenían por costumbre. Habían llegado a la colina que se alzaba sobre el barco en llamas de su padre, al juramento de venganza que había hecho ante los dioses, a la cima de la torre de Amwend y al olor a quemado en su nariz. Habían vuelto al rostro tranquilo y sonriente de su tío.

«Habrías sido un gran bufón.»

—¡Yorv!

Se desembarazó de las mantas, agarró su cadena y pasó por encima de Sumael, acurrucada en su propio montón, que hizo una mueca silenciosa en sueños. Hacía cada vez más frío a medida que avanzaban hacia el norte, y la noche les traía motas de nieve arremolinadas en el viento cortante que manchaban de blanco las pieles bajo las que se hacinaban los galeotes. Los guardias habían renunciado a patrullar y los únicos dos que quedaban despiertos estaban encogidos cerca de la escotilla de proa sobre un brasero que les iluminaba de naranja las caras enjutas.

—¡Estas botas son más valiosas que tú, me cago en la leche!

Shadikshirram estaba sentada en la cama, con los ojos húmedos y relucientes, intentando alcanzar una bota, pero tan borracha que fallaba en cada intento. Al ver entrar a Yarvi se dejó caer sobre la cama.

—Échame una mano, anda.

—Mientras no os hagan falta dos... —dijo Yarvi.

La capitana soltó una risotada rasposa.

—Eres un pequeño tullido listo y cabroncete, ¿lo sabías? Estoy segura de que te han enviado los dioses. Te envían... para que me quites las botas.

Las risitas se parecieron cada vez más a ronquidos y, cuando Yarvi le hubo

quitado la segunda bota y hubo subido la pierna a la cama, la capitana ya dormía como un tronco, con el cuello relajado y el pelo revoloteando sobre su boca con cada sonoro aliento.

Yarvi se quedó petrificado. La camisa de Shadikshirram se había abierto por arriba y dejó salir la cadena. Junto a su cuello, reluciente entre las pieles, estaba la llave que abría todos los candados del barco.

Miró hacia la puerta, que permitía ver una rendija de nieve en el exterior. Abrió la lámpara y apagó la llama de un soplido, sumiendo el camarote en la oscuridad. Era un riesgo tremendo, pero, a veces, cuando se tenía el tiempo en contra, había que jugársela.

«Los sabios esperan su momento, pero nunca lo dejan pasar.»

Se acercó a la cama palmo a palmo, con la carne de gallina, y pasó su mano de un solo dedo bajo la cabeza de Shadikshirram.

La levantó con toda la suavidad del mundo, sorprendido del peso muerto, con los dientes apretados por el esfuerzo de moverse tan despacio. Encogió el rostro cuando la capitana se tensó e inspiró de golpe, seguro de que abriría los ojos y temeroso de cómo aplastarían su cara aquellos tacones, igual que habían hecho con la de Ankran.

Yarvi tomó aire y lo retuvo. Acercó su mano buena al otro lado de la mujer para coger la llave, iluminada por una esquirla del Padre Luna que se colaba por un tragaluz. Extendió el brazo hacia ella... Pero sus dedos ansiosos se quedaron cortos por muy poco.

Notó una presión asfixiante en el cuello. Se le habría enganchado la cadena con algo. Se volvió pensando en soltarla y allí, en el umbral, con la mandíbula marcada y la cadena de Yarvi agarrada firmemente con las dos manos, estaba Sumael.

Se quedaron quietos los dos un momento. Luego ella empezó a recoger sedal.

Yarvi dejó caer la cabeza de Shadikshirram con tanta delicadeza como pudo, agarró la cadena con su mano buena e intentó recuperar terreno, con una exhalación sonora. Sumael se limitó a tirar con más fuerza, y la argolla arañó el cuello de Yarvi, los eslabones le hicieron cortes en la mano y tuvo que morderse el

labio para no soltar un chillido.

Fue como las competiciones de cuerda a las que jugaban los niños en la playa de Thorlby, solo que uno de ellos con dos manos y el otro extremo atado al cuello de Yarvi.

Se retorció y plantó cara, pero Sumael tenía demasiada fuerza para él y fue acercándolo a ella en silencio, cada vez más. Las botas de Yarvi resbalaron por el suelo, enviaron una botella rodando a un rincón y al final Sumael lo agarró por el collar y lo sacó a la noche de un tirón para luego acercarlo a su cara.

—¡Serás imbécil! —rugió con un susurro—. ¿Es que pretendes que te maten?

—¿Y a ti qué te importa? —replicó él, con sus nudillos blancos en torno a los de Sumael, intentando apartarlos de su collar.

—¡Me importa si cambian todas las cerraduras porque has robado la llave, zopenco!

Hubo un largo silencio mientras se miraban uno a la otra en la oscuridad, y Yarvi cayó en la cuenta de lo cerca que estaban. Lo bastante para que le distinguiera las arrugas de furia en el caballete de la nariz, para que captara el brillo de sus dientes por la muesca de sus labios, para que sintiera su calidez. Lo bastante cerca para que oliera su aliento acelerado, un poco amargo pero agradable de todos modos. Lo bastante cerca, casi, para besarla. Sumael debió de pensar lo mismo al mismo tiempo, porque soltó el collar como si quemara, se apartó y giró la muñeca para soltarse de él.

Yarvi dio un par de vueltas a sus palabras, las miró desde todos los ángulos y por fin comprendió.

—Que cambiaran los candados solo perjudicaría a quien ya tuviera una llave. ¿A alguien que hubiera encontrado una copia, quizá? —Se sentó en su sitio de siempre, se frotó las rozaduras y las viejas quemaduras del cuello con su mano buena y metió la mala en el calor de la axila—. Pero el único motivo para que un esclavo quiera una llave es escapar.

—¡Cierra el pico!

Sumael se dejó caer a su lado y se quedaron en silencio otra vez. La nieve fue posándose en el pelo de ella, en las rodillas de él.

Cuando Yarvi ya estaba perdiendo la esperanza de que volviera a dirigirle la palabra en la vida, Sumael por fin habló, en voz tan baja que casi no llegó a oírla entre el viento.

—Una esclava con la llave podría liberar a otros esclavos. A lo mejor, a todos. En medio de la confusión, ¿quién sabe quién podría escabullirse?

—Podría derramarse mucha sangre —murmuró Yarvi—. En medio de la confusión, ¿quién sabe la de quién? Sería mucho más prudente dejar dormidos a los guardias. —Sumael le lanzó una mirada, y Yarvi vio el brillo en sus ojos, la neblina en su aliento—. A un esclavo que supiera de plantas y que sirviera la cerveza de los guardias y el vino de la capitana podría ocurrírsele la forma de hacerlo. —Era un riesgo, estaba claro, pero con la ayuda de Sumael resultaría todo mucho más fácil, y a veces, cuando se tenía el tiempo en contra, había que jugársela—. A lo mejor, dos esclavos juntos podrían lograr...

Sumael terminó la frase:

—... lo que uno solo no. Sería mejor escabullirnos del barco cuando esté atracado.

Yarvi asintió con la cabeza.

—Yo diría que sí. —Llevaba días sin pensar en otra cosa.

—Casa Skeken podría ser la mejor ocasión. Es una ciudad bulliciosa, pero los guardias son perezosos, la capitana y Trigg pasan mucho tiempo fuera del barco...

—A no ser que alguien tuviera amigos en algún lugar del mar Quebrado. —Yarvi dejó el cebo en el agua.

Sumael se lo tragó entero.

—¿Amigos que podrían dar cobijo a un par de esclavos fugados?

—Exacto. En... ¿Thorlby, digamos?

—El *Viento del Sur* volverá a pasar por Thorlby dentro de un mes o dos.

Yarvi captó el gallo de emoción en su bisbiseo.

Y no pudo evitar que adornara también el suyo.

—Llegado ese punto, la esclava que tuviera la llave... y el esclavo que supiera de plantas... podrían ser libres.

Se quedaron sentados en silencio, en medio del frío y la oscuridad como tantas otras noches. Pero, mirando de reojo, aquella vez a Yarvi la pareció que la blanca luz del Padre Luna caía sobre un raro atisbo de sonrisa en las comisuras de los labios de Sumael.

Y pensó que le quedaba bien.

UN AMIGO

Los galeotes habían llevado trabajosamente el *Viento del Sur* muy al norte, sobre el negro mar y bajo el frío invierno. Nevaba a menudo, y los copos se posaban en los dos castillos del barco y en los hombros de los temblorosos remeros, que soplaban humo en sus dedos entumecidos con cada brazada que daban. Por la noche el casco roto gemía. Por la mañana los hombres se agachaban sobre la borda para partir el hielo de sus flancos heridos. Al anochecer Shadikshirram salía de su camarote envuelta en pieles, con los ojos y los agujeros de la nariz rodeados de un rosa alcoholizado, y decía que tampoco le parecía que hiciera demasiado frío.

—De verdad que intento ver el lado bueno a las cosas —dijo Jaud, agarrando con las dos manos el cuenco de sopa que le dio Yarvi—. Pero por los dioses, cómo odio el norte.

—No hay más norte ya que esto —respondió Rulf, frotándose los bordes de las orejas mientras escrutaba la blanca manta de la costa.

Ankran, como de costumbre, no añadió nada.

El mar era un vacío moteado de hielo, ocupado solo por las focas que los miraban tristes desde las orillas rocosas. Rara vez veían barcos, y cuando se cruzaban con alguno Trigg los miraba con mala cara, espada en mano, hasta que se perdían en la lejanía. Por muy poderoso que se creyera el Alto Rey, su salvoconducto no protegería al *Viento del Sur* estando tan lejos.

—Pocos mercaderes tienen valor para enfrentarse a estas aguas. —Shadikshirram apoyó una bota en la pierna de un remero, sin miramientos—. Pero yo no soy como los demás mercaderes. —Yarvi agradeció ese hecho a los dioses—. Los banyas que viven en este infierno helado me adoran como a una diosa, pues les traigo frascos, cuchillos y herramientas de hierro que tratan como si fuesen magia élfica, y solo les pido a cambio pieles y ámbar, que aquí abundan tanto que para ellos casi no tienen valor. Los pobres salvajes harían cualquier cosa por mí. —Se frotó las palmas de las manos y dejó escapar un silbido anhelante—. Aquí es donde obtengo mis mayores beneficios.

Y era cierto que los banyas estaban esperando al *Viento del Sur* cuando por

fin quebró el hielo de la costa y llegó a un lodoso embarcadero en una playa gris. Comparados con ellos, los shendos eran el culmen de la civilización a ojos de Yarvi. Iban tan embozados en pieles que tenían más aspecto de osos o lobos que de hombres, con los rostros curtidos perforados por astillas de hueso pulido o gotas de ámbar, plumas decorando sus arcos y dientes engastados en sus garrotes. Yarvi se preguntó si serían dientes humanos, y se respondió que un pueblo decidido a buscarse la vida en aquella tierra miserable no podría permitirse desperdiciar nada.

—Estaré fuera cuatro días. —Shadikshirram saltó del navío y cayó a plomo en los tablones torcidos del embarcadero, seguida de los marineros del *Viento del Sur* con el cargamento atado de cualquier manera a toscos trineos—. ¡Trigg, quedas al mando!

—¡Encontrarás el barco mejor que al dejarlo! —vociferó el cómitre con una sonrisa de oreja a oreja.

—Cuatro días sin trabajo —susurró Yarvi mientras la última luz manchaba de rojo el cielo, hurgando bajo el collar de esclavo con su pulgar ajado. Cada noche que pasaba en aquella cuba putrefacta le molestaba más.

—Paciencia —dijo Sumael entre dientes, sin apenas mover los labios cortados ni dejar de vigilar a los guardias, sobre todo a Trigg—. Dentro de unas semanas podemos estar con tus amigos de Thorlby. —Le dedicó su ya familiar fruncimiento de ceño—. Más te vale tener amigos en Thorlby.

—Te sorprendería saber a quién conozco. —Yarvi se arrebujó más entre sus pieles—. Confía en mí.

Ella resopló.

—¿Que confíe?

Yarvi le dio la espalda. Sumael podía ser pinchuda como un erizo pero también era dura, y lista, y no había nadie del barco a quien Yarvi hubiera preferido a su lado. Necesitaba un cómplice, no un amigo, y la oficial de derrota sabía qué hacer y cuándo.

Lo visualizaba como si ya estuviera hecho. Todas las noches se arrullaba con los mismos pensamientos. El *Viento del Sur* cabeceando con suavidad en un muelle bajo la ciudadela de Thorlby. Los guardias roncando narcotizados junto a sus

jarras de cerveza vacías. La llave girando sin trabas en la cerradura. Él y Sumael huyendo juntos del barco, sus cadenas envueltas en trapos para amortiguar el tintineo, recorriendo las calles oscuras e inclinadas que tan bien conocía, con las huellas de sus botas en el fango de los adoquines y la nieve cayendo sobre los tejados en pendiente.

Sonrió al imaginar la cara que pondría su madre al verlo. Sonrió aún más al imaginar la de Odem, justo antes de que le clavara el puñal en las entrañas...

Yarvi apuñaló, cortó y apuñaló otra vez con unas manos resbaladizas y calientes por la sangre del traidor, mientras su tío chillaba como un cerdo degollado.

—¡El legítimo rey de Gettlandia! —gritó alguien, y todos aplaudieron, aunque nadie más alto que Grom-gil-Gorm, entrechocando sus manos enormes al ritmo líquido de su hoja, y que la madre Scaer, que daba chillidos y cabriolas de puro gozo y se transformó en una nube aleteante de palomas.

El chapoteo se convirtió en succión, y Yarvi volvió la cabeza hacia su hermano, blanco y frío sobre la losa. Isriun estaba inclinada sobre su cara, besándolo y besándolo en la boca.

Sonrió a Yarvi a través de la mortaja de su pelo lacio. Aquella sonrisa.

—Os exigiré un beso mejor cuando regreséis victorioso.

Odem se incorporó apoyando los codos.

—¿Cuánto tiempo va a durar esto?

—Dale muerte —dijo la madre de Yarvi—. Por lo menos uno de nosotros debe ser un hombre.

—¡Soy un hombre! —bramó Yarvi, clavando y clavando el puñal con los brazos doloridos del esfuerzo—. ¿O... medio hombre?

Hurik enarcó una ceja.

—¿Tanto?

El cuchillo se le resbalaba cada vez más y las palomas le impedían concentrarse, con sus miradas fijas y eternas, y entre ellas un águila de plumas de bronce que traía un mensaje de la abuela Wexen.

—¿Habéis sopesado la idea de entrar en la Clerecía? —graznó el ave.

—¡Soy rey! —chilló él con las mejillas ardiendo mientras escondía su inútil mano de bufón tras la espalda.

—Un rey se sienta entre dioses y hombres —dijo Keimdal, con sangre manando del tajo en su garganta.

—Un rey se sienta solo —dijo el padre de Yarvi, irguiendo la espalda en la Silla Negra mientras de sus heridas, secas hasta entonces, fluía sangre por todo el suelo del Salón de los Dioses.

Los chillidos de Odem se habían vuelto risitas burlonas.

—Habrías sido un gran bufón.

—¡Te maldigo! —vociferó Yarvi, tratando de hundir con más fuerza un puñal tan pesado que a duras penas lograba sostenerlo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó la madre Gundring. Sonaba asustada.

—Cállate, zorra —dijo Odem.

Y agarró a Yarvi por el cuello y apretó...

Yarvi despertó de sopetón y encontró las manos de Trigg en torno a su garganta.

Por encima de él vio flotar un semicírculo de fieras sonrisas, de dientes que brillaban a la luz de las antorchas. Le dieron arcadas y se retorció, pero estaba tan atrapado como una mosca en miel.

—Tendrías que haber aceptado el trato, chico.

—¿Qué estás haciendo? —volvió a decir Sumael. Era la primera vez que Yarvi percibía el miedo en su voz. Pero ni de lejos había tanto como el que sentía Yarvi en aquel momento.

—¡Te he dicho que te calles! —le gritó uno de los guardias a la cara—. ¡A no ser que quieras ir con él!

Sumael volvió a arrebujarse en sus mantas. Sabía qué hacer y cuándo. Al fin y al cabo quizá le habría convenido más tener un amigo que un cómplice, pero ya era un poco tarde para buscarlo.

—Te dije que los niños espabilados y los bobos se ahogan exactamente igual. —Trigg metió su llave en el candado y soltó la cadena de Yarvi. Libertad, pero no como la había imaginado—. Vamos a tirarte al agua para comprobar si es verdad.

Trigg arrastró a Yarvi por la cubierta como a un pollo desplumado hacia el caldero, entre los remeros que dormían en sus bancos, aunque de vez en cuando alguno miraba desde debajo de sus pieles sin curar. Ninguno movió un dedo para ayudarlo. ¿Por qué iban a hacerlo? ¿Cómo iban a hacerlo?

Los talones de Yarvi rasparon impotentes contra los tablones de la cubierta. Las manos de Yarvi forcejearon contra las de Trigg, con tan nulo efecto la buena como la mala. Quizá debería haber negociado, faroleado, adulado hasta liberarse, pero su pecho ardiente solo conseguía reunir el aire de un leve sonido húmedo, parecido a un pedo.

En aquel momento las delicadas artes del clérigo demostraron tener sus límites.

—Tenemos una apuesta en marcha —dijo Trigg—, a ver cuánto tiempo aguantas sin hundirte.

Yarvi arañó el brazo de Trigg y le clavó las uñas en el hombro, pero el cómitre casi ni se dio cuenta. Por el rabillo de un ojo lloroso, vio que Sumael se levantaba y se quitaba de encima las mantas. Cuando Trigg había soltado la cadena de Yarvi, también había soltado la de ella.

Pero Yarvi sabía que no podía esperar ayuda por su parte. No podía esperar ayuda por parte de nadie.

—¡Que esto os sirva de lección a los demás! —Trigg clavó el pulgar que tenía libre en el pecho de Yarvi—. Este es mi barco. Quien me la juega muere.

—¡Déjalo en paz! —dijo alguien entre dientes—. No ha hecho daño a nadie.

Al pasar a su lado, Yarvi vio que había sido Jaud, pero nadie señaló al hombretón. A su lado, desde el sitio que había ocupado Yarvi, Ankran lo observaba frotándose la nariz torcida. El banco ya no parecía tan mal lugar en el que estar.

—Tendrías que haber aceptado el trato. —Trigg pasó a Yarvi por encima de los remos acorullados como si fuera un fardo de trapos—. A un buen cantante le perdono muchas cosas, chico, pero...

El cómitre dio un gañido repentino y cayó espatarrado al suelo. Su mano perdió fuerza de pronto, y Yarvi le metió el dedo torcido en el ojo, se las ingenió para darle un rodillazo en el pecho y rodó libre.

Trigg había tropezado con la pesada cadena de Nada, tensada de repente. El limpiador estaba agazapado en las sombras, con los ojos brillantes tras el pelo lacio.

—Corre —susurró.

Quizá Yarvi sí había hecho un amigo, al fin y al cabo.

La primera bocanada que inhaló hizo que le diera vueltas la cabeza. Se levantó a duras penas, sollozando y sorbiéndose la nariz, y corrió entre los bancos, entre los remeros medio dormidos, trepando, escurriéndose por debajo de los remos y por encima.

Empezaron a oírse gritos, pero Yarvi no pudo distinguir las palabras entre el torrente de sangre de sus oídos que retumbaba como el trueno irreflexivo en una tormenta.

Vio la escotilla de proa, entre tambaleos y temblores. Su mano se cerró sobre el tirador. Abrió la escotilla de par en par y se arrojó de cabeza a la oscuridad.

LA MUERTE ESPERA

Yarvi cayó, se dio un golpe en el hombro, otro en la cabeza, rodó sobre unos sacos y se estrelló de cara contra el suelo.

Humedad en la mejilla. Estaba en la bodega.

Rodar le costó un esfuerzo terrible, pero se arrastró hasta las sombras.

Estaba oscuro allí abajo, muy oscuro, pero un clérigo debe conocer el camino, y Yarvi se orientó con las yemas de los dedos.

Ruido sordo en los oídos, opresión en el pecho, terror que invadía hasta la última brizna de su ser, pero debía sobreponerse y pensar. «Siempre hay una manera», le decía a menudo su madre.

Oyó los gritos de los guardias mientras miraban por la escotilla, demasiado cerca, demasiado pronto. Tiró de su cadena tras él, colándose entre los cajones y los toneles de la bodega, buscando los reflejos de luz de las antorchas que llegaban desde arriba en flejes y remaches para que lo guiaran hacia el depósito de provisiones.

Cruzó el umbral bajo y chapoteó entre las estanterías y las cajas, con los pies metidos en el charco gélido que habían rezumado los tablones aquel día. Se pegó al frío casco del barco, con la respiración sibilante y entrecortada, ya con más luz desde que los guardias habían bajado con antorchas para perseguirlo.

—¿Dónde está?

Tenía que haber una manera. Seguro que no tardarían en aparecer también por el otro lado, desde la escotilla de popa. Su mirada se desvió un momento hacia la escalerilla.

Tenía que haber alguna manera. No había tiempo para hacer planes; todos sus planes se habían esfumado. Trigg estaría esperando. Trigg estaría furioso.

Sus ojos seguían cada sonido, cada destello de luz, buscando a la desesperada alguna forma de escapar, algún lugar donde esconderse, pero no había ninguno. Necesitaba un aliado. Se volvió a apretar impotente contra la

madera y notó su helada humedad, oyó el goteo de agua salada. Y la voz de la madre Gundring acudió a él, suave y mesurada junto al fuego.

«Cuando a un clérigo sabio no le quedan más que enemigos, vence a uno con otro peor.»

Yarvi se abalanzó hacia la estantería más cercana, deslizó la mano debajo, palpó y sus dedos se cerraron sobre la barra de hierro que guardaba para hincar los clavos.

«El peor enemigo de un marinero es el mar», no se hartaba de repetir Shadikshirram.

—¿Dónde te has metido, chico?

Buscó los contornos del parche de Sumael, introdujo la barra de hierro entre el casco y los tablones nuevos e hizo palanca con todas sus fuerzas. Apretó los dientes y clavó más la barra y rugió dejando salir toda su furia y su dolor y su desespero y rasgó como si la madera fuese Trigg y Odem y Grom-gil-Gorm todos juntos. La hundió más, tiró de ella, pasó la muñeca de su mano inútil por detrás e hizo crujir la madera torturada mientras tiraba frascos y cajas al suelo al zarandear los estantes con el hombro.

Ya podía oír a los guardias, cerca, y veía el brillo de sus lámparas en la bodega, sus siluetas agachadas en el umbral bajo, el brillo de sus espadas.

—¡Ven aquí, tullido!

Chilló al hacer un último esfuerzo que amenazó con rasgarle los músculos. Los tablones cedieron con un repentino crujido y Yarvi cayó hacia atrás dando manotazos al aire mientras, con el siseo de cólera de un demonio liberado del infierno, la Madre Mar invadió el almacén.

Yarvi tumbó una estantería al caer, quedó calado hasta los huesos de agua helada, rodó jadeando hacia la escotilla de popa, se levantó chorreando agua salada y con el rugido de los hombres gritando y el mar enfurecido y la madera astillándose en los oídos.

Llegó a la escalerilla dando trompicones, con el agua ya hasta las rodillas. Le pisaba los talones un guardia que intentaba asirlo en la oscuridad. Yarvi le arrojó la barra de hierro a la cabeza y el guardia retrocedió trastabillando hasta el chorro de

agua, que lo proyectó al otro lado de la bodega como si fuera un juguete. Habían aflorado más grietas y el mar entraba ya en una docena de ángulos, tan estrepitoso que apenas dejaba oír los lamentos de los guardias.

Yarvi subió penosamente un par de escalones, abrió la escotilla de un empujón, apoyó el abdomen para impulsarse y se levantó, desequilibrado y preguntándose si algún tipo de magia lo había transportado a la cubierta de otro barco, en plena batalla.

La pasarela que había entre los bancos estaba atestada de hombres que forcejeaban a la luz estridente del aceite ardiendo que una lámpara rota debía de haber esparcido por el castillo de proa. Las llamas bailaban intermitentes en el agua negra, en los ojos negros de los esclavos atemorizados, en los filos desenfundados de los guardias. Yarvi vio que Jaud agarraba a uno de ellos, lo alzaba a pulso y lo lanzaba por la borda.

Se había levantado de su banco. Los esclavos estaban sueltos.

O al menos algunos. La mayor parte ellos seguían encadenados en sus bancos, apretados contra el luchadero para alejarse de la violencia. Unos estaban sangrando en el suelo del pasillo, otros saltaban del barco, optando por jugársela con la Madre Mar en vez de con los hombres de Trigg, que repartían tajos a diestro y siniestro sin la menor clemencia.

Yarvi vio a Rulf dando un cabezazo a un guardia en la cara, oyó partirse la nariz del hombre y su espada rebotar una y otra vez en la cubierta.

Tenía que ayudar a sus compañeros de remo. Abrió y cerró los dedos de su mano buena. Tenía que ayudarlos, pero ¿cómo? Los últimos meses solo habían reforzado la opinión de Yarvi de que no era un héroe. Estaban superados en número y desarmados. Hizo una mueca cuando un guardia acabó con un esclavo indefenso al abrirle una herida inmensa con su hacha. Notó cómo se inclinaba la cubierta a medida que el mar entraba a borbotones más abajo y tiraba del *Viento del Sur* hacia el fondo.

Un buen clérigo afrontaba los hechos y salvaba lo que podía. Un buen clérigo aceptaba el mal menor. Yarvi se izó como pudo sobre el banco más cercano y avanzó hacia la borda y las aguas negras del otro lado. Se preparó para saltar.

Ya tenía medio cuerpo fuera cuando alguien tiró de su argolla. El mundo cayó de lado y Yarvi se estrelló contra la cubierta, boqueando como un pez recién

sacado.

Trigg se alzaba sobre él, con el extremo de su cadena en el puño cerrado.

—Tú no vas a ninguna parte, chico.

Se inclinó y agarró el cuello de Yarvi con la otra mano, justo por debajo de la argolla, que se le clavó en la mandíbula, y esa vez el cómitre apretó más fuerte. Levantó a Yarvi en vilo hasta que sus botas solo pudieron arañar la cubierta y le volvió la cara para que viese la carnicería en que se había convertido el barco. Hombres muertos, hombres heridos, dos guardias apaleando a un esclavo que tenían en medio.

—¿Ves cuántos problemas me has dado? —chilló, con un ojo aún rojo y lloroso por el dedo de Yarvi.

Los guardias no dejaban de darse voces unos a otros:

—¿Dónde están Jaud y ese cabrón de Rulf?

—Han saltado al muelle. Pero ahí fuera se congelarán, seguro.

—¡Dioses, mis dedos!

—¿Cómo se han soltado?

—Sumael.

—La zorra de mierda tenía una llave.

—¿De dónde coño ha sacado esa hacha?

—¡Me ha cortado los dedos! ¿Tú los ves?

—¿Qué más da? ¡Ya no valen para nada!

—¡El tullido ha roto el casco! —exclamó un guardia jadeante y empapado que subía por la escotilla de popa—. ¡Está entrando agua!

Y como subrayando sus palabras, el *Viento del Sur* volvió a sacudirse y la cubierta se inclinó aún más, obligando a Trigg a agarrarse a un banco para no caer.

—¡Que los dioses nos ayuden! —chilló un esclavo que seguía encadenado mientras se llevaba las manos a la argolla.

—¿Nos hundimos? —preguntó otro, mirando al suelo con los ojos como platos.

—¿Cómo vamos a explicar todo esto a Shadikshirram?

—¡Joder! —bramó Trigg, y estrelló la cabeza de Yarvi contra el extremo del remo más cercano, llenándole el cráneo de luz y la boca de un vómito abrasador, para luego bajarlo a la cubierta y empezar a estrangularlo con más ganas que nunca.

Yarvi se resistió sin pensar, pero tenía encima todo el peso del cómitre y no podía respirar, no veía nada más que la boca rugiente de Trigg y hasta eso empezaba a emborronarse, como si estuviera al final de un túnel por el que era arrastrado sin remedio.

Había engañado a la Muerte media docena de veces en las últimas semanas, pero, por fuerte o listo que alguien fuese, por mucha suertedearmas o suertedeclima que tuviera, nadie podía engañarla para siempre. Tanto los héroes como los Altos Reyes y las abuelas de la Clerecía terminaban cruzando su puerta, y la Muerte no iba a hacer excepciones con chicos mancos, bocazas e iracundos. La Silla Negra pertenecería a Odem, su padre quedaría sin vengar y el juramento de Yarvi incumplido...

Entonces, por encima del estruendo de sangre atrapada en sus oídos, Yarvi oyó una voz.

Era una voz cascada y susurrante, rasposa como un cepillo de fregar. No le habría sorprendido que fuera la voz de la Muerte, de no ser por lo que dijo.

—¿Es que no oíste a Shadikshirram?

Yarvi necesitó de las pocas fuerzas que le quedaban, pero logró mover los ojos llorosos en su dirección.

Nada estaba en el centro de la cubierta. Se había echado hacia atrás el pelo grasiento, y Yarvi le vio por primera vez el rostro, disparejo e inclinado, cicatrizado y partido, torcido y hueco, con los ojos muy abiertos y brillantes de humedad.

Llevaba su pesada cadena enrollada en torno a un brazo, y el pasador colgaba de su mano cerrada con un trozo de madera astillada y los clavos aún sujetos. En la otra mano llevaba la espada que Rulf había hecho soltar a un guardia.

Nada sonrió. Fue una sonrisa rota llena de dientes rotos y que revelaba una mente rota.

—Te dijo que nunca me dieras un filo.

—¡Tira esa espada al suelo! —Trigg ladró la última palabra, pero en su tono rechinó algo que Yarvi nunca le había oído antes.

Miedo.

Como si fuese la misma Muerte la que se alzaba frente a él en aquella cubierta.

—Ah, no, Trigg, no. —La sonrisa de Nada se ensanchó y ganó en locura, y las lágrimas rebosaron de sus ojos y dejaron surcos brillantes en sus mejillas huecas—. Creo que te voy a tirar a ti al suelo.

Un guardia se abalanzó sobre él.

Mientras fregaba la cubierta, Nada parecía un anciano dolorosamente lento. Una frágil sombra. Un hombre hecho de ramitas y cordel. Pero espada en mano, fluía como el agua y danzaba como el fuego titilante. Era como si la espada tuviera mente propia, rauda y cruel como el relámpago, y tirara de Nada tras ella.

La espada se movió como una exhalación, su punta asomó entre los omóplatos del guardia que cargaba contra él y desapareció al instante, dejándolo trastabillando, jadeando y con una mano apretada contra el pecho. Otro guardia atacó con un hacha, y Nada se apartó con agilidad, permitiendo que hiciera saltar astillas de la esquina de un banco. Cuando el hacha volvió a ascender, hubo un chasquido metálico y el brazo que la sujetaba salió volando hacia la oscuridad. El guardia cayó de rodillas, con los ojos a punto de abandonar sus órbitas, y Nada lo derribó con una patada de su pie descalzo.

Un tercero lo asaltó por la espalda, con la espada en alto. Sin volver la mirada, Nada extendió su propio filo, atravesó el cuello del guardia y lo dejó sangrando a borbotones para apartar un garrote con su brazo envuelto en la

cadena y hacer saltar los dientes a su propietario con el pomo de la espada, y luego agacharse sin el menor ruido para dar un tajo a las piernas de otro hombre y hacerlo caer rodando bocabajo en la cubierta.

Todo ocurrió en el tiempo que habría costado a Yarvi respirar una vez. Si hubiera podido respirar.

El primer guardia seguía en pie, manoseándose el pecho perforado, intentando hablar pero articulando solo una espuma rojiza. Nada lo apartó con el dorso del brazo al pasar, con suavidad y sin que sus pies descalzos hicieran el menor ruido. Bajó los ojos hacia los tablones empapados de sangre y chasqueó la lengua.

—La cubierta está muy sucia. —Alzó la mirada desde un rostro demacrado, manchado de negro y salpicado de rojo—. ¿Quieres que la limpie, Trigg?

El cómitre retrocedió a la vez que Yarvi daba inútiles arañazos a su mano.

—¡Si das otro paso, lo mato!

Nada se encogió de hombros.

—Pues mátalo. La Muerte nos espera a todos. —El guardia con las piernas destrozadas estaba gimoteando mientras intentaba arrastrarse hacia arriba por la inclinada cubierta. Nada le atravesó la espalda al pasar—. Hoy te espera a ti. Ya busca su llave, Trigg. Ya quita el cerrojo a la Última Puerta.

—¡Vamos a hablarlo un momento! —Trigg retrocedió con una palma alzada. La cubierta estaba cada vez más inclinada y ya brotaba agua de la escotilla de popa—. ¡Hablemos!

—Hablar solo trae problemas. —Nada levantó la espada—. El acero siempre es la respuesta. —Y giró el suyo para que el filo reflejara la luz y bailaran en él el rojo y el blanco y el amarillo y todos los colores del fuego—. El acero no hace halagos ni concesiones. El acero no dice mentiras.

—¡Dame una oportunidad! —lloriqueó Trigg cuando ya el agua empezaba a entrar por la borda del barco y a inundar los bancos.

—¿Por qué?

—¡Tengo sueños! ¡Tengo planes! ¡Tengo...!

Se oyó un chasquido hueco y la espada partió el cráneo de Trigg hasta la nariz. Su boca siguió componiendo palabras un momento, pero no había aliento que las hiciera sonar. Se derrumbó de espaldas, sus piernas aún dieron unas últimas patadas, y Yarvi se liberó de su mano flácida, resollando, tosiendo e intentando desatascarse el collar de la mandíbula para poder respirar.

—A lo mejor no debería —dijo Nada mientras hacía girar la espada para sacarla de la cabeza de Trigg—, pero así me siento mucho mejor.

Alrededor de ellos los hombres gritaban. Si había algún guardia vivo, había preferido el mar a la espada de Nada. Algunos esclavos trataban de trepar por sus remos, que se estaban hundiendo, y pasar a los más secos de detrás, al tiempo que otros tiraban de sus cadenas a medida que el agua ascendía y ascendía, y a otros apenas se les veían ya las caras, aspirando aire con el terror reflejado en sus ojos muy abiertos. Y Yarvi supo que habría otros ya bajo la superficie negra, conteniendo la respiración unos momentos más en un fútil forcejeo contra sus candados.

Cayó a cuatro patas entre arcadas, con la cabeza dándole vueltas, y registró la ropa ensangrentada de Trigg en busca de su llave, procurando no mirar su cara partida pero aun así captando un atisbo de unos rasgos distorsionados y una pulpa carnosa que brillaba dentro de la inmensa herida, y se tragó el vómito, siguió hurgando en busca de la llave y trató de no oír los gemidos de los esclavos atrapados.

—Déjalo. —Nada se había acercado a él y parecía más alto que lo que Yarvi había imaginado jamás, con su espada manchada de sangre apuntando al suelo.

Yarvi lo miró parpadeando, y luego se volvió hacia los esclavos que se ahogaban más abajo en la cubierta inclinada.

—Pero morirán. —Su voz era un tenue gañido.

—La Muerte nos espera a todos.

Nada agarró a Yarvi de su collar de esclavo, lo levantó en el aire y lo arrojó por la borda, y de nuevo la Madre Mar lo acogió en su gélido seno.



TERCERA PARTE

EL LARGO CAMINO



CEDER A LAS CIRCUNSTANCIAS

Alguien abofeteó a Yarvi, que vio moverse la mano y oyó el ruido pero apenas sintió el impacto.

—Corre —susurró la voz de Jaud.

Lo más aproximado que logró Yarvi fue arrastrar los pies temblorosos, con la cadena suelta y la ropa empapada hundiéndolo a cada paso y los guijarros de la playa enganchándose a sus botas llenas de agua. Tropezó muchas veces, pero siempre que caía tenía cerca unos brazos fuertes para levantarlo, para meterlo a empujones en la oscuridad.

—Sigue —dijo Rulf con un gruñido.

Al final de la pendiente cubierta de nieve de la playa, Yarvi echó un vistazo atrás y se le escapó un «¡dioses!» entre los dientes que castañeteaban.

La Madre Mar estaba tragándose el *Viento del Sur* con ansia. El castillo de proa estaba incendiado, las jarcias hechas líneas de llama y la gavia a la que acostumbraba trepar Sumael convertida en antorcha. Los bancos donde tantas penas había pasado Yarvi estaban inundados y los remos asomaban, enredados e impotentes como las patas de una cochinilla vuelta del revés. Del castillo de popa, solo asomaba una esquina de las aguas vivas con los reflejos del fuego. La bodega, el almacén de carga y el camarote de la capitana se habían ahogado ya en el silencio de abajo.

Había siluetas negras en la orilla, en el embarcadero, mirando. ¿Guardias que habían huido del filo de Nada? ¿Esclavos que se habían quitado las cadenas de algún modo? A Yarvi le pareció oír gritos amortiguados por el plañido del viento. Chillidos apenas audibles entre el chasquido de las llamas. No había forma de saber a quiénes había salvado la suerte de aquel suplicio de fuego y agua, quién vivía y quién no, y Yarvi tenía demasiado frío para alegrarse de haber sobrevivido a otro desastre, no digamos ya para entristecerse de que hubiera quien no. De todas formas, los remordimientos no tardarían en llegar.

Si seguía vivo por la mañana.

—Muévete —dijo Sumael.

Lo subieron casi en volandas, cayó por el otro lado de la duna y quedó tendido de espaldas en la nieve, con la piel ardiendo de frío y cada jadeo helado acuchillándole la garganta. Vio la cara ancha de Rulf con un reflejo anaranjado en una mejilla, el rostro enjuto y crispado de Sumael a la luz del Padre Luna.

«Dejadme», intentó decir, pero tenía la boca demasiado entumecida para articular y los dientes congelados hasta las raíces, y solo quedó una tenue vaharada.

—Nos vamos juntos —dijo Sumael—. ¿El trato no era ese?

—Creía que se anulaba cuando Trigg ha empezado a estrangularme.

—Ah, no, de esta no te escapas tan fácilmente. —Lo cogió por la muñeca deforme—. Arriba.

Lo había traicionado su propia familia, su propio pueblo, y encontraba lealtad en un grupo de esclavos que no le debía nada. Sintió tanta alegría lastimosa que quiso llorar, pero intuyó que las lágrimas le harían falta más adelante.

Logró levantarse con ayuda de Sumael. Siguió a trompicones con la de Rulf y Jaud, sin pensar en la ruta más allá de mantener el naufragado *Viento del Sur* en algún lugar de su espalda. Chapoteó en la fría humedad de sus botas y sintió el viento colarse en la ropa mojada, que le rozaba por todas partes, como si fuese desnudo.

—¿Teníais que elegir el sitio más frío que hayan creado los dioses para escaparos? —rezongó Rulf—. ¿Y en la época más fría?

—Tenía un plan mejor. —Sumael tampoco sonaba muy contenta de que se hubiera desintegrado por completo—. Pero se ha ido a pique junto al *Viento del Sur*.

—A veces los planes han de doblarse a las circunstancias —dijo Jaud.

—¿Doblarse? —rugió Rulf—. Este se ha hecho pedacitos.

—Por ahí. —Yarvi señaló con el muñón congelado de su dedo.

Más arriba, un árbol raquítico daba garrazos a la noche con sus ramas

coronadas de nieve, que reflejaban un brillo anaranjado casi imperceptible. No se atrevía a creer lo que veía, pero echó a andar hacia allí tan deprisa como pudo, medio caminando, medio arrastrándose, todo desesperando. En aquellos momentos, hasta un sueño de fuego parecía mejor que nada.

—¡Espera! —susurró Sumael—. No sabemos quién...

—Nos da igual —dijo Rulf, pasando junto a ella.

La hoguera nacía de un hueco bajo el árbol retorcido, defendida del viento con la ayuda de unos trozos de cajón situados con esmero. Entre ellos parpadeaba una llamita minúscula. Agachado sobre ella y dándole vida con el humo de su aliento estaba Ankran.

Si Yarvi hubiera podido elegir quién se salvaba, el nombre de Ankran habría tardado mucho en salir de sus labios. Pero liberar a Rulf y Jaud había significado liberar a su compañero de remo, y en todo caso Yarvi se habría arrojado a los pies de Odem en aquel mismo momento si le ofreciera calor. Se dejó caer de rodillas y extendió unos brazos tiritones hacia la llama.

Jaud puso los suyos en jarras.

—Conque te has librado.

—Hay zurullos que flotan —comentó Rulf.

Ankran se limitó a frotarse la nariz torcida.

—Si os da asco cómo huelo, buscaos otro fuego.

Sin hacer ruido, de la manga de Sumael cayó un hacha de mano y su filo brilló al oscilar.

—Me gusta este.

El anterior sobrecargo se encogió de hombros.

—Pues que no se diga que rechacé a unos desesperados. ¡Sed bienvenidos todos a mi mansión!

Sumael ya había subido por las rocas congeladas hasta el árbol y podó una

rama de un solo tajo. La calzó en el suelo de forma que sus ramitas apuntaran hacia el fuego. Chasqueó los dedos en dirección a Yarvi.

—Desnúdate.

—¡Aún queda romanticismo en el mundo! —exclamó Rulf, parpadeando coqueto hacia el cielo.

Sumael no le hizo caso.

—Esta noche la ropa mojada te matará mejor que cualquier enemigo.

Con el frío aflojando su presa, Yarvi empezó a sentir las magulladuras. Le dolían todos los músculos y tenía la cabeza palpitante y el cuello irritado por las manos de Trigg. Aunque hubiera querido, le faltaban fuerzas para oponerse. Se quitó la ropa empapada, con diversos dobladillos ya rígidos de hielo, y se acurrucó tan cerca del fuego como se atrevió, desnudo salvo por el collar y la cadena.

Rulf dejó caer un viejo vellón en sus hombros temblorosos.

—Prestado —matizó—, no regalado.

—Te lo agradezco mucho... de todas formas —se obligó a replicar Yarvi entre castañeteos mientras miraba a Sumael colgar su ropa hacia las llamas, donde empezaron a soltar vapor poco a poco.

—¿Y si alguien ve la luz? —estaba preguntando Jaud, mirando con cara de preocupación hacia la orilla.

—Si prefieres congelarte, quédate sentado en la oscuridad. De eso no falta. —Ankran intentó sacar más calor a la hoguera azuzándola con un palo—. Yo creo que la pelea, el incendio del barco, y luego el hundimiento, les habrán quitado las ganas de buscar.

—Pero tenemos que irnos mucho antes del amanecer —dijo Rulf.

—Irnos ¿adónde? —preguntó Sumael, acuclillándose al lado de Yarvi.

La opción evidente era el este. Seguir la costa en dirección este, por donde los había traído el *Viento del Sur*. Pero Yarvi tenía que ir al oeste. Al oeste, hacia Vansterlandia. Al oeste, hacia Gettlandia. Al oeste, hacia Odem, hacia la venganza,

y cuanto antes mejor. Paseó los ojos por aquella compañía desharrapada, todos apiñados en torno a la llama que daba la vida, con los rostros fruncidos y deformes por la luz, y se preguntó cómo iba a convencerlos de que cogieran el camino equivocado.

—Al este, desde luego —dijo Rulf—. ¿Cuánto hace que pasamos por aquel puerto comercial?

Sumael echó cuentas con los dedos durante un momento.

—A pie podríamos llegar en tres días.

—Será un camino duro. —Rulf se rascó la barbilla sin afeitar—. Duro de narices, y además...

—Yo voy al oeste —dijo Ankran, con la mandíbula apretada y la mirada fija en las llamas.

Hubo silencio mientras todos lo miraban.

—¿Al oeste, hacia dónde? —preguntó Jaud.

—Thorlby.

A Yarvi solo le quedó levantar las cejas al ver venir ayuda de un lugar tan inesperado. Rulf se echó a reír.

—¡Gracias por concederme una buena risa antes de morir, maese Ankran! Nuestro anterior sobrecargo quiere llegar andando a Gettlandia.

—A Vansterlandia. Desde allí, buscaré un barco que me lleve.

Rulf soltó otra risita.

—Ah, entonces solo quieres andar hasta Vulsgard. ¿Cuánto estimáis que puede durar tal paseo, apreciada oficial de derrota?

—Como mínimo, un mes a pie. —Sumael respondió tan deprisa que debía de tenerlo calculado de antemano.

—¡Un mes entero de esto! —Rulf abarcó con un gesto de su amplia mano el

vacío cubierto de nieve que ya habían recorrido a duras penas, y Yarvi tuvo que reconocer que muy alentadora no era la idea—. ¿Y con qué equipo?

—Yo tengo un escudo. —Jaud se lo quitó de la espalda y le dio un puñetazo. Era un escudo grande y redondo, de basta madera con borde de hierro—. Iba a usarlo de flotador.

—Y un guardia muy generoso me ha prestado el arco. —Rulf pellizcó la cuerda como si fuese un arpa—. Pero sin flechas no hace música. ¿Alguien tiene tienda? ¿Otra muda de ropa? ¿Mantas? ¿Trineos? —Silencio, aparte de los gemidos del viento gélido que asediaba su nicho iluminado—. ¡Pues os deseo la mayor de las suertes, maese Ankran! Ha sido un placer remar junto a vos, pero me temo que aquí separamos caminos. Todos los demás iremos hacia el este.

—¿Qué idiota te ha puesto a ti al mando?

Todos volvieron la cabeza al oír el graznido en la oscuridad, y allí estaba Nada. Llegaba manchado de hollín además de su mugre habitual, con los harapos, el pelo y la barba ennegrecidos. Llevaba puestas las botas de Trigg, y también su chaqueta, con una costra de sangre en el hombro. Al otro hombro portaba un gran rollo de lona chamuscada, los restos de una vela y, acunada en el brazo como si protegiese a un bebé de la fría noche, la espada con la que Yarvi lo había visto matar a seis hombres.

Cayó cruzado de piernas junto al fuego como si estuviera en una reunión acordada mucho tiempo atrás y dio un suspiro satisfecho al extender las palmas de las manos hacia el fuego.

—Al oeste hacia Gettlandia parece buena idea. Nos perseguirán.

—¿Trigg? —preguntó Sumael.

—De nuestro cómitre ya no tendrás que preocuparte nunca. Mi deuda con él está saldada. Pero entre Shadikshirram y yo aún quedan cuentas pendientes. —Nada se lamió un dedo y quitó una mancha del filo de su espada—. Tenemos que poner tierra de por medio entre ella y nosotros.

—¿Nosotros? —restalló Sumael, y Yarvi se fijó en que tenía el hacha preparada a su espalda—. ¿Te invitas tú mismo a acompañarnos?

La luz de la hoguera bailó en los ojos dementes de Nada.

—A no ser que quiera invitarme alguien.

Yarvi levantó las manos entre los dos y allanó el camino del Padre Paz.

—Necesitamos toda la ayuda que nos ofrezcan. ¿Cómo te llamas, por cierto?

Nada clavó la mirada en el cielo nocturno como si las estrellas pudieran contener la respuesta.

—He tenido tres nombres... quizá cuatro, pero todos me han traído mala suerte. No querría que también os la trajeran a vosotros. Si tenéis que dirigirme la palabra, llamadme Nada, pero no soy muy hablador. Shadikshirram vendrá en nuestra búsqueda y esperará que vayamos hacia el este.

—¡Porque ir al oeste es de locos! —Rulf se volvió hacia Sumael—. ¡Díselo tú!

Ella apretó los labios cortados y entrecerró los ojos al fuego.

—El este es más rápido. Más fácil.

—¡Ahí lo tenéis! —exclamó Rulf dándose una palmada en el muslo.

—Yo iré hacia el oeste —dijo Sumael.

—¿Qué?

—Al este habrá gente. Cualquiera que haya salido del barco. Además, aquel puerto mercante estaba lleno de esclavistas.

—¿Y Vansterlandia no lo está? —replicó Rulf—. Porque allí siempre hemos hecho buen negocio con los inglingos.

—El este es peligroso —dijo Sumael.

—¡Al oeste solo hay semanas y semanas de espesura!

—Hay bosque. Bosque podría significar combustible. Podría significar comida. Al este hay un puerto comercial, pero luego ¿qué? Leguas y leguas de ciénagas vacías. Al oeste está Vansterlandia, la civilización. Al oeste hay... a lo mejor... barcos que lleven más al oeste. Que vayan a casa.

—A casa. —Jaud miró las llamas como si entreviera en ellas su pueblo y aquel pozo con la mejor agua del mundo.

—Avanzamos tierra adentro —dijo Sumael— hasta que no se nos vea desde el mar. Y luego al oeste.

Rulf echó las manos al cielo.

—¿Cómo vas a orientarte en la nieve? ¡Acabarás andando en círculos!

Sumael sacó un paquete envuelto en cuero de su abrigo y lo desenrolló para mostrarle el catalejo y su instrumental.

—Me orientaré, anciano, por eso no te preocupes. Tampoco es que me apetezca mucho ninguna de las dos rutas, y menos en esta compañía. Pero el oeste podría ser una opción mejor.

—¿Podría?

Sumael se encogió de hombros.

—A veces no cabe esperar más que un «podría».

—Tres a favor del oeste. —Ankran esbozó la primera sonrisa que Yarvi le veía desde que Shadikshirram le había hecho saltar las dos palas—. ¿Qué dices tú, hombretón?

—Hum. —Jaud se dio unos golpecitos pensativos en la barbilla y miró alrededor de la hoguera—. Vaya. —Los observó uno por uno, y su mirada terminó en los instrumentos de Sumael—. Je. —Levantó unos hombros inmensos y respiró hondo—. No hay hombre al que prefiera a mi lado que a ti si hay que luchar, Rulf, pero para ir de un sitio a otro... confío en Sumael. Iré hacia el oeste. Si me aceptáis.

—Puedes sostenerme el escudo encima cuando nieve —dijo Sumael.

—¡Estáis todos como cabras! —Rulf posó una mano con fuerza en el hombro de Yarvi—. Parece que nos quedamos solos, Yorv.

—Me halaga mucho la oferta... —Yarvi se zafó de debajo de la mano de Rulf y de su vellón para volver a ponerse la camisa, que ya casi estaba seca del todo—. Pero lo principal es que sigamos juntos. O seguimos juntos o morimos separados.

—Eso y que su silla, su juramento y su venganza estaban esperando en Gettlandia, y cuanto más esperaran más le costaría reclamarlos—. Iremos todos al oeste. —Yarvi sonrió a Rulf y le dio una palmada en el hombro con la mano buena—. Habría preferido contar con ayuda más joven, pero tendré que conformarme.

—¡Dioses! —Rulf se apretó los pulpejos de las manos contra las sienes—. De esto nos arrepentiremos todos.

—Que haga compañía a mis otros arrepentimientos. —Nada miraba la oscuridad como si viese una horda fantasmagórica más allá de la luz—. Que no son pocos.

LIBERTAD

Sumael les impuso un ritmo frenético y todos se dejaron guiar por ella con tan pocos reparos como cuando estaban al remo. Cruzaron con dificultad una tierra de nieve blanca rota por piedra negra en la que el viento había torturado los árboles hasta retorcerlos, había soplado hasta agacharlos desconsolados hacia el mar.

—¿Cuántos pasos faltan para Vansterlandia? —preguntó Rulf desde atrás.

Sumael revisó sus instrumentos, movió los labios con operaciones silenciosas, alzó la mirada a la mancha de la Madre Sol en el cielo de hierro y siguió andando sin responder.

En la ciudadela de Thorlby pocos lo habrían considerado un tesoro, pero el rollo de lona mohosa que había aportado Nada se convirtió en su posesión más preciada. Con el esmero de piratas repartiéndose un botín robado, rajaron la mitad en partes iguales y la metieron bajo sus ropas, la ataron en torno a sus cabezas y manos congeladas y rellenaron con ella sus botas. La otra mitad la guardó Jaud para que pudieran echársela encima al acurrucarse juntos por las noches. Todos sabían que apenas iba a resguardarlos del frío en la oscuridad absoluta, pero también sabían que agradecerían hasta ese poco.

Ese poco sería la diferencia entre la vida y la muerte.

Se turnaron para ir en cabeza apartando la nieve, Jaud embistiendo sin protestas, Rulf entre incesantes maldiciones que lanzaba a la nieve como a un viejo enemigo, Ankran pasando penalidades abrazado a sí mismo, Nada con la cabeza alta y la espada agarrada con puño firme, como si se creyera también hecho de acero e inmune al clima, hasta cuando los dioses desoyeron las plegarias de Yarvi y la nieve empezó a posarse en los hombros de su chaqueta robada.

—Lo que nos faltaba, joder —protestó Rulf al cielo.

—Nos conviene —dijo Ankran—. Cubre nuestras huellas, nos mantiene ocultos. Con un poco de suerte, nuestra antigua ama creerá que nos hemos congelado aquí fuera.

—Y sin un poco de suerte, tendrá razón —murmuró Yarvi.

—Da todo igual —dijo Rulf—. No hay nadie lo bastante loco para seguirnos por aquí.

—¡Ja! —exclamó Nada—. Shadikshirram está demasiado loca para hacer otra cosa. —Y al echarse el extremo de su pesada cadena al hombro como si fuera una bufanda cortó aquella conversación como había hecho con los guardias del *Viento del Sur*.

Yarvi volvió la cabeza y torció el gesto al descubrir las huellas de todos, que serpenteaban hasta perderse en la distancia gris. Se preguntó cuánto tardaría Shadikshirram en ver que su barco se había hundido. Luego se preguntó qué haría a continuación. Luego tragó saliva y apuró el paso para no quedarse atrás.

A mediodía, el exangüe cénit de la Madre Sol no pasó de la altura del hombro de Jaud y, con sus largas sombras siguiéndolos esforzadas por la nieve, hicieron un alto y se apiñaron en una hondonada.

—Comida —dijo Sumael expresando lo que todos pensaban.

Nadie saltó enseguida a ofrecer la que pudiera llevar encima; todos sabían que en aquel terreno la comida valía más que el oro. Al final fue Ankran quien los sorprendió a al meter la mano en sus pieles y sacar un paquete de pescado en salazón.

—No me gusta el pescado —dijo mientras se encogía de hombros.

—El hombre que nos mataba de hambre ahora nos da de comer —dijo Rulf—. ¿Quién dice que no hay justicia? —Sacó unas galletas muy pasadas de fecha, si es que alguna vez la habían tenido.

Sumael aportó dos hogazas resecas.

Yarvi solo pudo separar las manos vacías e intentar sonreír.

—¿Vuestra generosidad... me abruma?

Ankran se acarició la nariz torcida.

—Me alegro de verte abrumado, aunque sea solo un poco. ¿Y vosotros dos?

Jaud levantó los hombros.

—No he tenido tiempo de prepararme.

Nada levantó la espada.

—Yo pongo el cuchillo.

Todos observaron su despensa mal provista, que apenas bastaba para que los seis hicieran una comida decente.

—Supongo que tendré que servir yo —dijo Sumael.

Yarvi se sentó, salivando como los perros de su padre cuando esperaban las sobras, mientras Sumael racionaba seis porciones idénticas y minúsculas de pan. Rulf engulló la suya en dos mordiscos y se quedó mirando cómo Ankran masticaba cien veces cada migaja con los ojos cerrados, en éxtasis.

—¿No comemos nada más?

Sumael, con los dientes apretados, envolvió otra vez el precioso fardo y se lo guardó en la camisa sin responder.

—Echo de menos a Trigg —dijo Rulf en tono lúgubre.

Sumael habría sido buena clériga. Mientras salía del barco había tenido la presencia de ánimo suficiente para coger dos botellas vacías de vino de Shadikshirram, que llenaron de nieve y se turnaron para llevarlas bajo la ropa. Yarvi aprendió pronto a dar sorbos pequeños al resultado, porque desnudar piel para mear con aquel frío pasó a ser una heroicidad merecedora de enhorabuenas de los demás, farfulladas pero sentidas, ya que todos sabían que tarde o temprano tendrían que exponer sus propias partes al viento afilado.

Aunque lo sintieron como un mes de torturas, el día fue corto y el atardecer iluminó los cielos de estrellas, torbellinos centelleantes y estelas ardientes, vivas como los ojos de los dioses. Sumael les señaló constelaciones extrañas y puso nombre a todas —Sastre Calvo, Camino Torcido, Extraño que Llama a la Puerta, Devorasueños—, y mientras las subrayaba con vaho en la oscuridad sonrió y llenó su voz de una felicidad que Yarvi no había captado nunca y que le hizo sonreír también.

—¿Cuántas zancadas faltan para Vansterlandia ahora? —preguntó.

—Unas cuantas. —Sumael volvió la mirada hacia el horizonte, su felicidad segada de raíz, y apretó el paso.

Yarvi se esforzó por alcanzarla.

—No te he dado las gracias.

—Ya me las darás cuando no acabemos como dos cadáveres congelados.

—Como quizá no tenga ocasión, gracias. Podrías haber dejado que Trigg me matara.

—Si me hubiera parado a pensarlo, lo habría hecho.

Yarvi decidió no poner objeciones a aquello. Pensó en lo que habría hecho él si Trigg la estuviera estrangulando a ella y no le gustó la conclusión.

—Me alegro de que no lo pensaras, pues.

Hubo una larga pausa en la que solo se oyeron los crujidos de sus botas en la nieve. Entonces Yarvi la vio fruncir el ceño hacia él por encima del hombro y apartar la mirada.

—Yo también.

El segundo día bromearon para levantar los ánimos.

—¡Ya vuelves a racanearnos la comida, Ankran! ¡Trae para acá ese cerdo asado! —Y rieron.

—¡Os echo una carrera hasta Vulsgard! ¡Al último que cruce las puertas lo vendemos para pagar la cerveza! —Y hubo risitas.

—Espero que Shadikshirram lleve algo de vino encima cuando venga a por nosotros. —Ni una sonrisa.

Cuando salieron arrastrándose de la tienda improvisada al amanecer del tercer día, si es que aquella penumbra acuosa podía llamarse amanecer, todos rezongaban.

—Estoy harto de este viejo torpe de delante —protestó Nada con voz cascada después de tropezar con Rulf por tercera vez.

—Yo no sé si me gusta tener la espada de este loco a mi espalda —espetó Rulf por encima del hombro.

—Podrías tenerla atravesada en la espalda, si quieres.

—Con la de años que tenéis entre los dos y os portáis como críos. —Yarvi los apartó para ponerse entre ambos—. O nos ayudamos unos a otros o el invierno nos mata a todos.

Alcanzó a oír desde delante que Sumael decía:

—Me parece a mí que nos mata de todas formas.

Yarvi no la contradijo.

El cuarto día la niebla helada cubría la blanca tierra como una mortaja, y no hablaron. Solo hubo gruñidos cuando alguno de ellos tropezaba, gruñidos cuando uno u otro le ayudaba a levantarse y a seguir hacia ninguna parte. Eran seis siluetas silenciosas en el gran vacío, en la enorme y fría extensión, cada una sufriendo su propia carga de miseria gélida, el roce de su propio collar de esclavo y de una cadena que cada vez pesaba más, cada figura con su propio dolor, su hambre, su miedo.

Al principio Yarvi pensaba en los hombres que se habían ahogado en el barco. ¿Cuántos habrían muerto? Tablones partiéndose y un mar que entraba a chorros. ¿Y todo para que él se salvara? Esclavos tirando de las cadenas para inhalar una bocanada más antes de que la Madre Mar los arrastrara hacia abajo, abajo, abajo.

Pero la madre de Yarvi siempre decía: «Nunca te preocupes por lo hecho. Solo por lo que viene».

Ya no podía cambiar nada, y tanto sus remordimientos por el pasado como sus preocupaciones por el futuro fueron diluyéndose, dejando solo burlones

recuerdos de comida. Las cuatro docenas de cerdos que habían asado cuando llegó el Alto Rey de visita, demasiados para un hombre tan viejo y menudo y para su clériga de ojos fríos. El banquete que habían dado cuando el hermano de Yarvi superó su prueba del guerrero, del que apenas probó bocado porque sabía que él nunca podría pasarla. En la playa, antes de su malograda incursión, los hombres habían cocinado una comida que podría ser la última para ellos, carne dando vueltas sobre cien fuegos, calor que era como un manotazo en la cara, círculos de sonrisas hambrientas en torno a la hoguera, grasa chisporroteando y la llama que ennegrecía los...

—¡Libertad! —bramó Rulf, abriendo los brazos del todo para acoger la amplia extensión de blanco vacío—. ¡Libertad para congelarte donde quieras! ¡Libertad para morir de hambre donde quieras! ¡Libertad para andar hasta que caigas!

Su voz se apagó deprisa en aquel aire tenue y cortante.

—¿Has terminado? —preguntó Nada.

Rulf dejó caer los brazos.

—Sí.

Y siguieron arrastrando los pies.

No fue pensar en su madre lo que hizo seguir a Yarvi, paso a vacilante paso, zancada a dolorosa zancada, caída a helada caída, empeñado en seguir las huellas de los demás. No fue pensar en su prometida, ni en su padre muerto, ni siquiera en su banqueta junto al fuego de la madre Gundring. Fue pensar en Odem, sonriéndole con la mano apoyada en su hombro. En Odem, prometiendo ser su compañero de hombro. En Odem, preguntando con voz suave como la lluvia en primavera si un tullido debía gobernar Gettlandia.

—Yo diría que no —rugió Yarvi con vapor entre sus labios cortados—. Yo diría que no... Yo diría que no...

Y paso a desdichado paso, Gettlandia estaba cada vez un poquito más cerca.

El quinto día amaneció claro y nítido como el hielo, con un cielo de un azul cegador que dio a Yarvi la sensación de que alcanzaba a ver el mar, una franja de negro y blanco en el lejano horizonte de una tierra de negro y blanco.

—Nos ha ido bien —dijo—, tienes que reconocerlo.

Sumael, que estaba haciéndose visera en los ojos para mirar preocupada al oeste, no tenía por qué reconocer nada.

—Hemos tenido buena suertedeclima.

—Yo no creo que tenga suerte —masculló Rulf, envuelto en sus propios brazos—. ¿Tú tienes suerte, Jaud?

—Yo tengo frío —dijo Jaud, frotándose los lóbulos enrojecidos.

Sumael negó con la cabeza sin dejar de mirar el cielo, que aparte de una manchita muy al norte parecía extraordinariamente despejado.

—Puede que esta noche, puede que mañana, averiguaréis lo que significa tener mala suertedeclima. Se acerca tormenta.

Rulf guiñó los ojos hacia arriba.

—¿Estás segura?

—Yo no te explico a ti cómo se ronca, ¿verdad? Pues no me expliques a mí cómo se navega.

Rulf miró a Yarvi y se encogió de hombros. Pero antes del ocaso, como de costumbre, se demostró que Sumael tenía razón. La mancha del cielo creció, se hinchó, se oscureció y empezó a lucir colores extraños.

—Los dioses están furiosos —murmuró Nada levantando la cabeza y arrugando la frente.

—¿Cuándo no lo están? —dijo Yarvi.

La nieve empezó a caer en unos copos enormes que formaban telones y remolinos. El viento arreció con ráfagas ululantes que los azotaban desde todas las direcciones a la vez y los zarandeaban a izquierda y derecha. Yarvi cayó al suelo y, cuando logró levantarse, ya no veía a los demás. Corrió a trompicones, presa del pánico, y se empotró contra la espalda de Jaud.

—¡Tenemos que resguardarnos! —chilló, apenas capaz de oír su propia voz

por encima del viento.

—¡No te lo discuto! —respondió Jaud con un grito.

—¡Necesitamos nieve profunda!

—¡De eso tenemos! —vociferó Ankran.

Llegaron como pudieron al fondo de una hondonada estrecha, la pendiente más prometedora que Yarvi podía aspirar a encontrar con aquella ventisca que convertía a los otros en poco más que fantasmas. Excavó como un conejo, amontonando nieve entre las piernas, hundiéndose con desespero hasta que, cuando estuvo metido del todo, empezó a cavar hacia arriba. Le ardían de frío las manos en sus vendajes de lona mojada, le ardían de esfuerzo los músculos, pero se obligó a seguir. Cavó como si le fuese la vida en ello.

Le iba.

Sumael entró reptando tras él, gruñendo entre los dientes apretados y usando el hacha como una pala. Primero excavaron un estante, luego una alacena y por fin una habitación minúscula. Ankran fue el siguiente en arrastrarse al interior, con la lengua en el hueco de los dientes mientras sacaba nieve hacia atrás. A continuación entró Rulf en la fría tiniebla, seguido de los enormes hombros de Jaud abriéndose paso hacia la cueva en expansión, y por último asomó la cabeza Nada.

—Me gusta —dijo.

—Hay que mantener despejado el acceso —musitó Yarvi—, o nos quedaremos enterrados durante la noche.

Se encorvó contra la nieve comprimida, se quitó las vendas empapadas e hizo cuenco con las manos para soplarlas. Ya tenía pocos dedos y no podía permitirse perder más.

—¿Dónde aprendiste esto? —preguntó Sumael mientras se sentaba a su lado.

—Me lo enseñó mi padre.

—Pues creo que nos ha salvado la vida.

—Tienes que darle las gracias, cuando lo veas. —Ankran movió los hombros para poder encajarlos. Estaban muy apretados, pero ya llevaban días igual. No había espacio para el orgullo, la repulsión ni la enemistad en aquel terreno baldío.

Yarvi cerró los ojos y recordó a su padre, tendido y pálido y frío en su losa.

—Mi padre está muerto.

—Lo siento. —Era la voz profunda de Jaud.

—Bien está que uno de los dos lo sienta.

Yarvi bajó una mano y, al momento, se dio cuenta de que había caído en la de Sumael, notó la presión de sus dedos vueltos hacia arriba en la palma. Le gustó la sensación, el calor que daba el contacto de sus pieles. No apartó la mano. Ella tampoco.

Muy despacio, Yarvi cerró los dedos en torno a la mano de ella.

Entonces hubo un largo silencio, absoluto salvo por el suave gemido del viento fuera del refugio y las pesadas respiraciones de dentro, y Yarvi empezó a sentir lo más parecido a la comodidad, enterrado bajo pasos enteros de nieve helada, que había sentido desde que abandonaron la hoguera de Ankran.

—Ten.

Notó el aliento de esa palabra en la cara, notó que Sumael le cogía la muñeca con suavidad. Abrió los ojos de golpe, pero no pudo leerle la expresión en la oscuridad.

Sumael dio la vuelta a su mano y le apretó algo contra la palma. Algo rancio y amargo, a medio camino entre mohoso y congelado, pero era pan y bien sabían los dioses que se alegraba de tenerlo.

Se quedaron sentados, apretados unos contra otros, todos racionándose la comida, todos masticando con algo parecido a la alegría, o al menos al alivio, y uno por uno tragando y luego guardando silencio, mientras Yarvi dudaba si se atrevería a volver a coger la mano de Sumael.

Entonces ella dijo:

—Esa era la última comida.

Otro silencio, pero este mucho menos cómodo.

La voz de Rulf llegó amortiguada en la oscuridad.

—¿Cuánto queda hasta Vansterlandia?

Nadie contestó.

LOS MEJORES HOMBRES

—Los gettlandeses son los mejores hombres —dijo Nada con un gañido rasposo—. Luchan como uno solo. Cada uno está protegido por el escudo de su compañero de hombro.

—¿Los gettlandeses? ¡Ja! —Rulf bufó vapor mientras subían trabajosamente una cuesta nevada detrás de Sumael—. ¡Un rebaño de condenadas ovejas que balan mientras las llevan al matadero! ¿Qué pasa cuando cae el compañero de hombro? ¡Los trovenlandeses tienen fuego!

Llevaban todo el día discutiendo, que si era mejor arma la espada o el arco, que si Hemenolmo estaba al sur de la isla Grenmer o no, que si la Madre Mar favorecía más los barcos construidos con madera pintada o barnizada. Yarvi no sabía de dónde sacaban el aliento. A él casi no le daba ni para respirar.

—¿Los trovenlandeses? —gruñó Nada—. ¡Va, hombre! ¿Y qué pasa cuando se les apaga el fuego?

Primero razonaban su opinión, luego se limitaban a afirmarla cada vez con más certeza y, por último, entablaban un duelo de refunfuños despectivos. Que Yarvi hubiera oído, ninguno de los dos había cedido un ápice desde que dejaron el *Viento del Sur* hundiéndose en el mar.

Habían pasado tres días desde que se quedaran sin comida, y el hambre de Yarvi era un vacío interno y doloroso que se tragaba toda esperanza. Aquella mañana, cuando se había apartado la lona de las manos, le había costado reconocerlas: estaban ajadas e hinchadas a la vez. La piel de las yemas tenía un aspecto céreo y cosquilleaba entumecida al tacto. Hasta Jaud tenía las mejillas un poco hundidas. Ankran se esforzaba sin éxito por ocultar que cojeaba. La respiración de Rulf tenía un silbido que hacía poner muecas a Yarvi cada vez que lo oía. Nada tenía escarcha en las cejas alborotadas. Los labios cortados de Sumael se veían más delgados, pálidos y apretados entre sí con cada trabajosa legua que recorrían.

Lo único que el parloteo de aquel debate entre condenados hacía pensar a Yarvi era cuál de los dos moriría antes.

—Los gettlandeses tienen disciplina —insistió Nada—. Los gettlandeses son...

—¿A qué clase de imbécil le importa un comino? —estalló Yarvi. Se acercó a los dos hombres y levantó su muñón de dedo frente a las caras de ambos, furioso de repente—. ¡Los hombres solo son hombres, buenos o malos según su suerte! ¡Y ahora, guardaos el aliento para andar!

Volvió a meter las manos bajo los brazos y apretó el paso pendiente arriba.

—Aprendiz de cocinero y filósofo, todo en uno —oyó que decía Rulf entre jadeos.

—Me cuesta decidir cuál de las dos cosas tiene menos utilidad aquí fuera —murmuró Nada—. Tendría que haber dejado que Trigg lo matara. Está clarísimo que los gettlandeses son...

Se quedó en silencio al llegar a la cima de la colina baja, como todos los demás. Ante ellos había un bosque que se extendía en todas las direcciones hasta donde alcanzaba la vista en el velo gris de la nevada.

—¿Árboles? —susurró Sumael, como si no se atreviera a confiar en sus propios ojos.

—Los árboles podrían significar comida —dijo Yarvi.

—Los árboles podrían significar fuego —dijo Ankran.

De pronto se lanzaron todos colina abajo, gritando como niños que hubieran terminado sus tareas. Yarvi perdió el equilibrio, levantó una explosión de nieve al caer y volvió a levantarse. Se internaron ansiosos entre los árboles raquíticos del borde y luego entre unos altísimos abetos de troncos tan anchos que a Yarvi le costaría trabajo abarcarlos con los brazos, como poderosas columnas de un lugar sagrado donde no se mirara bien a los intrusos.

Redujeron el paso de la carrera al trote, del trote a un cauto arrastrar de pies. De las escasas ramas no caían frutas. No había ciervos que se lanzaran hacia el arma de Nada. La poca madera caída que encontraron estaba húmeda y podrida. El terreno era traicionero bajo la nieve, lleno de raíces enredadas y agujas que llevaban incontables años descomponiéndose.

Sus risas decayeron y en el bosque se hizo un silencio absoluto que no arañaba ni el piar de un solo pájaro.

—Dioses —dijo Ankran entre dientes—, estamos igual de mal dentro que fuera.

Yarvi se acercó a un tronco y rompió un trozo de hongo a medio congelar con una mano temblorosa.

—¿Has encontrado algo? —preguntó Jaud con la voz aguda de esperanza.

—No. —Yarvi lo tiró al suelo—. Los de esta clase no se pueden comer. —La desesperación empezó a caer con la nieve y a posarse en sus hombros con más fuerza que antes. Intentó mantener viva la llamita de la esperanza—. Lo que necesitamos es fuego.

El fuego los calentaría, los animaría, los uniría y los mantendría en marcha un poco más. Yarvi no podía permitirse pensar adónde los llevaría. Una brazada cada vez, como le había dicho siempre Jaud.

—Para hacer fuego necesitamos madera seca —dijo Ankran—. Quizá el cocinerito sepa dónde encontrarla.

—Sabría dónde comprarla en Thorlby —replicó Yarvi con sequedad, aunque en realidad seguramente tampoco lo sabría. Para eso había esclavos.

—El terreno elevado debería ser más seco. —Sumael emprendió el ascenso y Yarvi la siguió a trompicones hasta que resbalaron por una pendiente hasta un pequeño valle sin árboles, cubierto de nieve limpia y blanca—. A lo mejor aquí arriba...

Apretó el paso hacia aquella cicatriz en el bosque y Yarvi siguió sus rápidas huellas. Dioses, qué cansado estaba. Casi no se notaba los pies. El terreno que pisaban tenía algo raro; era liso y duro bajo un fino manto de nieve con zonas negras aquí y allá. Con el siguiente paso de Sumael, se produjo un extraño crujido.

Se quedó petrificada, mirando hacia abajo con el rostro macilento.

—¡Deteneos! —Nada había llegado a la cuesta que tenían detrás y estaba agarrado a un árbol con una mano, su espada en la otra—. ¡Es un río!

Yarvi se miró los pies mientras el horror le erizaba todos los pelos del cuerpo. El hielo tintineó, chasqueó, se movió bajo sus botas. Dio un largo gemido cuando Sumael se volvió hacia él, con sus grandes ojos subiendo un instante para encontrarse con los suyos. No estaban a más de un par de pasos de distancia.

Yarvi tragó saliva, reunió el valor para respirar y extendió un brazo hacia ella.

—Pisa flojo —susurró.

Sumael dio un paso y, sin siquiera un grito ahogado, desapareció a través del hielo.

Al principio Yarvi se quedó inmóvil.

Luego todo su cuerpo se crispó como si fuese a lanzarse a la carga.

Se detuvo con un quejido, se agachó y llegó a gatas hasta el lugar donde había desaparecido Sumael. Agua negra con esquirlas de hielo flotando, y ni la menor señal de ella. Miró hacia atrás y vio que Jaud bajaba la pendiente a saltos, levantando nieve con cada pisotón.

—¡Quédate ahí! —chilló Yarvi—. ¡Pesas demasiado!

Creyó ver movimiento bajo el hielo, se arrastró hacia él con la cara pegada a la superficie, apartó nieve y no vio nada allí abajo salvo oscuridad, en la que se mecían unas burbujas solitarias.

Ankran subió al río con paso titubeante y los brazos extendidos a los lados, pero tuvo que frenarse de un resbalón cuando la superficie congelada volvió a crujir. Nada se había desplazado corriente abajo por la orilla nevada, hacia una zona de hielo descubierto del que brotaban rocas dentadas.

Se extendió un silencio espantoso.

—¿Dónde está? —gritó Yarvi.

Rulf se había quedado mirando desde la orilla, boquiabierto e incapaz de ayudar.

¿Cuánto tiempo se podía contener la respiración? Seguro que no tanto como

había transcurrido.

Vio a Nada dar unos pasos saltarines desde la orilla y alzar la espada con la punta hacia abajo.

—¿Estás loco? —chilló Yarvi antes de caer en la cuenta.

Claro que lo estaba.

La espada cayó, hubo una gran salpicadura de espuma, y Nada se dejó caer al hielo y metió el brazo libre en el agua.

—¡La tengo!

Sacó a Sumael del río, flácida como un trapo y chorreando agua helada. La arrastró hasta la orilla, donde estaban esperando Jaud y Rulf.

—¿Respira? —chilló Yarvi, que ya regresaba pero a cuatro patas por miedo a quebrar el hielo él también.

—¿Cómo se sabe? —preguntó Jaud, arrodillándose al lado de Sumael.

—¡Acerca la mejilla a su boca!

—¡Me parece que no!

—¡Levántale los pies! —Yarvi salió del río con paso torpe y obligó a sus piernas de plomo a recorrer la orilla nevada.

—¿Qué?

—¡Que la pongas cabeza abajo!

Jaud la levantó con brusquedad de los tobillos, y Yarvi se acercó a su cabeza exangüe, que dejaba un surco en la nieve, le metió dos dedos en la boca, dio la vuelta a la mano y se los introdujo en la garganta.

—¡Venga! —forzó la voz, escupiendo y apretando la mano—. ¡Venga!

Se lo había visto hacer una vez a la madre Gundring cuando un niño cayó en el estanque de un molino.

El niño había muerto.

Sumael no se movió. Estaba fría y empapada, como si ya fuese un cadáver, y Yarvi se desgañitó, entremezclando oraciones entre unos dientes apretados casi sin saber a quién las dirigía.

Notó la mano de Nada en el hombro.

—La Muerte nos espera a todos.

Yarvi movió el hombro para sacudirse la mano y apretó con más fuerza.

—¡Venga!

Y tan de pronto como un niño despertado de un pellizco, Sumael se contrajo y tosió agua, inhaló media bocanada rasposa y tosió más.

—¡Dioses! —exclamó anonadado Rulf, retrocediendo un paso.

Yarvi estaba casi tan sorprendido como él, y sin duda nunca se había alegrado tanto de tener la mano llena de vómito frío.

—¿Piensas bajarme? —Sumael apenas tenía voz y sus ojos se movían hacia las comisuras.

Jaud la dejó caer, y ella se acurrucó en la nieve, tirándose del collar de esclava, tosiendo y escupiendo, y al momento empezó a tiritar con fuerza.

Rulf los miraba como si hubiera presenciado un milagro.

—¡Eres un hechicero!

—O un clérigo —musitó Ankran.

Yarvi no pensaba dejar que siguieran rascando esa costra.

—Tenemos que calentarla.

Se pusieron a intentar encender fuego con el pequeño pedernal de Ankran y láminas de musgo arrancadas de los árboles, pero estaba todo húmedo y las pocas chispas no lograban prender. Probaron uno tras otro mientras Sumael miraba con

ojos febriles, temblando cada vez más hasta que oyeron las palmadas de la ropa contra el cuerpo.

Jaud, que en otro tiempo había encendido los hornos de una panadería cada mañana, no pudo hacer nada. Rulf, que había hecho prender hogueras en playas ventosas bajo la lluvia por todo el mar Quebrado, se vio impotente. Hasta Yarvi lo intentó en vano, trasteando con el pedernal hasta que se cortó los dedos mientras Ankran seguía murmurando una oración a Aquel Que Crea La Llama.

Pero los dioses no iban a hacer más milagros aquel día.

—¿Podemos excavar un refugio? —Jaud se balanceaba, apoyado en los talones—. ¿Como el que hicimos en la ventisca?

—No hay bastante nieve —dijo Yarvi.

—¿Y con ramas?

—Demasiada nieve.

—Tengo que seguir. —De pronto Sumael se levantó, tambaleándose, y el enorme abrigo de Rulf cayó a la nieve tras ella—. Demasiado calor —dijo, mientras se desenrollaba la lona de las manos y la dejaba ondear, se abría la camisa y tiraba de la cadena de debajo—. La bufanda me aprieta. —Dio otros pocos pasos vacilantes y cayó cuan larga era, de cara—. Tengo que seguir —musitó a la nieve.

Jaud la hizo rodar con suavidad y la incorporó, con un brazo alrededor de ella.

—Padre no esperará para siempre —susurró Sumael, con la más tenue de las volutas de vapor escapando de sus labios azulados.

—Tiene el frío en la cabeza. —Yarvi le puso la palma de la mano en la piel húmeda y la notó agitarse.

Quizá la hubiera salvado de ahogarse, pero sin fuego o comida el invierno la haría cruzar la Última Puerta de todos modos, y Yarvi no soportaba la idea. ¿Qué harían sin ella?

¿Qué haría él sin ella?

—¡Haz algo! —le urgió Rulf con un susurro, dándole un agarrón en el brazo.

Pero ¿qué podía hacer? Yarvi se mordió el labio agrietado con la mirada perdida en el bosque como si fuese a materializarse una respuesta entre los troncos desnudos.

«Siempre hay una manera.»

Arrugó la frente un momento, y luego se zafó de Rulf y corrió hacia el árbol más cercano mientras se desvendaba la mano buena. Arrancó un mechón de algo entre rojizo y marrón de la corteza, y los rescoldos de la esperanza volvieron a cobrar vida.

—Lana —murmuró Ankran separando otro mechón—. Por aquí han pasado ovejas.

Rulf se lo arrancó de los dedos.

—¿En qué dirección?

—Sur —dijo Yarvi.

—¿Cómo lo sabes?

—El musgo crece donde no da el viento, en la parte oeste de los troncos.

—Las ovejas significan calor —dijo Rulf.

—Las ovejas significan comida —dijo Jaud.

Yarvi no dijo lo que estaba pensando: que las ovejas significaban gente, y que la gente podía mostrarse poco amistosa. Pero para poder sopesar opciones hacía falta más de una.

—Me quedo yo con ella —dijo Ankran—. Traed ayuda, si podéis.

—No —replicó Jaud—. Iremos juntos. Ahora todos somos compañeros de remo.

—¿Quién la llevará a ella?

Jaud se encogió de hombros.

—Si te toca levantar una carga, más te vale levantarla que echarte a llorar.

Pasó los brazos por debajo de Sumael e hizo una mueca al izarla, trastabilló un poco y luego acomodó la cara tensa de ella contra su hombro y, sin decir más, emprendió la marcha hacia el sur con la cabeza alta. A aquellas alturas Sumael no podía pesar mucho, pero, con lo frío, hambriento y fatigado que estaba, a Yarvi le pareció una proeza casi imposible.

—Ya he vivido algún tiempo —dijo Rulf en voz baja, mirando incrédulo la espalda de Jaud—, pero te digo que nunca había visto nada como esto.

—Ni yo —respondió Yarvi, levantándose para seguirlos a toda prisa. ¿Cómo podía discutir, o dudar, o desfallecer, ante la lección de fuerza que tenía delante?

¿Cómo podía ninguno de ellos?

GENTILEZA

Se agacharon entre los húmedos arbustos y observaron la granja que había en el llano.

Un edificio era de piedra, tan viejo que estaba hundido en la tierra. Del techo abombado por la nieve salía una delgada columna de humo que hizo salivar a Yarvi y le puso la piel de gallina con nebulosos recuerdos de comida y calor. Otro edificio, que por los balidos amortiguados que salían de vez en cuando debía de ser el establo de las ovejas, parecía estar levantado a partir del casco de un barco puesto al revés, aunque Yarvi no concebía que hubieran podido transportarlo tan tierra adentro. Había otras construcciones, poco más que bastos cobertizos perdidos en el ventisquero, unidos entre sí por vallas de troncos afilados.

Apenas fuera de la entrada, junto a un agujero en el hielo y una caña de pescar apoyada en dos palos, estaba sentado un niño pequeño envuelto en pieles, que de vez en cuando se sonaba los mocos con gran estruendo.

—Me preocupa —bisbiseó Jaud—. ¿Cuántos habrá ahí dentro? No sabemos nada de ellos.

—Sabemos que son personas y que en las personas nunca se debe confiar —dijo Nada.

—Sabemos que tienen comida, ropa y refugio. —Yarvi miró a Sumael, cubierta con todo aquello que los demás podían quitarse, que era bien poco. Tiritaba tanto que le castañeteaban los dientes, tenía los labios del color azul grisáceo de la pizarra y se le cerraban poco a poco los ojos, los abría de sopetón y vuelta a empezar—. Cosas que necesitamos para sobrevivir.

—En ese caso, es fácil. —Nada desenrolló la tela del puño de su espada—. El acero es la respuesta.

Yarvi lo miró fijamente.

—¿Matarías a ese niño?

Rulf movió los hombros, incómodo, pero Nada solo levantó los suyos.

—Si la elección es entre su muerte y la nuestra, sí, mataría a ese niño y a cualquier otra persona que esté ahí abajo. Que hagan compañía a mis arrepentimientos.

Empezó a levantarse, pero Yarvi tiró de su andrajosa camisa, lo hizo bajar de nuevo y se encontró mirando los ojos duros, inexpresivos y grises de Nada. De cerca no parecían más cuerdos; más bien al contrario.

—Y eso va por ti también, aprendiz de cocinero —susurró Nada.

Yarvi tragó saliva, pero no apartó la mirada ni soltó la camisa. Sumael se había jugado la vida para salvar la de él en el *Viento del Sur*. Era el momento de saldar la deuda. Además, estaba harto de ser un cobarde.

—Primero probaremos a hablar. —Se levantó, intentó encontrar la forma de no parecer tanto un mendigo desharrapado en la más extremada desesperación y fracasó.

—Cuando te hayan matado —dijo Nada—, ¿el acero será la respuesta?

Yarvi dejó escapar un suspiro humeante.

—Supongo que sí —respondió, y empezó a bajar la cuesta hacia los edificios.

Todo estaba tranquilo. No había más señales de vida que el niño. Yarvi se detuvo a una docena de pasos de él.

—Hola.

El chico hizo ademán de levantarse de golpe, movió la caña de pescar, tropezó hacia atrás y casi cayó al suelo, y entonces echó a correr hacia la casa. Yarvi solo podía esperar y tiritar. Tiritar de frío y de miedo a lo que vendría. No podía esperarse demasiada gentileza de una gente que vivía en una tierra tan inhóspita como aquella.

Salieron del edificio de piedra como abejas de una colmena rota. Yarvi contó seis, todos bien envueltos en pieles y todos con lanzas. Tres de las armas tenían la punta de piedra en vez de metal, pero las seis estaban empuñadas con sombría decisión. En silencio, formaron un semicírculo apresurado a su alrededor, con las lanzas apuntando hacia dentro.

Lo único que pudo hacer Yarvi fue levantar las manos, vacías si se exceptuaba la envoltura de lona mugrienta, elevar una plegaria al Padre Paz y decir con voz de pito: —Necesito vuestra ayuda.

La mujer del centro clavó la base de su lanza en la nieve y se acercó despacio a Yarvi. Se quitó la capucha y dejó ver una maraña de pelo gris amarillento y una cara arrugada, curtida por el trabajo y el clima. Observó a Yarvi durante unos instantes.

Luego se adelantó y, antes de que Yarvi pudiera echarse atrás, separó las manos y le dio un fuerte abrazo.

—Me llamo Shidwala —dijo en común—. ¿Estás solo?

—No —susurró él, esforzándose en contener las lágrimas de alivio—. Mis compañeros de remo vienen conmigo.

El interior de la casa era bajo y estrecho, apestaba a sudor y a humo de leña y parecía un palacio. De una cacerola ennegrecida le sirvieron un aceitoso estofado de tubérculos y carnero en un cuenco de madera pulida por años de uso. Yarvi empezó a comerlo con los dedos y decidió que nunca había probado nada mejor. Había bancos a lo largo de las paredes curvas, y Yarvi y los suyos estaban sentados a un lado del crepitante hogar excavado en el suelo, con sus anfitriones enfrente. Eran seis: Shidwala, cuatro hombres que Yarvi supuso hijos suyos y el chico de la caña de pescar, que miraba boquiabierto a Sumael y Jaud como si fuesen elfos salidos de las leyendas.

En Thorlby, aquella gente se habría considerado más que pobre. Ahora la estancia le parecía rebosante de riquezas. Había herramientas de madera y hueso colgadas de las paredes; había ingeniosos instrumentos para cazar, pescar y excavar refugios, para arañar una vida del hielo; había pieles de lobo, cabra, oso y foca cubriendo todas las superficies. Uno de los anfitriones, un hombre con una densa barba castaña, raspó la cacerola para servir un segundo cuenco a Jaud, y este inclinó la cabeza en agradecimiento y lo devoró extasiado, cerrando los ojos con cada bocado.

Ankran se inclinó hacia el hombretón.

—Me parece que nos hemos comido toda su cena.

Jaud se quedó inmóvil con los dedos en la boca, y el barbudo rió y se inclinó sobre el fuego para darle una palmada en el hombro.

—Lo siento —dijo Yarvi mientras apartaba su cuenco.

—Creo que tenéis más hambre que nosotros —respondió Shidwala. Hablaban el común con un acento raro—. Y creo que os habéis desviado pero mucho de vuestra ruta.

—Vamos en dirección a Vulsgard desde la tierra de los banyas —dijo Ankran.

La mujer lo meditó un momento.

—Entonces os habéis ceñido pero mucho a vuestra ruta, aunque es una ruta que encuentro muy rara.

Yarvi tuvo que darle la razón.

—Si hubiéramos sabido que sería tan dura, a lo mejor habríamos elegido otra.

—Pasa con muchas elecciones.

—Ahora solo podemos seguir adelante.

—Pasa con muchas elecciones.

Nada se inclinó hacia Yarvi y le susurró con su escaso muñón de voz: —No confío en ellos.

—Mi amigo quiere agradeceros vuestra hospitalidad —dijo Yarvi a toda prisa.

—Todos os lo agradecemos —añadió Ankran—, a vosotros y a los dioses de vuestra casa.

Yarvi apartó la ceniza de la piedra de oración incrustada en el hogar y leyó sus runas.

—Y a Aquella Cuyo Aliento Son Las Nieves.

—Bien dicho y bien supuesto. —Shidwala entrecerró los ojos—. De donde vienes tú, es una diosa menor, ¿verdad?

Yarvi asintió.

—Pero aquí es muy importante, me parece a mí.

—Igual que pasa con muchas cosas, los dioses parecen más grandes cuando se tienen más cerca. Aquí, a Aquella Cuyo Aliento Son Las Nieves la tenemos siempre encima.

—Le dirigiremos nuestra primera oración al despertar —prometió Ankran.

—Me parece sensato —dijo Shidwala.

—Y la segunda será para vosotros —dijo Yarvi—. Nos habéis salvado la vida.

—Aquí todo lo que vive debe ser amigo. —La mujer sonrió, y sus profundas arrugas hicieron pensar a Yarvi en la madre Gundring y por un momento sintió una añoranza terrible—. El invierno ya es bastante enemigo para todos.

—Lo sabemos.

Yarvi apartó la mirada hacia Sumael, hecha un ovillo cerca del fuego y balanceándose suavemente con los ojos cerrados y una manta en los hombros. Le había vuelto buena parte del color al rostro.

—Podríais esperar a que pase el invierno aquí, con nosotros.

—Yo no puedo —dijo Ankran con voz quebrada pero expresión de hierro—. Tengo que volver con mi familia.

—Y yo con la mía —asintió Yarvi, aunque su urgencia no era salvarlos sino matar a uno de ellos—. Tenemos que seguir camino, pero nos hacen falta muchas cosas...

Shidwala repasó las pertenencias de sus invitados y enarcó las cejas.

—Sí que os hacen falta, sí. Estaremos encantados de hacer intercambios.

Al oír la palabra «intercambio», los hijos de Shidwala sonrieron e hicieron gestos de aprobación.

Yarvi lanzó una mirada a Ankran, que extendió las manos vacías.

—No tenemos nada que ofreceros.

—Está la espada.

Nada frunció el ceño incluso más y se acercó al cuerpo el filo que acunaba, y Yarvi recordó con una punzada que, muy poco tiempo antes, se había mostrado más que dispuesto a matar a aquella gente.

—No va a desprenderse de ella —dijo Yarvi.

—Hay una cosa a la que yo podría dar buen uso. —El hombre de la barba castaña tenía la mirada fija en Sumael, al otro lado del fuego.

Jaud se tensó, Rulf dio un gruñido de descontento y la respuesta de Ankran tuvo un matiz brusco.

—No venderemos a nadie de los nuestros. No importa la oferta.

Shidwala se echó a reír.

—Nos malinterpretáis. Aquí el metal escasea. —Rodeó el fuego agachada, metió la mano hacia el brillo de acero que dejaba ver la camisa de Sumael y sacó un fragmento de su delicada cadena—. Lo que queremos es esto.

Yarvi notó que una sonrisa se apoderaba de su cara. Llevaba tiempo sin hacerlo y resultaba agradable.

—En ese caso... —Se desenrolló la bufanda de lona raída y sacó su propia cadena, más pesada—. A lo mejor también os interesa esta.

Los ojos del barbudo se iluminaron al sopesarla y luego se quedó atónito al ver que Nada se abría la camisa de un manotazo.

—Y quizá esta —dijo mientras sacaba los gruesos eslabones.

Todo el mundo sonreía. Yarvi se acercó al fuego y dio una palmada como solía hacer su madre.

—Negociemos.

Nada se acercó para susurrarle al oído:

—Ya te he dicho que el acero sería la respuesta.

Con un último tañido, el perno oxidado se partió, salió despedido y la argolla de Nada quedó abierta.

—Esta se ha resistido —dijo el barbudo, mirando caviloso su cincel roto.

Nada levantó la cabeza del tocón, se puso de pie con gesto un poco vacilante y levantó una mano temblorosa para tocarse la piel del cuello, correosa después de años de rozaduras.

—He llevado puesto ese collar veinte años —dijo en voz muy baja, con los ojos cargados de lágrimas brillantes.

Rulf le dio una palmada en el hombro.

—Yo solo llevé el mío tres, y aun así ahora me siento ligero como el aire. Seguro que a ti te parece que vas a salir flotando.

—Lo hice —susurró Nada—. Lo haré.

Yarvi, distraído, se tocó las viejas quemaduras donde antes llevaba la argolla mientras miraba a Ankran, concentrado en empaquetar todo lo que habían obtenido a cambio de sus cadenas. Una caña de pescar y cebo, una pala hecha con el omóplato de un alce, un cuchillo de bronce que parecía una reliquia de poco después de la Ruptura de la Diosa, nueve flechas para el arco de Rulf, un cuenco de madera para beber, musgo seco para encender fuego, cuerda de lana. Queso de oveja, carne de carnero y pescado seco. Y pieles, y cruda ropa de abrigo hecha de vellones cosidos, y lana en crudo para ponerla dentro. Sacos de cuero para llevarlo todo, y hasta un trineo para cargarlos.

Qué ridículo le habría parecido todo aquello en otro tiempo, qué basura de mendigo. Ahora lo veía como un tesoro.

Sumael estaba envuelta hasta la barbilla en gruesas pieles blancas, con los ojos cerrados y una sonrisa muy poco frecuente en la cara, que enseñaba sus blancos dientes por la muesca del labio.

—¿Estás a gusto? —le preguntó Jaud.

—Estoy calentita —susurró ella sin abrir los ojos—. Si esto es un sueño, no me despiertes.

Shidwala arrojó la argolla abierta de Nada al barril que ya contenía las cadenas de todos.

—Si queréis un consejo...

—Siempre —dijo Ankran.

—Id hacia el noroeste. Dentro de dos días encontraréis un terreno caliente por los fuegos que hay bajo la tierra. En esa zona, por los arroyos baja agua templada y llena de peces.

—Había oído historias de una tierra como la que dices —dijo Yarvi, recordando las peroratas de la madre Gundring por encima de su hoguera.

—Iremos al noroeste —dijo Ankran.

Shidwala asintió con la cabeza.

—Y que los dioses os acompañen.

Empezó a dar media vuelta para irse, pero, de pronto, Nada cayó de rodillas, le cogió la mano y apretó sus labios cortados contra ella durante un momento.

—Jamás olvidaré esta gentileza —proclamó, limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano.

—Ninguno la olvidaremos.

Con una sonrisa, la mujer tiró de Nada hasta levantarlo y le dio un golpecito con la mano abierta en su mejilla entrecana.

—Eso en sí mismo es una recompensa.

LA VERDAD

Rulf salió de entre los árboles sonriendo de oreja a oreja, con el arco en un hombro y un venado de campeonato sobre el otro. Para que nadie dudase de su pericia como arquero, había dejado la flecha sobresaliendo del corazón del animal.

Sumael enarcó una ceja al verlo.

—Conque no eres solo una belleza.

Él le guiñó un ojo por respuesta.

—Para un arquero, las flechas lo son todo.

—¿Quieres despellejarlo, aprendiz de cocinero, o lo hago yo?

Ankran sostenía el cuchillo con un amago de sonrisa, como si supiera que Yarvi se negaría. No era tonto. En las pocas ocasiones que le habían obligado a salir de caza, su mano le había evitado tensar el arco o sostener la lanza, y el descuartizamiento le daba arcadas. Su padre le había reñido, su hermano se había burlado y sus hombres apenas se habían molestado en disimular su desprecio.

Más o menos como todo el resto de su infancia, pues.

—Despelleja tú esta vez, si quieres —dijo Yarvi—. Yo te corrijo si haces algo mal.

Después de comer, Jaud se sentó con las plantas descalzas hacia el fuego y se dedicó a frotar sebo entre los gruesos dedos de sus pies. Rulf tiró el último hueso y se secó las manos grasientas en su abrigo de vellón.

—Con un poco de sal habría estado de rechupete.

Sumael negó con la cabeza.

—¿Alguna vez ha habido algo de lo que no te quejaras?

—Si no encuentras algo de lo que quejarte, es que no te esfuerzas en buscar. —Rulf se reclinó sobre un codo, sonriendo hacia la oscuridad y rascándose la

densa barba corta—. Aunque mi mujer no me decepcionó nunca. Creía que iba a morir en ese remo de mierda, pero, ya que aún parece que doy sombra, he pensado en ir a verla. Solo para saludar, para saber que está bien.

—Si tiene el menor sentido común, te habrá olvidado —dijo Sumael.

—Tenía para dar y regalar. Demasiado para pasarse la vida esperando. —Rulf se sorbió la nariz y escupió al fuego—. Y no es muy difícil encontrar hombres mejores que yo.

—En eso estamos de acuerdo. —Nada estaba sentado a más distancia del fuego, con la espalda erguida hacia los demás y la espada apoyada en las rodillas para frotar el filo con un trapo.

Rulf le sonrió enseñando los dientes.

—¿Y qué hay de ti, Nada? Ya pasaste años frotando una cubierta. ¿Piensas pasarte los demás frotando ese acero? ¿Qué vas a hacer cuando lleguemos a Vulsgard?

Yarvi cayó en la cuenta de que era la primera vez, desde que al *Viento del Sur* se lo tragaran las olas, que ninguno de ellos hablaba de lo que podría depararles el futuro. Era la primera vez que daba la sensación de que quizá lo tuvieran.

—Tengo deudas que saldar. Pero las tengo desde hace veinte años. —Nada volvió a concentrarse en lustrar con brío la espada—. Ya lloverá sangre cuando llueva.

—Mientras no siga cayendo nieve, a mí me parecerá mejor tiempo —dijo Jaud—. Yo buscaré pasaje hacia el sur, hacia Catalia. Mi pueblo se llama Najit, y su pozo da la mejor agua del mundo. —Juntó las manos sobre el abdomen y sonrió como hacía siempre que hablaba de aquel lugar—. Quiero volver a beber de ese pozo.

—A lo mejor te acompaño —dijo Sumael—. No cae muy lejos de mi ruta.

—¿De tu ruta hacia dónde? —preguntó Yarvi. Aunque llevaban meses durmiendo a menos de un brazo de distancia, prácticamente no sabía nada de ella, y descubrió que quería saber.

Sumael le frunció el ceño, como dudando si abrir una puerta que llevaba

una eternidad con el cerrojo echado, y luego levantó los hombros.

—A la Primera Ciudad, supongo. Me crié allí. Mi padre era famoso, a su manera; construía barcos para la emperatriz. Su hermano aún está en el negocio... quizá. Eso espero. Si aún vive. Han podido cambiar muchas cosas en el tiempo que he estado fuera.

Y se quedó callada, y miró con gesto serio a las llamas, y lo mismo hizo Yarvi, preocupado por lo que podría haber cambiado en Thorlby desde que él se marchó.

—No seré yo quien te rechace la compañía —dijo Jaud—. Alguien que de verdad sabe hacia dónde va es buena compañía para un viaje largo. ¿Y tú, Ankran?

—En la plaza de Angulf de Thorlby está el comercio de un tratante de carne. —Ankran ladró las palabras al fuego, con su rostro huesudo lleno de sombras—. El comercio donde me compró Shadikshirram, a un hombre llamado Yoverfell. —Hizo una mueca al pronunciar el nombre, como la que podría haber hecho Yarvi al pensar en Odem—. Tiene a mi mujer. Tiene a mi hijo. He de recuperarlos.

—¿Y cómo piensas hacerlo? —preguntó Rulf.

—Encontraré la forma. —Ankran cerró un puño y se dio golpes cada vez más fuertes en la rodilla, hasta que tuvo que dolerle—. Debo hacerlo.

Yarvi parpadeó con los ojos fijos en el otro lado del fuego. La primera vez que había visto a Ankran, lo había odiado. Lo había engañado, había mirado cómo lo apaleaban y se había quedado con su puesto. Después lo había aceptado, había andado a su lado, había recibido con gusto su caridad. Había llegado a confiar en él. Y descubrió que sentía lo que jamás creyó que podría sentir por él: admiración.

Todo lo que Yarvi había hecho era por sí mismo. Su libertad, su venganza, su silla. Ankran lo había hecho por su familia.

—Podría ayudarte.

Ankran levantó la mirada de sopetón.

—¿Tú?

—Tengo... amigos en Thorlby. Amigos poderosos.

—¿El cocinero ese del que eras aprendiz? —dijo Rulf con un bufido.

—No.

Yarvi no sabía muy bien por qué había escogido ese momento. Tal vez cuanto más se estrechaban sus lazos con aquella pandilla de inadaptados más le pesaba la mentira. Tal vez había sobrevivido en él alguna chispa de orgullo y eligió esa ocasión para prender. Tal vez pensó que Ankran ya intuía la verdad, de todas formas. O tal vez fue tonto, sin más.

—Laithlin —dijo—. La esposa del rey muerto, Uthrik.

Jaud soltó un suspiro blanco y se acostó del todo entre las pieles. Rulf no se molestó ni en reír.

—¿Y qué relación tienes tú con la Reina Dorada de Gettlandia, si puede saberse?

Yarvi mantuvo firme el tono aunque de pronto el corazón le daba martillazos.

—Soy su hijo menor.

Y eso los dejó pensativos a todos.

A Yarvi al que más, porque entonces cayó en la cuenta de que podría haberse quedado como aprendiz de cocinero e ir a donde quisiera. Podría haberse unido a Rulf para ir a saludar a su esposa, o seguido a Nada hacia la locura por la que se decidiera su mente desquiciada. Podría haber ido con Jaud a beber de ese pozo de Catalia, o continuar con Sumael y ver las maravillas de la Primera Ciudad. Ellos dos, juntos...

Pero ahora no tenía más destino que la Silla Negra. Eso o la Última Puerta.

—No me llamo Yorv, sino Yarvi. Y soy el rey legítimo de Gettlandia.

Hubo un silencio prolongado. Hasta Nada se olvidó de frotar la espada y se dio la vuelta sobre su piedra para mirarlo con ojos febriles.

Ankran carraspeó con suavidad.

—Explicaría lo mal que cocinas.

—No estás de broma, ¿verdad? —preguntó Sumael.

Yarvi le devolvió la mirada, larga y sin vacilaciones.

—¿Me oyes reír?

—Entonces, si puedo preguntarlo, ¿qué hacía el rey de Gettlandia atado a un remo en una galera mercante que se caía a trozos?

Yarvi se ciñó el vellón sobre los hombros y miró las llamas, que tomaron las formas de actos consumados y rostros del pasado.

—Por mi mano... o por su ausencia, más bien, iba a renunciar a mi linaje y unirme a la Clerecía. Pero mataron a Uthrik, mi padre. Fue traicionado por Grom-gil-Gorm y su clériga, la madre Scaer... o eso me dijeron. Dirigí veintisiete barcos en una incursión contra ellos. Mi tío Odem preparó los planes. —Notó que le vacilaba la voz—. Y esos planes incluían matarme y robarme mi asiento.

—El príncipe Yarvi —musitó Ankran—. El hijo menor de Uthrik. Tenía una mano deforme. —Yarvi la levantó a la luz, y Ankran la contempló mientras se acariciaba un lado de su nariz torcida—. La última vez que pasamos por Thorlby se hablaba de su muerte.

—Lo anunciaron un poco demasiado pronto. Caí de una torre y la Madre Mar me sacó a los brazos de Grom-gil-Gorm. Me hice pasar por aprendiz de cocinero, y él me puso una argolla y me vendió a los esclavistas de Vulsgard.

—Que es donde te compramos Trigg y yo —murmuró Ankran, dando vueltas a la historia en busca de la verdad como un mercader las daría a un anillo tratando de estimar cuánto oro había en la aleación—. Porque me dijiste que eras capaz de remar.

Yarvi solo pudo levantar los hombros mientras devolvía su mano contrahecha al calor del vellón.

—Como veis, no es la mentira más gorda que haya contado nunca.

Jaud hinchó los mofletes.

—Está claro que todo hombre tiene sus secretos, pero este es más grande que la mayoría.

Yarvi lo meditó un momento.

—Merecéis saber la verdad. Y yo merezco contarla. Y la verdad merece decirse.

Más silencio. Jaud se untó más sebo en los pies. Ankran y Sumael se mantuvieron la mirada ceñuda. Entonces Rulf sacó la lengua entre los labios e hizo una enorme pedorreta.

—¿Alguien se cree esa sarta de paparruchas?

—Yo me las creo. —Nada se levantó, con los ojos negros muy abiertos, y alzó su espada—. ¡Y ahora pronuncio un juramento! —Clavó el filo en el fuego y se elevó un remolino de chispas que los hizo apartarse a todos, sorprendidos—. Un juramento-sol y un juramento-luna. Que mi palabra se torne cadena que me ate y anhelo que me empuje. ¡Juro que no descansaré hasta que el legítimo rey de Gettlandia vuelva a sentarse en la Silla Negra!

Se hizo un silencio más largo incluso; nadie se había quedado más estupefacto que Yarvi.

—¿Nunca te ha dado la impresión de que vivías en un sueño? —preguntó Rulf en voz baja.

Jaud dio otro de sus suspiros.

—Muchas veces.

—Una pesadilla —dijo Sumael.

El día siguiente, temprano, coronaron una cima y contemplaron una visión que parecía sacada de un sueño. O quizá de una pesadilla. En lugar de más colinas blancas, por delante había montañas negras y lejanas, fantasmagóricas en una neblina de vapor.

—La tierra caliente —dijo Ankran.

—Un lugar donde los dioses del fuego y el hielo guerrean —susurró Nada.

—Parece bastante agradable —dijo Yarvi—, para ser un campo de batalla.

Había una franja de verde entre la tierra blanca y la negra, llena de vegetación que se mecía con el aire, de nubes de pájaros que volaban en círculos de colores, de agua que reflejaba la tenue luz del sol.

—Un pedazo de primavera arrancado al invierno —apuntó Sumael.

—No me fío de él —dijo Nada.

—¿Y de qué te fías? —preguntó Yarvi.

Nada levantó la espada y, más que sonreír, enseñó los dientes rotos.

—Solo de esto.

Nadie sacó el tema de la revelación de la noche anterior mientras avanzaban. Era como si no supieran si creérselo o qué hacer si decidían que era cierto, y por tanto se conformaban con fingir que no había ocurrido nada y seguían tratando a Yarvi igual que antes.

A él le parecía bien. A fin de cuentas, siempre se había sentido más como un aprendiz de cocinero que como un rey.

La nieve empezó a menguar bajo sus botas maltrechas, y luego a derretirse y colarse en ellas, y luego a hacerlo resbalar en el fango, y luego desapareció por completo. Empezó a haber zonas con musgo, y después otras cubiertas de hierba alta y verde, y después salpicadas con flores salvajes de las que ni siquiera Yarvi sabía los nombres. Por último pisaron guijarros en la orilla de un amplio estanque, con un agua lechosa de la que emanaba vapor y un árbol torcido que dejaba caer hojas secas y anaranjadas sobre sus cabezas.

—Estos últimos años, y sobre todo estos últimos días, he estado pensando qué había hecho para merecer un castigo así —dijo Jaud—. Ahora me pregunto cómo es que merezco una recompensa como esta.

—La vida no va de merecer —dijo Rulf—, sino de agarrar lo que se deje.

¿Dónde estaba esa caña de pescar?

Y el viejo saqueador empezó a desplumar el agua turbia de peces blanquecinos tan deprisa como podía reemplazar el cebo en su anzuelo. Había empezado a nevar otra vez, pero no haría capa en aquel suelo tibio; como además había leña seca por todas partes, encendieron una hoguera, y Ankran preparó un banquete de pescado en una piedra lisa colocada encima.

Después, Yarvi se tumbó con las manos en la panza llena y los destrozados pies metidos en agua templada, y se preguntó cuándo había sido tan feliz por última vez. No fue recibiendo su enésima paliza en el cuadrado de entrenamiento, eso desde luego. Ni escondiéndose de los bofetones de su padre o encogiéndose bajo la mirada de su madre, también estaba claro. Ni siquiera junto al fuego de la madre Gundring. Levantó la cabeza para mirar las caras de sus desiguales compañeros de remo. ¿A quién de ellos perjudicaría que no volviera nunca? Seguro que un juramento sin cumplir no era lo mismo que un juramento roto.

—Quizá deberíamos quedarnos aquí —musitó.

Sumael curvó una comisura en gesto burlón.

—¿Y quién guiaría al pueblo de Gettlandia hacia su brillante futuro, entonces?

—Me da la sensación de que se apañarían. Podría ser rey de este estanque, y tú mi clériga.

—¿La madre Sumael?

—Siempre encuentras el buen camino. Podrías buscarme el mal menor y el bien mayor.

Sumael dio un bufido.

—Esos dos no salen en mi mapa. Tengo que mear. —Y Yarvi la miró internarse con paso seguro en la hierba alta.

—Tengo la sensación de que te gusta —murmuró Ankran.

Yarvi volvió la cabeza de golpe hacia él.

—Bueno... nos gusta a todos.

—Pues claro —dijo Jaud con una amplia sonrisa—. Sin ella, estaríamos perdidos. Literalmente.

—Pero a ti —dijo Rulf con voz grave, los ojos cerrados y las manos entrelazadas en la nuca— te gusta.

Yarvi ensayó varias respuestas en su mente, pero descubrió que no podía negarlo.

—Tengo la mano inútil —dijo entre dientes—. Pero lo demás funciona bien.

Ankran emitió algo que pretendía ser una risita.

—Y me parece que tú le gustas a ella.

—¿Yo? ¡Si se mete más conmigo que con nadie!

—Exacto. —Rulf también sonreía mientras movía los hombros para acomodarse en el suelo—. Ah, qué recuerdos de cuando era joven...

—¿Yarvi? —Nada estaba de pie, muy erguido y en tensión, subido a la roca que había al lado del árbol torcido, sin mostrar el menor interés por quién gustaba a quién y con la mirada fija en la dirección de la que acababan de llegar—. Mis ojos son viejos y los tuyos jóvenes. ¿Eso de ahí es humo?

Yarvi casi se alegró de la distracción mientras subía a la roca junto a Nada y escrutaba el horizonte hacia el sur. Pero la alegría duró poco. Rara vez lo hacía.

—No estoy seguro —dijo—. Puede...

Casi seguro. Entreveía algo que no era del color pálido del cielo.

Sumael se había unido a ellos. Estaba haciéndose visera con los ojos y no dando la menor señal de que le gustara nadie. Apretó la mandíbula.

—Sale de la granja de Shidwala.

—A lo mejor han hecho una hoguera —dijo Rulf, pero su sonrisa se había desvanecido.

—O la ha hecho Shadikshirram —opinó Nada.

«Un buen clérigo espera siempre lo mejor, pero se prepara siempre para lo peor.»

—Tenemos que ganar altura —propuso Yarvi— y ver si nos sigue alguien.

Nada hizo una U con los labios para apartar con delicadeza una mota de polvo del filo brillante de su espada.

—Sabes que es así.

Y así era.

Subido a la pendiente rocosa del otro lado del estanque y mirando por el extraño orificio redondo del catalejo de Sumael, Yarvi vio unas manchas en la nieve. Manchas negras que se movían y que vaciaron de toda esperanza su cuerpo como si fuera un odre de vino agujereado. En lo referente a la esperanza, Yarvi llevaba mucho tiempo haciendo aguas.

—Cuento dos docenas —dijo Sumael—. Banyas, diría, y algunos marineros del *Viento del Sur*. Tienen perros y trineos, y es más que probable que vayan bien armados.

—Y que se propongan acabar con nosotros —murmuró Yarvi.

—O eso o tienen muchas, muchas ganas de desearnos buen viaje —afirmó Rulf.

Yarvi bajó el catalejo. Costaba imaginar que una hora antes estuvieran riendo. Los semblantes de sus amigos habían retomado las expresiones retraídas y preocupadas que tan familiares y tan cansadas se le hacían.

Excepto Nada, por supuesto, que parecía exactamente igual de loco que siempre.

—¿A qué distancia están?

—A poco menos de cinco leguas, supongo —respondió Sumael.

Yarvi se había acostumbrado a considerar hechos sus suposiciones.

—¿Cuánto tiempo les costará recorrerlas?

Sumael movió los labios en silencio mientras calculaba.

—Apretando y con trineos, podrían estar aquí mañana al amanecer.

—Pues mejor que no estemos nosotros —opinó Ankran.

—Exacto. —Yarvi apartó la mirada de su pequeño y tranquilo reino y la dirigió hacia la colina de rocas sueltas y partidas que tenían encima—. En la tierra caliente los trineos no les servirán de nada.

Nada alzó la cara seria al cielo blanco y se rascó el cuello con los mugrosos artejos.

—Tarde o temprano, el acero debe ser la respuesta. Siempre lo es.

—Pues que sea tarde —dijo Yarvi recogiendo su fardo—. Ahora, corramos.

CORRIENDO

Corrieron.

O lo intentaron. O trastabillaron, y cayeron, y siguieron avanzando a duras penas por un terreno infernal de piedra chamuscada sobre la que no crecía una planta ni volaba un pájaro, sobre el Padre Tierra torturado y convertido en un páramo abrasador tan desprovisto de vida como había estado el frío.

—Los vientos del destino me han llevado a varios sitios encantadores últimamente —refunfuñó Ankran mientras coronaban una pendiente y aparecía ante ellos otro paisaje de roca humeante.

—¿Aún nos siguen? —preguntó Jaud.

—Es difícil distinguir a los hombres en esta tierra rota. —Sumael movió su catalejo para cubrir la desolación que habían dejado atrás, aneblada por un vapor maloliente—. Sobre todo si no quieren que se los distinga.

—Puede que hayan dado media vuelta. —Yarvi se encomendó a Aquel Que Vuelca Los Dados para que le concediera un ápice de suerte—. A lo mejor Shadikshirram no ha podido convencer a los banyas de que nos sigan.

Sumael se esparció un sudor mugriento por la cara.

—¿Quién no querría venir aquí?

—No conocéis a Shadikshirram —advirtió Nada—. Puede ser de lo más convincente. Es una gran líder.

—Le vi pocas muestras de serlo —dijo Rulf.

—Tú no estuviste en Fulku, cuando llevó a la victoria a la flota de la emperatriz.

—¿Quieres decir que tú sí?

—Luchaba en el otro bando —respondió Nada—. Era el campeón del rey de los alyukos.

Jaud arrugó la frente, incrédulo.

—¿Fuiste campeón de un rey?

Mirándolo costaba creerlo, pero Yarvi había visto a grandes guerreros en el cuadrado de entrenamiento y ninguno sería rival de la espada de Nada.

—Nuestro buque insignia era pasto de las llamas. —Los nudillos del anciano se volvieron blancos sobre el puño de su espada mientras recordaba—. Doce galeras se habían amarrado a ella, y la cubierta resbalaba por la sangre de los caídos y rebosaba de soldados de la emperatriz cuando Shadikshirram y yo luchamos por primera vez. Yo estaba agotado de la batalla, lento por las heridas y poco acostumbrado a los vaivenes del barco. Ella se fingió una mujer indefensa, yo la creí por orgullo y ella me hizo sangrar. Así fue como pasé a ser su esclavo. La segunda vez que luchamos, estaba debilitado por el hambre y ella tenía acero en la mano y hombres curtidos a su espalda. Yo me alzaba solo con un cuchillo para viandas. Me hizo sangrar por segunda vez, pero me dejó vivir por orgullo. —Su boca se torció en aquella sonrisa enloquecida y dejó saltar gotitas de saliva mientras casi ladraba sus siguientes palabras—. Ahora nos enfrentaremos por tercera vez, y ya no tengo orgullo que me lastre; seré yo quien elija el terreno, y ella sangrará para mí. ¡Sí, Shadikshirram! —Elevó su espada al cielo y su voz despertó ecos en las rocas desnudas, diseminándose por todo el valle—. ¡Ha llegado el día! ¡Ha llegado el momento! ¡Ahora saldaremos cuentas!

—¿Podéis saldarlas cuando yo ya esté a salvo en Thorlby? —pidió Yarvi.

Sumael se apretó el cinturón un agujero más, con el rostro adusto.

—Tenemos que movernos.

—¿Y qué hemos estado haciendo?

—El holgazán.

—¿Qué propones? —le preguntó Rulf.

—¿Matarte y dejar aquí el cadáver como propuesta de paz funcionaría?

—No creo que haya venido tan lejos buscando paz, ¿no crees?

Sumael contrajo los músculos de la mandíbula.

—Por desgracia, no. Propongo llegar a Vansterlandia por delante de ellos. —Y arrancó a bajar la cuesta, creando regueros de guijarros con cada paso.

El suplicio del vapor era casi peor que el suplicio del hielo que ya habían sufrido. Aunque seguía nevando, cada vez hacía más calor, y capa por capa fueron despojándose de la ropa que con tanto ahínco habían acumulado hasta corretear medio desnudos, empapados de sudor y manchados de polvo como si fuesen mineros al final de la jornada. La sed ocupó el lugar del hambre, y Ankran racionó el agua turbia y repugnante de sus dos botellas con más tacañería que cuando era sobrecargo del *Viento del Sur*.

El miedo no era algo nuevo. Yarvi no recordaba la última vez que había dejado de tenerlo. Pero el anterior había sido el miedo lento del frío, el hambre y el agotamiento. Mientras corría, sintió la implacable espuela del nuevo miedo, el miedo al acero afilado, a los dientes puntiagudos de los perros de los banyas, a la venganza más puntiaguda si cabía de su propietaria.

Continuaron avanzando a trompicones hasta que oscureció tanto que Yarvi no podía ni verse la mano deforme delante de la cara, el Padre Luna y todas sus estrellas perdidos en la penumbra mientras todos se sentaban callados en un hueco entre las rocas. Yarvi se precipitó a una cruel burla del sueño y lo despertaron a sacudidas transcurrido lo que a él le pareció un instante, dolorido y magullado con la primera luz del alba, para seguir su trabajoso camino sin haberse arrancado las esquirlas de sus pesadillas.

No pensaban en nada más que en mantenerse por delante. El mundo se redujo a la franja de roca pelada que había entre sus talones y sus perseguidores, una franja cada vez más reducida. Rulf pasó un tiempo arrastrando tras ellos un par de vellones atados con cuerdas; era un viejo truco de cazador furtivo para despistar a los perros. No logró engañarlos. Al cabo de poco estaban todos lastimados, raspados, ensangrentados por cien resbalones y caídas, pero con una sola mano buena a Yarvi le costaba más que al resto. Sin embargo, siempre que iba al suelo allí estaba Ankran con una mano extendida para ayudarlo a levantarse, para ayudarlo a seguir.

—Gracias —dijo Yarvi cuando ya había perdido la cuenta de sus caídas.

—Tendrás ocasión de devolverme el favor —aseveró Ankran—. En Thorlby, si no es antes.

Durante un momento caminaron en un silencio incómodo, que terminó rompiendo Yarvi.

—Lo siento.

—¿Por caerte?

—Por lo que hice en el *Viento del Sur*. Por contar a Shadikshirram... —Hizo una mueca al recordar el trompazo de la botella de vino contra la cabeza de Ankran, el talón de la bota de la capitana destrozando su cara.

Ankran imitó el gesto con la lengua metida en el hueco de sus dientes.

—Lo que más odiaba de ese barco no era lo que me hicieron, sino lo que me obligaron a hacer. No. Lo que elegí hacer. —Paró un momento, detuvo a Yarvi con una mano y lo miró a los ojos—. Antes creía que era un buen hombre.

Yarvi le puso una mano en el hombro.

—Yo antes creía que eras un desgraciado. Ahora empiezo a dudarlo un poco.

—¡Podéis soltar lagrimitas por la nobleza oculta del otro cuando estemos a salvo! —los reprendió Sumael, que ya era un contorno negro sobre el peñasco que estaban subiendo y señalaba hacia el gris neblinoso—. De momento, hay que virar al sur. Si llegamos al río antes que ellos, necesitaremos una forma de cruzarlo. No vamos a hacer ninguna balsa con piedras y humo.

—¿Llegaremos al río antes de morir de sed? —preguntó Rulf, y lamió las últimas gotas de una botella para enseguida mirar esperanzado su interior por si se había quedado alguna allí.

—Sed, dice... —Nada se echó a reír—. Lo que te ha de preocupar es una lanza de banya clavada en la espalda.

Se deslizaron por inacabables cuestas de rocas sueltas, saltaron entre peñas grandes como casas, descendieron por laderas de roca negra que parecían cataratas congeladas. Cruzaron valles de terreno que dolía pisar de tan caliente que estaba, con grietas que escupían un vapor asfixiante como si fueran bocas de demonios, bordearon estanques de agua burbujeante que relucía, colorida y aceitosa. Treparon por pendientes tremendas, soltando piedras que caían traqueteando

durante mucho tiempo, agarrados con las yemas cortadas de los dedos, Yarvi buscando las grietas con zarpazos de su mano inútil hasta que, por fin, pudo mirar atrás desde las alturas...

Y vio los mismos puntos negros por el catalejo de Sumael, todavía en su persecución y siempre un poco más cerca que la última vez.

—¿Es que no se cansan? —exclamó Jaud mientras se limpiaba el sudor de la cara—. ¿No van a parar nunca?

Nada sonrió.

—Pararán cuando estén muertos.

—O cuando lo estemos nosotros —dijo Yarvi.

RÍO ABAJO

Oyeron la corriente antes de verla, un susurro entre los árboles que devolvió un poco del fuelle perdido a las piernas maltrechas de Yarvi y un poco de esperanza a su corazón dolorido. El susurro se volvió gruñido y luego un rugido cada vez más fuerte hasta que por fin salieron del bosque, todos sucios de sudor, polvo y ceniza. Rulf se tiró de cabeza a la orilla y empezó a lamer agua como los perros. Los demás no llegaron muy por detrás de él.

Cuando hubieron saciado la sed acuciante de un día de penurias, Yarvi se incorporó y miró los árboles que había en el margen de enfrente, tan parecidos a los de donde él estaba y a la vez tan distintos.

—Vansterlandia —farfulló—. ¡Gracias a los dioses!

—Dales las gracias cuando hayamos cruzado —dijo Rulf, con la boca limpia y un círculo de barba clara en su cara llena de ceniza—. A este marinero esa agua le da mala espina.

A Yarvi también. El alivio que había sentido ya estaba transformándose en pavor cuando se detuvo a considerar la anchura del río Rangheld, su escarpada ribera opuesta a unos dos disparos con arco de distancia, crecido con la nieve derretida de la tierra ardiente que habían dejado atrás. En la superficie negra dos dibujos de espuma blanca señalaban las corrientes rápidas, los violentos remolinos, insinuaban las rocas ocultas, mortíferas como puñaladas de traidor.

—¿Podemos hacer una balsa que cruce esto? —murmuró.

—Mi padre era el mejor armador de la Primera Ciudad —dijo Sumael, estudiando los árboles con ojos entrecerrados—. Sabía elegir en un bosque la quilla óptima con solo mirar.

—No creo que tengamos tiempo para tallar un mascarón —dijo Yarvi.

—Podríamos ponerte a ti delante —propuso Ankran.

—Seis troncos pequeños para la balsa y uno más grande partido en dos para traveseros. —Sumael corrió hasta un abeto cercano y pasó la mano por su corteza—. Este servirá. Jaud, tú sujetas y yo talo.

—Yo montaré guardia por si aparecen nuestra vieja ama y sus amigos. —Rulf dejó caer el arco de su hombro en la mano y se volvió por donde habían llegado—. ¿A cuánto creemos que están?

—A dos horas si tenemos suerte, y normalmente no la tenemos. —Sumael sacó su hacha de mano—. Yarvi, trae cuerda y luego busca maderos que nos sirvan como remos. Nada, cuando hayamos derribado los troncos, pélalos de ramas.

Nada se abrazó a su espada.

—Esto no es una sierra. Necesitaré que esté afilada cuando llegue Shadikshirram.

—Confiamos en estar lejos de aquí cuando llegue —dijo Yarvi, con demasiada agua bamboleándose en su dolorido estómago mientras hurgaba en los fardos.

Ankran extendió la mano.

—Si no vas a usarla, dame la espada y...

No parecía posible que el extremo de la inmaculada hoja llegara tan deprisa a rozar el cuello sin afeitar de Ankran.

—Intenta cogerla y te la daré con la punta por delante, sobrecargo —masculló Nada.

—Vamos mal de tiempo —dijo Sumael con voz forzada mientras hacía volar astillas de la base de su árbol con tajos cortos y rápidos—. O usas la espada o te las metes en el culo y las partes, pero poda las ramas, joder. Y deja algunas para que tengamos algo a lo que agarrarnos.

Yarvi no tardó en tener la mano derecha sucia y llena de cortes de arrastrar maderos, y la muñeca izquierda, que usaba de soporte, erizada de astillas. La espada de Nada tenía una capa de savia, la barba rala de Jaud estaba llena de serrín y la palma derecha de Sumael ensangrentada de dar hachazos, pero aun así seguía talando, talando, talando.

Sudaron y echaron el bofe, soltándose pullas entre ellos a dentelladas, ignorando cuándo serían los perros de los banyas los que se las dieran a ellos pero sabiendo que no podían tardar mucho.

Jaud transportó los troncos con gruñidos de esfuerzo y las venas marcadas en su grueso cuello, y Sumael entretejió la cuerda con la pericia de un sastre haciendo el dobladillo mientras Nada la tensaba. Yarvi se quedó de pie mirando, asustándose con cada ruido y, no por primera vez en su vida, deseando tener dos manos buenas.

Considerando las herramientas que tenían y el tiempo que no, la balsa fue una empresa noble. Considerando el torrente crecido por el que debían navegar, era una empresa aterradora: cuatro maderos mal cortados y llenos de astillas atados con una cuerda de lana que parecía un pelo, con su pala de omóplato de alce a modo de primer remo, el escudo de Jaud como segundo y una rama con cierta forma de cuchara que había encontrado Yarvi como tercero.

Con los brazos plegados en torno a su espada, Nada dio voz a los pensamientos de Yarvi.

—No me hace mucha gracia la idea de poner en conjunción esta balsa y ese río.

Los tendones se marcaron en el cuello de Sumael mientras tiraba de los nudos una vez más.

—Lo único que ha de hacer es flotar.

—Y no dudo que lo haga, pero ¿nos mantendremos encima de ella?

—Depende de lo bien que os agarréis.

—¿Y qué dirás cuando se parta y flote hasta el mar en pedazos?

—Supongo que para entonces ya habré callado para siempre, pero me ahogaré con la satisfacción de saber que antes te mató a ti Shadikshirram, en esta orilla perdida. —Sumael enarcó una ceja, mirándolo—. ¿O vienes con nosotros?

Nada los miró con gravedad a ellos y después a los árboles al tiempo que sopesaba la espada en una mano. Entonces soltó un reniego y se metió entre Jaud y Yarvi para empujar la balsa, que empezó a raspar los guijarros hacia el agua, despacio, mientras sus botas resbalaban. Yarvi perdió pie y cayó al fango, asustado al ver a alguien saliendo a la carrera de entre los arbustos.

Era Ankran, con los ojos como platos.

—¡Que vienen!

—¿Dónde está Rulf? —preguntó Yarvi.

—¡Viene detrás de mí! ¿Esto es todo?

—Qué va, esto es de broma —le espetó Sumael—. Tengo una galera de noventa remos escondida detrás de ese árbol.

—Solo preguntaba.

—¡Para de preguntar y ayúdanos a botar esta cabrona!

Ankran se arrojó contra la balsa y, con todos empujando, lograron meterla en el río. Sumael subió arrastrándose, y al bajar dio una patada en la mandíbula a Yarvi y le hizo morderse la lengua. Con el agua hasta la cintura, le pareció oír algo por detrás, en el bosque. Nada, que ya estaba a bordo, agarró la muñeca de la mano inútil de Yarvi para ayudarlo y lo dejó tumbado en los maderos con una rama partida clavándosele en el pecho. Ankran cogió sus fardos de la ribera y empezó a arrojarlos sobre la balsa.

—¡Dioses!

Rulf apareció con un estallido de ramas y los mofletes hinchados como un fuelle. Yarvi distinguió sombras entre los árboles detrás de él, oyó gritos salvajes en un idioma que no conocía. Y luego, ladridos de perros.

—¡Corre, viejo idiota! —chilló.

Rulf se lanzó a la carga por los guijarros de la orilla, chapoteó en el agua y se dejó izar entre Yarvi y Ankran cuando Jaud y Nada ya comenzaban a remar como locos.

El único efecto fue que empezaron a girar despacio.

—¡Hacia delante! —gritó Sumael. La balsa fue cogiendo velocidad.

—¡Ya lo intento! —gruñó Jaud, apartando agua con su escudo y salpicándolos a todos.

—¡Inténtalo mejor! ¿Conoces a algún remero decente?

—¿Tienes algún remo decente?

—¡Callaos y remad! —bramó Yarvi mientras el agua rebasaba la balsa y le empapaba las rodillas.

El bosque escupió perros, unos perros enormes que parecían del tamaño de carneros pero hechos solo de dientes y baba, que subieron y bajaron la pendiente a saltos sin dejar de ladrar.

Luego llegaron los hombres. Yarvi no habría sabido decir cuántos eran por el breve vistazo que lanzó hacia atrás. Siluetas borrosas entre los árboles, arrodilladas en la ribera, la curva de un arco.

—¡Cuerpo a tierra! —rugió Jaud, arrastrándose hasta popa y acurrucándose tras su escudo.

Yarvi oyó el destensar de las cuerdas, vio el ascenso de las espinas negras. Se quedó agachado, fascinado, con los ojos fijos en ellas. Tardaron una eternidad en empezar a caer, acompañadas de sus respectivos siseos. Una se hundió en el agua a pocos pasos de distancia. Entonces hubo dos suaves chasquidos de flechas clavándose en el escudo de Jaud. Una cuarta se quedó alojada en la balsa, temblando junto a la rodilla de Yarvi. Un palmo más a un lado y le habría atravesado el muslo. Se la quedó mirando con la boca abierta.

Qué poca distancia entre un lado de la Última Puerta y el otro.

Notó la mano de Nada en su nuca, empujándolo hacia el borde de la balsa.

—¡Rema!

Salían más hombres del bosque. Podían alcanzar la veintena. Podían sobrepasarla.

—¡Gracias por las flechas! —vociferó Rulf hacia la orilla.

Un arquero todavía disparó otra, pero estaban entrando en aguas más rápidas y el tiro quedó corto. Había una silueta con los brazos en jarras, mirándolos. Una figura alta, que llevaba una espada curva, y Yarvi entrevió un reflejo de cristal brillante en un cinturón suelto.

—Shadikshirram —murmuró Nada.

Nada tenía razón. La capitana había estado tras su pista todo el tiempo. Y aunque Yarvi no oyó ningún sonido procedente de ella y ni siquiera pudo verle la cara desde tan lejos, supo que no se detendría.

Jamás.

SOLO UN DEMONIO

Quizá hubieran evitado una batalla contra Shadikshirram, pero el río no tardó en presentarles más batalla que la que incluso Nada podía haber deseado.

Los roció a todos de agua fría, los empapó de arriba abajo junto con todo lo que llevaban e hizo dar giros y sacudidas a la balsa como si fuese un caballo salvaje. Las piedras los maltrataron, las ramas de los árboles que caían sobre el río tiraron de ellos, engancharon la capucha de Ankran y se lo habrían llevado de la balsa si Yarvi no hubiera estado agarrado a su hombro.

Las riberas se volvieron más escarpadas, más altas, más juntas, hasta que la corriente los lanzó por una garganta rocosa entre riscos quebrados, mientras el agua subía por los huecos que había entre los troncos y la balsa daba vueltas como una hoja caída, a pesar de los esfuerzos de Jaud por usar de timón su escudo erizado de flechas. El río mojó las cuerdas, tiró de los nudos y empezó a aflojarlos, por lo que la balsa se dobló con la corriente y amenazó con deshacerse del todo.

Yarvi no oía las órdenes que estaba chillando Sumael por el rugido del agua, de modo que dejó de fingir que tenía la menor influencia en el resultado de todo aquello, cerró los ojos y se agarró como un poseso, la mano buena y la mala igual de doloridas por el esfuerzo de mantenerse cerradas, maldiciendo a los dioses por meterlo en aquella balsa y, al momento, suplicándoles que le permitieran salir vivo de ella. Hubo un giro brusco, una caída, la balsa se inclinó bajo las rodillas de Yarvi y él apretó los párpados, esperando el final.

Pero de pronto el río estaba tranquilo.

Abrió un ojo con reparo. Estaban todos acurrucados en el centro de la balsa, que se mecía y zozobraba, agarrados a las ramas, cogidos unos a otros, sucios y temblorosos, con el agua lamiéndoles las rodillas mientras giraban con suavidad.

Sumael miró fijamente a Yarvi, con el pelo pegado a la cara e intentando recobrar el aliento.

—Mierda.

Yarvi solo pudo responder asintiendo. Aflojar de la rama los dedos de su

mano buena era un suplicio.

—Estamos vivos —dijo Rulf con voz ronca—. ¿Estamos vivos?

—Si hubiera sabido cómo iba a ser este río —dijo Ankran entre jadeos—, me habría arriesgado con los perros.

Yarvi se atrevió a mirar más allá del círculo de caras ojerosas y vio que el cauce era más ancho y la corriente más lenta. Por delante se ensanchaba aún más: agua lisa sin apenas ondas y los árboles de unas pendientes boscosas reflejadas en el espejo de su superficie.

Y por delante y a la derecha, llana y acogedora, una amplia playa con madera de deriva pudriéndose aquí y allá.

—A remar —dijo Sumael.

Uno por uno se dejaron caer de la maltrecha balsa, entre todos la subieron tanto como pudieron por la playa, descargaron sus fardos empapados, dieron unos pasos tambaleantes y, sin mediar palabra, se tiraron sobre los guijarros con el resto de los despojos, sin fuerza siquiera para celebrar su huida más allá de quedarse quietos y respirando, si es que contaba.

—La Muerte nos espera a todos —dijo Nada—, pero se lleva primero a los perezosos. —Impulsado por alguna especie de magia, estaba de pie, mirando río arriba con el ceño fruncido, buscando indicios de que los persiguieran—. Nos seguirán.

Rulf consiguió incorporarse apoyando los codos.

—¿Por qué diantres iban a hacerlo?

—Porque esto es solo un río. Que haya hombres que llamen Vansterlandia a esta orilla no significará nada para los banyas. Te aseguro que no significará nada para Shadikshirram. Ahora están tan entregados a su cacería como nosotros a nuestra huida. Se construirán balsas y nos seguirán, y tendrán demasiada corriente para llegar a tierra, igual que la hemos tenido nosotros. Hasta que estén aquí. —Nada sonrió. Yarvi se empezó a poner nervioso cuando vio la sonrisa—. Y desembarcarán, cansados, mojados y estúpidos, igual que hemos hecho nosotros, y entonces caeremos sobre ellos.

—¿Caeremos sobre ellos? —exclamó Yarvi.

—¿Nosotros seis? —preguntó Ankran.

—¿Contra los veinte que son ellos? —rezongó Jaud.

—¿Con un chico manco, una mujer y un sobrecargo entre nosotros? —dijo Rulf.

—¡Exacto! —Nada ensanchó la sonrisa—. ¡Pensáis igual que yo!

Rulf también se apoyó en los codos.

—No hay nadie, en ninguna parte, que haya pensado jamás como tú.

—Tienes miedo.

Las costillas del viejo saqueador subieron y bajaron por la risa.

—¿Contigo de mi lado? Ya lo creo que tengo miedo.

—Decías que los trovenlandeses tenían fuego.

—Y tú que los gettlandeses tenían disciplina.

—¡Por lo que más queráis, cualquier cosa menos eso! —exclamó Yarvi hecho una furia mientras se levantaba. Lo que se había apoderado de él no era una rabia irreflexiva y ardiente como las de su padre y su hermano, sino una como las de su madre, calculadora, paciente y fría como el invierno, y que de momento no dejaba espacio al temor—. Si tenemos que luchar, necesitamos mejor terreno que este.

—¿Y dónde podríamos encontrar tan glorioso campo de batalla, oh, mi rey? —preguntó Sumael con media sonrisa en los labios.

Yarvi parpadeó mirando los árboles. Exacto, ¿dónde?

—¿Ahí?

Ankran señaló hacia arriba, hacia un peñasco que se alzaba sobre el río. Costaba estar seguro con el brillo del cielo por detrás, pero, mirándolo con los ojos entrecerrados, a Yarvi le pareció que en la cima podía haber unas ruinas.

—¿Qué fue este lugar? —preguntó Jaud mientras cruzaba la arcada, y el sonido de su voz espantó a los pájaros posados en los muros semiderruidos.

—Es una ruina élfica —dijo Yarvi.

—Dioses —murmuró Rulf, e hizo un torpe signo contra el mal.

—No te preocupes. —Sumael dio una patada descuidada a un montón de hojas podridas—. Me extrañaría mucho que quedara algún elfo.

—No los ha habido en miles y miles de años. —Yarvi pasó la mano por un muro. En lugar de estar construido con piedra y mortero, era liso y sólido, sin junturas ni bordes, como si estuviera moldeado más que levantado. De su desmoronada parte de arriba asomaban varas de metal oxidado, revueltas como el pelo de un chiflado—. No los ha habido desde la Ruptura de la Diosa.

Aquello había sido un gran salón, con orgullosas columnas que se repetían a ambos lados y arcos que llevaban a otras salas a izquierda y derecha. Pero las columnas habían caído mucho tiempo atrás y las paredes estaban cubiertas por una densa capa de enredaderas muertas. Una parte del muro del fondo había desaparecido del todo, reclamada por el río hambriento de debajo. El techo llevaba siglos derrumbado, y por encima solo tenían el cielo blanco y una torre hecha añicos y envuelta en hiedra.

—Me gusta —dijo Nada, cruzando a zancadas el suelo lleno de cascotes, hojas muertas, podredumbre y heces de ave.

—Pero si proponías que nos quedáramos en la playa —le echó en cara Rulf.

—Así es, pero este lugar es más defendible.

—Me gustaría más si tuviera un buen portón.

—Los portones solo retrasan lo inevitable. —Nada hizo un anillo con sus mugrosos dedos índice y pulgar y miró por él con un ojo brillante hacia la arcada desierta—. Esa invitación será lo que los pierda. Les hará de embudo y no podrán aprovechar la superioridad numérica. ¡Aquí es posible que ganemos!

—Entonces, ¿tu anterior plan llevaba a una muerte segura? —preguntó Yarvi.

Nada sonrió de oreja a oreja.

—Morir es la única certeza de la vida.

—Tú sí que sabes dar moral a la tropa —masculló Sumael.

—¡Nos cuadruplican en número y la mayoría de nosotros no somos guerreros! —En los ojos hinchados de Ankran se advertía la desesperación—. ¡No puedo morir aquí! Mi familia me...

—¡Ten un poco de fe, sobrecargo! —Nada rodeó el cuello de Ankran con un brazo y el de Yarvi con el otro, y se los acercó demostrando una fuerza sorprendente—. Si no en ti mismo, por lo menos en los demás. ¡Ahora somos tu familia!

La frase, en boca de Nada, infundía menos confianza incluso que cuando Shadikshirram les decía lo mismo a bordo del *Viento del Sur*. Ankran miró a Yarvi, quien no pudo hacer más que sostenerle la mirada.

—Y de todas formas, ya no hay escapatoria, y eso es bueno. La gente pelea mejor cuando no tiene salida. —Nada les dio un apretón de despedida antes de dirigirse dando saltitos a la base de una columna partida y señalar la entrada con su filo desnudo—. Yo me apostaré aquí y haré frente al grueso de su ataque. Por lo menos, sus perros no pueden haber venido por el río. Rulf, tú sube a esa torre con el arco.

Rulf levantó la mirada hacia la torre en ruinas, luego la bajó hacia los demás y, por último, hinchó sus mofletes de barba entrecana para lanzar un poderoso suspiro.

—Imagino que es triste ansiar una muerte de poeta, pero en este negocio nuestro de la pelea todo el mundo cae tarde o temprano.

Nada rió, un sonido extraño y abrupto.

—¡Yo imagino que los dos hemos vivido más de lo que merecíamos! Hemos desafiado juntos la nieve y el hambre, el calor y la sed, y juntos resistiremos. ¡Aquí! ¡Ahora!

Costaba creer que aquel hombre del acero en la mano, alto, erguido, con el pelo echado hacia atrás y los ojos ardientes, pudiera ser el mismo mendigo lamentable al que Yarvi había dado un pisotón al embarcar en el *Viento del Sur*. En aquel momento sí tenía aspecto de campeón de un rey, con un aire de mando que nadie cuestionaba, un aire de confianza enloquecida que infundía algo de valor hasta a Yarvi.

—Jaud, coge tu escudo —dijo Nada—. Sumael, tú el hacha, y guarda el flanco izquierdo. Es nuestro lado más débil. No dejéis que nadie me rodee: mantenedlos donde mi espada y yo podamos mirarlos a los ojos. Ankran, tú y Yarvi guardaréis el flanco derecho. Esa pala servirá de garrote; cualquier cosa puede matar si se blande con la fuerza suficiente. Dale el cuchillo a Yarvi, ya que solo tiene una mano para sostenerlo. ¡Quizá solo sea una mano, pero lleva sangre de reyes en las venas!

—Mantenerla en ellas es lo que me preocupa —masculló Yarvi.

—Tú y yo, pues. —Ankran le tendió el cuchillo, un instrumento improvisado con muy poca guarnición, un mango de madera envuelto en cordel de cuero y una hoja verdosa al principio del recazo, pero bastante afilada.

—Tú y yo —dijo Yarvi, aceptándolo y sosteniéndolo con fuerza.

Al ver por primera vez al sobrecargo en los apestosos puestos de esclavos de Vulsgard, nunca habría imaginado que un día sería su compañero de hombro, pero sintió orgullo de serlo pese al miedo.

—Si le damos un buen final sangriento, tengo la impresión de que esta travesía será materia de una estupenda canción. —Nada extendió su brazo libre, con los dedos abiertos, hacia la arcada por la que sin duda pronto llegarían Shadikshirram y sus banyas para matarlos a todos—. ¡Un grupo de bravos compañeros que escoltan al legítimo rey de Gettlandia hasta su silla robada! ¡Una batalla gloriosa entre las ruinas élficas de antaño! Pero no se puede esperar que todos los héroes sobrevivan en las grandes canciones, como ya sabéis.

—Es un demonio —murmuró Sumael, contrayendo y relajando los músculos de la mandíbula mientras sopesaba su hacha de mano.

—Cuando estás en el infierno —respondió Yarvi en voz baja—, solo un demonio puede señalarte por dónde se sale.

LA BATALLA FINAL

La voz de Rulf quebró el silencio.

—¡Ya vienen!

Yarvi tuvo la impresión de que iba a evacuar hasta los mismísimos intestinos.

—¿Cuántos? —preguntó Nada con una voz ansiosa.

Una pausa.

—¡Podrían ser veinte!

—Dioses —susurró Ankran, mordiéndose el labio.

Hasta entonces habían tenido la esperanza de que algunos hubieran dado media vuelta o se hubieran ahogado en el río, pero, como ocurría con muchas de las esperanzas de Yarvi, esa también se había marchitado antes de dar fruto.

—¡Cuantos más sean, mayor nuestra gloria! —gritó Nada. Cuantos más apuros pasaban, mayor su alegría. En aquellos momentos la supervivencia sin gloria parecía una alternativa apetecible, pero la decisión estaba tomada, si es que habían podido decidir.

Se acabó correr; se acabaron los trucos.

Yarvi podría haber vocalizado una docena de oraciones en los últimos instantes, plegarias a todos los dioses altos o menores que quizá supusieran un atisbo de ventaja. Pero cerró los ojos y elevó una más. Puede que fuese un favorecido por el Padre Paz, pero aquella oración iba dirigida solo a la Madre Guerra. Le pidió que protegiera a sus amigos, sus compañeros de remo, su familia, porque a su manera todos habían demostrado que merecían salvarse.

Le pidió eso y que concediera a sus enemigos un día rojo. Porque todo el mundo sabía que a la Madre Guerra le gustaba que sus oraciones llevaran sangre.

—Luchar o morir —murmuró Ankran, y le tendió una mano que Yarvi

estrechó con la propia, por inútil que fuese.

Se miraron a los ojos, Yarvi y el hombre al que había odiado, contra el que había conspirado, al que había visto apaleado, con el que luego había sufrido la travesía de tierras baldías y al que había llegado a entender.

—Si no obtengo la gloria sino... lo otro —dijo Ankran—, ¿buscarás la forma de ayudar a mi familia?

Yarvi asintió con la cabeza.

—Lo juro. —¿Qué más daba si incumplía un segundo juramento, al fin y al cabo? Solo podía condenarse una vez—. Y si yo obtengo lo otro... —Pedir a Ankran que matara a su tío parecía demasiado. Se encogió de hombros—. ¿Me llorarás mucho?

Ankran sonrió. Fue una sonrisa temblorosa y le faltaban las paletas, pero logró componerla de todos modos, y en esos momentos a Yarvi le pareció el mayor y más inesperado de los heroísmos.

—La Madre Mar crecerá con mis lágrimas.

Se extendió un largo silencio, racionado en dolorosos momentos por el fuerte latido del corazón de Yarvi.

—¿Y si morimos los dos? —susurró.

La voz cascada de Nada llegó antes que la respuesta.

—¡Ebdel Aric Shadikshirram! ¡Bienvenida a mis aposentos!

—Les pasa como a ti, que han visto tiempos mejores. —La voz de la capitana.

Yarvi se apretó contra una grieta de la pared e intentó vislumbrar la arcada.

—Todos hemos visto tiempos mejores —vociferó Nada—. Tú una vez fuiste almirante. Luego, capitana. Y ahora...

—Y ahora soy nada, igual que tú. —Yarvi la vio, a la sombra del arco, con los ojos brillantes mientras escrutaba el interior, tratando de distinguir qué había

dentro y quién—. Una jarra vacía. Un recipiente roto que ha dejado escapar todas las esperanzas.

Yarvi sabía que no podía verlo, pero aun así se encogió detrás de la piedra élfica derrumbada.

—Te compadezco —respondió Nada—. Duele perderlo todo. ¿Quién lo sabe mejor que yo?

—¿Y qué crees que vale la compasión de nada por nada?

Nada rió.

—Nada.

—¿Quiénes hay contigo ahí dentro? ¿La zorrita mentirosa que antes remataba mis mástiles? ¿El gusano listillo con un nabo por mano?

—Los tengo en mejor consideración que tú, pero no. Han seguido adelante. Estoy solo.

Shadikshirram soltó una carcajada al oírlo, y cuando se inclinó hacia dentro de la arcada Yarvi vio el reflejo del acero desenvainado.

—No estás solo, pero pronto lo estarás. —Yarvi miró hacia la torre y vio el arco de Rulf, con la cuerda tensada, pero Shadikshirram era demasiado astuta para ofrecerle un blanco—. ¡Soy demasiado piadosa! Siempre ha sido mi debilidad. Debí matarte hace años.

—Puedes intentarlo hoy. Dos veces nos hemos enfrentado en combate, pero en esta ocasión no...

—Díselo a mis perros. —Y Shadikshirram dio un agudo silbido.

Empezaron a entrar hombres por la arcada. O cosas que parecían hombres. Los banyas. Eran sombras salvajes y desharrapadas en las que se entreveían franjas de rostros blancos atravesados por fragmentos de ámbar y hueso, que enseñaban los dientes, sombras que empuñaban armas de piedra pulida, diente de morsa y quijada de ballena. Sombras que chillaban y farfullaban, que jaleaban y gemían, que harían ruidos de loco, de bestia, de demonio, como si aquel arco fuese la entrada a un infierno cuyo contenido estuviese vomitando al mundo.

El más adelantado cayó entre gorgoteos con una flecha de Rulf en el pecho, pero los demás se lanzaron al interior de la ruina mientras Yarvi se apartaba de la grieta como si le hubiesen dado un bofetón. Casi no pudo resistir el impulso de correr, pero entonces notó la mano de Ankran en el hombro y mantuvo la posición, temblando como una hoja al viento, cada aliento convertido en un gañido.

Pero mantuvo la posición.

Empezó el griterío. Golpes, tañidos de acero, aullidos de rabia y de dolor que casi eran más insoportables por no saber quién los daba ni por qué. Oyó los chillidos de los banyas, pero la más pavorosa era la voz de Nada. Un gemido borbollante, un suspiro siseado, un gruñido ronco. El estertor de un último aliento.

¿O quizá era una risa?

—¿Ayudamos? —susurró Yarvi, aunque dudaba mucho que pudiera mover sus pies enraizados.

—Ha dicho que esperemos. —La cara torcida de Ankran estaba blanca como la tiza—. ¿Esperamos?

Yarvi se volvió para mirarlo, y por encima de su hombro vio que alguien se dejaba caer de la muralla.

Era más niño que hombre, apenas mayor que Yarvi. Un marinero del *Viento del Sur*. Yarvi lo había visto riendo entre los aparejos, pero nunca supo su nombre. Ya era un poco demasiado tarde para presentaciones.

—Ahí —dijo con un graznido.

Ankran se volvió en el instante en que caía un segundo hombre. Otro marinero, más corpulento, barbudo y con una maza en la mano, su pesada cabeza erizada de puntas de acero. Yarvi notó sus ojos atraídos por el terrible peso del arma y se preguntó qué podría hacer a su cráneo, blandida con furia. El hombre sonrió como si le leyera el pensamiento, y entonces se abalanzó sobre Ankran y lo derribó. Los dos rodaron por el suelo en una maraña de voces animales.

Yarvi sabía que tenía una deuda que saldar, que debía lanzarse a ayudar a su amigo, su compañero de hombro, pero en lugar de ello se dio la vuelta para enfrentarse al chico, como si fuesen parejas formadas en un baile de la cosecha que, de algún modo, intuían quién era su acompañante adecuado.

Como bailarines ejecutaron giros en torno al otro, con los cuchillos alzados ante ellos, dando tajos al aire como si buscaran el trozo correcto que cortar. Rodaron y rodaron, sin hacer caso de los forcejeos y los golpes de Ankran y el barbudo, desatendiendo su lucha a muerte por la acuciante necesidad de sobrevivir a los siguientes momentos. Por detrás de la mugre y los dientes desnudos, aquel chico parecía asustado, casi tan asustado como lo estaba Yarvi. Rodaron y rodaron, alternando la mirada entre cuchillo brillante y...

El chico embistió con una puñalada por delante, y Yarvi trastabilló al retroceder, se enganchó el pie con una raíz y a duras penas logró mantener el equilibrio. El chico volvió a lanzarse hacia él, pero Yarvi se apartó, dio un amplio tajo al aire e hizo recular a su enemigo hasta la pared.

¿De verdad uno de los dos tendría que matar al otro? ¿Tendría que poner fin a todo lo que era, a todo lo que un día podría ser?

Eso parecía. Pero se hacía difícil ver dónde estaba la gloria en aquello.

El chico volvió a atacar, y Yarvi vio el brillo de su filo al cruzar un rayo de luz. Las briznas de instinto que debían de quedarle del cuadrado de entrenamiento le hicieron atraparlo con el suyo e inspiró bruscamente mientras las hojas raspaban una contra la otra. El chico se le echó encima con el hombro por delante y Yarvi dio contra la pared.

Escupieron y rugieron en la cara del otro, tan cerca que Yarvi podía distinguir los poros negros en la nariz del chico, las venas rojas en el blanco de sus ojos saltones; tan cerca que Yarvi podría haber sacado la lengua y darle un lametón.

Forcejearon, gruñendo, temblando, y Yarvi comprendió que era el más débil. Intentó meter el dedo en el ojo al chico, pero este le atrapó la muñeca deforme y se la retorció. Los filos de sus cuchillos volvieron a rasparse, y Yarvi notó el dolor de un corte en el dorso de la mano, sintió la punta afilada en el vientre, fría al tacto después de atravesar su ropa.

—No —susurró—. Por favor.

Entonces la presión cedió. El chico dio unos pasos tambaleantes hacia atrás, llevándose una mano sin fuerza a la garganta, y Yarvi vio la flecha que sobresalía de ella, con la punta goteante hacia él, y la línea de sangre que bajaba por el cuello y se metía en la ropa del chico. Se le estaba poniendo rosada la cara, y sus mofletes

temblaron mientras caía de rodillas.

Por una grieta de la maltrecha muralla élfica de detrás, Yarvi vio a Rulf agachado en la cima de la torre, cargando otra flecha en el arco. La cara del chico estaba amoratándose mientras él intentaba tragar y cloqueaba maldiciendo a Yarvi, o pidiéndole ayuda, o implorando la piedad de los dioses, aunque lo único que podía salir de su boca era sangre.

—Lo siento —dijo Yarvi en voz baja.

—Y más que lo sentirás.

Shadikshirram estaba a solo unos pasos de distancia, bajo los restos de un arco derrumbado.

—Creía que eras un muchacho listo —le dijo—. Pero al final has resultado una decepción.

Sus mejores galas lucían una corteza de fango reseco y el pelo le caía por la cara en una madeja mugrienta, sin pasador que lo sujetara, revelando solo un ojo brillante y febril en su cuenca hundida. Pero el filo largo y curvo de su espada brillaba mortífero.

—La última en una larga ristra. —Dio una patada al chico agonizante, lo tumbó de espaldas y pasó por encima de sus piernas espasmódicas. Caminaba despacio y contoneándose, sin inquietud ni prisa, como había paseado por la cubierta del *Viento del Sur*—. Pero supongo que me lo he buscado yo sola.

Yarvi retrocedió, encogido y jadeando, repasando los muros maltratados en busca de salidas que no existían.

Tendría que enfrentarse a ella.

—Tengo el corazón demasiado blando para este mundo nuestro. —Miró de reojo hacia la grieta por donde había entrado la flecha de Rulf y se agachó por debajo de ella sin perder el paso—. Siempre ha sido mi única debilidad.

Yarvi retrocedió torpemente entre los escombros, el puño del cuchillo resbaloso de sudor. Oía chillidos y sonidos de lucha. Los demás estaban más que ocupados con sus propios últimos pasos ensangrentados hacia la Última Puerta. Arriesgó una mirada hacia atrás y vio el final de los muros élficos al borde del

peñasco y las copas de los árboles jóvenes, con las ramas extendidas al aire por encima del río.

—No sabes cuánto me complace tener ocasión de decir adiós. —Shadikshirram sonrió—. Adiós.

Por supuesto, iba mejor armada que él. Y era más alta, más fuerte, más hábil y más experta. Por no mencionar su considerable ventaja en número de manos. Y por muchas veces que lo repitiera, Yarvi no creía que su blandura de corazón la contuviera demasiado.

«Siempre hay una manera», decía su madre, pero ¿cómo iba a encontrar la forma de derrotar a Shadikshirram? Él, que en cien lamentables espectáculos en el cuadrado de entrenamiento no había ganado ni un solo duelo...

La capitana enarcó las cejas, como si hubiera hecho esos mismos cálculos y llegado a la misma conclusión.

—A lo mejor deberías saltar.

Shadikshirram dio otro paso, dirigiéndolo poco a poco hacia atrás, con la punta de su espada reluciendo al pasar por una esquirla de luz diurna. A Yarvi se le acababa el terreno, podía sentir el espacio abierto a su espalda, notaba la brisa alta en la nuca, oía el río furioso mascando las rocas por debajo.

—Salta, tullidito.

Apuró retrocediendo un poco más, oyó las piedras rebotar mientras caían al vacío y notó el borde irregular en los talones.

—¡Que saltes! —chilló Shadikshirram salpicando saliva entre los dientes.

Y Yarvi captó un movimiento con el rabillo del ojo. El rostro blanquecino de Ankran recorría la muralla desmoronada, acercándose poco a poco con la lengua encajada en el hueco de los dientes y la pala levantada. Yarvi no pudo evitar que se le desviara la mirada.

En la frente de Shadikshirram aparecieron arrugas.

Se volvió con la velocidad de una gata, se agachó para que la pala de hueso de alce pasara silbando por encima de su hombro y, sin gran esfuerzo, sin gran

alboroto, atravesó el pecho de Ankran con su espada.

Ankran exhaló una bocanada temblorosa, con los ojos como platos.

Shadikshirram renegó mientras forcejeaba para liberar la espada.

«La clemencia es debilidad —decía siempre el padre de Yarvi—. La clemencia es fracaso.»

Cayó sobre ella en un instante. Pasó la garra que tenía por mano bajo el brazo de Shadikshirram y le inmovilizó la espada, mientras apretaba la palma bulbosa contra su cuello y usaba el puño derecho para golpearla, aporrearla, acosarla.

Los dos babearon, escupieron y carraspearon, gimiendo, chillando, tambaleándose, el pelo de la capitana en la boca de Yarvi. Ella se retorció y gruñó y él se aferró a ella, sin dejar de asestar puñetazos. Shadikshirram se zafó y le dio un codazo que le hizo crujir la nariz con un sonido enfermizo, le extendió el cuello de golpe y le hizo dar con la espalda en el suelo.

Gritos lejanos. El eco del acero.

Una batalla lejana. Algo importante.

Tenía que levantarse. No podía decepcionar a su madre.

Tenía que ser un hombre. Su tío estaría esperando.

Intentó sacudirse el aturdimiento y vio un fogonazo de cielo al rodar.

Su brazo se extendió hacia el vacío, el río negro que había tan abajo, el agua blanca sobre las rocas.

Igual que el mar bajo la torre de Amwend. El mar hacia el que se había precipitado.

Inspiró con un silbido al recobrar las luces. Se alejó arrastrándose del borde derruido, con la cabeza dándole vueltas, la cara dolorida, los talones ineptos, la boca salada de sangre.

Vio a Ankran retorcido en el suelo con los brazos extendidos y la mirada

perdida en el cielo. Entre gemidos, Yarvi se arrastró hacia él y alargó un brazo. Pero sus dedos temblorosos no llegaron a tocar la camisa ensangrentada de Ankran. La Última Puerta se había abierto para él. Ya no había ayuda que darle.

Shadikshirram estaba tendida entre los cascotes que había junto al cadáver, intentando incorporarse y con aspecto sorprendido de no poder hacerlo. Tenía los dedos de la mano izquierda enredados con el puño de su espada, y la derecha apretada contra el costado. Cuando la apartó, tenía la palma llena de sangre. Yarvi parpadeó y miró su propia mano derecha. Todavía sostenía el cuchillo y había un rastro rojizo en el filo, en sus dedos, en su muñeca, en su brazo hasta el codo.

—No —dijo ella entre dientes. Intentó levantar la espada, pero pesaba demasiado—. Así no. Aquí no. —Sus labios ensangrentados se fruncieron mientras lo miraba—. Tú no.

—Aquí —replicó Yarvi—. Yo. ¿Qué era eso que decías? «Puede que hagan falta dos manos para luchar contra alguien, pero con una sobra para apuñalarle por la espalda.»

Y comprendió que si había perdido todos aquellos duelos en el cuadrado de entrenamiento no era porque le faltase la habilidad, o la fuerza, o una mano siquiera. Era porque le faltaba la voluntad. En algún lugar a bordo del *Viento del Sur*, en algún lugar del hielo impenetrable, en algún lugar de aquellas vetustas ruinas, la había encontrado.

—Pero yo comandé la flota de la emperatriz —graznó Shadikshirram, ya con todo el costado oscurecido de sangre—. Fui la amante favorita... del duque Mikedas. Tuve el mundo a mis pies.

—Eso fue hace mucho.

—Tienes razón. Eres un chico listo. Soy demasiado blanda. —Su mano cayó y su mirada se clavó en el cielo—. Es... mi única...

El salón de la ruina élfica estaba sembrado de cuerpos.

Los banyas habían parecido demonios desde lejos. Vistos de cerca, eran miserables. Bajos y flacuchos como niños, vestidos con harapos y adornados con símbolos sagrados de hueso de ballena que no habían servido de escudo contra el acero despiadado de Nada.

Uno que aún respiraba extendió un brazo hacia Yarvi mientras con la otra mano tiraba de una flecha alojada en sus costillas. En sus ojos no había odio, sino duda, miedo y dolor. Lo mismo que había habido en los de Ankran cuando Shadikshirram lo había matado.

Eran solo hombres, pues, hombres a los que la Muerte había hecho pasar por la Última Puerta como a todos los demás.

Intentó pronunciar una palabra mientras Nada caminaba hacia él. La misma palabra, una y otra vez, que no salía por mucho que sacudiera la cabeza.

Nada se puso un dedo en los labios.

—Chis —dijo, y apuñaló al banya en el corazón.

—¡Victoria! —bramó Rulf mientras bajaba el último tramo de un salto—. ¡Nunca había visto espadachín como tú!

—¡Ni yo arquero como tú! —respondió Nada, dando a Rulf un fuerte abrazo. En ese momento eran amigos íntimos, unidos en la matanza.

Sumael estaba de pie bajo un arco, agarrándose un hombro del que brotaba sangre que le llegaba a los dedos.

—¿Dónde está Ankran? —preguntó.

Yarvi negó con la cabeza. No se atrevía a hablar por si vomitaba. O se echaba a llorar. O quizá las dos cosas a la vez. Lleno de dolor y de una ira que empezaba a remitir. Lleno de alivio por seguir con vida. Lleno de pena porque su amigo ya no estaba, de una pena que crecía por momentos.

Jaud se sentó agotado en un cascote de piedra élfica y soltó el escudo lleno de marcas de su brazo, y Sumael le puso una mano ensangrentada en el hombro tembloroso.

—¡Ahora reconozco encantado que los gettlandeses son los mejores! —vociferó Rulf.

—¡Justo cuando yo empiezo a dudarlo! —Entonces Nada arrugó la frente—. Esperaba a Shadikshirram.

Yarvi bajó los ojos a la espada curva de la capitana, que llevaba en la mano, como si buscara una confirmación.

—La he matado yo.

Tal vez debería haberse arrodillado y dado gracias a los dioses por su improbable victoria, pero la cosecha roja de aquella ruina, segada a espada y cribada a flechas, no parecía nada que mereciese agradecimiento.

De modo que se sentó con los demás y se rascó la costra de sangre bajo su nariz rota.

Al fin y al cabo, era el rey de Gettlandia, ¿no?

Ya se había arrodillado bastante.

LA PIRA

Los muertos ardieron.

Las llamas que los envolvían hicieron fluir extrañas sombras por los muros de la ruina élfica. Enviaron columnas de humo arremolinado al cielo que ya adquiría un tono rosado, que era la forma correcta de agradecer su victoria a la Madre Guerra. O al menos eso decía Nada, y pocos había que tuviesen mejor relación con ella que él. Si entrecerraba mucho los ojos, a Yarvi le parecía que aún podía distinguir los huesos en el fuego de los nueve banyas y los tres marineros muertos, de Ankran y de Shadikshirram.

—Lo echaré de menos —dijo Yarvi, luchando por contener las lágrimas.

—Los demás también —dijo Jaud al tiempo que se limpiaba las propias con el pulpejo de la mano.

Nada dejó que las suyas cayeran libres por las cicatrices de sus mejillas y señaló las llamas con la barbilla.

—Yo la echaré de menos a ella.

Rulf dio un bufido.

—Pues yo no, joder.

—Entonces eres aún más necio de lo que pensé al principio. Los dioses no conceden mayor don que un buen enemigo. Es como una buena piedra de afilar. —Nada miró con gesto grave su espada, limpia de sangre aunque sus uñas aún tuvieran costras, y dio otra pasada sibilante al acero con la piedra—. Un buen enemigo te mantiene siempre afilado.

—Yo prefiero estar romo —replicó Jaud.

—Elige a tus enemigos con más cuidado que a tus amigos —murmuró Nada a las llamas—. Los tendrás más tiempo contigo.

—No te preocupes. —Rulf dio una palmada en el hombro a Nada—. Si algo me ha enseñado la vida es que el próximo enemigo nunca anda lejos.

—Siempre puedes convertir a tus amigos en enemigos —dijo Sumael, ciñéndose el abrigo de Shadikshirram a los hombros—. Convertir enemigos en amigos cuesta más trabajo.

Yarvi sabía que eso último era muy cierto.

—¿Creéis que esto es lo que Ankran habría querido? —preguntó en voz baja.

—¿Estar muerto? —dijo Jaud—. Me extrañaría.

—Ser incinerado —corrigió Yarvi.

Jaud miró un momento a Nada y levantó los hombros.

—Cuando a los hombres de violencia se les mete una idea en la cabeza, es difícil quitársela. Sobre todo si aún tienen el olor de la sangre en la nariz.

—¿Y para qué intentarlo? —Sumael volvió a rascarse los sucios vendajes que Yarvi le había puesto en el brazo herido—. Están muertos. Sus protestas se pueden pasar por alto.

—Has luchado bien, Yarvi —dijo Nada desde lejos—. Como un rey, sin duda.

—¿Un rey deja que sus amigos mueran por él? —Yarvi miró con gesto culpable la espada de Shadikshirram, recordó la sensación de dar puñetazos y más puñetazos, el cuchillo rojo en su mano roja, y se estremeció bajo su capa robada—. ¿Un rey apuñala a mujeres por la espalda?

Las lágrimas aún humedecían el rostro macilento de Nada.

—Los buenos lo sacrifican todo para vencer, y apuñalan a quien haga falta y del modo que puedan. El gran guerrero es aquel que sigue respirando cuando los cuervos se dan el atracón. El gran rey es aquel que contempla cómo arden los cadáveres de sus enemigos. Que el Padre Paz derrame lágrimas por los métodos; la Madre Guerra sonríe a los resultados.

—Es lo que habría dicho mi tío.

—Es un hombre sabio, pues, y un digno enemigo. Quizá lo apuñales por la espalda y podamos verlo arder juntos.

Yarvi se frotó con suavidad el hinchado caballete de la nariz. Pensar en más cadáveres quemados no lo tranquilizaba mucho, pertenecieran a quienes pertenecieran. Revivió una y otra vez el momento en que sus ojos se desviaban hacia Ankran y lo delataban, el momento en que Shadikshirram se volvía y adelantaba su filo. Una y otra vez repasó todo lo que podría haber cambiado, los actos que podrían haber dejado con vida a su amigo, aunque sabía que era en vano.

No se podía retroceder en el tiempo.

Sumael se dio la vuelta, mirando preocupada la penumbra.

—¿Habéis oído...?

—¡Quietos! —resonó una voz desde la oscuridad, brusca como un latigazo.

Yarvi se volvió con el corazón en la garganta y vio a un guerrero alto entrando por la arcada. Parecía un hombre enorme a la luz de la hoguera de cadáveres, con yelmo y cota de malla relucientes, con espada y escudo recios y brillantes.

—¡Desarmaos! —ordenó otra voz, y un segundo hombre salió de las sombras apuntando con un arco cargado.

Vansterlandés, a juzgar por las trenzas que enmarcaban su cara. Llegaron más detrás, y más, y en lo que costó respirar dos veces había una docena de guerreros rodeándolos en semicírculo.

Si Yarvi había creído que no podría desanimarse más, en ese momento descubrió lo equivocado que estaba.

Rulf bajó la vista hacia su arco, muy fuera de su alcance, y volvió a reclinarse apoyado en un codo.

—¿Dónde caen los vansterlandeses en tu lista de los más valiosos?

Nada inclinó la cabeza mientras los evaluaba.

—En esta cantidad, bastante altos.

Aquel día Yarvi había agotado con creces la fuerza que los dioses le habían

dado. Empujó la espada de Shadikshirram con la punta del pie. Jaud levantó las manos vacías. Sumael recogió su hacha con el índice y el pulgar y la arrojó a las sombras.

—¿Y tú qué, viejo? —preguntó el primer vansterlandés.

—Estoy meditando mi postura. —Nada dio otra caricia chillona a su espada con la piedra. Fue como si la aplicara directamente sobre los nervios de Yarvi.

—Si el acero es la respuesta, ellos traen una buena cantidad —murmuró.

—Suéltala. —El segundo vansterlandés tensó del todo el arco—. O quemaremos tu cadáver con los demás.

Nada apuñaló el suelo con la espada y suspiró.

—Un argumento convincente.

Tres vansterlandeses se adelantaron para recoger las armas y registrarlos en busca de más mientras su capitán miraba.

—¿Qué os trae a vosotros cinco a Vansterlandia?

—Somos viajeros —respondió Yarvi, viendo como un guerrero zarandeaba su fardo para vaciar su exiguo contenido—, de camino a Vulsgard.

El arquero enarcó las cejas mirando la pira.

—¿Viajeros que queman cadáveres?

—¿Adónde ha ido a parar el mundo si un hombre honrado ya no puede ni quemar cadáveres sin que sospechen de él? —dijo Nada.

—Nos han asaltado unos bandidos —aventuró Yarvi, que iba pensando tan deprisa como era capaz.

—Deberíais procurar que vuestro país fuese seguro para viajar —añadió Rulf.

—No, si os agradecemos que lo limpiéis de peligros. —El capitán acercó la cara para mirar el cuello de Yarvi y luego abrió la parte alta de la camisa de Jaud,

lo que dejó al descubierto sus cicatrices—. Esclavos.

—Liberados —dijo Sumael—. Yo era su ama. Soy mercader. —Y metió la mano en el abrigo para sacar con movimientos cautos un trozo de pergamino arrugado—. Me llamo Ebdel Aric Shadikshirram.

El hombre torció el gesto al ver el salvoconducto del Alto Rey, retirado hacía muy poco del cadáver de su legítima propietaria.

—Vas muy andrajosa para ser mercader.

—No he dicho que fuese buena.

—Y eres muy joven —observó el capitán.

—No he dicho que fuese vieja.

—¿Dónde está tu barco?

—En el mar.

—¿Por qué no estás a bordo?

—Consideré oportuno desembarcar antes de que tocara el fondo.

—Sí que es mala mercader, sí —murmuró un vansterlandés.

—Y trae un cargamento de mentiras —dijo otro.

El capitán se encogió de hombros.

—Que decida el rey lo que se cree y lo que no. Atadlos.

—¿Rey? —preguntó Yarvi mientras ofrecía las muñecas.

El hombre le dedicó un atisbo de sonrisa.

—Grom-gil-Gorm ha venido al norte de cacería.

Por lo visto, Rulf tenía razón. Su siguiente enemigo estaba mucho más cerca de lo que todos ellos habían creído.

RAMITAS QUE FLOTAN

Yarvi estaba acostumbrado a los hombres duros. Su padre lo había sido. Su hermano también. Cada día, una docena de ellos se había turnado en el cuadrado de entrenamiento de Thorlby. Se habían reunido centenares en la arena para las exequias del rey Uthrik. Para navegar con el joven rey Yarvi en su malhadada incursión a Amwend. Rostros que solo sonreían en la batalla y manos hechas a la forma de sus armas.

Pero nunca había visto un grupo como el que Grom-gil-Gorm había llevado consigo de cacería.

—En la vida había visto tantos vansterlandeses juntos —murmuró Rulf—, y eso que pasé un año en Vulsgard.

—Son un ejército —refunfuñó Nada.

—Y bien feo —dijo Jaud.

Estaban armados hasta los dientes y eran amenazadores hasta la médula, con miradas como dagas y espadas por palabras. Lucían las cicatrices con el mismo orgullo que una princesa sus joyas y, en lugar de música, una voz de mujer aguda como piedra de afilar entonaba con gemidos a la Madre Guerra una canción de amor, de sangre derramada y acero mellado y vidas perdidas demasiado pronto.

Yarvi y sus amigos cruzaron a punta de lanza aquella lobera, atados, renqueantes e indefensos, entre hogueras sobre las que animales recién cazados derramaban salsa roja.

—Si tienes un plan —susurró Sumael de soslayo—, ahora es buen momento.

—Tengo un plan —dijo Nada.

—¿Tiene que ver con una espada? —preguntó Jaud.

Un silencio.

—Como todos mis planes.

—¿Tienes una espada?

Otro.

—No.

—¿Cómo va a funcionar tu plan sin tenerla? —murmuró Sumael.

Un tercero.

—La Muerte nos espera a todos.

Allí donde se agrupaban más miembros de aquella compañía de asesinos, Yarvi vio el contorno de una silla inmensa, y sobre ella una figura inmensa con una copa inmensa en la mano inmensa, pero en vez del miedo que una vez podría haberlo atenazado, Yarvi sintió el cosquilleo de la oportunidad. No era un plan, apenas una idea siquiera, pero, como le decía siempre la madre Gundring, «quien se está ahogando debe agarrarse a cualquier ramita que flote».

—Con los enemigos se puede hacer algo mejor que matarlos —dijo entre dientes.

Nada rebufó.

—¿Y qué es, si puede saberse?

—Volverlos aliados. —Y Yarvi inspiró hondo y gritó—: ¡Grom-gil-Gorm! —Su voz sonó chillona, cascada y tan poco regia como pudiera imaginarse, pero al menos sonó lo suficiente para que la oyese todo el campamento, que era lo importante. Cien rostros iluminados por el fuego se volvieron hacia él—. ¡Rey de Vansterlandia! ¡El hijo más sanguinario de la Madre Guerra! ¡Rompeespadas y Hacehuérfanos, volvemos a encontrarnos! Soy...

Un certero golpe en la boca del estómago lo despojó de aliento con un triste siseo.

—¡Detén esa lengua antes de que te la arranque, chico! —le espetó el capitán mientras obligaba a Yarvi, deshecho en toses, a arrodillarse.

Pero sus palabras habían surtido efecto.

Primero se hizo un silencio pesado, luego se acercaron unos pasos más pesados aún y por último la voz cantarina del propio Grom-gil-Gorm.

—¡Traéis invitados!

—Aunque parezcan mendigos.

Yarvi no había oído esa segunda voz desde que le pusieron la argolla, pero reconocía el tono gélido de la madre Scaer de sus pesadillas.

—Los hemos encontrado en la ruina élfica que hay sobre el río, mi rey —informó el capitán.

—Mucho aspecto de elfos no tienen —comentó la clériga de Gorm.

—Estaban quemando cadáveres.

—Noble propósito, siempre que sean los cadáveres correctos —dijo Gorm—. Hablas como si nos conociéramos, chico. ¿Acaso quieres que juegue a las adivinanzas?

Buscando el aliento para hablar, Yarvi levantó la cabeza y volvió a contemplar las botas, el cinturón, la cadena que daba tres vueltas y por último, muy arriba, los rasgos marcados del rey de Vansterlandia, el enemigo acérrimo de su padre, su país, su pueblo.

—La última vez que nos vimos... me ofrecisteis vuestro puñal. —Y Yarvi miró a los ojos a Gorm. Arrodillado, andrajoso y ensangrentado, molido a golpes y atado, pero sostuvo la mirada del rey de Vansterlandia—. Me dijisteis que os buscara si cambiaba de opinión. ¿Me lo ofrecéis ahora?

El rostro del rey se ensombreció mientras jugueteaba con la cadena, hecha de pomos de espadas de muertos, que llevaba alrededor del inmenso cuello y con la otra mano ceñía las armas a su cinturón.

—Quizá no sería prudente.

—Creía que la Madre Guerra os había insuflado su aliento en la cuna y que se había presagiado que ningún hombre podía mataros.

—Los dioses ayudan a quienes se ayudan a sí mismos. —La madre Scaer

agarró la barbilla de Yarvi con dedos bruscos y le movió la cara hacia la luz—. Es ese aprendiz de cocinero que capturamos en Amwend.

—Sí que lo es —murmuró Gorm—, pero está cambiado. Ahora tiene una mirada decidida.

La madre Scaer entrecerró los ojos.

—Y te has quitado el collar que te regalé.

—Me rozaba. No nací para ser esclavo.

—Y aun así, vuelves a arrodillarte ante mí —dijo Gorm—. ¿Para qué naciste, pues?

Sus hombres soltaron risitas de lameculos, pero Yarvi había sido blanco de las risas toda su vida y ya no le pinchaban.

—Rey de Gettlandia —respondió, en esa ocasión con una voz tan fría y dura como la misma Silla Negra.

—Ay, dioses —oyó que susurraba Sumael—. Estamos muertos.

Gorm le dedicó una sonrisa enorme.

—¡Odem! ¡Estás más joven de lo que recordaba!

—Soy el sobrino de Odem, el hijo de Uthrik.

El capitán dio un sopapo a Yarvi en la nuca, y su nariz rota dio contra el suelo. Fue particularmente irritante porque, con las manos atadas, no pudo hacer nada para impedirlo.

—¡El hijo de Uthrik murió junto a él! —gritó el hombre.

—¡Tenía otro hijo, imbécil! —Yarvi se retorció hasta volver a estar de rodillas, con el sabor salado de la sangre en la boca. Empezaba a hartarse de aquel sabor.

Unos dedos se enredaron en el pelo de Yarvi y tiraron de él hacia arriba.

—¿Queréis que le dé empleo como vuestro bufón o que lo ahorque por espía?

—Esa decisión no te corresponde. —La madre Scaer solo tuvo que levantar un dedo, haciendo entrechocar los brazaletes élficos que adornaban su largo brazo, para que el capitán soltara a Yarvi como si lo hubieran abofeteado—. Es cierto que Uthrik tuvo un segundo hijo, el príncipe Yarvi. Estudiaba para entrar en la Clerecía.

—Pero no llegué a enfrentarme a la prueba —dijo Yarvi—. Ocupé la Silla Negra en vez de eso.

—Para que la Reina Dorada pudiera seguir ostentando el poder.

—Laithlin, mi madre.

La madre Scaer escrutó sus rasgos durante un largo momento en el que Yarvi levantó la barbilla y le sostuvo la mirada con tanto aire regio como le permitían su nariz sangrante, sus manos atadas y sus harapos malolientes. Quizá bastara, al menos para sembrar la duda.

—Soltadle las manos.

Yarvi notó que cortaban las cuerdas y, con el gesto teatral que requería la situación, levantó despacio la mano izquierda a la luz. Los murmullos en torno a las hogueras al ver aquella cosa retorcida le procuraron satisfacción por una vez.

—¿Esto era lo que buscabais? —preguntó.

La madre Scaer tomó la mano de Yarvi entre las suyas, le dio la vuelta y la apretó con dedos fuertes.

—Si fuiste aprendiz de la madre Gundring, ¿de quién aprendió ella?

Yarvi no vaciló.

—Aprendió de la madre Wexen, que entonces era clériga del rey Fynn de Trovenlandia y ahora es abuela de la Clerecía y primera sierva del mismísimo Alto Rey.

—¿Cuántas palomas cuida?

—Tres docenas, aparte de la que tiene una mancha negra en la frente, que será la que lleve a Casa Skeken la noticia cuando la Última Puerta se abra para ella.

—¿De qué madera está hecha la puerta del dormitorio del rey de Gettlandia?

Yarvi sonrió.

—No existe tal puerta, pues el rey es uno con la tierra y su pueblo, y no puede guardarles secretos.

La mirada de incredulidad en el rostro enjuto de la madre Scaer produjo una satisfacción extraña e intensa en Yarvi.

Grom-gil-Gorm enarcó una ceja protuberante.

—¿Ha respondido la verdad?

—Así es —murmuró su clériga.

—Entonces... ¿este cachorro tullido es ciertamente Yarvi, hijo de Uthrik y Laithlin, el rey legítimo de Gettlandia?

—Eso parece.

—Entonces, ¿era cierto? —gruñó Rulf.

—Lo era —dijo Sumael con un suspiro.

Gorm estaba entretenido desternillándose.

—¡En ese caso, esta ha sido mi mejor cacería en muchos y largos años! Envía un ave, madre Scaer, y averigua cuánto querrá pagarnos el rey Odem por devolverle a su sobrino díscolo.

El rey de Vansterlandia empezó a dar media vuelta. Yarvi lo detuvo con un bufido.

—¡El grandioso y terrible Grom-gil-Gorm! En Gettlandia os tienen por un demente ebrio de sangre. En Trovenlandia os consideran el rey salvaje de una tierra salvaje. En Casa Skeken, en los salones de construcción élfica donde mora el Alto Rey... bueno, allí apenas merecéis mención.

Yarvi oyó el gruñido preocupado de Rulf y el iracundo rugido contenido apenas del capitán, pero Gorm se limitó a acariciarse la barba, pensativo.

—Si pretendes halagarme, yerras de largo. ¿Por qué lo dices?

—¿Acaso os conformáis con darles la razón y sacar tan poco provecho de la oportunidad de oro que os envían los dioses?

El rey de Vansterlandia miró a su clériga con una ceja elevada.

—Soy todo oídos cuando se trata de obtener mayores ganancias.

«Véndeles lo que quieren —decía siempre la madre de Yarvi—, no lo que tienes.»

—Cada primavera, reunís a vuestros guerreros para cruzar la frontera y hacer incursiones en Gettlandia.

—Alguna vez ha ocurrido.

—¿Y esta próxima primavera?

Gorm apretó los labios.

—Quizá demos un paseo. La Madre Guerra clama venganza por los ultrajes de tu tío en Amwend.

Yarvi prefirió no mencionar que, al principio de aquellos ultrajes ya que no al final, el rey había sido él mismo.

—Lo único que os pido es que este año lleguéis un poco más adentro. Hasta las murallas de la misma Thorlby.

La madre Scaer bufó, despectiva.

—Ah, ¿solo eso?

Pero a Gorm le picaba la curiosidad.

—¿Qué ganaría yo por hacerte tal favor?

Sin duda hombres orgullosos como el padre muerto de Yarvi, o su hermano

asesinado o su ahogado tío Uthil habrían empleado su último aliento en escupir a la cara de Grom-gil-Gorm antes que pedirle ayuda, pero Yarvi no tenía orgullo. Se lo había arrancado su padre a golpe de vergüenza. Se lo había arrebatado Odem con engaños. Se lo habían sacado a palos en el *Viento del Sur*. Se le había congelado en los páramos helados.

Llevaba toda la vida arrodillándose y no le costaba nada hacerlo durante un poco más de tiempo.

—Ayudadme a recuperar mi trono, Grom-gil-Gorm, y me arrodillaré sobre la sangre de Odem ante vos, investido rey de Gettlandia, vasallo y súbdito vuestro.

Nada se inclinó hacia él y susurró con rabia entre los dientes apretados: —¡Es un precio demasiado alto!

Yarvi no le hizo caso.

—Uthil, Uthrik y Odem. Los hermanos que han sido vuestros grandes enemigos habrán pasado por la Última Puerta y, en todo el mar Quebrado, solo el Alto Rey ostentará más poder que vos. Y quizá... a su debido tiempo... ni siquiera él.

«Cuanto más poderoso es un hombre —solía decir la madre Gundring—, más poder anhela.»

La voz de Gorm sonó un tanto ronca.

—Eso estaría bien.

—Estaría muy bien —convino la madre Scaer, su mirada clavada en Yarvi con los ojos más entrecerrados si cabía—, si pudiera lograrse.

—Solo tenéis que franquearnos el paso hasta Thorlby a mí y a mis compañeros, y yo atentaré contra él.

—Has reunido a unos sirvientes muy particulares —dijo la madre Scaer, ojeándolos sin entusiasmo.

—Así los exigen unas circunstancias muy particulares.

—¿Quién es este bellaco? —preguntó Gorm. Los demás habían tenido la

precaución de mirar al suelo, pero Nada no había inclinado la cabeza ante el vansterlandés y tenía fija en él su luminosa mirada ardiente.

—Soy un gettlandés orgulloso.

—Ah, uno de esos. —Gorm sonrió—. Por aquí arriba a los gettlandeses los preferimos avergonzados y sangrando.

—No le prestéis atención, mi rey. Ese hombre es Nada. —Y Yarvi recuperó la mirada de Gorm con el tono meloso que empleaba su madre, pues los hombres de violencia medran en la furia pero no saben cómo desenvolverse frente al raciocinio y la sabiduría—. Si fracaso, aun así tendréis el botín que hayáis saqueado durante vuestra marcha al sur.

Nada hizo un sonido gutural de repugnancia, y no era de extrañar. Los pueblos de Gettlandia ardiendo, la tierra asolada, la gente obligada a marcharse o esclavizada. Eran la tierra de Yarvi y el pueblo de Yarvi, pero ya se había enfangado demasiado para recular. La única salida era hacia delante, era sucumbir en el intento o alzarse indecente pero respirando al otro lado del lodazal. Para recobrar la Silla Negra necesitaba un ejército, y la Madre Guerra estaba poniendo sus espadas en la mano marchita de Yarvi. O sus botas en su cuello lleno de cicatrices, al menos.

—Tenéis todo que ganar —insistió, suave, suave— y nada que perder.

—Salvo el favor del Alto Rey —dijo la madre Scaer—. Ha ordenado que no se declare guerra alguna hasta que su templo esté terminado...

—Hubo un tiempo en que las águilas de la abuela Wexen traían peticiones. —En la voz cantarina de Gorm había un matiz de ira—. Luego empezaron a traer demandas. Ahora nos envía órdenes. ¿En qué acabará, madre Scaer?

Su clériga respondió sin levantar la voz:

—El Alto Rey tiene a todas las tierras bajas y a muchos de los inglingos rezando a su Diosa Única, dispuestos a luchar y morir a sus órdenes...

—¿Y el Alto Rey también gobierna Vansterlandia? —replicó Yarvi, despectivo—. ¿O la gobierna Grom-gil-Gorm?

La madre Scaer frunció los labios.

—No juegues tan cerca del fuego, chico. Todos respondemos ante alguien.

Pero Gorm estaba muy lejos de allí, esparciendo ya el fuego y la muerte entre las granjas de Gettlandia, sin duda.

—Thorlby tiene murallas resistentes —murmuró— y muchos guerreros aguerridos para defenderlas. Demasiados. Si pudiera tomar esa ciudad, los escaldos ya estarían cantando mi victoria.

—Nunca —susurró Nada, pero nadie lo escuchó. El trato estaba cerrado.

—Lo mejor de todo es eso —dijo Yarvi con voz melosa—. Solo tenéis que esperar fuera. Yo os entregaré Thorlby.



CUARTA PARTE

EL REY LEGÍTIMO



CUERVOS

Yarvi se subió el cuello de piel de su capa prestada para protegerse del viento y arrugó la nariz por el olor salobre del mar. Por eso y por la fetidez de los esclavos que remaban. Se había acostumbrado al hedor cuando era uno de ellos, hasta había dormido con la cara pegada al sobaco de Rulf sin casi notarlo. Y él había apestado tanto como los demás, lo sabía. Pero eso no hacía mejorar el olor de los esclavos que tenía delante.

Lo hacía empeorar, en realidad.

—Pobres perros. —Jaud, apoyado en la barandilla del alcázar, miró con gesto grave a los esforzados remeros. Para ser un hombre tan fuerte, tenía débil el corazón.

Rulf se frotó el pelo castaño entrecano que le había crecido sobre las orejas, aunque tenía la coronilla tan calva como siempre.

—Sería bonito liberarlos.

—Entonces, ¿cómo llegaríamos a Thorlby? —replicó Yarvi—. Alguien tiene que remar. ¿Quieres dar tú las brazadas?

Sus antiguos compañeros de remo lo miraron de soslayo.

—Has cambiado —dijo Jaud.

—He tenido que cambiar.

Se alejó de ellos y de los bancos, iguales que aquellos sobre los que tanto había sufrido. Sumael estaba apoyada en la baranda de popa, con una enorme sonrisa en el rostro mientras el viento le alborotaba el pelo, algo más crecido que antes y negro como pluma de cuervo.

—Pareces alegre —dijo Yarvi, contento de verla contenta, un hecho infrecuente.

—Me alegro de estar otra vez en el mar. —Separó los brazos y movió los dedos—. ¡Y sin cadenas!

Yarvi notó desvanecerse su sonrisa al pensar que aún llevaba una cadena que no podría romper, la que se había forjado él mismo con su juramento. El juramento que lo obligaba a volver a Thorlby y ligaba su destino a la Silla Negra. Y sabía que, tarde o temprano, Sumael se apoyaría en la baranda de otro barco, el que la llevaría de vuelta a la Primera Ciudad y la alejaría de él para siempre.

La sonrisa de Sumael también decayó, como si hubiera pensado lo mismo al mismo tiempo, y los dos apartaron la mirada para contemplar el paso del Padre Tierra en un silencio incómodo.

Para ser dos tierras con tan amarga enemistad, Vansterlandia y Gettlandia eran muy parecidas. Playas yermas, bosque y helecho. Había visto poca gente, y los pocos que avistaban enseguida huían tierra adentro, aterrorizados por la visión de un barco. Yarvi entrecerró los ojos y miró al sur, donde alcanzó a ver un pequeño diente sobre un promontorio, frente al humo de algunas casas que teñía el cielo blanco.

—¿Cuál es ese pueblo? —preguntó a Sumael.

—Amwend —respondió ella—. Está cerca de la frontera.

Amwend, el lugar cuya incursión había comandado. O más bien el lugar donde había caído de un barco sin escudo y había ido directo a una trampa. Por lo tanto, el diente era la torre donde había muerto Keimdal. Donde Hurik lo había traicionado. Desde la que Odem lo había arrojado, abajo, más abajo, al mar cruel y a una esclavitud aún más cruel.

Yarvi cayó en la cuenta de que tenía la mano deforme tan apretada contra la baranda que le dolía. Apartó los ojos de tierra, hacia la blanca espuma de la estela del barco, las marcas de los remos que se desvanecían al momento sin dejar huella de su paso. ¿Ocurriría lo mismo con él? ¿Terminaría desvaneciéndose y olvidado?

La hermana Owd, la aprendiz que había enviado la madre Scaer con ellos, estaba mirándolo. Era una mirada furtiva, que descendía enseguida hacia lo que estuviera escribiendo en un papelito que el viento retorcía e intentaba levantar bajo su carboncillo.

Yarvi se acercó a ella con paso tranquilo.

—¿Qué, echándome un ojo?

—Ya sabes que sí —respondió Owd sin alzar la vista—. Para eso estoy aquí.

—¿Es que dudas de mí?

—Solo explico a la madre Scaer lo que veo. Ella es quien elige de qué dudar.

Era menuda y tenía la cara redonda y una edad difícil de determinar, como les ocurría a algunas personas, pero Yarvi no creía que fuese mayor que él.

—¿Cuándo te presentaste a la Prueba del Clérigo?

—Hace dos años —respondió Owd al tiempo que movía el hombro para impedirle ver el papel.

Yarvi renunció a darle un vistazo. En todo caso, los clérigos empleaban símbolos propios y dudaba mucho que supiera descifrar aquellos.

—¿Cómo fue?

—No es complicada, si vas preparado.

—Yo lo estaba —dijo Yarvi, volviendo a la noche lluviosa en la que Odem fue a buscarlo. Las llamas reflejadas en los frascos, las arrugas en la sonrisa de la madre Gundring, la pureza de las preguntas y las respuestas. Notó una punzada de melancolía por aquella vida sencilla sin tíos que matar, juramentos que cumplir ni decisiones difíciles de tomar. Por los libros, las plantas y las palabras suaves. Tuvo que esforzarse en apartar todo aquello al fondo de su mente; ahora no podía permitírselo—. Pero no tuve ocasión de ir.

—No te perdiste nada. Mucho cuchicheo fuera de la puerta. Muchas viejas mirándote. —Owd terminó de escribir el mensaje y empezó a enrollarlo hasta formar una bolita diminuta—. Y luego está el gran honor de que te bese la abuela Wexen.

—¿Cómo fue eso?

La hermana hinchó los carrillos y dejó escapar un largo suspiro.

—Será la más sabia de todas las mujeres, pero yo esperaba que mi último beso me lo diera alguien más joven. Vi al Alto Rey de lejos.

—Yo también, una vez. Me pareció pequeño, viejo y avaricioso; se quejaba de todo y le daba miedo su comida. Pero tenía con él a muchos soldados aguerridos.

—Entonces no ha cambiado mucho con el tiempo. Solo que ahora rinde culto a la Diosa Única, se aferra más al poder que nunca y, por lo que dicen, no es capaz de mantenerse despierto más de una hora seguida. Ah, y esos guerreros se han multiplicado.

La hermana Owd retiró la cubierta de lona de la jaula. Las aves del interior no se movieron, no se sobresaltaron por la luz. Se limitaron a mirar a Yarvi con media docena de pares de ojos que no parpadeaban. Eran aves negras.

Yarvi arrugó la frente.

—¿Cuervos?

—Sí. —La hermana se subió la manga, abrió la portezuela y metió un brazo blanco y diestro en la jaula, aferró un cuervo y lo sacó, quieto y tranquilo como si estuviera hecho de carbón—. La madre Scaer no usa palomas desde hace años.

—¿Ni una sola?

—Desde que yo soy su aprendiz, no. —Enganchó el mensaje a la pata del ave y bajó la voz—. Se rumorea que una paloma enviada por la madre Gundring intentó arañarle la cara. No se fía de ellas. —Se inclinó hacia el cuervo y dijo con voz dulce—: Estamos a un día de distancia de Thorlby.

—Thorlby —graznó el cuervo, y la hermana Owd lo lanzó a los cielos.

—Cuervos —musitó Yarvi, mirando el vuelo del ave, que casi rozaba el agua mientras aleteaba hacia el norte.

—¿Lleva promesas de obediencia a tu amo, Grom-gil-Gorm? —Nada se había puesto al lado de Yarvi y seguía abrazado a su espada como a una amante, aunque ahora tenía una vaina más que funcional donde guardarla.

—Es mi aliado, no mi amo —respondió Yarvi.

—Por supuesto. Ya no eres un esclavo. —Nada se frotó con suavidad las muchas cicatrices de su cuello, bajo la barba de unos días—. Recuerdo que nos

quitaron las argollas en aquella granja tan amistosa. Antes de que Shadikshirram la quemara. No, no, qué vas a ser un esclavo. Y aun así, cerraste el trato con los vansterlandeses de rodillas.

—En ese momento todos estábamos de rodillas —mascculló Yarvi.

—Mi pregunta es: ¿aún lo estamos? Recuperar la Silla Negra ayudado por el peor enemigo de Gettlandia va a granjearte pocos amigos.

—Puedo hacer amigos cuando la haya ocupado. Sacar de ella a mis enemigos es lo que me quita el sueño ahora. ¿Qué querías que hiciera? ¿Dejar que los vansterlandeses nos quemaran?

—A lo mejor había algún punto intermedio entre dejar que Gorm nos matara y venderle nuestra tierra natal.

—Últimamente cuesta mucho encontrar los puntos intermedios —se obligó a decir Yarvi entre dientes.

—Siempre cuesta, pero el lugar de un rey es en ese punto. Creo que todo esto se cobrará su precio.

—Eres rápido con las preguntas pero te demoras respondiendo, Nada. ¿No hiciste juramento de ayudarme?

Nada miró a Yarvi con los ojos entrecerrados mientras el viento revolvía su pelo canoso y le daba latigazos con él en la cara curtida.

—Hice un juramento y pretendo cumplirlo o morir.

—Bien —zanjó Yarvi apartándose—. Te tomo la palabra.

Por debajo de ellos, los galeotes empezaban a sudar, a apretar los dientes en sus bancos, a gruñir al unísono. El cómitre paseaba entre ellos con el látigo enrollado atrás, como había hecho Trigg en la cubierta del *Viento del Sur*. Yarvi recordaba a la perfección el dolor en los músculos, la quemazón de los azotes en la espalda.

Pero cuanto más se acercaba a la Silla Negra, más pesado se le hacía su juramento y más menguaba su paciencia.

«Alguien tiene que remar.»

—¡Más rápido! —ordenó al cómitre.

LA CASA DE SU ENEMIGO

Sumael saltó del barco al muelle y se abrió paso a codazos hasta la mesa a la que se sentaba la oficial del puerto, con un guardia a cada lado. Yarvi fue tras ella con algo menos de agilidad y mucha menos autoridad por la pasarela y hasta las tierras que deberían ser su reino, con la mirada baja y la capucha puesta, seguido de los demás.

—Me llamo Shadikshirram —dijo Sumael, desdoblando el papel sin cuidado y dejándolo caer sobre la mesa—, y traigo el salvoconducto comercial del Alto Rey, sellado con la runa de la propia abuela Wexen.

Habían esperado hasta que llegara el turno de la oficial más joven del puerto, con la esperanza de que los dejara pasar sin poner pegas. Pero lo que hizo fue leer el salvoconducto con atención y durante el tiempo suficiente para poner nervioso a todo el mundo mientras jugueteaba con las dos llaves que llevaba al cuello, la de su casa y la de su cargo. Yarvi se fijó, con un acceso de inquietud, en que una esquina del salvoconducto estaba manchada de sangre vieja y marrón; la sangre de su legítima propietaria, de hecho, y derramada por la mano del propio Yarvi. La oficial miró a Sumael y pronunció las palabras que él había temido.

—Tú no eres Shadikshirram.

Uno de los guardias movió un poco su mano enguantada en la vara de su lanza, Nada acercó el pulgar por el cinturón hacia su espada, y la inquietud de Yarvi se volvió pavor. ¿Terminaría todo allí, con una sucia pelea en los muelles? La oficial siguió hablando.

—La he visto desembarcar muchas veces, casi siempre borracha y...

Sumael descargó un puñetazo temible en la mesa y enseñó los dientes a la oficial, tan cerca de su cara que la hizo encogerse, atónita.

—¡Estás hablando de mi madre, Ebdel Aric Shadikshirram, y lo harás con más respeto! Ha cruzado la Última Puerta. Se ahogó en las heladas aguas del norte. —Se le quebró la voz y se pasó el dorso de la mano por los ojos secos—. Me legó su negocio a mí, a su fiel hija Sumael Shadikshirram. —Recogió el salvoconducto de la mesa con un zarpazo y gritó de nuevo, salpicando de saliva a la oficial, a los

guardias y hasta a Yarvi—. ¡Y tengo asuntos que tratar con la reina Laithlin!

—Ya no es reina de...

—¡Sabes de quién hablo! ¿Dónde está Laithlin?

—Supongo que en su tesorería...

—¡He de hablar con ella! —Y Sumael dio media vuelta y avanzó con paso ofendido por el muelle.

—Quizá no acepte visitas —murmuró la oficial a su espalda.

La hermana Owd dio un golpecito amistoso en la mesa mientras pasaban Yarvi y los demás.

—Si te sirve de consuelo, es así con todo el mundo.

—Muy buena actuación —dijo Yarvi cuando alcanzó a Sumael, apresurándose entre los peces colgados, las redes amontonadas y las voces de los pescadores cantando los precios de sus capturas—. ¿Qué haríamos sin ti?

—Casi me meo encima —replicó Sumael con un siseo—. ¿Nos sigue alguien?

—Ni nos miran.

La oficial estaba entretenida descargando la frustración con el siguiente recién llegado y no tardaron en perderla de vista.

Por fin había llegado a casa, pero Yarvi se sentía extranjero. Todo le parecía más pequeño que en el recuerdo, menos ajetreado, los atracaderos y los puestos vacíos, los edificios abandonados. El corazón le daba un vuelco cada vez que veía una cara conocida y, como un ladrón cruzando el escenario de su crimen, hundió la cabeza en la capucha y resistió los picores de su espalda, sudada a pesar del frío.

Si alguien lo reconocía, el rey Odem no tardaría en enterarse y no perdería tiempo en terminar lo que empezó sobre la torre de Amwend.

—¿Esos son los túmulos de tus antepasados, entonces?

Nada miraba al norte a través del pelo enmarañado, hacia la playa larga y

solitaria y la hilera de montículos cubiertos de hierba que había en ella, el más cercano con solo unos meses de motas verdes en el barbecho de sus laderas.

—El de mi padre Uthrik, asesinado. —Yarvi apretó la mandíbula—. Y el de mi tío Uthil, ahogado, y los de los reyes de Gettlandia que fueron, hasta la oscuridad de la historia.

Nada se rascó la barba de la mejilla.

—Ante ellos pronunciaste tu juramento.

—Y ante mí pronunciaste tú el tuyo.

—No temas. —Nada sonrió mientras serpenteaban entre la multitud para cruzar una puerta de la muralla más exterior de la ciudad. Fue la sonrisa de ojos brillantes que inquietaba a Yarvi más que lo tranquilizaba—. La carne tal vez sí, pero el acero nunca olvida.

La hermana Owd parecía orientarse en Thorlby mejor que Yarvi, nacido en ella. Rey de ella. Los llevó por calles angostas que subían en zigzag la empinada ladera, frente a casas altas y estrechas, amontonadas entre salientes de roca, los huesos grises de Gettlandia que asomaban por la piel de la ciudad. Los llevó por puentes sobre caudalosos arroyos, donde los esclavos se agachaban para llenar las jarras de los ricos. Por fin los llevó a un patio alargado a la sombra de los bajos de la ciudadela donde Yarvi había nacido, y crecido, y sufrido humillaciones diarias, y estudiado para ser clérigo, y averiguado que era rey.

—Esta es la casa —dijo la hermana Owd.

El edificio estaba oculto a simple vista. Yarvi había pasado muchas veces por delante.

—¿Por qué tiene casa en Thorlby la clériga de Gorm?

—La madre Scaer dice que un clérigo sabio conoce la casa de su enemigo mejor que la propia.

—La madre Scaer es tan propensa a las frases lapidarias como la madre Gundring —protestó Yarvi.

Owd giró la llave.

—En eso consiste la Clerecía.

—Que Jaud te acompañe. —Yarvi se llevó aparte a Sumael y le susurró al oído—: Ve a la tesorería y habla con mi madre.

Si había suerte, Hurik estaría en el cuadrado de entrenamiento.

—¿Y qué le digo? —preguntó Sumael—. ¿Que su hijo muerto la busca?

—Y que por fin ha aprendido a colocarse la hebilla de la capa. Tráela aquí.

—¿Y si no me cree?

Yarvi se imaginó la expresión ceñuda que solía ponerle su madre y consideró muy probable que dudase.

—Tendremos que pensar alguna otra cosa.

—¿Y si no me cree y ordena que me maten por insultarla?

Yarvi calló un momento.

—Entonces yo tendré que pensar alguna otra cosa.

—¿A quiénes de vosotros han enviado mala suertedeclima o mala suertedearmas? —dijo una voz altisonante desde el otro lado de la plaza. Se había congregado una multitud frente a un gran edificio de construcción reciente con columnas de mármol blanco en la fachada, ante la que un sacerdote con una humilde túnica de arpillera extendía los brazos y lanzaba su mensaje—. ¿Quiénes de entre vosotros sienten que sus oraciones a los muchos dioses caen en saco roto?

—Las mías caen en saco roto tan a menudo que ya ni las hago —murmuró Rulf.

—¡No me sorprende! —exclamó el sacerdote—. ¡Porque no hay muchos dioses sino una! ¡Ni todas las artes de los elfos lograron romperla! ¡Los brazos de la Diosa Única y las puertas de su templo están abiertos a todos!

—¿Templo? —Yarvi frunció el entrecejo—. Ese edificio lo construyó mi madre para acuñar moneda. Iban a ser todas del mismo peso.

Pero ahora sobre el umbral destacaba el sol con siete rayos de la Diosa Única, la diosa del Alto Rey.

—¡Concede sin reservas su consuelo, su piedad y su refugio! —bramó el sacerdote—. ¡Lo único que pide es que la améis como ella os ama!

Nada escupió sobre los adoquines.

—¿Qué tendrán que ver los dioses con el amor?

—Las cosas han cambiado por aquí —dijo Yarvi, echando una última mirada al otro lado de la plaza y ciñéndose la capucha un poco más.

—A rey nuevo —dijo Sumael después de pasarse la lengua por el labio cortado—, formas nuevas.

MUCHO QUE GANAR

Oyeron la puerta abrirse y Yarvi se agarrotó. Oyeron pasos en el vestíbulo y Yarvi tragó saliva por una garganta cerrada. La puerta se abrió y Yarvi dio un paso temeroso hacia ella, apenas capaz de respirar...

Dos esclavos se agacharon para entrar, con las manos en la espada. Eran dos inglingos de hombros inmensos con collares de plata. Nada se encrespó y su acero brilló al desenvainarse.

—¡No! —exclamó Yarvi. Conocía a aquellos dos hombres. Eran esclavos de su madre.

Y la propietaria entró en la sala como una exhalación, seguida de Sumael.

Estaba igual que la recordaba.

Alta y firme, con el pelo dorado ungido de oro y cayendo en rizos relucientes. Llevaba pocas joyas, pero eran de un tamaño desmesurado. La gran Llave de la Reina, la que abría el tesoro de Gettlandia, ya no pendía de su cadena; en su lugar había una más pequeña, con oscuros rubíes engarzados como gotas de sangre vertida.

Quizá a Yarvi le había costado convencer a sus compañeros de que era rey, pero, por el contrario, su madre llenó aquella sala pequeña hasta rebosar con una majestuosidad natural.

—Dioses —dijo Rulf con un hilo de voz, hizo una mueca y cayó de rodillas, seguido por la hermana Owd, Jaud y Sumael, así como por los dos esclavos, que se apresuraron a imitarlos. Nada se arrodilló el último, la punta de la espada y los ojos en el suelo, dejando en pie únicamente a Yarvi y a su madre.

Laithlin ni siquiera dio muestras de reconocer que había alguien más con ellos. Miraba fijamente a Yarvi, igual que él a ella, como si estuvieran solos. Avanzó hacia él sin sonreír ni torcer el gesto hasta que se encontraron a un paso, y a Yarvi le pareció tan hermosa que posar la vista en ella lastimaba los ojos, y notó el ardor de las lágrimas.

—Mi hijo —susurró, y lo atrajo a sus brazos—. Mi hijo. —Y apretó tanto a

Yarvi que casi le hizo daño, y las lágrimas de ella le mojaron la cabeza mientras las de él le mojaban a ella el hombro.

Yarvi había vuelto a casa.

Pasó un tiempo antes de que su madre lo soltara para contemplarlo a un brazo de distancia y secarse las mejillas con cuidado. Yarvi reparó en que ya no tenía que estirar el cuello para mirarla. Había crecido, pues. De muchas formas distintas.

—Parece que tu amiga decía la verdad —dijo Laithlin.

Yarvi asintió despacio con la cabeza.

—Estoy vivo.

—Y has aprendido a ceñirte la hebilla de la capa —añadió mientras le daba un tirón de prueba y comprobaba que no cedía.

Laithlin escuchó en silencio la historia de Yarvi.

Escuchó en silencio el relato de la incursión y la quema de Amwend. De la traición de Odem y la larga caída de Yarvi al implacable mar.

«¿De verdad Gettlandia va a tener medio rey...?»

Escuchó en silencio cómo su hijo se convirtió en esclavo y se vendió como esclavo, y solo se movieron sus ojos hacia las tenues cicatrices del cuello de Yarvi.

«Menudos despojos más inmundos.»

En silencio lo oyó escapar, sufrir la larga odisea en el hielo, luchar por su vida en la ruina élfica, y Yarvi no podía dejar de pensar en la canción grandiosa que le compondrían si vivía el tiempo suficiente para encargarla.

«No se puede esperar que todos los héroes sobrevivan en las grandes canciones.»

Cuando llegó a la muerte de Ankran y a la de Shadikshirram, Yarvi pensó en el cuchillo rojo que empuñaba, en sus gruñidos y los de ella, y se le agarrotó la garganta, cerró los ojos y no pudo continuar.

«Puede que hagan falta dos manos para luchar contra alguien, pero con una sobra para apuñalarle por la espalda.»

Entonces notó la mano de su madre sobre la suya.

—Estoy orgullosa de ti. Tu padre habría estado orgulloso de ti. Lo único que importa es que has vuelto conmigo.

—Ha sido gracias a estos cuatro —dijo Yarvi, tragando amarga saliva.

Laithlin contempló a los compañeros de su hijo con mirada evaluadora.

—Os lo agradezco a todos.

—No tiene importancia —dijo Nada entre dientes, sin apartar los ojos del suelo ni mostrar el rostro oculto tras su maraña de pelo.

—Ha sido un honor —dijo Jaud con una inclinación de cabeza.

—No podríamos haberlo conseguido sin él —murmuró Rulf.

—Ha sido un condenado incordio legua tras legua —bromeó Sumael—. Si tuviera que repetir, lo abandonaría en el mar.

—Y entonces, ¿dónde encontrarías un barco que te llevara a casa? —preguntó Yarvi con una gran sonrisa.

—Bueno, supongo que tendría que haber pensado en alguna otra cosa —respondió ella, devolviéndosela.

La madre de Yarvi no sonrió con ellos, sino que analizó con detenimiento y sin perder detalle de cómo se miraban, y entrecerró los ojos.

—¿Qué es mi hijo para ti, chica?

Sumael parpadeó y la tez oscura de sus mejillas ganó más color.

—Yo...

Era la primera vez que Yarvi la veía quedarse sin palabras.

—Ella es mi amiga —dijo—. Arriesgó su vida para salvar la mía. Es mi compañera de remo. —Se quedó callado un momento—. Es familia mía.

—¿Ah, sí? —La Reina Dorada seguía traspasando con la mirada a Sumael, que había pasado a observar el suelo con intenso interés—. En ese caso, también debe de ser familia mía.

En realidad, Yarvi estaba todo menos seguro de lo que representaban el uno para el otro, y tenía muy pocas ganas de averiguarlo delante de su madre.

—Aquí las cosas han cambiado. —Señaló con la cabeza la ventana, por la que llegaban tenues las súplicas del sacerdote de la Diosa Única.

—Aquí se ha derrumbado todo. —La mirada de Laithlin volvió a él, más iracunda que nunca—. Aún no me había quitado el negro por tu muerte cuando llegó un águila a la madre Gundring, con una invitación a la boda del Alto Rey en Casa Skeken.

—¿Y fuiste?

Laithlin dio un bufido.

—Era, y sigo siendo, reacia a acudir.

—¿Por qué?

—Porque la madre Wexen pretende que yo sea la novia, hijo.

Yarvi era todo ojos.

—Vaya.

—Sí, vaya. Quieren encadenarme a la llave de ese desecho mustio y obligarme a trenzar paja en oro. Y mientras tanto, la serpiente de tu tío y la lombriz de su hija me entorpecen a cada paso y hacen todo lo posible para destruir lo que construí aquí.

—¿Isriun? —murmuró Yarvi con una leve nota chillona en la voz. Estuvo a punto de añadir: «Mi prometida», pero decidió morderse la lengua tras dirigir una mirada a Sumael.

—Ya sé su nombre —dijo su madre con voz seca—, pero prefiero no usarlo. Rompen acuerdos que costó años forjar, hacen que amigos que ha costado ganarse se conviertan al instante en enemigos, requisan los bienes de mercaderes extranjeros y los apartan del mercado. Si se proponían arruinar Gettlandia, no ha podido salirles mejor. Han donado mi casa de la moneda como templo para la falsa diosa del Alto Rey, ¿lo has visto?

—Sí, algo sabía...

—Una Diosa que se alza sobre todos los demás, igual que un Alto Rey se sienta sobre todos los demás. —Dejó escapar una carcajada amarga que sobresaltó a Yarvi—. Me opongo a ellos, pero estoy perdiendo terreno. No comprenden las reglas del campo de batalla, pero tienen la Silla Negra. Y tienen la llave del tesoro. Me opongo a ellos cada día, con todas las armas y todas las estrategias...

—Salvo la espada —farfulló Nada sin levantar los ojos.

La madre de Yarvi le clavó su mirada como una daga.

—Será lo siguiente. Pero Odem se toma muy en serio su seguridad, y lo respaldan todos los guerreros de Gettlandia. Yo cuento únicamente con dos veintenas de hombres fieles. Está Hurik...

—No —la interrumpió Yarvi—. Hurik es fiel a Odem. Intentó matarme.

Laithlin abrió los ojos.

—Hurik es mi Escudo Elegido. Nunca me traicionaría.

—A mí me traicionó sin pensárselo. —Yarvi recordó la sangre de Keimdal salpicándole la cara—. Créeme. No me resultará fácil olvidarlo...

Laithlin hizo una mueca feroz y apoyó un puño tembloroso en la mesa.

—Veré cómo se ahoga en la ciénaga. Pero para derrotar a Odem necesitaremos un ejército.

Yarvi se pasó la lengua por los labios.

—Tengo uno de camino.

—¿Perdí un hijo y he ganado un hechicero? ¿De dónde?

—De Vansterlandia —dijo Nada.

Se hizo un silencio pétreo.

—Ya veo. —La Reina Dorada desvió su mirada ígnea hacia la hermana Owd, quien aventuró una sonrisa de disculpa, carraspeó y bajó la vista al suelo. Poca gente posaba los ojos en otro sitio con Laithlin presente en la sala—. ¿Has establecido una alianza con Grom-gil-Gorm, con el hombre que mató a tu padre y te vendió como esclavo?

—Él no mató a mi padre. De eso estoy seguro. —O tres cuartas partes seguro, al menos—. Odem fue quien mató a tu marido y a tu hijo, su propio hermano y su propio sobrino. Y debemos aprovechar los aliados que nos trae el viento.

—¿Cuál fue el precio de Gorm?

Yarvi movió la lengua en su boca reseca. Debería haber sabido que la Reina Dorada no pasaría por alto ningún detalle de un acuerdo.

—Que me arrodille ante él como vasallo suyo.

Desde la esquina llegó un gruñido furioso de Nada.

La madre de Yarvi contrajo un párpado.

—¿Un rey hincando la rodilla ante su más odiado enemigo? ¿Qué opinará nuestro pueblo de ese acuerdo del demonio?

—Cuando Odem esté criando malvas, por mí pueden pensar lo que quieran. Prefiero ser rey de rodillas que mendigo de pie. Puedo levantarme más adelante.

Asomó media sonrisa a la comisura de los labios de la Reina Dorada.

—Eres mucho más hijo mío que de tu padre.

—Y orgulloso de serlo.

—Aun así, ¿estarías dispuesto a soltar a ese carnicero en Thorlby? ¿A convertir nuestra ciudad en matadero?

—Solo servirá de cebo para los guerreros de la ciudad —explicó Yarvi—. Los hará salir para dejar una guarnición mínima en la ciudadela. Entraremos por los túneles que hay bajo la roca, sellaremos la Puerta de los Alaridos y llegaremos a Odem cuando esté desprotegido. ¿Puedes reunir los hombres suficientes?

—Quizá. Creo que sí. Pero tu tío no es tonto. ¿Y si no muerde el anzuelo? ¿Y si retiene a sus hombres en la ciudadela y espera su momento a salvo?

—¿Y queda como un cobarde mientras el Rompeespadas se burla de él en su propia puerta? —Yarvi se inclinó en su asiento, mirando a su madre a los ojos—. No. Me he sentado donde se sienta él y sé cómo piensa. Odem no ocupa la Silla Negra desde hace mucho. No tiene grandes victorias de las que alardear. Lo que sí tiene es el recuerdo de mi padre y la leyenda de mi tío Uthil contra los que competir. —Y Yarvi sonrió, porque sabía lo que era estar siempre encogido a la sombra de un hermano mejor—. Odem no dejará pasar la oportunidad de hacer lo que sus hermanos nunca lograron, derrotar a Grom-gil-Gorm, y así demostrar que es un poderoso caudillo.

La sonrisa de su madre se ensanchó mientras Yarvi se preguntaba si alguna vez la había visto mirarlo con admiración.

—Quizá tu hermano recibiera más dedos de los que le correspondían, pero los dioses reservaron todo el ingenio para ti. Te has vuelto un hombre astucioso, Yarvi.

Estaba claro que la empatía, bien empleada, podía ser un arma mortífera.

—Los años que pasé aprendiendo para la Clerecía no fueron en balde. Aun así, la ayuda de alguien cercano a Odem nos lo facilitaría todo. La madre Gundring...

—No. Es la clériga de Odem.

—Es mi clériga.

Laithlin negó con la cabeza.

—Como mucho, tendría la lealtad dividida. ¿Quién sabe lo que juzgaría que es el bien mayor? Ya tenemos demasiados imprevistos que podrían salirnos mal.

—Pero tenemos mucho que ganar. Las grandes apuestas significan grandes riesgos.

—Así es. —La Reina Dorada se levantó, extendió sus faldas y miró a Yarvi maravillada—. ¿Cuándo se volvió mi hijo un jugador?

—Cuando su tío lo lanzó al mar y le robó su prerrogativa.

—Te subestimó, Yarvi. Como hice yo. Pero yo enmiendo mi error encantada. —Su sonrisa desapareció y su voz adquirió un matiz letal—. Él pagará el suyo con sangre. Envía tu ave a Grom-gil-Gorm, hermana. Dile que esperamos su llegada ansiosos.

La hermana Owd hizo una profunda reverencia.

—Así lo haré, mi reina, pero... cuando la envíe, ya no habrá vuelta atrás.

La madre de Yarvi dio una carcajada sombría.

—Pregunta a tu maestra si quieres, hermana. No soy de las que se echan atrás. —Alargó el brazo sobre la mesa y puso su fuerte mano sobre la débil de Yarvi—. Y mi hijo tampoco.

EN LA OSCURIDAD

—Esto es un riesgo exagerado —susurró Rulf, y la oscuridad amortiguó sus palabras.

—La vida es un riesgo —respondió Nada—. Toda ella, desde que nacemos.

—Aun así, se puede correr desnudo y chillando hacia la Última Puerta y se puede retroceder de puntillas.

—La Muerte nos hará pasar a todos hagamos lo que hagamos —dijo Nada—. Yo elijo ir de cara.

—¿Yo puedo elegir estar en otro sitio la próxima vez?

—Basta ya de riñas —susurró Yarvi—. Sois como perros viejos peleando por el último hueso.

—No todos podemos comportarnos como reyes —murmuró Rulf, no sin cierta ironía. Quizá cuando se veía cagar a un hombre en un cubo todos los días, costaba aceptar que se sentaba entre dioses y hombres.

Los cerrojos chirriaron por el óxido acumulado durante años y, con una lluvia de polvo, se abrió la puerta. Uno de los inglingos de la madre de Yarvi estaba agachado bajo el arco estrecho que había al otro lado, mirándolos con mala cara.

—¿Te han visto? —preguntó Yarvi.

El esclavo negó con la cabeza, dio media vuelta y empezó a subir la angosta escalera, con la espalda encorvada por culpa del techo bajo. Yarvi se preguntó si el hombre sería de fiar. Su madre opinaba que sí, pero también había confiado en Hurik. Yarvi tenía superada la idea infantil de que sus padres lo sabían todo.

Había superado toda clase de ideas en los últimos meses.

La escalera daba a una gran caverna con el techo irregular tallado en la roca, recubierto de dientes de cal, cada uno con su gotita de rocío colgando y brillando a la luz de sus antorchas.

—¿Estamos debajo de la ciudadela? —preguntó Rulf, echando un vistazo nervioso al inimaginable peso de la piedra que tenían encima.

—La roca está surcada de pasadizos —dijo Yarvi—, de antiguos túneles élficos y de sótanos más recientes. Hay puertas ocultas y mirillas. A veces algunos reyes, y todos los clérigos, quieren moverse sin ser vistos. Pero nadie conoce estos pasadizos tan bien como yo. Me pasé media infancia en las sombras, escondiéndome de mi padre o de mi hermano. Arrastrándome de un lugar solitario a otro. Viendo sin que me vieran y fingiendo que formaba parte de lo que veía. Inventándome una vida en la que no era un paria.

—Una historia triste —susurró Nada.

—Espantosa. —Yarvi recordó a su yo más joven, llorando en la oscuridad y deseando que alguien lo encontrara, aunque sabía que no le preocupaba a nadie lo suficiente para ir a buscarlo, y sacudió la cabeza, asqueado por su pasado de debilidad—. Pero aún podría tener un final feliz.

—Podría. —Nada dejó que una mano rozara la pared que tenían al lado. Era una lámina continua de piedra élfica, con miles de años de antigüedad pero lisa como si la hubieran levantado el día anterior—. Los hombres de tu madre entrarán por aquí a la ciudadela sin que los vean.

—Mientras los de Odem salen para enfrentarse a Grom-gil-Gorm.

El inglingo levantó la mano para indicarles que pararan.

El pasadizo terminaba en un foso redondo. Por encima se veía un pequeño círculo de luz; por debajo, el tenue relucir del agua. Tenía una escalera tallada, tan estrecha que Yarvi tuvo que subirla de lado, raspando la suave piedra élfica con los omóplatos y el borde de los peldaños con las puntas de sus botas mientras la frente se le perlaba de sudor. A mitad del ascenso oyeron un chapoteo que llegaba desde arriba y algo pasó por delante de la cara de Yarvi, que se encogió y podría haber caído si Rulf no le hubiera aferrado el brazo.

—No querrás que tu reinado acabe por culpa de un cubo.

Oyeron la salpicadura, muy abajo, y Yarvi dejó escapar un largo suspiro. Lo último que le hacía falta era volver a caer al agua fría.

Resonaron voces de mujeres, extrañamente nítidas.

—... Aun así se niega.

—¿Tú querrías casarte con ese viejo fofo si hubieras sido esposa de un hombre como Uthrik?

—Lo que ella quiera no tiene nada que ver. Si un rey se sienta entre dioses y hombres, el Alto Rey se sienta entre reyes y dioses. Nadie puede decirle que no para siempre...

Prosiguieron el ascenso. Más sombras, más escalones, más recuerdos vergonzosos, paredes de basta piedra erigidas por manos de hombres, que parecían más antiguas pero eran posteriores por milenios a los túneles de abajo, luz del día intermitente que entraba por las aberturas enrejadas cerca del techo.

—¿Cuántos hombres ha traído la reina? —preguntó Rulf.

—Treinta y tres —dijo el inglingo mirando hacia atrás—, de momento.

—¿Buenos hombres?

—Hombres. —El inglingo se encogió de hombros—. Matarán o morirán según su suerte.

—¿De cuántos podría decir Odem lo mismo? —preguntó Nada.

—De muchos.

—Estos vienen a ser la cuarta parte. —Yarvi se puso de puntillas para echar un vistazo a la luz más allá de una reja.

Habían establecido el cuadrado de entrenamiento del día en el patio de la ciudadela, bajo el antiguo cedro de una esquina. Los guerreros estaban practicando con los escudos, formando murallas y cuñas y desmontándolas, con el brillo del acero bajo el débil sol, su traqueteo contra la madera y el roce de pies arrastrándose. El viento frío le trajo las crispadas instrucciones con que el maestro Hunnan ordenaba encajar los escudos, mantener la posición junto al compañero de hombro y atacar bajo, con el mismo tono con que se las había ladrado a Yarvi, por poco bien que hicieran.

—Eso son muchos hombres —dijo Nada, propenso a quedarse corto.

—Bien entrenados y curtidos en batalla, y en su propio terreno —añadió Rulf.

—Mi terreno. —Las palabras salieron forzadas de los dientes apretados de Yarvi. Hizo avanzar a sus compañeros y notó que cada vez recordaba mejor cada escalón, cada piedra—. ¿Ves eso de ahí? —Hizo acercarse a Rulf y lo llevó a otra reja estrecha por donde se veía el único acceso a la ciudadela. Los portones de madera tachonada estaban abiertos y tenían guardias a los lados, pero en las sombras del interior de la arcada relucía el cobre bruñido—. La Puerta de los Alaridos —susurró.

—¿Por qué se llama así? —preguntó Rulf—. ¿Por los alaridos que daremos cuando esto salga mal?

—El nombre es lo de menos. La puerta cae desde arriba y aísla la ciudadela. Seis clérigos crearon el mecanismo, que se equilibra con un solo alfiler de plata. Está protegido a todas horas, pero hay una escalera oculta que lleva a la sala. Cuando llegue el día, Nada y yo nos llevaremos a una docena de hombres y la tomaremos. Rulf, tú subirás con arqueros al tejado y los dispondrás para usar de alfileteros a los guardias de mi tío.

—Seguro que quedarán preciosos.

—Cuando llegue el momento, retiraremos el alfiler, la puerta caerá y Odem se quedará encerrado en el interior. —Yarvi imaginó el horror en el rostro de su tío al ver descender la Puerta de los Alaridos y deseó, no por primera vez, que hacer algo fuese tan sencillo como decirlo.

—Odem estará encerrado... —Los ojos de Nada destellaron en la oscuridad—. Y nosotros también.

Oyeron vítores procedentes del patio cuando concluyó el último ejercicio. Un bando había ganado y el otro agachaba la cabeza.

Yarvi señaló con la suya al silencioso inglingo.

—El esclavo de mi madre os enseñará los caminos. Memorizadlos.

—¿Adónde vas tú? —preguntó Rulf, antes de añadir sin mucha seguridad—: Mi rey.

—Hay una cosa que debo hacer.

Conteniendo la respiración para que no lo traicionara ni el sonido más leve, Yarvi se adentró en la oscuridad mohosa hacia la puerta oculta que había entre las piernas del Padre Paz, acercó la cara a la mirilla alargada y contempló a escondidas el Salón de los Dioses.

Era antes del mediodía y el rey de Gettlandia estaba donde le correspondía, sentado en la Silla Negra. Daba la espalda a Yarvi, por lo que este no podía ver el rostro de Odem sino solo el contorno de sus hombros y el brillo del Círculo Real en su pelo. La madre Gundring estaba sentada en su banqueta a la derecha del monarca, con el brazo tembloroso por el esfuerzo de sostener su báculo de clériga.

Bajo la tarima, componiendo un mar de rostros mal iluminados, estaba la flor y nata de Gettlandia, o quizá la espina y la crema agria, con sus mejores hebillas y sus llaves lustrosas y los semblantes deformados en sonrisas serviles. Eran los mismos hombres y mujeres que habían sollozado cuando metieron en su túmulo al padre de Yarvi, los mismos que se habían preguntado si volverían a ver a otros como él. No sería en el patético tullido que era su hijo menor, eso desde luego.

Y de pie, con la espalda recta sobre los escalones que llevaban a la silla y el enorme Hurik a su espalda, estaba la madre de Yarvi.

No veía la cara de Odem pero sí oyó la voz del falso rey retumbar en aquel espacio sagrado. Una voz tan calmada y razonable como siempre. Tan paciente como el invierno, y en efecto Yarvi sintió un escalofrío invernal al percibir su timbre.

—¿Podría preguntar a nuestra honorable hermana cuándo pretende viajar a Casa Skeken?

—Tan pronto como me sea posible, mi rey —respondió la madre de Yarvi—. Tengo asuntos urgentes de negocios que...

—Ahora la llave del tesoro está en mi cuello.

Yarvi se acercó al extremo de la rendija y vio a Isriun sentada al otro lado de la Silla Negra. Su prometida. Por no mencionar que también la de su hermano. La llave del tesoro de Gettlandia pendía de su cuello y, a todas luces, pesaba mucho menos que lo que una vez temió.

—Puedo resolver yo esos asuntos, Laithlin —añadió Isriun.

Ya no sonaba como la chica nerviosa que le había hecho promesas con voz trémula en aquella misma cámara. Yarvi recordó el brillo de sus ojos cuando tocó la Silla Negra, y los vio brillar en aquel momento mientras miraba a su padre, sentado en ella.

Al parecer, Yarvi no era el único que había cambiado desde que se embarcó hacia Amwend.

—Resolvedlos pronto —llegó la voz de Odem.

—Y os alzaréis como Alta Reina sobre todos nosotros —añadió la madre Gundring, elevando su báculo durante un breve instante y haciendo relucir el oscuro metal élfico.

—O me arrodillaré para llevar las cuentas de la abuela Wexen —replicó la madre de Yarvi con voz seca.

Hubo un momento de silencio y luego Odem dijo, con suavidad:

—Hay destinos mucho peores, hermana. Debemos cumplir con nuestro deber. Debemos hacer lo que sea mejor para Gettlandia. Ocupaos de ello.

—Mi rey —se obligó a decir ella con la mandíbula tensa mientras se inclinaba, y aunque Yarvi había soñado con ello en muchas ocasiones, verla humillada le provocó una ira ardiente.

—Y ahora, dejadme con los dioses —dijo Odem, despidiendo con un gesto a sus sirvientes.

Las puertas se abrieron, los grandes hombres y mujeres se inclinaron en señal de inacabable respeto y desfilaron hacia la luz del exterior. La madre de Yarvi se marchó con ellos, con Hurik a su lado, seguidos de la madre Gundring y, por último, de Isriun, quien volvió la cabeza para sonreír a su padre desde el umbral como una vez había sonreído a Yarvi.

Las puertas se cerraron con gran estruendo, cuyos ecos murieron y dejaron paso a un denso silencio. Odem se levantó de la Silla Negra con un quejido, como si estar sentado en ella lo quemara. Se dio la vuelta, y Yarvi tuvo que concentrarse para seguir respirando.

La cara de su tío era tal como la recordaba. Poderosa, con los pómulos marcados y la barba plateada. Sus rasgos se parecían mucho a los del padre de Yarvi, pero en los de Odem había una blandura y una preocupación que Yarvi nunca vio en el rostro del rey Uthrik aun siendo su hijo.

El odio habría debido inundarlo y llevarse por delante todos los miedos de Yarvi, ahogar sus insistentes dudas sobre si arrancar la Silla Negra de las garras de su tío valía toda la sangre que sin duda costaría.

Pero al ver el rostro de su enemigo, asesino de su familia y ladrón de su reino, a Yarvi lo traicionó el corazón y lo que sintió, de entre todo lo que habría podido sentir, fue una oleada de amor que lo dejó sin aliento. Amor al único miembro de su familia que lo había tratado con gentileza, que le había dado cariño, que le había transmitido que era digno de afecto. Entonces lo abrumó una inmensa pena por la pérdida de aquel hombre, que le arrasó en lágrimas los ojos y le hizo raspar sus nudillos deformes contra la piedra fría que los separaba y odiarse por ser tan débil.

—¡Dejad de mirarme!

Yarvi se apartó de la rendija; fue un acto reflejo. No obstante, Odem tenía la mirada fija en las alturas. Se paseó por la estancia, y sus pasos resonaron en la aterciopelada penumbra de aquel gran salón.

—¿Me habéis abandonado? —gritó—. ¿Como yo os he abandonado a vosotros?

Hablaba a las figuras de ámbar que circundaban la cúpula. Hablaba a los dioses, y su voz quebrada era cualquier cosa menos tranquila. Se quitó el Círculo Real que una vez llevó Yarvi y, con una mueca, se frotó las marcas que le había dejado en la frente.

—¿Qué otra cosa podía hacer? —dijo en voz tan baja que Yarvi apenas la entendió—. Todos servimos a alguien. Todo tiene un precio.

Y Yarvi pensó en las últimas palabras que le había dicho Odem, afiladas

como cuchillos en su memoria.

«Habrías sido un gran bufón. Pero ¿de verdad va a casarse mi hija con un manco debilucho, un cachorro tullido al que su madre maneja como quiere?»

Y entonces a Yarvi le bulló el odio, incandescente y tranquilizador. ¿Acaso no había pronunciado un juramento? Por su padre. Por su madre.

Por él mismo.

Con un tintineo casi inaudible, la punta de la espada de Shadikshirram se separó de la vaina y él apretó su contrahecho puño izquierdo contra la puerta oculta. Un buen empujón la haría abrirse, como bien sabía. Un empujón, tres pasos y un mandoble podían acabar con todo aquello. Se lamió los labios, recorrió la empuñadura con la mano, cuadró los hombros, notó los latidos del corazón en las sienes...

—¡Basta! —bramó Odem, y Yarvi se quedó petrificado entre los ecos. Su tío había recogido el Círculo Real y se lo había vuelto a encajar en la cabeza—. ¡Lo hecho hecho está! —Levantó un puño a los dioses de las alturas—. Si no queríais que ocurriese, ¿por qué no me detuvisteis?

Dio media vuelta y salió de la estancia dando zancadas.

—Me envían a mí para hacerlo —susurró Yarvi, devolviendo la espada de Shadikshirram a su vaina.

No era el momento. Todavía no. No podía ser tan fácil. Pero sus dudas se habían disipado.

Aunque tuviera que inundar Thorlby de sangre...

Odem debía morir.

LA LUCHA DE UN AMIGO

Yarvi forcejeó con el remo, consciente de que el látigo pendía sobre él. Tiró y gruñó, haciendo fuerza hasta con el muñón del dedo de su mano inútil, pero ¿cómo podría moverlo él solo?

La Madre Mar irrumpió con estruendo en la cubierta del *Viento del Sur*, y Yarvi dio manotazos torpes y desesperados a la escalerilla, vio a los hombres tirando de sus cadenas para inspirar una última bocanada de aire mientras el nivel del agua subía por encima de sus caras.

—Los niños espabilados y los bobos se ahogan exactamente igual —dijo Trigg mientras manaba sangre del limpio tajo en su cráneo.

Yarvi dio otro paso trastabillante en la nieve cruel, resbaló y casi perdió el equilibrio en una piedra caliente y suave como el cristal. Por mucho que corriera, los perros seguían pisándole los talones.

Grom-gil-Gorm enseñó sus dientes rojos, su rostro con franjas de sangre y los dedos de Yarvi, que llevaba ensartados en su collar.

—Ya llego. —Su voz sonó como una campanada—. ¡Y la Madre Guerra viene conmigo!

—¿Estáis dispuesto a arrodillaros? —preguntó la madre Scaer, con los brazos cubiertos de brazaletes élficos y los cuervos de sus hombros riendo, riendo.

—Ya está de rodillas —dijo Odem, con los codos apoyados en los negros brazos de la Silla Negra.

—Siempre lo ha estado —intervino Isriun, sonriendo, sonriendo.

—Todos servimos a alguien —matizó la abuela Wexen, con un brillo voraz en los ojos.

—¡Basta! —exclamó Yarvi con un susurro—. ¡Basta!

Y abrió la puerta oculta de un manotazo y blandió la espada curva. Los ojos de Ankran casi se salieron de sus órbitas cuando lo atravesó el filo.

—El acero es la respuesta —chilló.

Shadikshirram gruñó y sacó los codos, y Yarvi le dio puñetazos y más puñetazos, y el metal arrancó una canción húmeda a la carne y ella le sonrió por encima del hombro.

—Ya viene —susurró—. Ya viene.

Yarvi despertó sudado, enredado con las mantas, apuñalando el colchón.

Un rostro demoníaco se alzaba sobre él, hecho de llama y sombra y hedor a humo. Se apartó y luego ahogó un grito de alivio al comprender que era Rulf, con una antorcha en la oscuridad.

—Grom-gil-Gorm ya viene —dijo.

Yarvi se desembarazó de las mantas. Los sonidos llegaban distorsionados a través de los postigos de la ventana. Golpes. Gritos. Repicar de campanas.

—Ha cruzado la frontera con más de mil hombres. Podrían ser cien mil, según el rumor al que hagas caso.

Yarvi parpadeó varias veces para intentar alejar el sueño.

—¿Tan pronto?

—Avanza raudo como el fuego y siembra su mismo caos. Los mensajeros han podido superarlo por los pelos. Está solo a tres días de la ciudad. Thorlby es un avispero.

En el piso de abajo, la grisura tenue del amanecer se filtraba entre los postigos e iluminaba unos rostros blanquecinos. A Yarvi le cosquilleó la nariz al percibir un sutil olor a humo. A humo y a miedo. Llegó la voz amortiguada del sacerdote, que exhortaba al pueblo con voz trémula para que se arrodillara ante la Diosa Única y recibiera la salvación.

Para que se arrodillara ante el Alto Rey y recibiera la esclavitud.

—Tus cuervos vuelan veloces, hermana Owd —dijo Yarvi.

—Ya os dije que lo harían, mi rey.

Yarvi torció el gesto al oír el tratamiento. Todavía le sonaba a broma. Porque era broma, y lo sería hasta que Odem hubiera muerto.

Miró las caras de sus compañeros de remo. Sumael y Jaud albergaban sus propios miedos. Nada hacía gala de una sonrisa ansiosa y del acero brillante de su espada, ambos desenvainados.

—Esta es mi lucha —dijo Yarvi—. Si alguno de vosotros quiere marcharse, no se lo tendré en cuenta.

—Mi acero y yo estamos atados por un juramento. —Nada limpió una mota de polvo del filo con la yema del pulgar—. La única puerta que me detendrá es la Última.

Yarvi asintió y agarró el brazo de Nada con su mano buena.

—No fingiré que comprendo tu lealtad, pero la agradezco de todos modos.

A los otros les costó más unirse a la causa.

—Mentiría si dijera que no me preocupan los números —expuso Rulf.

—Te preocupaban en la frontera —observó Nada—, y allí terminamos quemando los cadáveres de nuestros enemigos.

—Y el de nuestro amigo. Y al momento nos capturó un puñado de vansterlandeses furiosos. De nuevo intervienen los vansterlandeses furiosos, y como este plan falle dudo mucho que la labia vuelva a salvarnos, por mucho pico de oro que tenga nuestro joven rey.

Yarvi apoyó su palma retorcida en el pomo de la espada de Shadikshirram.

—Entonces, nuestro acero deberá hablar por nosotros.

—Fácil de decir cuando aún no se ha desenfundado. —Sumael frunció el ceño y miró a Jaud—. Creo que deberíamos partir hacia el sur antes de que las espadas empiecen a hablar.

Jaud miró a Yarvi, a Sumael, de nuevo a Yarvi, y relajó sus enormes hombros. «Los sabios esperan su momento, pero nunca lo dejan pasar.»

—Podéis iros con mis bendiciones, pero preferiría teneros a mi lado —dijo Yarvi—. Juntos desafiamos al *Viento del Sur*. Juntos escapamos de él. Juntos afrontamos el hielo y lo superamos. También superaremos esto. Juntos. Dad solo una brazada más conmigo.

Sumael parpadeó mirando a Jaud y se acercó a él.

—Tú no eres guerrero ni rey. Eres panadero.

Jaud miró a Yarvi de reojo y suspiró.

—Y remero.

—No por elección.

—Poco de lo que importa en la vida sucede por elección. ¿Qué clase de remero abandona a su compañero?

—¡Esta no es nuestra lucha! —susurró Sumael en tono grave y apremiante.

Jaud se encogió de hombros.

—La lucha de mi amigo es mi lucha.

—¿Qué pasa con la mejor agua del mundo?

—Será igual de buena después. Tal vez mejor. —Y Jaud dedicó una leve sonrisa a Yarvi—. Si te toca levantar una carga, más te vale levantarla que echarte a llorar.

—Podríamos acabar llorando todos. —Sumael dio un paso lento hacia Yarvi, con sus ojos oscuros clavados en los de él. Acercó una mano a la suya, y Yarvi notó un nudo en la garganta—. Por favor, Yorv...

—Me llamo Yarvi.

Y aunque le doliera hacerlo, respondió a los ojos de Sumael con una mirada dura como el pedernal, igual que la que podría haberle devuelto su madre. Le

habría gustado cogerle la mano. Tenerla en la suya como cuando estaban en la nieve. Dejar que se lo llevara a la Primera Ciudad y ser Yorv de nuevo, y al cuerno la Silla Negra.

Le habría encantado cogerle la mano, pero no podía permitirse tal debilidad. Ni por ella ni por nada. Había hecho un juramento y necesitaba a sus compañeros de remo a su lado. Necesitaba a Jaud. La necesitaba a ella.

—¿Qué dices tú, Rulf? —preguntó.

Rulf movió los labios, plegó la lengua y escupió con precisión por la ventana.

—Cuando el panadero lucha, ¿qué puede hacer el guerrero? —Su amplio rostro se fundió en una sonrisa—. Mi arco es tuyo.

Sumael dejó caer la mano y bajó la mirada, con una mueca en sus labios cortados.

—La Madre Guerra gobierna, pues. ¿Qué puedo hacer yo?

—Nada —dijo Nada, sin más.

EL ENVITE DE LA MADRE GUERRA

El palomar aún coronaba una de las torres más altas de la ciudadela, aún estaba cubierto completamente por siglos de excrementos y por sus muchas ventanas aún se colaba un viento helado. Más gélido que nunca.

—Dioses, qué frío —murmuró Yarvi.

Sumael seguía mirando por su catalejo, los labios apretados en una línea dura.

—¿Quieres decir que nunca has tenido más frío?

—Sabes que sí. —Los dos lo habían tenido, expuestos al hielo mortal. Pero entonces parecía que hubiera una chispa entre ellos dos que le daba calor. Yarvi había apagado esa chispa a conciencia—. Lo siento —dijo, aunque sonó como un murmullo reticente. Ella se quedó callada y Yarvi empezó a divagar—: Por lo que te dijo mi madre, por pedir a Jaud que se quedara, por no...

Sumael tensó la mandíbula.

—Me parece que un rey nunca debería disculparse.

Yarvi hizo una mueca al oírlo.

—Soy el mismo hombre junto al que dormías en el *Viento del Sur*. El mismo hombre junto al que caminaste en la nieve. El mismo hombre...

—¿De verdad? —Sumael por fin lo miró, pero no había ternura en sus ojos—. Allí, encima de la colina. —Le pasó el catalejo—. Humo.

—Humo —chilló una paloma—, humo.

Sumael la miró con recelo, y desde sus jaulas de las paredes las demás le devolvieron la mirada sin parpadear. Solo el águila de bronce, enorme y regia, que debía de haber enviado la abuela Wexen con otra oferta, o más bien exigencia, de matrimonio para la madre de Yarvi, siguió atusándose el plumaje con orgullo y no se dignó a bajar la cabeza.

—Humo, humo, humo...

—¿Puedes hacer que callen? —preguntó Sumael.

—Repiten partes de los mensajes que las han entrenado para recitar —dijo Yarvi—. No te preocupes. No los entienden.

Pero mientras todas aquellas docenas de ojos se volvían hacia él como uno solo, mientras las cabezas se ladeaban con atención, de nuevo se vio obligado a dudar si entenderían las cosas mejor que él. Se fue hacia la ventana, se acercó y vio la voluta torcida de humo recortada contra el cielo.

—Por ahí hay una granja.

Su propietario había formado parte de la procesión de retuercemanos en el funeral de su padre. Yarvi intentó no preguntarse si aquel hombre habría estado en su granja cuando llegó Grom-gil-Gorm de visita. Y en caso de que no, quién habría habido allí para recibir a los vansterlandeses y qué les habría pasado desde entonces.

«Un buen clérigo sopesa el bien mayor —solía decir la madre Gundring— y aspira al mal menor.» Sin duda, un buen rey tampoco podía proceder de otra forma.

Apartó el catalejo de la granja en llamas, escrutó el horizonte irregular y captó el reflejo del sol sobre el acero.

—Guerreros.

Bajaban por el camino del norte, extendiéndose desde una hendidura en las colinas. Desde tan lejos, el ejército parecía deslizarse como un chorro de melaza en invierno, y Yarvi se sorprendió mordiéndose el labio y deseando que corrieran más.

—El rey de Gettlandia —susurró para sí— metiendo prisa a un ejército de vansterlandeses que avanza hacia Thorlby.

—Los dioses cocinan extrañas recetas —dijo Sumael.

Yarvi levantó la mirada a la cúpula del techo y a los dioses pintados en ella como aves de colores desvaídos. Aquel Que Lleva El Mensaje. Aquella Que Agita

Las Ramas. Aquella Que Pronunció La Primera Palabra Y Pronunciará La Última. Y pintada con alas rojas en el centro, sonriendo entre la sangre, la Madre Guerra.

—Te he rezado pocas veces, lo sé —susurró Yarvi a su imagen—. Siempre he sido más partidario del Padre Paz. Pero concédeme la victoria en este día. Devuélveme la Silla Negra. Me has puesto a prueba y estoy preparado. Ya no soy el necio que era, ni el cobarde, ni el crío. Soy el rey legítimo de Gettlandia.

Una de las palomas aprovechó el momento para liberar una sucesión de plastas que salpicaron en el suelo a su lado. ¿Serían la respuesta de la Madre Guerra?

Yarvi hizo rechinar los dientes.

—Si eliges no hacerme rey, si eliges enviarme hoy por la Última Puerta, al menos permite que cumpla mi juramento. —Apretó los puños, por poca cosa que fueran, hasta tener blancos los nudillos—. Concédeme la vida de Odem. Concédeme la venganza. Con eso me daré por satisfecho.

No fue una plegaria constructiva como las que se enseñaban a los clérigos. No fue una oración de entrega ni de creación, pero la entrega y la creación no significaban nada para la Madre Guerra. Ella tomaba, destruía, enviudaba. Solo le importaba la sangre.

—El rey debe morir —dijo entre dientes.

—¡El rey debe morir! —chilló el águila, irguiéndose y extendiendo las alas hasta ocupar toda la jaula y dar la sensación de que oscurecía el palomar entero—. ¡El rey debe morir!

—Es la hora —anunció Yarvi.

—Bien —dijo Nada a través de la larga rendija del yelmo que le cubría casi toda la cara. Su voz resonó metálica.

—Bien —corearon los dos inglingos, uno de los cuales hacía girar un hacha inmensa en las manos como si fuese un juguete.

—Bien —murmuró Jaud, pero sin la menor satisfacción. Parecía incómodo en su ropa de combate prestada, y aún más incómodo con el aspecto de sus hermanos de armas, agachados en las sombras profundas del túnel élfico.

La verdad era que a Yarvi tampoco le inspiraban demasiada confianza. Se trataba de una compañía compuesta por lo peor de cada casa, que el oro de su madre había atraído a la causa de Yarvi. Todas las tierras que rodeaban el mar Quebrado, y algunas mucho más lejanas, habían aportado al menos uno de sus peores hijos. Eran canallas y asesinos, saqueadores del mar y presidiarios, varios de ellos con sus delitos tatuados en la frente. Uno, el del ojo lloroso, tenía la cara llena de garabatos azules. Eran hombres sin rey ni honor, sin conciencia ni causa. Por no mencionar a las tres terroríficas mujeres shendas, armadas como guerreros y con los brazos de un cantero, que se divertían enseñando sus dientes limados y puntiagudos a cualquiera que mirara en su dirección.

—No son los primeros en los que pensaría para confiarles mi vida —masculló Rulf, apartando la mirada con cautela.

—¿Qué se puede decir de una causa —murmuró Jaud— cuando todos los hombres decentes luchan en el otro bando?

—Hay muchas tareas que requieren hombres decentes. —Nada se ajustó el yelmo con gestos meticulosos—. Asesinar a un rey no se cuenta entre ellas.

—Esto no es un asesinato —protestó Yarvi con rabia—. Y Odem no es un rey verdadero.

—Chis —dijo Sumael, y miró el techo.

Por la roca se filtraban sonidos tenues. Gritos, tal vez, y el entrechocar de armas. Una vaga sensación de alarma.

—Saben que han llegado nuestros amigos.

Yarvi se tragó un manojo de nervios.

—A vuestros puestos.

Tenían los planes bien ensayados. Rulf se llevó a una docena de hombres diestros con el arco. Cada inglingo se llevó otra docena a escondrijos desde los que podían salir al patio con rapidez. La docena restante siguió a Yarvi y a Nada por la

escalera de caracol, hacia la sala de la cadena que dominaba la única entrada a la ciudadela. Hacia la Puerta de los Alaridos.

—Sed cautos —susurró Yarvi, que se había detenido frente a la puerta oculta, aunque casi tenía la garganta demasiado agarrotada para hablar—. Los hombres de dentro no son nuestros enemigos...

—Hoy tendrán que servir como tales —dijo Nada—. Y la Madre Guerra odia la cautela.

Abrió la puerta de una patada y se lanzó al interior.

—¡Mierda! —Yarvi agachó la cabeza y lo siguió.

La sala de la cadena era un lugar sombrío, con la escasa luz que entraba por las estrechas aspilleras y el estruendo de las pesadas botas que llegaba del pasaje inferior. Había dos hombres sentados a una mesa. Uno se dio la vuelta y dejó de sonreír al ver la espada desenvainada de Nada.

—¿Quién eres...?

El acero reflejó una franja de luz, y la cabeza del hombre se separó del cuerpo con un chasquido húmedo y cayó rodando a un rincón. Pareció una visión ridícula, como de espectáculo de marionetas en la feria de primavera, pero allí no había niños que rieran. Nada rebasó el cuerpo que caía, cogió al otro hombre por debajo del brazo cuando se levantaba y le atravesó el pecho con la espada. El guardia exhaló un aliento tembloroso y dio manotazos a la mesa, en la que descansaba un hacha.

Nada apartó la mesa con el movimiento preciso de una bota, retiró su espada y sentó con suavidad al hombre contra la pared, entre estremecimientos silenciosos mientras la Muerte le abría la Última Puerta.

—La sala de la cadena es nuestra.

Nada escrutó el fondo de la estancia, más allá de un arco, y luego cerró la puerta y echó el cerrojo.

Yarvi se arrodilló al lado del hombre agonizante. Lo conocía. O lo había conocido. Se llamaba Ulvdem. No había sido amigo suyo, pero tampoco de los que peor se portaban con él. Una vez había sonreído al oír un chiste de Yarvi y él se

había alegrado.

—¿Tenías que matarlos?

—No. —Nada se afanó en limpiar el filo de su espada—. Podríamos haber dejado que Odem reinara.

Los mercenarios se dispersaron sin dejar de mirar con rostros inquietos el objeto central de la sala, su objetivo, la Puerta de los Alaridos. Su parte inferior se hundía en el suelo y la superior cruzaba el techo, y entre ellas una muralla de cobre pulido brillaba suavemente, con los grabados de cien rostros que gritaban, berreaban, aullaban de dolor o miedo o rabia, fundidos unos con otros como reflejos en un estanque.

Sumael se la quedó mirando con los brazos en jarras.

—Creo que ya sé por qué la llaman la Puerta de los Alaridos.

—En qué cosa más horripilante depositamos nuestras esperanzas —dijo Jaud.

Yarvi rozó el metal con las puntas de los dedos, frío y de una solidez tremenda.

—Lo horripilante sería que te cayera en la cabeza, eso está claro.

Al lado de la inmensa losa, en torno a un poste que tenía tallados los nombres de quince dioses, había un batiburrillo de engranajes conectados, ruedas con inscripciones y cadenas enrolladas que ni siquiera su mente de clérigo alcanzaba a empezar a comprender cómo funcionaban. En el centro había un solo alfiler de plata.

—Esto es el mecanismo.

Jaud extendió un brazo hacia él.

—¿Solo hay que quitar el alfiler?

Yarvi le apartó la mano de un golpe.

—¡Cuando llegue el momento! En el último momento. Cuantos más

hombres de Odem hayan salido para enfrentarse a Gorm, más posibilidades tendremos.

—Tu tío va a hablar —avisó Nada desde un ventanuco.

Yarvi abrió el postigo de otro y miró el patio de debajo, la familiar extensión de verde entre las altas murallas grises, el cedro que desplegaba sus ramas a un lado. Había hombres reunidos en él, muchos de ellos armándose a toda prisa, otros muchos ya dispuestos para la batalla. Yarvi se sorprendió al ver cuántos eran. Calculaba unos trescientos, y sabía que otros muchos estarían preparándose fuera de la ciudadela. Por encima de ellos, en los marmóreos escalones del Salón de los Dioses, ataviado con pieles y malla plateada, con el Círculo Real en la frente, estaba Odem, el tío de Yarvi.

—¿Quién espera fuera de las murallas de Thorlby? —estaba vociferando a sus guerreros—. ¡Grom-gil-Gorm, el Rompeespadas! —Los hombres dieron pisotones al suelo y desataron una tempestad de insultos y desprecios—. ¡El asesino de Uthrik, vuestro rey, mi hermano! —Hubo un estallido de aullidos furiosos, y Yarvi tuvo que morderse la lengua para no unir su voz a aquella mentira—. ¡Pero, arrogante como es, ha traído pocos hombres consigo! ¡Nos asisten el derecho, el terreno, los números y la calidad! ¿Permitiremos que esa escoria de ejército permanezca un momento más a la vista de los túmulos de mis hermanos Uthrik y Uthil, del túmulo de mi abuelo Angulf Piehendido, Martillo de los Vansterlandeses?

Los guerreros entrechocaron las armas con los escudos y los escudos con las armaduras, y declararon a voz en grito que no lo permitirían.

El rey levantó una mano, su portaespada alzó su arma hacia ella, y Odem la desenfundó y la sostuvo en alto, librando el acero de las sombras y haciéndolo brillar tanto durante un instante que Yarvi tuvo que apartar la mirada.

—¡Pues honremos a la Madre Guerra y llevémosles un día rojo! ¡Dejemos nuestros muros a la espalda y avancemos, y que al final de la jornada las cabezas de Grom-gil-Gorm y sus perros vansterlandeses adornen nuestras puertas!

—Ya veremos la cabeza de quién termina sobre la muralla esta noche —dijo Yarvi, aunque sus palabras se ahogaron en el vítor con que respondieron los guerreros de Gettlandia. Los guerreros que deberían gritar en su honor.

—Van a luchar —observó Nada mientras los hombres empezaban a

abandonar el patio, llamados por secciones de la muralla de escudos, todos conscientes de su lugar, todos dispuestos a morir por su compañero de hombro—. Adivinaste cómo iba a pensar tu tío.

—No había nada que adivinar —reconoció Yarvi.

—Tu madre tenía razón. —Los ojos de Nada brillaron en la oscuridad de la rejilla de su yelmo—. Te has vuelto un hombre astucioso.

Los guerreros más jóvenes, algunos incluso menores que Yarvi, salieron primero, seguidos de los mayores y más expertos. El retumbar de sus pasos y el traqueteo de sus guarniciones al pasar bajo la Puerta de los Alaridos inundaron la sala de la cadena, mientras las sombras bailaban en las caras de los malhechores que servían a Yarvi, agachados para ver pasar por las rendijas del suelo a hombres mejores que ellos. Y con cada uno que cruzaba el pasaje, crecía la felicidad de Yarvi al saber que sus probabilidades iban mejorando, y crecía su miedo al saber que cada vez se acercaba más el momento de la verdad.

El momento de su venganza. O el momento de su muerte.

—El rey se mueve —dijo Sumael, oculta entre las sombras junto a otro ventanuco.

Odem caminaba con paso firme entre sus veteranos hacia la puerta, dándoles palmadas en los hombros, seguido de su portaespada, su portaescudo y su portaestandarte.

—Aún no es el momento —murmuró Nada.

—Ya lo sé —susurró Yarvi.

Las botas seguían pisoteando, los hombres salían de la ciudadela, pero aún quedaban demasiados en el patio.

¿Había soportado tanto, sufrido tanto, sacrificado tanto para que Odem se soltara del anzuelo tan campante en el último momento? Se frotó el muñón de dedo, con sudor hasta en las yemas de los pulgares.

—¿Tiro del alfiler? —preguntó Jaud.

—¡Aún no! —dijo Yarvi con un chillido, aterrorizado de que se los oyera por

las rendijas del suelo—. Aún no.

Odem siguió avanzando, y no tardaría mucho en perderse de vista por debajo del arco. Yarvi levantó la mano en dirección a Jaud, preparado para hacer caer con ella todo el peso de la Puerta de los Alaridos.

Aunque los condenara a todos.

—¡Mi rey! —La madre de Yarvi había salido a los escalones del Salón de los Dioses, con el corpulento Hurik a un lado y la madre Gundring encorvada sobre su báculo al otro—. ¡Mi hermano! —El tío de Yarvi se detuvo, ceñudo, y dio media vuelta—. ¡Odem, por favor, debemos hablar!

Yarvi casi no se atrevió ni a respirar, por si de algún modo alteraba el delicado equilibrio del momento. El tiempo se ralentizó mientras Odem miraba hacia la puerta, luego a la madre de Yarvi y por fin, renegando, emprendía el regreso hacia ella, con sus sirvientes a su espalda.

—Espera —siseó Yarvi, y un boquiabierto Jaud retiró los dedos del alfiler.

Yarvi se estiró hacia la aspillera hasta que el viento fresco lamió la pátina de sudor de su rostro, pero no alcanzó a oír lo que se decía en la escalinata del Salón de los Dioses. Laithlin se arrodilló ante Odem, se llevó las dos manos al pecho y agachó la cabeza con humildad. Quizá estuviera prorrumpiendo en miserables disculpas por ser tan tozuda, tan desagradecida con su hermano y con el Alto Rey. Quizá estuviera jurando obediencia y mendigando perdón. En ese momento, tomó la mano de Odem entre las suyas y apretó contra ella sus labios, y Yarvi sintió un escalofrío.

Su tío miró a la madre Gundring e hizo un levísimo asentimiento con la cabeza. Su clériga le devolvió la mirada y levantó los hombros un ápice. Entonces Odem tocó la mejilla de la madre de Yarvi y se alejó de ella, de nuevo en dirección a la puerta, de nuevo con la manada que formaban sus sirvientes y su guardia personal.

La última tanda de guerreros empezaba a seguir a sus hermanos al exterior de la ciudadela; no quedaban más de tres docenas en el patio. La madre de Yarvi entrelazó las manos con ademán brusco y alzó la mirada hacia la sala de la cadena, y a él le dio la impresión de que podían haber cruzado las miradas.

—Gracias, madre —susurró.

De nuevo alzó su mano deforme para que la viera Jaud. De nuevo observó a Odem mientras se acercaba a la puerta. Pero en esa ocasión, en lugar de ver que los dioses desbarataban todos sus planes, los vio ofreciéndole su oportunidad.

—Espera —susurró, con el cálido aliento haciéndole cosquillas en los labios—. Espera.

Había llegado el día. Había llegado la hora.

—Espera.

Había llegado el momento.

—Ya.

Cortó el aire con la mano deforme y, por débil que fuese, gracias al ingenio de seis clérigos de tiempos remotos, cayó con el peso de montañas. Jaud soltó el alfiler, zumbaron los engranajes, se tensó una cadena y de pronto quedó claro por qué la puerta se llamaba como se llamaba. Con el chirrido de todos los muertos en el infierno y una ráfaga de viento que arrancó el casco a Yarvi y lo estampó contra la pared, la Puerta de los Alaridos se precipitó a través del suelo.

Golpeó el pavimento de abajo con un estruendo que sacudió la ciudadela hasta sus cimientos perforados por túneles élficos, sellando la entrada con un peso metálico que hasta al Padre Tierra le costaría alzar.

El suelo tembló, se inclinó, y por un momento Yarvi temió que la misma estructura se derrumbara por aquel impacto brutal.

Se acercó dando tropezones a la rendija, sacudiendo la cabeza para intentar despejarse y quitarse el pitido de los oídos. El pasadizo de abajo estaba lleno de los más íntimos de Odem. Algunos trotaban con las palmas de las manos contra sus cabezas. Otros se afanaban en desenfundar sus armas. Algunos se apelotonaban contra la puerta, gritando en silencio, estúpidos, aporreando en vano las caras que chillaban. El falso rey estaba entre ellos, mirando hacia arriba. Sus ojos encontraron los de Yarvi y su cara perdió todo el color, como si hubiera visto un demonio que se hubiera abierto a zarpazos el camino de regreso por la Última Puerta.

Y Yarvi sonrió.

Entonces notó que alguien lo agarraba por el hombro.

Nada tiró de él mientras le gritaba en la cara pero, aunque Yarvi veía su boca moviéndose por la rendija del yelmo, solo entreoía un vago parloteo.

Lo siguió trastabillando por un suelo que volvía a equilibrarse, bajó la escalera de caracol rebotando en las paredes, empujado por los hombres que lo seguían. Nada abrió una puerta de par en par, creando un arco de brillo en la oscuridad, y salieron al espacio abierto.

LA ÚLTIMA PUERTA

En el patio de la ciudadela reinaba el caos.

Las armas subían y las astillas saltaban, el acero tañía y las bocas gritaban, las flechas silbaban y los cuerpos caían, todo ello en un silencio onírico.

Según los planes de Yarvi, los mercenarios de su madre habían salido en tropel de las puertas ocultas y habían atacado a los veteranos de Odem por la espalda, derribándolos donde estaban u obligándolos a desbandarse por el patio, que ya estaba salpicado de cuerpos que sangraban.

Pero los supervivientes de la primera oleada estaban presentando fiera batalla, repartida en horribles e íntimas escaramuzas a muerte. Parpadeando y sin oír, Yarvi vio a una shenda apuñalando a un hombre mientras él le rajaba una y otra vez la cara con el borde del escudo.

Yarvi vio que Rulf y sus arqueros también cumplían con su parte del plan, disparando una andanada de flechas desde los tejados. En silencio ascendieron y en silencio se clavaron en los escudos de la guardia personal de Odem, que había formado cerrada en torno a su rey. Un hombre recibió un flechazo en la cara y apenas pareció enterarse: siguió señalando el Salón de los Dioses con la espada y vociferando en silencio. Otro cayó, agarrando un asta que sobresalía de su costado e intentando apoyarse en la pierna de su compañero, quien se sacudió la mano de encima y cambió de posición. Yarvi los conocía a los dos; eran hombres de honor que habían montado guardia en la entrada del dormitorio del rey.

«La batalla vuelve animales a los hombres», solía decirle su padre. Yarvi vio a un matón con la palabra «cuatrero» tatuada en la mejilla acabar de un tajo con la vida de un esclavo. La jarra de agua que llevaba salió despedida y se estrelló contra una pared.

¿Podía ser aquello lo que había planeado? ¿Por lo que había rezado?

Había abierto la puerta de par en par y había suplicado a la Madre Guerra que aceptase su invitación. Ya no podía detenerlo, ni él ni nadie. Sobrevivir ya sería desafío suficiente.

Vio a Nada segar las piernas de un hombre, rajar la espalda de otro cuando se volvía para huir y empujar el escudo de un tercero hasta llevarlo al muro bajo del pozo, por donde cayó a las profundidades.

Sumido en un estupor sordo, sacó la espada de Shadikshirram de su vaina. Era lo que debía hacer un hombre en la batalla, ¿verdad? Dioses, cómo pesaba de repente. Los otros lo empujaron al pasar corriendo junto a él para sumarse a la locura, pero parecía que Yarvi hubiera echado raíces.

Vio las puertas abiertas del Salón de los Dioses y a los guardias de Odem alrededor del arco, agachados bajo sus escudos erizados de flechas y llevando al falso rey hacia las sombras.

Yarvi los señaló con su espada y gritó:

—¡Allí!

La sordera empezaba a remitir. Se le había pasado lo suficiente para oír unos pasos pesados y volverse a tiempo.

Pero no para hacer mucho más.

El acero dio contra el acero y la espada de Yarvi se movió en su mano, a punto de soltarse. Captó un atisbo de la cara llena de cicatrices de Hurik y entreoyó su ronco grito de guerra antes de que el hombretón le diera un leñazo con su escudo en el pecho, lo levantara por los aires y lo dejara tumbado y gimiendo en el suelo, a dos pasos de distancia.

Hurik miró a un lado y se volvió para detener con el escudo un hachazo tan potente que hizo saltar astillas. Jaud se había lanzado a la carga, vociferando y blandiendo el hacha como un leñador loco frente a un tocón. Hurik cedió terreno y tuvo que bloquear el segundo golpe, pero el tercero llegó lento y tuvo tiempo de adoptar una postura baja y desviarlo; el pesado filo pasó a un palmo de su hombro y se clavó en la hierba. La cabeza de Jaud bajaba detrás, y Hurik le asestó un buen golpe con el borde del escudo y le hizo perder el equilibrio, para luego arrancarle el hacha de la mano con un giro corto de su espada.

Por lo visto, un panadero no era rival para el Escudo Elegido de una reina, por muy buen hombre que fuera.

Se vieron los dientes blancos de Hurik entre su negra barba y su espada

brilló mientras daba la estocada, antes de hundirse en el costado de Jaud hasta la empuñadura.

—¡No! —chilló Yarvi, esforzándose por levantarse. Pero desear algo no siempre bastaba.

Jaud cayó de rodillas, con el semblante retorcido de dolor, y Hurik le apoyó una bota enorme en el hombro, sacó la espada de su cuerpo y tumbó a Jaud de espaldas. Se volvió hacia Yarvi.

—Terminemos lo que empezamos en Amwend.

Dio un paso adelante, con la espada roja en alto. A Yarvi le habría gustado enfrentarse a la Muerte con una sonrisa, pero pocos tenían el valor de hacerlo cuando se abría la Última Puerta para ellos, ni siquiera muchos de los reyes. Quizá los reyes los que menos. Retrocedió reptando, con la mano deforme levantada como si pudiera desviar el filo.

Hurik torció los labios.

—Menudo rey habrías sido...

—Eso ya lo veremos.

Alguien tiró hacia atrás de la cabeza de Hurik y le puso un filo de acero contra la barba entrecana. Era una daga, bruñida hasta adquirir un fulgor gélido. La cara de la madre de Yarvi, con los ojos entrecerrados y la mandíbula apretada, apareció junto a la de él.

—Suelta la espada, Hurik.

Él titubeó un instante, y Laithlin se acercó más y le susurró al oído:

—Me conoces. Mejor que la mayoría. ¿De verdad...? —Hizo girar el filo hasta que brotó una línea de sangre de su robusto cuello—. ¿De verdad dudas que sea capaz?

Hurik tragó saliva, se encogió al notar la barba de la garganta moviéndose contra el acero y dejó caer su arma al suelo. Yarvi se levantó con esfuerzo, recogió la espada de Shadikshirram y apoyó su punta contra el pecho de Hurik.

—Espera —le dijo su madre—. Contéstame a una pregunta antes, Hurik. Has sido mi Escudo Elegido durante diecinueve años. ¿Por qué rompiste tu juramento?

Los ojos de Hurik se posaron en Yarvi. Transmitían una sensación triste, quebrantada.

—Odem me dijo que o moría el chico o moríais vos.

—¿Y por qué no mataste a Odem allí mismo?

—¡Porque lo había decretado el Alto Rey! —exclamó Hurik casi sin voz—. Y la voluntad del Alto Rey se cumple. Mi juramento era protegeros a vos, Laithlin. —Echó atrás los hombros y cerró los ojos despacio—. No a vuestro hijo tullido.

—Pues considérate liberado del juramento.

Bastó un movimiento mínimo del cuchillo para que Yarvi tuviera que retroceder con la mejilla salpicada de sangre. Hurik se desplomó y dio con la cara en el suelo, y Yarvi se quedó mirándolo con la espada mal empuñada, parpadeando mientras el charco oscuro se extendía por la hierba.

La piel le ardía y le picaba. El aire le raspaba la garganta. Veía destellos, le pesaban los miembros, le dolía el pecho magullado. Solo quería sentarse, sentarse a oscuras y llorar.

Había muertos y heridos, por tajo de espada o punta de flecha, esparcidos por todo el patio donde Yarvi había jugado de pequeño. Preciosos escudos y espadas, reliquias de nobles casas, habían caído de manos muertas y yacían destrozados y sucios de sangre. Las puertas del Salón de los Dioses estaban cerradas a cal y canto, con los hombres que le quedaban a Yarvi agrupados alrededor. Rulf tenía una franja roja en la cara por un corte en el cuero cabelludo. Los dos enormes inglingos atacaban la puerta con sus hachas, pero la pesada madera resistía con firmeza.

Y contra el tronco del cedro bajo el cual el hermano de Yarvi se había burlado de él porque no se atrevía a treparlo, estaba sentado Jaud con la cabeza echada hacia atrás y las manos lacias en el regazo ensangrentado. Sumael estaba de rodillas a su lado, con el mentón gacho y los dientes apretados, agarrando la camisa ensangrentada de Jaud como si quisiera levantarlo. Como si pudiera cargar con él y ponerlo a salvo, como una vez la había cargado él a ella. Pero no había

lugar al que llevarlo, aunque hubiera tenido la fuerza.

No había lugar salvo al otro lado de la Última Puerta.

Y entonces Yarvi comprendió que la Muerte no hacía una reverencia ante cada persona que pasaba junto a ella, no alargaba un brazo con respeto para indicar el camino, no decía palabras profundas, no abría cerrojo alguno. La llave que llevaba al cuello nunca era necesaria, pues la Última Puerta nunca se cerraba. La Muerte hacía pasar al rebaño con impaciencia, sin importarle categoría, fama ni cualidades. Frente a la Última Puerta siempre había una cola que nunca menguaba, una procesión ciega e inagotable.

—¿Qué he hecho? —dijo Yarvi con un hilo de voz, dando un paso vacilante hacia Jaud y Sumael.

—Lo que tenías que hacer. —Su madre le agarró el brazo con dedos de hierro—. Ahora no hay tiempo de llorar a los muertos, hijo mío. Mi rey. —Tenía un lado de la cara pálido y el otro manchado de rojo, y en aquel momento era la viva imagen de la Madre Guerra—. Ve tras Odem. —Apretó más fuerte—. Mátalo y recupera la Silla Negra.

Yarvi endureció las facciones y asintió con la cabeza. No había vuelta atrás.

—¡Parad con las hachas! —ordenó a los inglingos—. Hay maneras mejores. —Los dos bajaron las armas y lo miraron sin aprecio—. Madre, quédate con ellos y vigila la puerta. Aseguraos de que no sale nadie.

—Hasta que Odem haya muerto.

—Nada, Rulf, reunid una docena de hombres y seguidme.

Rulf contempló entre jadeos la carnicería en que se había convertido el patio de la ciudadela. Los heridos y los agónicos, los lisiados y los sangrantes. Y Jaud, el valiente Jaud, que había luchado por su compañero de remo y estaba sentado con la espalda contra el tronco del cedro, sin remo del que tirar, sin carga que levantar, sin ánimos que dar nunca más a nadie.

—¿Quedará una docena capaz de luchar? —preguntó Rulf.

Yarvi le dio la espalda.

—Trae lo que haya.

UN ASIENTO SOLITARIO

—¿Preparados? —susurró Yarvi.

—Siempre —dijo Nada.

Rulf inclinó la cabeza a un lado y luego al otro, con la franja de sangre negra entre las sombras de su cara.

—No creo que vaya a estar más preparado que ahora.

Yarvi se llenó los pulmones de aire y, mientras lo soltaba con fuerza, levantó el pestillo con el pulpejo de su mano deforme, abrió la puerta oculta empujando con el hombro y salió a la sagrada amplitud del Salón de los Dioses.

La Silla Negra estaba vacía sobre su tarima, vigilada por los altos dioses con sus relucientes ojos de gemas. Por encima de ellos, en torno a la base de la cúpula, las figuras de los dioses menores contemplaban las miserias de la humanidad sin comentario, emoción ni mucho interés siquiera.

A Odem solo le quedaban diez hombres y estaban todos maltrechos y amontonados frente a las puertas, que daban leves sacudidas con cada golpe en la otra cara. Dos de ellos intentaban apuntalarlas con lanzas. Otros dos habían tirado al suelo las ofrendas sagradas de un altar y lo estaban arrastrando hacia la entrada a modo de barricada. Los demás estaban sentados y perplejos o en pie y aturdidos, preguntándose cómo su rey podía haberse dejado sorprender por una compañía de matones en el corazón de su propia ciudadela. La madre Gundring estaba agachada al lado de Odem, atendiendo el brazo herido de su portaestandarte.

—¡A mí! —chilló el rey cuando vio que Yarvi irrumpía en el salón.

Los hombres rodearon a su señor y alzaron sus escudos frente a él con las armas dispuestas. El guerrero de la flecha en la cara la había partido, y el asta sangrienta le sobresalía de la mejilla. Había estado tambaleándose apoyado en su espada, pero la levantó y señaló a Yarvi con su punta temblorosa.

Nada apareció a la izquierda de Yarvi, Rulf a su derecha, y los esclavos y los mercenarios que aún podían combatir se dispersaron a su alrededor con el metal afilado en la mano.

Rodearon la Silla Negra y bajaron los escalones de la tarima, escupiendo y mascullando maldiciones roncas en media docena de idiomas. Odem ordenó a sus hombres que avanzaran, a una distancia de diez pasos de piedra, luego a ocho, luego a seis, mientras la violencia inminente amenazaba el aire calmo del Salón de los Dioses como una densa nube de tormenta.

Entonces los ojos de la madre Gundring encontraron a Yarvi y se abrieron.

—¡Esperad! —chilló, golpeando su báculo élfico contra el suelo y provocando ecos atronadores que rebotaron una y otra vez en la cúpula de la estancia—. ¡Esperad!

Durante un momento los hombres se detuvieron, miraron, gruñeron con las manos acariciando sus armas, y Yarvi aprovechó el resquicio de oportunidad que le había abierto la vieja clériga.

—¡Hombres de Gettlandia! —gritó—. ¡Todos me conocéis! ¡Soy Yarvi, hijo de Uthrik! —Y señaló a Odem con el único dedo venido a menos de su mano izquierda—. ¡Este gusano traidor intentó apoderarse de la Silla Negra, pero los dioses no toleran que un usurpador se siente en ella mucho tiempo! —Se clavó el pulgar en el pecho—. ¡El rey legítimo de Gettlandia ha vuelto!

—¿La marioneta de esa mujer? —Odem le escupió las palabras—. ¿El medio rey? ¿El rey de los tullidos?

Antes de que Yarvi pudiera desgañitarse respondiendo, notó una mano en el hombro que lo apartó sin contemplaciones. Nada pasó a su lado, desabrochándose la correa del yelmo.

—No —dijo—. El rey legítimo.

Se sacó el yelmo y lo arrojó a un lado con un movimiento de muñeca que lo hizo rodar por el suelo del Salón de los Dioses con un golpeteo metálico.

Se había cortado la maraña de pelo a cepillo, dejando solo medio dedo de cabello entrecano, y se había afeitado la barba enredada. El rostro que reveló era todo ángulos marcados y líneas despiadadas, huesos rotos y reforzados al sanar, una piel curtida por el trabajo y el clima, surcada de cicatrices de palizas y batallas. Había desaparecido el mendigo hecho de ramitas y cordeles, y en su lugar se alzaba un guerrero de roble y hierro, pero sus ojos, hundidos en sus profundas cuencas, no habían cambiado.

Aún ardían con un fuego que rayaba la locura. Más intenso que nunca.

Y de pronto Yarvi dejó de estar seguro de quién era aquel hombre junto al que había viajado, luchado, dormido. Dejó de saber qué había llevado consigo a la ciudadela de Gettlandia, qué había llevado hasta la misma Silla Negra.

Miró a su alrededor parpadeando, sumido de repente en la duda. Los guerreros jóvenes de Gettlandia seguían desafiantes, pero la visión de la cara de Nada provocó una extraña transformación entre los veteranos.

Bajaron las barbillas, titubearon las espadas, se abrieron los ojos y hasta se empañaron de lágrimas, surgieron exclamaciones suspiradas de labios temblorosos. Odem había palidecido incluso más que al ver a Yarvi. Tenía la expresión de un hombre que contemplara el fin del mundo.

—¿Qué hechicería es esta? —preguntó Rulf en voz baja, pero Yarvi no supo responder.

El báculo de metal élfico cayó de los dedos flácidos de la madre Gundring y sus extremos rebotaron contra el suelo con un sonido cuyo eco terminó fundiéndose con un pesado silencio.

—Uthil —susurró al cabo.

—Sí. —Y Nada desvió su sonrisa enloquecida hacia Odem—. Bienhallado, hermano.

Y cuando se hubo pronunciado el nombre, Yarvi cayó en lo mucho que se parecían los dos hombres y lo recorrió un escalofrío que se extendió hasta las puntas de sus dedos.

Su tío Uthil, por cuya destreza sin par brindaban los hombres antes de cada entrenamiento, cuyo cuerpo ahogado nunca habían devuelto las crueles aguas del mar, cuyo túmulo sobre la playa azotada por el viento se alzaba vacío.

Su tío Uthil había estado a su lado durante meses.

Su tío Uthil se hallaba ante él.

—Ahora ajustaremos cuentas —dijo Nada. Dijo Uthil. Y dio un paso adelante, espada en mano.

—¡No se puede verter sangre en el Salón de los Dioses! —gritó la madre Gundring.

Uthil se limitó a sonreír.

—No hay nada que guste más a los dioses que la sangre, clériga mía. ¿Qué lugar mejor para derramarla que este?

—¡Matadlo! —chilló Odem, ya sin calma en la voz, pero nadie se lanzó a obedecer su orden. Nadie pronunció una palabra siquiera—. ¡Soy vuestro rey!

Pero el poder podía tornarse quebradizo. Despacio, con cautela, como si pensaran con una sola mente, los guerreros se alejaron de él y formaron un semicírculo.

—Sin duda la Silla Negra es un asiento solitario —dijo Uthil dando una rápida mirada hacia ella, vacía sobre su estrado.

Odem contrajo los músculos de la mandíbula mientras observaba el círculo de semblantes graves que lo rodeaba, los de sus guardias y los de los mercenarios, el de la madre Gundring y el de Yarvi, y por último el de Uthil, tan parecido al suyo pero maltratado por veinte años de horrores. Dio un bufido y escupió en las sagradas losas que pisaba su hermano.

—Así sea, pues. —Y Odem arrebató su escudo, dorado y con granates que titilaban engarzados en su borde, de manos del portador y empujó al hombre a un lado.

Rulf le tendió su escudo, pero Nada lo rechazó con un gesto de la cabeza.

—La madera tiene su lugar, pero aquí el acero es la respuesta.

Y alzó su espada, la misma arma sencilla con la que había recorrido las tierras baldías, simple acero bruñido hasta refulgir como la escarcha.

—Cuánto tiempo has estado fuera, hermano. —Odem levantó su propio filo, el que había sido forjado para el padre de Yarvi, con el pomo de marfil y la empuñadura de oro, con runas de bendición labradas en la hoja brillante como un espejo—. Démonos un abrazo.

Embistió con tal rapidez, digna de un escorpión, que Yarvi ahogó un grito y

retrocedió un paso por reflejo, antes de empezar a inclinarse a un lado y al otro para seguir los movimientos de sus tíos. Odem atacó, y atacó otra vez, con su espada silbando con unos mandobles altos y bajos que podrían partir a un hombre en dos. Pero por rápido y letal que fuese, su hermano lo era más. Uthil se movía como el humo en un vendaval indeciso, se inclinaba, se retorcía, fintaba tallando el aire con su brillante acero pero sin hacerlo lamer carne alguna.

—¿Recuerdas la última vez que nos vimos? —preguntó Uthil mientras abría espacio con zancadas precisas—. ¿En aquella tormenta, en la proa del barco de nuestro padre, cuando me reía de la tormenta con mis hermanos a mi espalda?

—¡Nunca te preocupó nada más que tu risa!

Odem reemprendió el asalto, dando mandobles al aire a izquierda y derecha y obligando a retroceder a los atentos guardias, pero Uthil se apartó a un lado sin siquiera alzar su espada.

—¿Por eso entre Uthrik y tú me lanzasteis al mar? ¿O fue para que él pudiera robarme mi prerrogativa y tú, a tu vez, pudieras robársela a él?

—¡La Silla Negra es mía!

La espada de Odem trazó un arco reluciente por encima de su cabeza. Pero Uthil la detuvo haciendo chocar la suya con un tañido atronador. Atrapó también el escudo de Odem y, durante un momento, los dos tíos de Yarvi enfrentaron sus fuerzas mientras sus hojas rechinaban. Entonces Uthil bajó el hombro y empujó hacia arriba el escudo, cuyo borde se estrelló contra la quijada de Odem. Con el otro hombro apartó de un empujón a Odem, quien retrocedió dando talonazos en las losas y terminó derribando a los hombres de detrás y hecho una maraña con ellos en el suelo.

Los caídos lo apartaron y Odem se encogió tras su escudo, pero Uthil se había limitado a mantener su guardia alta en el centro del círculo.

—Aunque en la playa se alce mi túmulo vacío, no me ahogué. Unos esclavistas me rescataron del mar y me hicieron luchar en un foso. Y durante esos años de vida en la oscuridad, para diversión de animales ebrios de sangre, maté a noventa y nueve hombres. —Uthil se apretó un dedo contra la oreja y, por un instante, volvió a parecer Nada—. A veces aún los oigo susurrar. ¿Tú oyes cómo susurran, Odem?

—¡Estás loco! —Odem escupió las palabras con sangre en los labios.

Pero Uthil solo ensanchó la sonrisa.

—¿Cómo no iba a estarlo? Me prometieron que la centésima victoria me otorgaría la libertad, pero me engañaron y me vendieron de nuevo. —Odem estaba moviéndose en círculo, acechando con postura de cazador con el escudo alzado y sudor en la frente por el peso de su malla plateada. Uthil se mantenía erguido, con la espada girando suelta y segura en su mano, sin apenas jadear—. Fui esclavo de guerra, y luego de remo, y luego... nada. Doce amargos años pasé de rodillas. No es mal lugar para pensar.

—¡Pues piensa en esto!

Odem escupió sangre al arremeter de nuevo, amagó una estocada y la transformó en un tajo oblicuo y sibilante, pero Uthil interpuso su filo en ángulo y lo hizo resbalar hasta la piedra del suelo, de la que arrancó chispas con un impacto que llenó el Salón de los Dioses de ecos atronadores.

Odem inspiró de golpe y tropezó, temblando por el impacto, y Uthil se alejó un paso y le hizo un corte terriblemente preciso en el brazo, justo por encima del borde de su escudo enjoyado.

El usurpador aulló mientras aquella cosa ordinaria resbalaba de su inerte mano izquierda y empezaba a mancharse de sangre que goteaba de las puntas de sus dedos. Miró a Uthil con los ojos muy abiertos.

—¡Yo era el mejor de los tres! ¡Debí reinar! ¡Uthrik era todo violencia, tú todo vanidad!

—Cierto. —Uthil se concentró en limpiar los dos lados del filo de la espada con la manga—. Y bien que me han castigado los dioses por ello. ¡Qué lecciones me han enseñado, Odem! Y ahora me envían para enseñarte una a ti. Los dioses no hacen rey al mejor hombre, sino al primogénito. —Ladeó la cabeza hacia Yarvi—. Y nuestro sobrino tenía razón en una cosa: los dioses no toleran a un usurpador sentado mucho tiempo en la Silla Negra. —Enseñó los dientes y siseó—: Es mía.

Arremetió, y Odem lo recibió rugiendo. Chocaron las espadas, una vez, dos, más deprisa de lo que podía seguir Yarvi. El tercer golpe de Uthil entró por debajo e hizo un corte profundo en la pierna de su hermano, que bramó de nuevo mientras él se alejaba con movimientos fluidos. Odem torció el gesto y le flaqueó

una rodilla, y habría tenido que hincarla si no estuviera usando su espada de muleta.

—La Última Puerta se abre para ti —dijo Uthil.

Odem recuperó el equilibrio, resollando, y Yarvi vio que la malla plateada que cubría su pierna se volvía roja y que de su bota manaba un arroyo de sangre que recorría las junturas de las losas.

—Lo sé. —Odem levantó la frente y Yarvi vio que escapaba una lágrima de la comisura de su ojo y le dejaba un surco en la mejilla—. Ha estado abierta en mi hombro todos estos años. —Y con un sonido a medio camino entre un ronquido y un sollozo, arrojó su espada a las sombras entre tañidos—. Desde aquel día en la tormenta.

La sangre se agolpó en los oídos de Yarvi mientras Uthil alzaba su espada hacia la cúpula, se iluminaba la hoja y el filo relucía como el hielo.

—Contéstame solo una pregunta... —dijo Odem con un hilo de voz, su mirada fija en su propia muerte, por encima de su hermano.

Uthil titubeó un instante. La espada vaciló y bajó despacio. Una ceja se alzó, interrogativa.

—Habla, hermano.

Y Yarvi vio cómo la mano de Odem avanzaba sutil por su espalda, cómo doblaba los dedos hacia la empuñadura de una daga sujeta al cinto. Una daga larga con el pomo de negro azabache, la misma que había enseñado a Yarvi en la cima de la torre de Amwend.

«Debemos hacer lo que sea mejor para Gettlandia.»

Yarvi bajó los escalones de un salto.

Quizá no hubiera sido el alumno más aventajado en el cuadrado de entrenamiento, pero sabía cómo se apuñalaba a un hombre. Ensartó a Odem por debajo del brazo, y el filo curvo de la espada de Shadikshirram atravesó la malla y salió por su pecho casi sin hacer ruido.

—Preguntes lo que preguntes —le susurró Yarvi al oído—, ¡el acero es mi

respuesta!

Y se apartó de él, liberando el arma.

Odem articuló un gemido borbollante. Dio un paso de borracho y cayó de rodillas al suelo. Volvió la cabeza despacio y por un momento, sobre su hombro, cruzó su mirada incrédula con la de Yarvi. Entonces se desplomó de lado. Se quedó inerte en las losas sagradas, al pie de la tarima, a la vista de los dioses, en el centro de un círculo de hombres, y Yarvi y Uthil se miraron por encima de su cuerpo.

—Parece que queda una cuestión pendiente entre nosotros, sobrino —dijo su tío que aún respiraba, con aquella ceja todavía enarcada—. ¿El acero será nuestra respuesta?

Yarvi lanzó una mirada a la Silla Negra, que se alzaba silenciosa sobre ellos.

Sería un asiento duro, pero ¿podía serlo más que los bancos del *Viento del Sur*? Sería un asiento frío, pero ¿lo sería más que las nieves de los confines del norte? Ya no le daba miedo. Y sin embargo, ¿de verdad lo anhelaba? Recordó a su padre sentado en él, alto y adusto, con la mano llena de cicatrices siempre cerca de su espada. Un perfecto hijo de la Madre Guerra, como debía ser un rey de Gettlandia. Como era Uthil.

Las estatuas de los altos dioses lo observaban desde las alturas, como si esperaran su decisión, y Yarvi pasó la mirada de un rostro pétreo al siguiente y profirió un largo suspiro. La madre Gundring siempre decía que era un favorito del Padre Paz, y Yarvi sabía que era cierto.

Nunca había deseado de verdad la Silla Negra. ¿Para qué luchar por ella? ¿Para qué morir por ella? ¿Para que Gettlandia tuviera medio rey?

Hizo de su puño mano abierta y dejó caer la espada de Shadikshirram a las losas ensangrentadas.

—Ya tengo mi venganza —dijo—. La Silla Negra es tuya. —Y muy despacio, se arrodilló ante Uthil e inclinó la cabeza—. Mi rey.

LA CULPA

Grom-gil-Gorm, rey de Vansterlandia, el hijo más sanguinario de la Madre Guerra, el Rompeespadas y el Hacehuérfanos, entró dándose aires en el Salón de los Dioses junto a su clériga y diez de sus guerreros más curtidos, con la enorme mano izquierda relajada en el pomo de su inmensa espada.

Llevaba una piel nueva sobre sus amplios hombros, por lo que vio Yarvi, y una joya nueva en su enorme dedo índice, y la cadena que le daba tres vueltas al cuello había crecido en unos pocos pomos de espada. Recuerdos de su sangriento paseo por Gettlandia a invitación de Yarvi, robados a inocentes junto a sus vidas, sin duda.

Pero lo más descomunal de todo, mientras pasaba entre las puertas maltratadas y entraba en casa de su enemigo, era su sonrisa. Una sonrisa de conquistador, de quien ve cómo maduran sus planes y cómo caen sus adversarios, de quien siempre saca su número en todos los dados. La sonrisa de quien los dioses favorecen especialmente.

Entonces vio a Yarvi de pie en un escalón de la tarima, entre su madre y la madre Gundring, y su sonrisa se quebró. Al ver quién estaba sentado en la Silla Negra, se desmoronó del todo. Gorm se detuvo inseguro en el centro del amplio suelo, cerca del lugar donde la sangre de Odem todavía manchaba las junturas de las losas, rodeado por las expresiones adustas de los grandes de Gettlandia.

Se rascó una sien y dijo:

—Este no es el rey que esperábamos.

—Lo mismo podrían afirmar muchos de los presentes —respondió Yarvi—, pero aun así es el rey legítimo. El rey Uthil, el mayor de mis tíos, ha regresado.

—Uthil. —La madre Scaer pronunció el nombre entre dientes—. El gettlandés orgulloso. Ya me parecía que me sonaba su cara.

—Podrías haberlo mencionado. —Gorm miró con desagrado a los guerreros y a sus esposas, sus llaves y las hebillas de las capas brillando en las sombras, y dio un profundo suspiro—. Tengo la desagradable sensación de que no te arrodillarás

como vasallo mío.

—Ya pasé demasiado tiempo de rodillas. —Uthil se levantó, aún con la espada acunada en los brazos. Era la misma espada sencilla que había recogido de la inclinada cubierta del *Viento del Sur* y había pulido hasta hacer brillar su filo como la luz de la luna en el frío mar—. Si alguien ha de arrodillarse, eres tú. Estás en mi tierra, en mi salón, ante mi silla.

Gorm levantó las puntas de las botas y las miró.

—Eso parece. Pero siempre he tenido las rodillas un poco entumecidas. Debo rechazar la oferta.

—Es una pena. Quizá pueda desentumecerlas con mi espada este verano, cuando te visite en Vulsgard.

Las facciones de Gorm se endurecieron.

—Ah, todo gettlandés que cruce la frontera tendrá una cálida bienvenida, eso te lo garantizo.

—¿Para qué esperar al verano, entonces? —Uthil bajó los escalones uno por uno y se quedó en el más bajo, desde el que su cara estaba al nivel de la de Gorm—. Lucha contra mí.

La comisura del ojo de Gorm empezó a contraerse y le hizo temblar la mejilla. Yarvi vio que sus nudillos llenos de cicatrices palidecían sobre la empuñadura de su espada, que los ojos de sus guerreros recorrían la sala, que bajaban los ceños de los hombres de Gettlandia.

—Deberías saber que la Madre Guerra me insufló su aliento en la cuna —masculló el rey de Vansterlandia—. Dicen los presagios que ningún hombre puede matarme...

—¡Pues lucha contra mí, perro! —vociferó Uthil, provocando ecos por todo el salón y que todos los presentes contuvieran el aliento como si fuese a ser el último.

Yarvi se preguntó si vería morir a un segundo rey en el Salón de los Dioses el mismo día, y no habría querido apostar a cuál de aquellos dos sería.

Entonces la madre Scaer apoyó con suavidad su mano fina en el puño de Gorm.

—Los dioses guardan a quienes se guardan a sí mismos —susurró.

El rey de Vansterlandia respiró hondo. Relajó los hombros, apartó los dedos de su espada y, sin ademanes bruscos, los entrelazó en su barba.

—Este nuevo rey es muy grosero —dijo.

—Lo es —asintió la madre Scaer—. ¿No le enseñaste la diplomacia, madre Gundring?

La vieja clériga los miró con dureza desde su lugar al lado de la Silla Negra.

—Se la enseñé. Y también le enseñé quiénes la merecen.

—Creo que no se refiere a nosotros —dijo Gorm.

—Podría muy bien ser el caso —respondió la madre Scaer—. Y también la encuentro grosera a ella.

—¿Así es como cumples tus promesas, príncipe Yarvi?

Todos los notables de Gettlandia que llenaban aquel salón habían hecho cola para besar la mano de Yarvi. Ahora tenían aspecto de que la harían encantados para rajarle la garganta. Se encogió de hombros.

—Ya no soy príncipe, y he cumplido las que he podido. Nadie podía predecir que se darían estos acontecimientos.

—Es lo que tienen los acontecimientos —dijo la madre Scaer—, que nunca fluyen del todo por los canales que se labran para ellos.

—¿No lucharás contra mí, entonces? —preguntó Uthil.

—¿A qué viene tanta ansia de sangre? —Gorm sacó el labio inferior—. Eres nuevo en la faena, pero aprenderás que reinar consiste en algo más que matar. Demos su tiempo al Padre Paz, cumplamos los deseos del Alto Rey en Casa Skeken y hagamos del puño mano abierta. Quizá cuando llegue el verano, y en un terreno que me sea más favorable, puedas poner a prueba el aliento de la Madre Guerra. —

Dio media vuelta y, seguido de su clériga y sus guerreros, regresó con paso firme a la puerta—. ¡Os agradezco vuestra generosa hospitalidad, gettlandeses! ¡Volveremos a hablar! —Se detuvo un momento en el umbral, convertido en una inmensa silueta negra recortada contra la luz—. Y ese día, mi voz será de trueno.

Las puertas del Salón de los Dioses se cerraron tras ellos.

—Puede llegar el día en que lamentamos no haberlo matado aquí y ahora —murmuró la madre de Yarvi.

—La Muerte nos espera a todos —dijo Uthil, ocupando de nuevo la Silla Negra con la espada aún entre los brazos. Tenía una forma de sentarse en ella, repantigado y cómodo, que Yarvi nunca habría podido lograr—. Y otros asuntos reclaman nuestra atención. —Los ojos del rey se volvieron hacia los de Yarvi, brillantes como el día en que se conocieron sobre el *Viento del Sur*—. Mi sobrino. Una vez príncipe, una vez rey y ahora...

—Nada —dijo Yarvi, levantando la barbilla.

Uthil se permitió un atisbo de sonrisa triste al oírlo. Una brizna del hombre con quien Yarvi había cruzado trabajosamente el hielo, con quien había compartido su último mendrugo, con quien había afrontado la muerte. Solo un leve vistazo antes de que el rostro del rey volviera a endurecerse como una espada, como un hacha.

—Hiciste un trato con Grom-gil-Gorm —dijo, y despertaron murmullos furiosos por todo el salón. «Un rey sabio siempre tiene alguien a quien culpar», solía decir la madre Gundring—. Invitaste a nuestro peor enemigo a esparcir fuego y muerte por toda Gettlandia. —Yarvi no podía negarlo, aunque sus negativas se hubieran oído entre la furia que se acumulaba en el Salón de los Dioses—. Ha muerto buena gente. ¿Cuál es la pena que exige la ley a cambio, madre Gundring?

La clériga miró a su nuevo rey y a su antiguo aprendiz, y Yarvi notó la presión de los dedos de su madre en el brazo, pues los dos sabían la respuesta.

—La muerte, mi rey —respondió la madre Gundring con ronquera, mientras parecía apoyar más peso en su báculo—. O el exilio, como mínimo.

—¡Muerte! —chilló una voz de mujer desde algún lugar de la penumbra, y los ecos rasposos dejaron paso a un silencio pétreo como el de una tumba.

Yarvi se había enfrentado antes a la Muerte. A aquellas alturas, ya le había entreabierto la Última Puerta muchas veces, y sin embargo seguía dando sombra. Aunque no por ello estaba más cómodo en su helada presencia, había mejorado con la práctica, como ocurría con muchas cosas. Al menos esa vez, incluso con el corazón en la garganta y un sabor agrio en la boca, la afrontó de pie y con voz clara.

—¡Cometí un error! —declaró Yarvi—. Cometí muchos. Lo sé. Pero ¡había hecho un juramento! Lo pronuncié ante los dioses. Un juramento-sol y un juramento-luna. Y no veía otra manera de cumplirlo, de vengar los asesinatos de mi padre y mi hermano, de apartar a ese traidor de Odem de la Silla Negra. Y, aunque lamento la sangre derramada, gracias al favor de los dioses... —Yarvi levantó la mirada hacia ellos para devolverla humilde al suelo, separando los brazos en gesto sumiso—. El rey legítimo ha vuelto.

Uthil contempló pensativo sus propios dedos, apoyados en el metal de la Silla Negra. Un pequeño recordatorio de que se la debía a los planes de Yarvi no podía perjudicarle. Los murmullos furiosos empezaron de nuevo, arreciaron y se intensificaron hasta que Uthil levantó una mano e hizo el silencio.

—Es cierto que fue Odem quien te puso en ese camino —dijo—. Sus crímenes fueron mucho mayores que los tuyos, y ya le has dado su justo castigo. Tenías motivos para hacer lo que hiciste y ya ha habido bastante muerte aquí, me parece. La tuya no sería justa.

Yarvi mantuvo la cabeza gacha y se tragó el alivio. A pesar de las muchas adversidades de los últimos meses, le gustaba estar vivo. Le gustaba más que nunca.

—Pero debes pagar un precio. —Un atisbo de tristeza pareció brillar en los ojos de Uthil—. Lo lamento, de verdad que sí. Pero tu sentencia debe ser el exilio, pues un hombre que se ha sentado en la Silla Negra siempre buscará reclamarla.

—No me pareció tan, tan cómoda.

Yarvi subió un escalón hacia la tarima. Sabía lo que tenía que hacer. Lo sabía desde que Odem estuvo muerto a sus pies y vio la cara del Padre Paz por encima de él. No era que el exilio careciera de atractivos. No debería nada a nadie, no sería nada. Pero ya había vagado demasiado tiempo. Aquel era su hogar y no pensaba abandonarlo.

—Nunca quise la Silla Negra ni la esperé —siguió diciendo. Levantó la mano izquierda y la meneó para que el único dedo se columpiara—. No soy lo que nadie consideraría un rey, yo quien menos. —Se arrodilló en silencio—. Os propongo otra solución.

Uthil entrecerró los ojos, y Yarvi rogó al Padre Paz que su tío estuviera buscando una forma de perdonarlo.

—Habla, pues.

—Permitidme hacer lo que es mejor para Gettlandia. Permitidme renunciar a toda aspiración a vuestro asiento. Permitidme pasar la Prueba del Clérigo, como iba a hacer antes de que muriera mi padre. Permitidme renunciar a títulos y herencias y que mi familia sea la Clerecía. Mi lugar está aquí, en el Salón de los Dioses. No sentado en la Silla Negra, sino junto a ella. Mostrad vuestra grandeza por medio de la piedad, mi rey, y permitidme enmendar mis errores por medio del servicio leal a vos y a la tierra.

Uthil se reclinó, ceñudo, mientras regresaba el silencio. Al cabo de un tiempo, el rey se inclinó hacia su clériga.

—¿Qué opinas de esto, madre Gundring?

—Una solución que aprobará el Padre Paz —murmuró—. Siempre he creído que Yarvi sería buen clérigo. Aún lo creo. Se ha demostrado un hombre astucioso.

—Eso no lo dudo. —Pero Uthil todavía vacilaba, frotándose caviloso la barbilla.

Entonces la madre de Yarvi le soltó el brazo y subió hasta la Silla Negra. La cola de su vestido rojo cubrió los escalones mientras se arrodillaba a los pies de Uthil.

—Los grandes reyes muestran piedad —musitó—. Os lo ruego, mi rey. Permitidme conservar a mi único hijo.

Uthil cambió de postura y abrió la boca, pero no pronunció palabra. Por intrépido que hubiera sido ante Grom-gil-Gorm, enfrentarse a la madre de Yarvi le daba miedo.

—Una vez estuvimos prometidos —dijo ella. En ese momento, una

respiración fuerte habría sonado como el trueno en el Salón de los Dioses, pero todos los alientos estaban contenidos—. Se os dio por muerto... pero los dioses os han devuelto a vuestro legítimo lugar. —Posó una mano suave en la de él, llena de cicatrices y apoyada en el brazo de la Silla Negra, y atrapó los ojos de Uthil con los suyos—. Mi más profundo deseo es cumplir esa promesa.

La madre Gundring se acercó y habló en voz baja.

—El Alto Rey ha propuesto matrimonio a Laithlin más de una vez, y no verá con buenos ojos...

Uthil ni la miró. Su voz salió rasposa.

—Nuestro compromiso precede en veinte años al cortejo del Alto Rey.

—Pero hoy mismo la abuela Wexen ha enviado otra águila para...

—¿Se sienta la abuela Wexen en la Silla Negra o me siento yo? —Uthil por fin volvió su reluciente mirada hacia su clériga.

—Os sentáis vos. —La madre Gundring bajó la suya. Los clérigos sabios convencían, adulaban, discutían y aconsejaban, y los más sabios de todos obedecían.

—En ese caso, devuelve su ave a la abuela Wexen con una invitación a nuestra boda. —Uthil movió la mano para sostener la de la madre de Yarvi en su palma encallecida, hecha a la forma de un cepillo—. Llevarás al cuello la llave de mi tesoro, Laithlin, y te encargarás de los asuntos en los que tanta destreza has demostrado.

—Lo haré encantada —respondió ella—. ¿Y mi hijo?

El rey Uthil miró a Yarvi durante un momento eterno. Luego asintió.

—Retomará su puesto de aprendiz de la madre Gundring. —Con un solo golpe, había quedado como un rey severo y piadoso a la vez.

Yarvi exhaló.

—Por fin Gettlandia tiene un rey del que enorgullecerse —dijo—. Daré gracias todos los días a la Madre Mar por devolveros a nosotros de las

profundidades.

Se levantó y siguió los pasos de Grom-gil-Gorm hacia las puertas. Sonrió entre las pullas, las burlas y los murmullos, y en lugar de esconder su mano marchita en la manga como acostumbraba hacer, dejó que se meciera bien a la vista y con orgullo. Comparado con las jaulas de esclavos de Vulsgard, con el tormento del látigo de Trigg y con el viento y el hambre del hielo sin caminos, el desprecio de unos necios no costaba tanto de soportar.

Gracias a la ayuda de sus dos madres, sin duda también por sus respectivos motivos, Yarvi salió vivo del Salón de los Dioses. Volvía a ser un paria tullido con aspiraciones a la Clerecía. Como debía ser.

Había cerrado el círculo. Pero se había marchado siendo niño y había vuelto como hombre.

Los muertos estaban dispuestos en las losas heladas de un frío sótano bajo la roca. Yarvi no quiso contarlos. Bastantes. Ese era su número. Allí estaba la cosecha de los planes que con tanto cuidado había sembrado. Las consecuencias de su impulsivo juramento. No había rostros, solo mortajas con cimas en la nariz, la barbilla, los pies. No había forma de distinguir a los mercenarios de su madre de los honorables guerreros de Gettlandia. Tal vez después de cruzar la Última Puerta no había diferencias.

Sin embargo, Yarvi sabía cuál era el cadáver de Jaud. Su amigo. Su compañero de remo. El hombre que había labrado un camino en la nieve para que Yarvi lo siguiera. El hombre cuya voz suave había murmurado «Una brazada cada vez» cuando él gimoteaba al remo. El que había tomado la lucha de Yarvi como propia, aunque no fuese un luchador. Era el cadáver junto al que estaba Sumael, con los puños apretados en la losa y un lado de su tez oscura iluminado por la llama tenue de una candela.

—Tu madre me ha encontrado pasaje en un barco —dijo sin levantar la mirada, con una suavidad en la voz que Yarvi no estaba acostumbrado a oír.

—Siempre hay demanda para una buena oficial de derrota —respondió Yarvi. Los dioses sabían que a él le convendría que alguien le señalara el camino.

—Partimos al amanecer hacia Casa Skeken y luego más allá.

—¿Hacia casa? —preguntó.

Sumael cerró los ojos y asintió, con un asomo de sonrisa en la comisura de sus labios cortados.

—Hacia casa.

Al verla por primera vez a Yarvi no le había parecido atractiva, pero en ese momento le resultó hermosa. Tan hermosa que no podía dejar de mirarla.

—¿Has pensado que quizá... podrías quedarte?

Yarvi se odió a sí mismo por pedírselo, por obligarla a rechazarlo. De todos modos iba a ingresar en la Clerecía y no tenía nada que ofrecerle. Y entre ellos yacía el cuerpo de Jaud, una muralla infranqueable.

—Tengo que irme —dijo Sumael—. Ya casi ni recuerdo quién era antes.

Lo mismo podría decir él.

—Lo único que importa es quién eres ahora.

—Apenas lo sé tampoco. Además, Jaud cargó conmigo en la nieve. —Hizo un ademán hacia la mortaja, pero para gran alivio de Yarvi la dejó en su sitio—. Lo menos que puedo hacer es llevar sus cenizas. Las dejaré en su pueblo. A lo mejor, hasta bebo de ese pozo suyo. Beberé por los dos. —Yarvi la vio tragar saliva y cayó en la cuenta de que, por algún motivo, lo estaba invadiendo una fría rabia—. ¿Por qué no probar la mejor agua del...?

—Decidió quedarse —la interrumpió Yarvi con brusquedad.

Sumael bajó la cabeza despacio, sin desviar la mirada de la mortaja.

—Lo decidimos todos.

—Yo no le obligué.

—No.

—Podrías haberte marchado con él, si hubieras insistido más.

Entonces Sumael levantó la mirada, pero en ella no había ni rastro de la furia que Yarvi sabía que merecía, sino solo su propia porción de la culpa.

—Tienes razón. Será el peso que tenga que cargar.

Yarvi miró a un lado y de pronto se le arrasaron en lágrimas los ojos. Había una sucesión de actos, de elecciones, todas ellas con apariencia de ser el mal menor pero que, de algún modo, lo habían llevado hasta allí. ¿De verdad aquello podía ser el bien mayor de alguien?

—¿No me odias? —preguntó casi sin voz.

—Ya he perdido un amigo; no tengo intención de apartar a otro. —Y le puso una mano con suavidad en el hombro—. No se me da muy bien hacer amigos nuevos.

Yarvi apretó la suya encima de la de Sumael, deseando poder conservarla allí. Era curioso que nunca se supiera lo mucho que se quería algo hasta saber que no podía tenerse.

—¿No me culpas? —susurró.

—¿Para qué? —Sumael le dio un apretón de despedida y se soltó—. Es mejor que lo hagas tú.

LA SALVACIÓN DE ALGUNOS

—Qué alegría que hayas venido —dijo Yarvi—. Me estoy quedando sin amigos.

—Encantado de hacerlo —dijo Rulf—. Por ti y por Ankran. No puede decirse que tuviera mucho cariño a ese cabrón flacucho cuando era sobrecargo, pero al final nos hicimos amigos. —Sonrió a Yarvi, haciendo bailar la gran costra que tenía encima del ojo—. A algunos hombres les coges apego desde el principio, pero son los que tardan los que más lo hacen durar. ¿Qué, compramos unos esclavos?

Hubo murmullos, un reniego y el tintineo de cadenas mientras la mercancía se ponía en pie para la inspección, con cada par de ojos mostrando su mezcla particular de vergüenza, miedo, esperanza y desesperación, y Yarvi se descubrió tocándose las cicatrices descoloridas del cuello donde la había rozado su propia argolla. El hedor de aquel lugar le trajo un torrente de recuerdos que preferiría olvidar. Era curioso lo rápido que se había vuelto a acostumbrar al aire libre.

—¡Príncipe Yarvi!

El propietario salió al trote de las sombras del fondo. Era un hombre corpulento con la cara blanda y suave, que le sonaba de algo. Sin duda había formado parte de la procesión que se había postrado ante él en el funeral de su padre. Iba a tener ocasión de postrarse otra vez.

—Ya no soy príncipe —dijo Yarvi— pero, por lo demás, correcto. ¿Eres Yoverfell?

El tratante de carne se hinchó como un gallo al verse reconocido.

—El mismo, y enormemente honrado por vuestra visita. ¿Puedo preguntaros qué clase de esclavo estáis...?

—¿El nombre de Ankran te dice alguna cosa?

Los ojos del mercader pasaron a Rulf, serio y firme con los pulgares metidos en su cinto con hebilla de plata.

—¿Ankran?

—Te refrescaré la memoria, igual que la hediondez de tu comercio ha refrescado la mía. Vendiste a un hombre llamado Ankran y luego le hiciste chantaje para que te pagara a cambio de mantener a salvo a su esposa y a su hijo.

Yoverfell carraspeó.

—No he hecho nada ilegal...

—Ni lo haré yo al reclamarte el pago de tus deudas.

La cara del mercader se había quedado sin sangre.

—No os debo nada...

Yarvi soltó una risita.

—¿A mí? No, no. Pero a mi madre, Laithlin, que pronto volverá a ser la Reina Dorada de Gettlandia y la portadora de la llave del tesoro, tengo entendido que con ella sí contrajiste una pequeña deuda.

La nuez del mercader subió y bajó en su flaco cuello al tragar saliva.

—Soy el más humilde siervo de mi reina...

—Su esclavo, diría yo. Aunque vendieras todas tus posesiones no estarías ni cerca de poder pagarle lo que le debes.

—Su esclavo, entonces, ¿por qué no? —Yoverfell soltó un bufido amargado—. Ya que os preocupa tanto mi negocio, fueron los intereses de sus préstamos los que me obligaron a exprimir a Ankran. Yo no quería hacerlo...

—Pero renunciaste a tus deseos —dijo Yarvi—. Cuánta nobleza.

—¿Qué queréis?

—Empecemos por la mujer y el hijo de Ankran.

—Muy bien.

Sin levantar los ojos del suelo, el mercader regresó a las sombras. Yarvi miró

a Rulf de soslayo y el viejo guerrero enarcó las cejas, y a su alrededor los esclavos siguieron mirándolos en silencio. A Yarvi le pareció que quizá uno de ellos sonriera.

No estaba seguro de lo que había esperado. Quizá una belleza excepcional, o una elegancia imponente o algo que le causara una punzada instantánea en el corazón. Pero la familia de Ankran no tenía nada digno de mención. Como casi todo el mundo, por supuesto, para quienes no los conocían. La madre era una mujer menuda y delgada, con el rostro desafiante. Su hijo tenía el cabello del color de la arena, como lo había tenido su padre, y no levantó la mirada.

Yoverfell los llevó junto a Yarvi y luego se frotó las manos, nervioso.

—Sanos y bien atendidos, como prometí. Son vuestros, desde luego. Os los regalo, acompañados de mis mejores deseos.

—Puedes guardarte los deseos —dijo Yarvi—. Ahora desmontarás tu negocio y lo trasladarás a Vulsgard.

—¿A Vulsgard?

—Sí. Allí tienen muchos tratantes de carne, así que te sentirás como en casa.

—Pero ¿por qué?

—Para que puedas vigilar los negocios de Grom-gil-Gorm. He oído decir que conviene conocer la casa de tu enemigo mejor que la propia.

Rulf gruñó su asentimiento, sacó un poco de pecho y movió los pulgares en su cinto.

—O eso —dijo Yarvi—, o acabarás vendido en tu propio comercio. ¿Qué precio crees que podríamos sacarte?

Yoverfell carraspeó.

—Empezaré los preparativos.

—Que sean rápidos —dijo Yarvi, y se alejó a zancadas del hedor de aquel lugar para respirar aire fresco, con los ojos cerrados.

—¿Sois... sois nuestro nuevo amo, entonces?

La esposa de Ankran estaba a su lado, con un dedo metido debajo de la argolla.

—No. Me llamo Yarvi, y este es Rulf.

—Éramos amigos de tu marido —dijo Rulf, revolviéndole el pelo al chico e incomodándolo un poco.

—¿Erais? —exclamó—. ¿Dónde está Ankran?

Yarvi tragó, preguntándose cómo darle la noticia, buscando las palabras adecuadas.

—Muerto —dijo Rulf, sin más.

—Lo siento —añadió Yarvi—. Murió salvándome la vida, cosa que hasta yo reconozco que es mal negocio. Pero sois libres.

—¿Libres? —dijo ella con un hilo de voz.

—Sí.

—Yo no quiero ser libre, sino estar a salvo.

Yarvi parpadeó, sorprendido, y al momento notó que se le retorcían los labios en una sonrisa triste. Tampoco él había querido mucho más nunca.

—Creo que podría emplear a una sirviente, si estás dispuesta a trabajar.

—Siempre lo he estado —respondió ella.

Yarvi se detuvo en una herrería y lanzó una moneda a un caballete cubierto de herramientas de zapatero. Era una de las primeras monedas nuevas, redonda y perfecta, y acuñada por un lado con el rostro solemne de su propia madre.

—Quítales los collares —dijo.

La familia de Ankran no le agradeció su libertad, pero el golpeteo del martillo contra el cincel fue agradecimiento suficiente para Yarvi. Rulf observó el

proceso con un pie apoyado en una valla baja y los antebrazos cruzados sobre la rodilla.

—No soy quién para juzgar qué es lo correcto.

—¿Quién lo es?

—Pero creo que esto es un acto de bondad.

—Que no se sepa, o acabará con mi reputación. —Yarvi vio a una anciana lanzarle una mirada venenosa desde el otro extremo de la plaza y le devolvió una sonrisa y un saludo con la mano; la mujer se marchó murmurando—. Parece que me he convertido en el villano de esta historia.

—Si la vida me ha enseñado algo es que no existen los villanos. Solo hay personas, haciendo lo mejor que pueden.

—Lo mejor que puedo ha resultado un desastre.

—Podría haber sido mucho peor. —Rulf ahuecó la lengua y escupió—. Y tú eres joven. Inténtalo otra vez. Es posible que mejores.

Yarvi miró con los ojos entrecerrados al viejo guerrero.

—¿Cuándo te has vuelto sabio?

—Siempre he sido más perspicaz que muchos, pero estabas demasiado ocupado pasándote de listo para darte cuenta.

—Un defecto muy habitual en los reyes. Con un poco de suerte, aún me quedan años para aprender humildad.

—Bien está que a uno de los dos le queden.

—¿Y qué quieres hacer con tus últimos años? —preguntó Yarvi.

—Resulta que el gran rey Uthil me ha ofrecido un puesto en su guardia.

—¡Ya huelo el tufo del honor! ¿Vas a aceptar?

—Le he dicho que no.

—¿Ah, sí?

—El honor es premio de necios, y me da en la nariz que Uthil es el tipo de amo que siempre tendrá siervos muertos alrededor.

—Cada vez más sabio —dijo Yarvi.

—Hasta hace poco creía que mi vida había acabado, pero ahora que vuelve a empezar no veo ninguna necesitad de acortarla. —Yarvi miró de reojo y encontró la mirada de reojo de Rulf—. He pensado que a lo mejor te hacía falta un compañero de remo.

—¿A mí?

—¿Qué no podrían lograr juntos un clérigo manco y un saqueador quince años demasiado viejo?

La argolla se abrió con un último martillazo, y el hijo de Ankran se enderezó, parpadeó y se frotó el cuello mientras su madre lo alzaba en brazos y le besaba la cabeza.

—No estoy solo —murmuró Yarvi.

Rulf lo atrajo hacia sí y le dio un abrazo que estuvo a punto de partirlo.

—No mientras yo viva, compañero de remo.

Fue una ceremonia grandiosa.

Muchas familias poderosas de los confines de Gettlandia se enfurecieron sin duda al haber tenido noticia del retorno del rey Uthil cuando faltaba tan poco tiempo para su boda, lo que les negaba la oportunidad de exhibir su importancia en un acontecimiento que perduraría largo tiempo en el recuerdo.

Al todopoderoso Alto Rey, sentado en su alta silla de Casa Skeken, por no mencionar a la omnisciente abuela Wexen a su lado, debió de hacerle muy poca gracia enterarse de las nuevas, como señaló la madre Gundring con perspicacia.

Pero la madre de Yarvi rechazó todas las objeciones con aire regio y dijo: —Su ira es polvo para mí.

Volvía a ser la Reina Dorada. Cuando hablaba, era como si sus órdenes ya estuvieran cumplidas.

De modo que se engalanaron las estatuas del Salón de los Dioses con las primeras flores de la primavera y se amontonaron los regalos de boda alrededor de la Silla Negra, en tal abundancia que rayaba en lo ordinario, y el suelo bajo la cúpula se llenó de personas apiñadas como ovejas en invierno hasta que sus alientos enturbiaron el aire.

La pareja bendecida cantó promesas mutuas ante los ojos de dioses y hombres mientras las columnas de luz que dejaba entrar la cúpula arrancaban fuegos de la armadura bruñida del rey y de las imponentes joyas de la reina, y todos aplaudieron aunque, en opinión de Yarvi, Uthil no tuviera una voz muy melodiosa y la de su madre fuese poco mejor. Al terminar, Brinyolf se lanzó a su consabido parloteo y entonó la bendición más elaborada que se hubiera pronunciado jamás en aquel lugar sagrado, mientras a su lado la madre Gundring se apoyaba impaciente en su báculo y hasta la última campana de la ciudad tañía alegre desde abajo.

¡Qué día tan feliz fue!

¿Cómo podía Uthil no estar contento? Tenía la Silla Negra y la mejor esposa que un hombre podía desear, codiciada nada menos que por el Alto Rey. ¿Cómo no iba Laithlin a estar encantada? Tenía la llave enjoyada del tesoro de Gettlandia otra vez en su cadena, y los sacerdotes de la Diosa Única huían expulsados de su casa de la moneda, corridos a latigazos hasta el mar. ¿Acaso el pueblo de Gettlandia no había de regocijarse? Tenían un rey de hierro y una reina de oro, gobernantes de fiar y por los que sentir orgullo, dirigentes con mala voz para el canto, quizá, pero con dos manos cada uno.

Sin embargo, a pesar de toda aquella felicidad, o mejor dicho, precisamente por ella, Yarvi apenas disfrutó en la boda de su madre más de lo que había disfrutado en el funeral de su padre. Aquella ceremonia no había podido evitarla, pero, si alguien lo veía escabullirse de la presente, sin duda le provocaría poca tristeza.

El clima de fuera casaba más con su estado de ánimo que la calidez con

aroma a pétalos de dentro.

Aquel día llegaba un aire buscador del mar grisáceo, que aullaba entre las almenas de la ciudadela y lo rociaba de lluvia salada mientras subía los desgastados escalones y recorría los vacíos adarves.

La vio desde lejos, en el tejado del Salón de los Dioses, vestida con ropa demasiado fina que la lluvia le pegaba al cuerpo y con el cabello dando latigazos furiosos al viento. La vio con tiempo de sobra. Podría haber seguido su camino y encontrar otro lugar desde el que torcer el gesto al cielo. Pero sus pies lo llevaron hacia ella.

—Príncipe Yarvi —lo saludó al acercarse. Arrancó una tira de su mordisqueada uña del pulgar con los dientes y la escupió al viento—. Qué gran honor.

Yarvi suspiró. Los últimos días habían seguido un mismo patrón agotador.

—Ya no soy príncipe, Isriun.

—¿Ah, no? Vuestra madre vuelve a ser reina, ¿me equivoco? ¿Acaso no lleva la llave del tesoro de Gettlandia en su cadena? —Isriun se acercó una mano blanca al pecho, en el que no descansaba llave, ni cadena, ni nada ya—. ¿Qué es el hijo de una reina, si no un príncipe?

—¿Un idiota tullido? —murmuró Yarvi.

—Ya lo erais cuando nos conocimos, y sin duda siempre lo seréis. Por no mencionar que sois el hijo de una traidora.

—Otra cosa que tenemos en común —replicó Yarvi con brusquedad.

Vio que Isriun hacía un mohín y lamentó al instante haber hablado. Con poco que hubieran cambiado las cosas, podrían ser ellos dos los que se alzaran gloriosos allí abajo. Yarvi en la Silla Negra, Isriun en la banqueta a su lado, con los ojos brillantes mientras ella le cogía con suavidad la mano deforme y compartían ese beso mejor que le había pedido a su vuelta...

Pero las cosas eran como eran. Aquel día no habría besos. Ni aquel ni ninguno. Se volvió para contemplar el mar embravecido, con los puños apoyados en el parapeto.

—No he venido a discutir.

—¿Y a qué habéis venido?

—He pensado que debía decírtelo, ya que... —Le rechinaron los dientes y miró su mano contrahecha, pálida sobre la piedra mojada. ¿Ya que qué? «¿Ya que estuvimos prometidos? ¿Ya que hubo una vez en que significábamos algo para el otro?», pensó. No tuvo el valor de decirlo—. Parto hacia Casa Skeken. Voy a pasar la Prueba del Clérigo. No tendré familia, ni linaje, ni... ni esposa.

Isriun lanzó carcajadas al viento.

—Una cosa más en común. Yo no tengo amigos, ni dote, ni padre. —Se volvió para mirarlo y el odio que había en sus ojos dio náuseas a Yarvi—. Tiraron su cuerpo al estercolero.

Quizá Yarvi debería haberse alegrado al oírlo. Había soñado muchas veces con ello, había dedicado a ello todas sus oraciones y su voluntad. Lo había destrozado todo y había sacrificado a su amigo y sus amistades en pos de ello. Pero al mirar la cara de Isriun, al ver sus ojos enrojecidos y hundidos en cuencas sombrías, no se sintió triunfante.

—Lo lamento. No por él, sino por ti.

Isriun torció los labios con desprecio.

—¿Cuánto crees que me importa?

—Nada. Pero lo lamento de todos modos.

Levantó las manos del parapeto, dio la espalda a su prometida y regresó hacia la escalera.

—¡He pronunciado un juramento!

Yarvi se detuvo. Deseaba con toda su alma bajar de aquel condenado muro y no volver jamás, pero notó un cosquilleo en la nuca y se volvió sin querer.

—¿Perdón?

—Un juramento-sol y un juramento-luna. —Los ojos de Isriun ardieron en

sus facciones pálidas azotadas por el pelo húmedo—. Lo he jurado ante Aquella Que Juzga, ante Aquel Que Recuerda y ante Aquella Que Tensa El Nudo. A mis antepasados enterrados en la orilla pongo por testigos. A Aquel Que Observa y Aquella Que Escribe pongo por testigos. Y ahora a ti te pongo por testigo, Yarvi. Mi palabra se tornará cadena que me ate y anhelo que me empuje. Me vengaré de los asesinos de mi padre. ¡Lo he jurado! —Le dedicó una sonrisa ladeada. Una burla de la que le había lanzado al salir del Salón de los Dioses el día en que se prometieron—. Como ves, una mujer puede pronunciar el mismo juramento que un hombre.

—Si es lo bastante necia —dijo Yarvi mientras daba media vuelta.

EL MAL MENOR

La Madre Sol sonrió incluso mientras se hundía bajo el mundo la tarde en la que el hermano Yarvi regresó al hogar.

Los gettlandeses lo habían proclamado el primer día del verano, los gatos descansaban lánguidos en los tejados calientes de Thorlby, las gaviotas se llamaban unas a otras con pereza y un soplo de brisa hacía volar un olor salado por las callejuelas empinadas y las ventanas abiertas de la ciudad.

Y también por la puerta de los aposentos de la madre Gundring, cuando Yarvi por fin logró abrir el pesado cerrojo con su mano deforme.

—El viajero regresa —dijo la anciana clériga, apartando su libro y levantando una nube de polvo.

—Madre Gundring. —Yarvi hizo una reverencia profunda y le ofreció la taza.

—Y me has traído una infusión. —La mujer cerró los ojos y olió el vapor, dio un sorbo y tragó. En su cara arrugada se dibujó la sonrisa que Yarvi siempre se había enorgullecido de ver—. Las cosas no han sido lo mismo sin ti.

—Ya nunca volverá a faltarte una infusión, al menos.

—Entonces, ¿superaste la prueba?

—¿Es que lo dudabas?

—Ni por un momento, hermano Yarvi, ni por un momento. Y veo que, aun así, llevas espada. —Miró con expresión seria la hoja de Shadikshirram enfundada a su cintura—. Una palabra amable detiene la mayoría de los golpes.

—La llevo para los que no. Me recuerda de dónde provengo. Un clérigo hace el trabajo del Padre Paz, pero los buenos no son desconocidos de la Madre Guerra.

—¡Ja! Llevas razón.

La madre Gundring señaló la banqueta al otro lado del fuego, la que Yarvi

había ocupado tantas veces para escuchar embelesado las historias de la vieja clériga, aprender idiomas, e historia, y las propiedades de las plantas, y la forma correcta de dirigirse a un rey. ¿De verdad solo habían transcurrido unos meses desde que se sentara en ella por última vez? Le parecía que había sido en un mundo distinto. En un sueño.

Pero había despertado.

—Me alegro de que hayas vuelto —dijo la madre Gundring—, y no solo por tus infusiones. Tenemos mucho que hacer en Thorlby.

—No creo que la gente de aquí me aprecie demasiado.

La madre Gundring le quitó importancia encogiéndose de hombros.

—Ya se les está olvidando. La gente tiene poca memoria.

—La tarea de un clérigo es recordar.

—Y aconsejar, y sanar, y decir la verdad, y conocer los caminos secretos, y aspirar al mal menor y sopesar el bien mayor, y allanar el camino del Padre Paz en todas las lenguas, y narrar los relatos de...

—¿Quieres que te narre un relato?

—¿Qué clase de relato, hermano Yarvi?

—Un relato de sangre y engaño, de dinero y asesinato, de traición y de poder.

La madre Gundring rió y dio otro sorbo a su taza.

—Son los únicos que me gustan. ¿Salen elfos? ¿Dragones? ¿Trolls?

Yarvi negó con la cabeza.

—Las personas pueden hacer todo el mal que queramos.

—Tienes razón de nuevo. ¿Es algo que oíste en Casa Skeken?

—En parte. Llevo mucho tiempo trabajando en este relato. Desde la noche en

que murió mi padre. Pero creo que por fin lo tengo de principio a fin.

—Conociendo tus talentos, sin duda será un relato grandioso.

—Te estremecerá, madre Gundring.

—¡Pues empieza!

Yarvi enderezó la espalda, con la mirada perdida en las llamas y frotándose la palma deforme con el pulgar. Llevaba ensayando desde el momento en que superó la prueba, renunció a su prerrogativa y fue aceptado en la Clerecía. Desde que besó la mejilla de la abuela Wexen, la miró a los ojos, los encontró más brillantes y voraces que nunca y supo la verdad.

—No encuentro un buen lugar donde empezar.

—Encuadra la historia. Dame su trasfondo.

—Buen consejo —dijo Yarvi—. Como todos los que me has dado. Veamos... tenemos a un Alto Rey muy lejos ya de su juventud y a una abuela de la Clerecía que no está más cerca de la suya, los dos codiciosos con el poder, como suelen ser los poderosos. El Alto Rey y la abuela miraron al norte desde Casa Skeken y vieron una amenaza a su dominio. No era un gran hombre que blandiese hierro y acero, sino una gran mujer que blandía oro y plata. Una Reina Dorada que planeaba acuñar monedas de peso fijo para que todo el comercio del mar Quebrado se llevara a cabo con su efigie.

La madre Gundring se reclinó y las muchas arrugas de su frente se le hicieron más profundas mientras meditaba.

—Esta historia tiene un regusto a verdad.

—Las mejores siempre lo tienen. Me lo enseñaste tú. —Con su relato empezado, las palabras fluyeron sin trabas—. El Alto Rey y su clériga veían que los mercaderes abandonaban sus muelles en favor de los de la reina norteña y veían sus ingresos encogerse mes a mes, y con ellos se encogía su poder. Tenían que reaccionar. Pero ¿iban a matar a una mujer capaz de hilvanar oro a partir del aire? No. Su esposo era demasiado orgulloso y colérico para razonar con él. Matarían a su marido, pues, de modo que la reina cayera de su elevado posadero y pudieran atraerla y hacer que hilvanara oro para ellos. Ese era su plan.

—¿Matar a un rey? —murmuró la hermana Gundring, y dedicó una mirada intensa a Yarvi por encima del borde de su taza.

Él se encogió de hombros.

—Estas historias empiezan así muy a menudo.

—Pero los reyes son cautos y están bien protegidos.

—Este más que ninguno. Necesitaban la ayuda de alguien de su confianza. —Yarvi se echó hacia delante, con el fuego calentándole la cara—. Así que hicieron memorizar un mensaje a un águila de plumas broncíneas. «El rey debe morir.» Y enviaron el ave con la clériga del rey.

La madre Gundring parpadeó y, con gran parsimonia, dio otro sorbo a su infusión.

—Dura tarea para encomendársela a una clériga, matar al hombre al que ha jurado servir.

—Pero ¿no juró también servir al Alto Rey y a su abuela?

—Todos lo juramos —susurró la madre Gundring—. Tú incluido, hermano Yarvi.

—Bueno, pero yo no paro de hacer juramentos y ya no sé ni cuáles cumplir. Esta clériga tenía el mismo problema, pero si un rey se sienta entre dioses y hombres, el Alto Rey se sienta entre dioses y reyes, y para colmo últimamente se considera un ser más elevado si cabe. La clériga sabía que no podía oponerse a sus deseos, por lo que urdió un plan. Sustituir a su rey por un hermano más razonable. Deshacerse de cualquier heredero problemático. Echar la culpa a algún antiguo enemigo del lejano norte en el que apenas se aventuran ni los pensamientos de los hombres civilizados. Decir que ha recibido una paloma de otra clériga con una propuesta de paz y enviar a su temerario rey a una emboscada...

—Quizá eso fuese el mal menor —dijo la madre Gundring—. Quizá la alternativa era que la Madre Guerra extendiera sus alas sangrientas por todo el mar Quebrado.

—El mal menor y el bien mayor. —Yarvi inspiró hasta que el aire pareció dolerle al fondo del pecho y pensó en las aves negras que parpadeaban en la jaula

de la hermana Owd—. Solo que la clériga a la que echó la culpa nunca empleaba palomas. Únicamente usaba cuervos.

La madre Gundring se quedó quieta con la taza a medio camino de los labios.

—¿Cuervos?

—Muchas veces los detalles pasados por alto son los que dan al traste con nuestras conjuras.

—Oh, qué detalle más fastidioso. —La madre Gundring contrajo un párpado mientras miraba su infusión y le daba un sorbo más largo. Se quedaron un tiempo en silencio, roto solo por los alegres chasquidos del fuego y alguna chispa que escapaba y flotaba entre ellos—. Suponía que terminarías desentrañándolo tarde o temprano —dijo al cabo—. Pero no tan temprano.

Yarvi bufó.

—No antes de morir en Amwend.

—Eso no fue por decisión mía —objetó la vieja clériga, la que siempre había sido como una madre para él—. La idea era que hicieses la prueba, renunciases a tu linaje y, con el tiempo, ocuparas mi lugar como siempre habíamos planeado tú y yo. Pero Odem no se fiaba de mí y actuó demasiado pronto. No pude impedir que tu madre te aupara a la Silla Negra. —Suspiró, contrariada—. Y la abuela Wexen de ningún modo se habría quedado satisfecha con ese resultado.

—De modo que me dejaste caer en la trampa de Odem.

—Con el mayor de los pesares. Juzgué que era el mal menor. —Dejó la taza vacía a un lado—. ¿Cómo termina esta historia, hermano Yarvi?

—Ya ha terminado. Con el mayor de los pesares. —Levantó la mirada de las llamas y la clavó en los ojos de la clériga—. Y ahora soy el padre Yarvi.

La anciana frunció el ceño, primero mirándolo a él y luego la taza que el muchacho le había llevado.

—¿Raíz de lenguanegra?

—Juré, madre Gundring, vengarme de los asesinos de mi padre. Seré medio hombre, pero pronuncié un juramento entero.

Las llamas del hogar titilaron y sus reflejos anaranjados danzaron en los frascos de cristal de los estantes.

—Tu padre y tu hermano —chilló la madre Gundring—. Odem y sus hombres. Tantísimos otros. Y ahora la Última Puerta se abre para mí. Todo... por monedas.

Entonces parpadeó y empezó a caer hacia el fuego, y Yarvi se puso en pie de golpe, la detuvo con un movimiento suave del brazo izquierdo, sacó el cojín al respaldo con la derecha y la acomodó con gentileza en su silla.

—Parece que las monedas pueden ser muy mortíferas.

—Lo siento —susurró la madre Gundring, quedándose ya sin aliento.

—Yo también. No encontrarás a hombre que lo sienta más en toda Gettlandia.

—Te creo. —Le dedicó una tenue sonrisa—. Serás buen clérigo, padre Yarvi.

—Lo intentaré —dijo él.

La madre Gundring no respondió.

Yarvi tomó una bocanada temblorosa de aire y le cerró los párpados, le cruzó las manos huesudas en el regazo y se dejó caer, asqueado y exhausto, en su banqueta. No se había movido de allí cuando la puerta se abrió de sopetón y una silueta subió los escalones con paso torpe y dejó al avanzar las hierbas puestas a secar balanceándose como hombres ahorcados.

Uno de los guerreros más jóvenes, que había superado sus pruebas hacía poco, más joven incluso que Yarvi, a juzgar por la cara lampiña que iluminaron las llamas mientras él titubeaba en la entrada.

—El rey Uthil requiere una audiencia con su clériga —dijo.

—¿Eso requiere?

Yarvi hizo sisear el fuego volcando los restos de la infusión a medio beber y luego cerró los dedos de su mano buena en torno al báculo de la madre Gundring. El báculo de Yarvi, hecho de frío metal élfico.

Se puso de pie.

—Di al rey que ya voy.

AGRADECIMIENTOS

Como siempre, a cuatro personas sin las cuales...

A Bren Abercrombie, que se fatigó los ojos leyéndola.

A Nick Abercrombie, que se fatigó los oídos oyendo hablar de ella.

A Rob Abercrombie, que se fatigó los dedos pasando sus páginas.

A Lou Abercrombie, que se fatigó los brazos sosteniéndome.

Y también, dado que nadie vive en una cueva y yo el que menos, mi más sincero agradecimiento...

Por plantar la semilla de esta idea: Nick Lake.

Por asegurarse de que el brote se hiciera árbol: Robert Kirby.

Por procurar que el árbol diera frutos dorados: Jane Johnson.

Y también, dado que la metáfora de la fruta está agotada, gracias a todos los que me han ayudado a crear, colocar, publicar, publicitar, ilustrar, traducir y, sobre

todo, vender mis libros dondequiera que estén por todo el mundo, pero en particular a Natasha Bardon, Emma Coode, Ben North, Tricia Narwani, Jonathan Lyons y Ginger Clark.

A los ilustradores que, de algún modo, se imponen al desafío imposible de hacerme quedar elegante: Nicolette y Terence Caven, Mike Bryan y Dominic Forbes.

Por su inagotable entusiasmo y su apoyo, haga sol o nieve: Gillian Redfearn.

Y a todos los escritores con los que me he cruzado en internet, en el bar y a veces hasta en la página impresa, que me han proporcionado ayuda, consejo, risas y multitud de ideas dignas de robar.

Ya sabéis quiénes sois.

Joe Abercrombie (Lancaster, 1974) es considerado por muchos expertos del género como la joven promesa de la literatura fantástica británica e internacional. En 2006 debutó con *La voz de las espadas*, galardonada con el Premio John W. Campbell Memorial al mejor escritor novel. Fue el inicio de la trilogía «La primera ley», que completó con *Antes de que los cuelguen* y *El último argumento de los reyes*. También es autor de las novelas *La mejor venganza*, *Los héroes* y *Tierras Rojas*.

Medio rey es la primera entrega de la trilogía «El mar Quebrado». Se colocó en el tercer puesto de la lista de los más vendidos de The Sunday Times cuando se publicó en inglés. Si bien Abercrombie ya llevaba vendidos más de dos millones de ejemplares de sus libros en todo el mundo, traducidos a veintiséis idiomas, con esta nueva saga ha afianzado su éxito entre la crítica y los lectores, y se ha confirmado como un autor de best sellers para todos los públicos.

En la actualidad vive en Bath con su mujer y sus tres hijos, y se dedica exclusivamente a escribir sobre mundos imaginarios.

Título original: *Half a King*

Edición en formato digital: mayo de 2015

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona